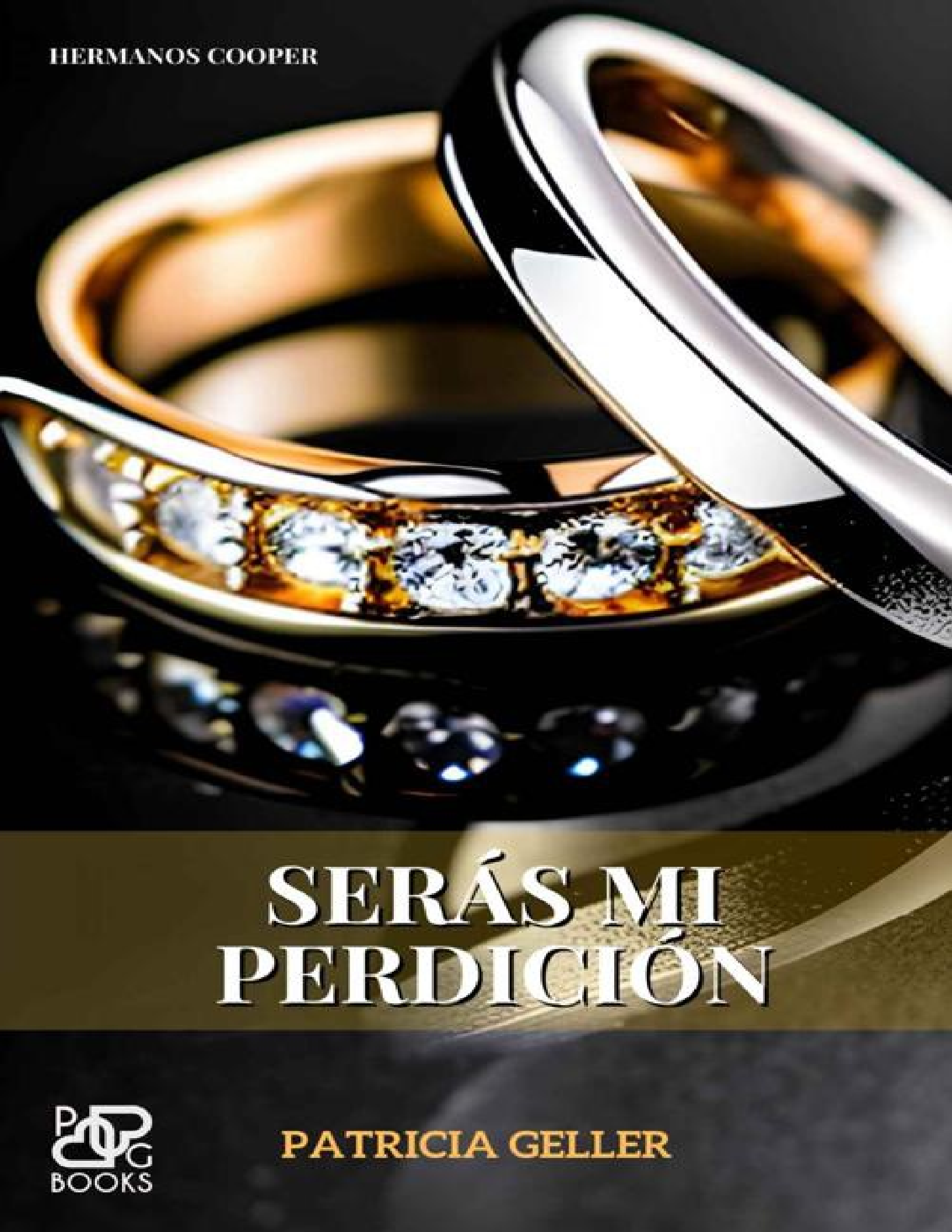




HERMANOS COOPER

SERÁS MI PERDICIÓN

PG
BOOKS

PATRICIA GELLER

Serás mi perdición

Serás mi perdición

Patricia Geller

Los personajes y sucesos que se ofrecen en esta obra son ficticios. Cualquier parecido a la realidad será simple coincidencia.

Queda totalmente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra. Ya bien sea electrónica, por fotocopias, grabaciones o cualquier otro método, sin consultarlo previamente con su autor. De lo contrario, se estará cometiendo una infracción que puede ser constituida como delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes en el Código Penal).

©Patricia Geller, 2023

Obra registrada: 2304164062507

©Registro, mayo de 2023

Primera edición, 18 de octubre de 2023

©Todos los derechos reservados

Agradecimientos

A mis lectores, por apoyarme sin importar dónde esté.
A mi familia, por caminar a mi lado para que cumpla este sueño.

[Serás mi perdición](#)

[Agradecimientos](#)

[Sinopsis](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Epílogo](#)

[Referencias de canciones](#)

[Biografía](#)

Sinopsis

India Murray era una chica risueña y con las ideas muy claras, pero hace nueve años tuvo que huir de su casa debido a un conflicto familiar que truncó sus planes. Lo que no imagina es que ahora debe regresar a Los Ángeles y que no será como ella siempre ha soñado. Allí la esperan los Cooper para cobrarse una deuda.

Leon Cooper es frío y huye de las relaciones, pero su hermano menor le obliga a tomar una decisión que detesta con toda su alma. Él solo quiere cerrar el capítulo que una vez destrozó sus vidas, y aunque no soporta la presencia de India, su peor enemiga, le propone que se convierta en su mujer para protegerla de su familia y así cumplir la última voluntad de su padre.

Sin embargo, compartir intimidad con alguien a quien odias y deseas a partes iguales tiene consecuencias. India y Leon saben que todo se trata de una alianza temporal; la desconfianza los mantiene alerta, pero no pueden evitar que los sentimientos afloren cuando están a solas.

Una unión inesperada y una pregunta que les atormenta en cada acercamiento, ¿amor o venganza?

Una respuesta que descubrirán tras una verdad disfrazada de cientos de mentiras.

Capítulo 1

Los Cooper

Ailén, mi mejor amiga y casi hermana, me observa con rostro confuso. Incluso se le resbala de la boca el Chupachups de cola que degustaba con tanto entusiasmo. No sabe qué decir y no me extraña. «¿Es la única razón?». Su pregunta me descoloca, ¿es insuficiente no amar a alguien con quien estás a punto de compartir el resto de tu vida?

Amar, una palabra que se me queda grande. No sé amar, lo he asumido.

Aunque no siempre fue así.

Poco después se une mi madre, no parece tan sorprendida de mi confesión, sino por el momento en el que la hago. Sí, es surrealista. A horas antes de casarme...

Estamos sentadas en la cama de la habitación que comparto con Ailén, en la casa en la que viví siete años, luego me independicé y hace tres meses la necesidad me obligó a volver. No solo ha sido regresar a casa, con mamá, su novio y la hija de este, Ailén, sino que ha trastocado mis planes, el resto de mi vida.

Me la he replanteado por completo, ha sido una auténtica catarsis...

«Esto no es lo que quiero», me grita el corazón.

«No puedes fallarle a Óscar», me recuerda mi cabeza.

Una eterna lucha que no tiene final, y el tiempo se me agota. ¿O ya lo está?

—¿Y qué piensas hacer? —pregunta finalmente mi madre—. Da igual si solo faltan horas, India. Recuerda nuestro lema, haz lo que sientas, no lo que debas o lo que los demás esperen de ti.

—Son las diez de la noche —murmuro con un carraspeo—. Su familia ya está aquí.

—Y mañana te casas a la una del mediodía —apunta con inquietud mi mejor amiga—. Llámalo y detén esta locura, por favor.

—Le romperé el corazón —añado, cerrando los ojos.

—Si te casas, solamente os haréis daño. En estas circunstancias ninguno será feliz. —La reflexión de mamá es tan acertada como siempre—. No os condenéis así, sois muy jóvenes. A veces el punto de inflexión llega demasiado tarde, pero estás a tiempo.

—¿Me dejáis sola un rato? —les pido en voz baja.

—No olvides que estamos aquí, India, siempre.

Asiento a las palabras de mi madre, que se marcha antes que Ailén. Esta se queda en la puerta y me lanza un beso, hasta que finalmente se acerca de nuevo y nos fundimos en un abrazo. Ambas suspiramos, los últimos meses ha sido un caos para ambas. Nos han despedido del hotel en el que trabajábamos por reducción de personal. Un hotel en el que nos hemos entregado en cuerpo y alma los últimos seis años, yo; como encargada de recepción. Ella empezó como camarera de pisos, pues se negó a estudiar.

Opté por el sector turístico. Siempre he estado rodeada de hoteles...

—Tu suegra se pondrá muy contenta si no te casas, ella quería para su hijo una chica con un estatus económico superior, no cumples los requisitos —bromea para romper el hielo y se aparta, aunque le cuesta—. No todo es malo, míralo por ahí.

—Ailén...

—Ah, y cuando lleguen los chicos, no habléis en inglés en mi presencia.

—Nunca lo hacemos, hace nueve años que todos nos concienciamos y hablamos el español mejor que tú —me burlo, sabiendo que, con su queja, solo pretende hacerme olvidar mi drama personal.

—¡Ya quisierais!

Me echo a reír sin ganas y le quito el mechón de pelo que ha caído sobre su frente. Tiene el cabello por el hombro, tan liso como el mío. Sus ojos azules están muy abiertos y, ya desmaquillada, las pecas de su nariz resaltan más en su blanquecina piel. Adoro su inocencia. Apenas es dos años menor que yo, pero sus vivencias son muy distintas a las mías. Por suerte para Ailén.

—Quizá sí, es hora de que vuelvas a Los Ángeles —susurra y sé cuánto le cuesta expresarlo, supondría que no nos viéramos a diario. Lo cierto es que últimamente hemos hablado mucho de mi vida allí—. ¿Algún día me contarás qué sucedió exactamente? Siempre he deducido que tu madre no tiene toda la información.

—No, no la tiene, y yo sigo sin estar preparada para revivir el pasado.

Ailén asiente con la cabeza y, en silencio, me deja sola como he pedido. Intuyo que ha percibido el nudo que se me ha formado en la garganta al terminar la frase. Nunca he querido contarle el motivo por el que me fui. Hablar de algo que me cambió la vida no es fácil. Me costó asimilar la situación, las consecuencias fueron muy duras. Después de aquel suceso, no aguanté más de tres meses viviendo en Los Ángeles, ciudad que adoro y donde nací. Mis padres ya estaban separados y mamá un año antes había conocido al padre de Ailén durante sus vacaciones en España, se enamoraron perdidamente y decidió mudarse por él tras once meses de relación a distancia.

Y de repente, nuestro mundo dio un vuelco. Uno que nos marcó de por vida.

La noche de su despedida estalló la bomba. Mi madre dudó sobre si seguir con sus planes, quedó impactada, pero la alentamos a que no abandonara sus sueños, pensábamos que la situación no iría más lejos de una discusión, reproches y enemistad, como era lógico después del daño causado. Ella se merecía ser feliz, no podíamos permitir que pagara las consecuencias de su exmarido y ninguno vaticinamos lo que estaba por venir... Mamá todavía desconoce el resto, no quisimos desestabilizarla o hubiese dejado todo por estar con nosotros. Con Fran encontró la paz, la plenitud.

No obstante, nos propuso a mis dos hermanos y a mí que la acompañáramos, sin presiones, pero no nos sentíamos preparados para dejar solo a papá, a pesar de que se lo mereciera. Ella estaría bien acompañada, sin embargo, él acababa de perderlo casi todo... Además, Logan y Ethan ya eran mayores de edad y tomaban sus propias decisiones, yo estaba a punto de serlo y nuestro padre seguía sin rehacer su vida...

Hasta la marcha de mamá, todos habíamos convivido en la misma casa, pese al divorcio, pues ambos entendieron que, aunque ya no existiese amor entre ellos, nosotros éramos sus prioridades. Pasaron de ser marido y mujer a grandes amigos.

Nos dieron una gran lección.

Éramos tan felices... Y yo tenía tantos sueños allí...

Pero el comportamiento de mi padre abrió una brecha inquebrantable entre ellos y que perdura. No porque se sintiese engañada, sino porque lo consideraba un hombre leal en todos los sentidos y no solo falló a su amigo, sino a nosotros...

Aunque ella no imagina cuánto. Personalmente, me transformó en otra persona.

Un mensaje en mi móvil me saca de mis pensamientos. ¿Será Óscar? Espero que sí.

No... ¿¡En serio!? ¡De qué va! Es el mismo imbécil que me está amenazando desde hace un mes. Lo he bloqueado en distintos números, pero nada parece importarle.

¿¡Por qué ahora!? ¿¡Es que no entiende que no quiero saber nada de ellos!?

Y esta noche que no estoy para juegos estúpidos.

Mi padre y mis hermanos no me han vuelto a hablar de los Cooper; yo no les he contado lo que está sucediendo, pues no le he dado importancia. Aunque al principio me impactó, tanto que influyó para que pensara en mi pasado, presente y futuro. Muchas preguntas y no solo sobre la reaparición de ese maldito apellido en mi vida. Intuyo que con los mensajes solo pretende atormentarme, pero ¿por qué? No concibo que alguien esté tan resentido que, nueve años después, no haya pasado página.

¿Sabrá el resto de su familia lo que está haciendo...? ¿Lo apoyarán?

¡Qué más da!

Me he enterado de que mañana te casas, piénsatelo muy bien. Tienes dos días para regresar a Los Ángeles y salvar a tu familia de la miseria. No le cuentes nada a papá Marlon.

Ruedo los ojos, ¿qué pretende Cameron Cooper?

¡Es un psicópata!

Sus advertencias anteriores no son menos intimidantes.

Soy Cameron Cooper, tenemos que hablar. Tu familia está en peligro.

Voy a ser tu peor pesadilla hasta que te des cuenta de lo jodidos que estáis.

Ha llegado la hora de saldar una deuda y tú eres la clave.

Si sigues ignorándome, tu querido padre y tus hermanos lo van a pasar muy mal.

Y así otros tantos. Pero sé que no puede hacer nada, ya que mi familia no tiene relación con la suya desde hace nueve años. Sus amenazas son un claro farol.

Desconozco el motivo y, sinceramente, ya me da igual. No le he dado mayor importancia a los mensajes, aunque quizá debería denunciarlos, pero sería reabrir una guerra en Los Ángeles y me consta que, para mi familia, los Cooper están muertos.

Y yo estoy muy lejos de ellos.

Vuelvo a bloquearlo y me incorporo, encontrándome de frente con el enorme espejo que está entre las camas juveniles de la habitación. Camas con detalles en rosa y blanco, caprichos de Ailén, como el resto del decorado de

la pequeña estancia. A nuestra derecha está el armario y, a la izquierda, un escritorio junto a una mecedora.

Suspiro, ojeando a mi alrededor, hasta volver a centrarme en el espejo.

Mi imagen es la de una mujer segura de sí misma. Siempre con faldas o vestidos, como hoy, que llevo uno ceñido de tirantes, blanco, para combatir este calor de finales de mayo. El cabello color chocolate recogido en una cola de caballo. Maquillada con sutileza. Mis ojos son marrones, rasgados y con un brillo constante, aunque hoy parecen cansados, tristes o quizá melancólicos. Tengo el arco de cupido muy pronunciado y la piel bronceada. Alta, aun así, siempre llevo tacones.

«Vamos, sé valiente», me recuerdo. Sí, es hora de dejar de divagar y llamar a Óscar.

—¡India, India! —me llama con la respiración acelerada la rubia. Miro hacia la puerta y le veo con la cabeza asomada—. Óscar está abajo.

Resoplo instintivamente, reconozco que las rodillas me fallan.

—¿Y ha dicho a qué viene? —pregunto, nerviosa.

—No, solo que necesita hablar contigo.

¿Y si es una señal del destino? Creo o creía mucho en ellas...

—Entonces parece que nos encontramos en el mismo punto —musito, convencida, derrotada y pensativa. Ailén entra en la habitación y empieza a maquillarse. Nunca permite que más allá de con los que convive, la vean al natural por una diminuta cicatriz en su mejilla derecha. Está llena de complejos, siempre cubriéndose en todos los sentidos y es preciosa—. Iba a llamarlo, pero él siempre presiente cuándo lo necesito. Voy a contarle la verdad, no puedo seguir adelante.

—No será fácil. —Se sienta sobre el escritorio, con los hombros hundidos. Es muy empática—. Me duele que estés pasando por esto.

—He querido cumplir mi sueño a toda costa, casarme joven, formar mi propia familia, y estas son las consecuencias —reconozco con tristeza—. Sé que no estás de acuerdo con el tema hijos, que tú ni te lo planteas en un futuro, pero...

—Chis, sobran las explicaciones, te respeto, cariño.

—Lo sé y por eso me encanta desahogarme contigo, no me juzgas.

—Jamás, hoy en día parece que en la sociedad hay que tener un pensamiento único, las mismas metas, de lo contrario, llegan las críticas y censuras. Cada persona es un mundo, punto. Que no te importen, siempre estamos a tiempo de cambiar de opinión. En eso se basa la vida, en un aprendizaje constante. —Su reflexión es muy madura—. India, no es fácil, pero estás tomando la decisión correcta.

—Gracias, Ailén.

—Ve, anda.

Óscar me espera abajo, en el jardín de casa, no es muy grande, sí acogedor. Cuando nuestras miradas se cruzan, ambos sabemos que algo no va bien. ¿Cómo decirle a estas alturas lo que siento? Mis dudas. Es el hombre perfecto, que me ha tratado como nadie. Muy tradicional, de ahí que no hayamos convivido todavía, ha querido esperar a la boda.

Óscar Vallejo, el hombre que me ha demostrado que se puede confiar sin que te fallen. Y me ha dado tanto, siempre sin pedir nada a cambio. Nos conocimos en el hotel donde yo trabajaba, él solo venía por una reunión.

Pero incluso abandonó Barcelona por mí, aunque viaja constantemente por su trabajo como empresario en el sector de la moda.

Físicamente es impresionante. Rubio, ojos verdes. Alto... Elegante.

—Iba a llamarte para que vinieras, pero me has leído la mente, una vez más.

—He estado pensando mucho últimamente —dice cuando me siento a su lado. No me besa, se limita a entrelazar nuestras manos—. He querido convencerme de que se trataba de tu situación laboral, del hecho de que hayas tenido que regresar a casa de tu madre. He querido convencerme de tantas cosas que no son reales...

Los remordimientos me aplastan y solo se me ocurre excusarme.

—Lo siento, esta conversación la tendríamos que haber tenido antes.

—No te martirices, sé que te has esforzado por quererme como yo a ti y eso nunca ha sucedido. Me he echado la culpa, he buscado razones y no he encontrado una respuesta. Pero esta mañana cuando nos hemos despedido, en tus ojos he visto la desesperación, ese grito de auxilio porque te dejase marchar —confiesa afectado, jugando con nuestros dedos. Bajo la mirada. Nadie sabe leerme como él. Tiene un don especial. No, Óscar no se merece esto—. Nunca has estado enamorada, ¿me equivoco?

«Sé sincera, joder, no disfraces la verdad o le harás más daño».

—Pensé que sí, me ilusioné, me he sentido tan bien a tu lado... —La voz se me rompe, pero me recompongo. Odio mostrar vulnerabilidad—. Sabes que soy fría, seria, cortante a veces, y lo has respetado, me has querido así.

—Y te has dejado llevar por mí, por tus sueños de pequeña, no por lo que sientes.

—Creo que nunca podré sentir más que esto, pero no hablo de ti, sino de mí y de mi forma de querer. Es la razón por la que acepté ser tu mujer. Esto es el «amor» para mí —exteriorizo esta maldita sensación que me persigue—. Dos años juntos, dos años idílicos, siendo feliz a mi manera, viendo que tú lo eras, ¿qué más podía pedir?

—No, India, no es amor y ambos lo sabemos. Es gratitud, cariño, costumbre.

Asiento, mordéndome el labio. La rabia me consume.

—Hace tres meses empecé a planteármelo todo, cuando me echaron del hotel y me tocó regresar a esta casa que me trae tantos recuerdos por cómo llegué... Empezaron las dudas, pero ya estábamos comprometidos, ¿y si me equivocaba al hacer justo esto?

—Es un riesgo que debemos correr. —Se aproxima a mí y roza su nariz contra la mía. Gimoteo—. Te estaré esperando por si en unas semanas me echas de menos. No voy a cancelar el enlace, quizá sea un error. Lo voy a posponer y...

—Óscar...

—Lo sé, sé que sigo engañándome, pero lo necesito o no podré soportarlo —me interrumpe, reprimiendo las ganas de besarme—. Déjame acostumbrarme.

—Perdóname —susurro con un nudo en el pecho que me oprime la respiración—. Perdóname por esa casa que nunca compartiremos, por fallarte de tantas maneras.

—Chis, siento no haber detenido esto a tiempo, incluso sabiendo antes que tú lo que verdaderamente sentías. El egoísmo por no perderte me ha podido.

—No merezco tu generosidad. No dejándote a un paso del altar...

Finalmente, se me escapa un sollozo y me arropo en su pecho, en ese lugar donde tantas veces encontré la paz que no hallaba en ningún otro lado. Él ha sabido cómo derribar la coraza que me autoimpuse cuando ningún otro lo había conseguido.

Porque no, no es una excusa ni le he mentado al decirle que estoy convencida de que esto es lo más parecido al amor que sentiré alguna vez.

Las heridas de mi alma nunca me permitirían amar como se debe.

—Tengo que irme —murmura de repente y sé que teme romper a llorar en mi presencia. Como también tengo claro que no huye por vergüenza, sino por evitarme la culpabilidad. Esa imagen de evidenciar cuánto lo he destrozado—. Me encargaré de todo, no te preocupes. Y recuerda, llámame si me necesitas.

—Gracias por tanto, Óscar. Dile a tu familia que... Yo... Cuídate.

Hace una mueca amarga y desaparece del jardín como si nunca hubiese estado aquí en esta noche tan oscura y amarga. No refresca, pero tengo frío.

El cuerpo me tiembla. Tengo miedo de no volver a sentirme así de amada.

«No seas mala persona, la víctima es Óscar». ¡Me odio!

No me quedo sola por mucho tiempo, enseguida mamá y Ailén acuden a mi rescate. Mi amiga me besa las manos y mi madre me seca las lágrimas.

—Vas a cumplir veintisiete años, te equivocarás muchas veces, cielo —señala mamá—. No te martirices, deja que pasen algunas semanas, date tiempo.

—Esta madrugada llegan mi padre, Ethan y Logan...

—Tendrán que entender y aceptar tu decisión —apostilla ella, elevando el tono—. Lleváis sin veros siete meses y si te echan la bronca, se tendrán que enfrentar a mí.

Siete meses ya... A lo largo de estos nueve años los he visto porque han venido a Madrid a visitarme, nunca me han presionado para que fuese al revés. Me han dado espacio, han sido comprensivos y sé que voy a decepcionarlos. Siempre me han tenido por una persona coherente, sensata, y hacer esto a pocas horas del enlace es una locura.

Aun así, si antes me moría por abrazarlos, ahora las ganas se han multiplicado. Los necesito. No saben cuánto los echo de menos.

—Fran está preparando un caldo, no has comido nada en todo el día —me dice mamá, preocupada—. Sube con Ailén, lávate esa carita y relájate. Todo pasa por algo.

—Estoy en *shock* —reconozco casi en un susurro.

—Venga, vamos —me alienta mi amiga, aunque está angustiada.

Y es que a Óscar se le adora en casa, no es para menos, se lo ha ganado a pulso.

Como si de una muñeca me tratase, permito que Ailén me ayude a subir. Una vez en la habitación, me tiro en la cama. Pataleo, muerdo la almohada para no gritar y alertar a todo el vecindario. No me importa si mi rostro está hecho un cuadro, solo quiero desahogarme, hace tanto que no lo hago. Sé que es el motivo por el que mi madre no está aquí conmigo, conoce que mostrarme vulnerable es una de las peores sensaciones para mí. Ailén también lo tiene claro, por lo que me avisa tras darme un beso:

—Voy a por el caldo, y tranquilízate, por favor.

¡Nada de esto habría sucedido si no me hubiese ido de Los Ángeles!

Allí tenía todo y yo era otra, jamás habría conocido a Óscar y no le hubiese roto el corazón. ¡Me casaba mañana! ¿¡Con qué cara me enfrento a lo que está por venir!?

Sumida en la tristeza, abro la mesilla y saco una fotografía de mi familia al completo. Sonreíamos, fue en nuestra primera casa, al Oeste de Los Ángeles, en la que nuestros padres compraron para criarnos con las mejores comodidades, pero, sobre todo, para hacernos felices y enseñarnos buenos valores. ¡Adoraba esa vida!

¿Qué dirá el resto de mi familia cuando lleguen y sepan que no hay boda?

Acaricio la imagen...

Físicamente soy casi una réplica de mi madre cuando tenía mi edad. Papá, Ethan y Logan son muy parecidos. Rubios, aunque a mi padre ya las canas le cubren prácticamente todo el pelo. Son fuertes, grandes, con facciones marcadas, muy masculinas. Guapísimos. La única diferencia es que Logan no tiene los ojos grises como ellos dos, sino marrones como mamá y yo. Aun así, no son comunes, irradian ese brillo tan llamativo... ¿¡Por qué tuvieron que cambiar tanto las cosas!?

Cuánto daría por dar marcha atrás en el tiempo.

El móvil suena de nuevo, justo en el mismo momento en que el que llaman al timbre de la puerta del jardín. Cometo el error de abrir el mensaje sin pensar. No, no es Óscar escupiendo todo lo que me merezco, o sus padres para reprocharme mi decisión...

Te mando un regalito de bodas, espero que hagas la elección correcta. Una vez fuimos vecinos y ahora podemos ser mucho más.

¿¡Pero este loco no me va a dejar en paz!/? ¡Nada tiene sentido!

Cierro los ojos y casi puedo verme allí. Donde hemos crecido mis hermanos y yo, nuestra casa se encontraba cerca de la de los Cooper, pero nos vimos obligados a mudarnos. Cruzarnos cada día era muy incómodo; peleas, gritos, amenazas y desafíos. Eran nuestros enemigos declarados. No siempre fue así... Mi padre y Niall Cooper eran íntimos. Se apoyaron el uno al otro con sus respectivos hoteles, a pesar de ser rivales en ese sector. Y un día todo lo cambió, Niall pilló a papá con su mujer y nuestras vidas saltó por los aires. Mi padre se convirtió en un monstruo para los Cooper, pues Kayla, su esposa, decidió divorciarse poco tiempo después, a pesar de que su marido la perdonó y si la situación era crítica, el resto fue historia.

Más culpa sobre nuestro apellido. Niall se quedó sin su mejor amigo y sin la mujer de su vida... Nos mudamos, mi familia tuvo que cerrar su mejor hotel poco después, pues los Cooper se encargaron de dejar la reputación de los Murray por los suelos y tanto los socios como clientes más fieles nos abandonaron.

Los celos los llevaron a comportarse así...

No fue un desliz en una noche de copas, mi padre se había enamorado sin ser consciente, pero lo mantuvo en silencio o fue lo que aseguró. Se sentía solo, mamá ya había conocido a Fran y no compartían tanto tiempo juntos, entonces y después de una emotiva cena de despedida, que disfrutamos con los Cooper, se dejó llevar...

Una noche que destruyó a dos familias. Quedábamos casi todos los fines de semana antes de lo sucedido... Cameron y Leon Cooper, amigos de mis hermanos; Ethan y Logan, se veían después de clases, aunque no me

permitían acompañarlos. En cambio, los domingos no podían librarse de mí.

Ellos jugaban y yo les molestaba... Era mi forma de llamar la atención.

De repente, soy consciente de lo mucho que me está removiendo recordar ese pasado. Pensaba que había quedado atrás, aunque todavía haya noches en las que sueño con aquellos días y no solo en los peores... Esta casa me transporta a mi huida.

Mi futuro no era aquí, ni este.

Un ruido en la ventana me alerta de que alguien está entrando a través de esta. Me incorporo como puedo, pues las piernas me fallan. ¿Qué? ¡No! No puede ser...

¡No y no!

Salta tan despacio que parece la secuencia de una película a cámara lenta. O soy yo que por un momento el reloj se detiene. Con el mentón contraído, me analiza de pies a cabeza... La boca se me seca ante su descaro y no soy capaz de articular palabra, aunque quisiera gritarle que se olvidase de nosotros, ¡que desaparezcan para siempre!

¡¡Que no tiene derecho a invadir así mi privacidad!! ¡A torturarme!

Pensativo, da unos pasos hacia mí y pisa una carpeta negra que ha lanzado al suelo. También hay una corbata. El corazón se me acelera hasta sentir que se me saldrá del pecho. Hace nueve años que no le veo, ha cambiado, aunque por un segundo recuerdo las sonrisas que me dedicaba... Está más hombre, ha madurado. Me impacta su altura, su corpulencia. Pero reconozco al Leon Cooper de antaño.

Su expresión siempre ha sido salvaje, así lo recordada, pero ahora sus facciones también son agresivas. Tiene la nariz chata, labios carnosos y mandíbula definida, aunque su recortada barba la cubre por completo. Lleva un moño alto, recogiendo su morena melena. Lo recordaba con el cabello muy corto... Impresiona.

Los primeros botones de la camisa, desabrochados, como desaliñado o quizá bebido, no lleva corbata, intuyo que es la que ha lanzado, sí tiene chaqueta. Va de negro. Con un reloj de oro en la mano derecha. Bronceado, como siempre. Y sus ojos...

Sus ojos verdes están desencajados.

Trago saliva, carraspeo, prohibiéndome que su presencia me afecte así. Quiero imaginar que su forma de examinarme se debe a que mi rostro debe estar cubierto de rímel por haber llorado. Entonces, me armo de valor, porque no pienso consentir que me achante en mi propio terreno. Lo señalo con el dedo y escupo con impotencia:

—Estás cometiendo un delito.

—Denúnciame —me reta con frialdad, su voz es muy ronca, peligrosa.

La piel se me eriza...

—Eres un hijo de puta.

—Lo soy, porque el desgraciado de tu padre hizo que llevara esa etiqueta.

Cojo aire y me preparo para darle el bofetón que se merece. Entonces todo sucede demasiado deprisa. Me cubre la boca con su enorme mano y, con la otra, empuña las mías detrás de mi cuerpo. Intento soltarme, zarandeándome, hasta que me encuentro con sus implacables ojos verdes de frente, como cuando éramos unos niños y me atrapaba jugando. Inesperadamente, la mirada se me empaña.

—Si rechazas mi ayuda, este estúpido intento por mantenerte a salvo será lo último que haga por ti en mi puta

vida —mascula Leon Cooper.

Capítulo 2

Sentencia tu futuro

Levanto el mentón, desafiándolo. Él no se muestra menos rígido que yo. Necesito que me suelte, ¡alejarme! Es como retroceder en el tiempo, como estar atrapada en un mal sueño, pero no tiene intención de liberarme, por el contrario, me apremia más fuerte contra su duro cuerpo hasta que mi espalda choca con la pared.

Su respiración se acelera. Mi corazón se desboca.

—Has sido muy torpe no respondiendo a los mensajes de Cameron —masculla muy cerca de mi rostro. Me quedo inmóvil, quizá en *shock*. No asimilo su presencia—. Seré directo, no tenemos mucho tiempo.

—Mi madre o... —consigo decir contra la palma de su mano.

—Un amigo los está entreteniendo, le hemos dado un golpe al coche de Fran adrede y ahora están los cuatro resolviendo el problema. —Agito la cabeza. ¡No puede ser! Lo empujo con fuerza, pillándolo desprevenido, por lo que salto por encima de la cama, quedando esta en medio de ambos. ¡Sabe cosas de mi vida!—. Sí, mi hermano os tiene bien controlados a todos.

—¡Esto no quedará así!

Leon Cooper intenta acortar la distancia, pero no se lo permito. Salto de una cama a la otra. Quizá debería gritar, pero llegados a este punto, algo en mi interior me pide que escuche lo que tiene que decir para haber viajado desde Los Ángeles...

—¿El cobarde de tu hermano te ha mandado a hacer el trabajo sucio?

—No tienes ni idea de lo que hemos pasado estos últimos años.

—No habéis sido los únicos —rebato con un susurro, bajando la guardia.

De un inesperado movimiento, atraviesa la habitación y me empuja contra la puerta. Bajo la mirada. Me quejo de dolor, luchando para que no me sujete las manos detrás de la espalda, pero es justo lo que hace. ¡Maldito sea!

Estoy completamente a su merced.

—Deja de jugar, es hora de tomar una decisión —me advierte sin paciencia.

Sacudo la cabeza, ¿ha dicho decisión? Estoy confundida, indignada.

También... trastornada.

—Mi hermano va a hacer de tu vida un puto infierno —me advierte sin un ápice de duda. Me armo de valor y lo miro directamente a los ojos. Mi cuerpo se sacude—. No he venido a amenazarte, tampoco quisiera ayudarte, tu presencia me repugna, como la de todos los Murray, pero pretendo cumplir una de las últimas voluntades de mi padre.

Siento que la sangre abandona mi cuerpo. Su rostro se contrae.

—¿Niall... ha muerto? —musito con un hilo de voz.

—Hace tres meses —confiesa y advierto su dolor, el tormento. Me sobrecoge la noticia, fue alguien muy especial durante mi niñez. Nos adoraba a mis hermanos y a mí—. Hace un mes abrimos el testamento, no pudimos antes. Nos costó asimilarlo.

—L-Lo siento...

Se establece un silencio incómodo y da un paso atrás, aunque sin liberarme. Cierro momentáneamente los ojos, son demasiadas emociones en tan poco espacio de tiempo. Reconozco que volver a verlo está causando algo en mí, algo que no esperaba...

¿Nostalgia?

—Voy a ser muy claro, tú y tu familia no me importáis en absoluto, sois una parte de mi pasado que enterré hace mucho —aclara arrastrando cada frase—, pero tu padre y el mío tenían asuntos pendientes y es lo único que me ha traído hasta aquí.

—Ellos no se hablaban —reniego a la defensiva.

—Por desgracia, te equivocas, retomaron la amistad hace tres años y mi padre lo ayudó cuando el tuyo estaba a punto de perderlo todo. Le ofreció un préstamo millonario, pero con su muerte todo ha cambiado. Cameron está dispuesto a reclamar la cantidad completa y no mensualmente como ellos habían pactado. Quiere vengarse.

Reclamar... Los mensajes de Cameron empiezan a cobrar sentido.

Hace un mes que abrieron el testamento, el mismo tiempo que él empezó a amenazarme. ¡Papá no pudo ser tan torpe! Cualquier tipo de relación con Los Cooper ya está destinada al fracaso... Me temo que las consecuencias serán muy duras.

Siempre que se trata de ellos lo son.

—¿Y tú no? —replico, todavía asumiendo lo que está pasando.

—Ya te he dicho que para mí estabais muertos.

—No-te-creo.

—Cree lo que te dé la puta gana, no me importa tu opinión, entiéndelo. —Me libera, aunque aposta una de sus manos en el lateral de mi cabeza, contra la pared. Con la otra, se aprieta el puente de la nariz, nervioso, luego se acaricia la barba. De nuevo hay dolor—. Mi padre no esperaba morir, tuvo accidente con el coche y esta historia fue lo poco que me pudo contar. Agonizando me suplicó que ayudara a tu familia.

Cada frase es más confusa y triste que la anterior y no es mi mejor noche. Me cuesta digerir la información, su presencia, y cada maldito detalle relacionado con ellos.

—Tú nos odias —le recuerdo, escapando por debajo de su brazo y tomo distancia.

—La voluntad de mi padre está por encima de lo que yo siento por vosotros.

Me quedo callada, no sé si creerlo, todo esto es demasiado para mí, ¡no tiene lógica! No entiendo por qué mi padre nunca me contó nada...

—A Cameron se le ha ocurrido algo descabellado. Sabe que te casas y pretende hacerte daño, con esto, atormenta a tu padre y a tus hermanos. Ha plasmado en folios cada palabra de lo que pretende hacer y te advierto que va a por todas.

—¿A-Tormentar a mi padre? —La saliva se atasca en mi seca garganta.

Lo observo y se me forma un nudo en el estómago. Él no muestra nada más que desprecio y absoluta frialdad. Y otra emoción que desconozco se manifiesta de forma intensa, amenazando con romper a llorar como hace años que no recuerdo.

Quizá de rabia, tristeza, tormento...

—Le he pedido que lo deje en mis manos, pues soy el mayor de los dos. Estoy dispuesto a sacrificar seis meses de mi maldita vida para cumplir una de las últimas voluntades de mi padre. Cameron quería un año, pero he conseguido rebajar meses. Le he convencido de que lograré su cometido en la mitad del tiempo.

—¿Meses, año? No entiendo nada —insisto, abrumada—. ¿Q-Qué planea?

—Destrozarte y con ello al resto de los Murray.

—¡Ya! Pero ¿cómo!?

—Hacerle creer a tu familia que estáis locamente enamorados, esto te los pondrá en contra, mientras a espaldas de ellos, te hace la vida imposible. Tu familia se romperá por completo y os verá hundidos —escupe con amargura cada confesión.

He llorado tanto hace escasos minutos, que a pesar de mi sentir, ni una lágrima escapa de mis húmedos ojos. No podría describir cómo me siento ahora mismo. Rabiosa, llena de impotencia, a punto de la locura. ¿Cómo puede ser tan retorcido?

Mi padre depende de un enfermo mental que ha esperado nueve años para vengarse de algo en lo que ni mis hermanos ni yo fuimos partícipes.

Estoy indignada, asqueada...

Me imagino la agonía de papá de negarme, lo perderá todo y no lo soporto.

¡¡Malditos Cooper una y mil veces!!

—Lo que debes tener claro es que, a pesar del trato, la deuda no se saldará, por lo que ganará igual —añade ronco desde el otro extremo de la habitación—. Cuando esté a punto de cumplirse el plazo, te tenderá la trampa en un hotel con otro hombre.

—¿Trampa?

—Así es, su venganza —masculla y señala hacia la carpeta negra.

La busco con los ojos, desesperada. Leon asiente. Me arrodillo enseguida y, con manos temblorosas, saco la documentación. Leo con ansiedad la deuda, el acuerdo al que llegaron nuestros padres, el nuevo que el demonio de Cooper ha redactado para nosotros, la cláusula... Leon no miente. Releo cada hoja tratando de entender qué clase de demonio alberga dentro Cameron para trazar un plan de este calibre y en el siglo en el que nos encontramos... Me cuesta creerme lo que mis ojos, atónitos, descubren.

Es demoledor.

—¿Esto es una broma? —espeto, incluso conociendo la respuesta.

—Ojalá lo fuese, pero no va a detenerse.

—¿Creéis que voy a ceder sin más?

—No estás en condiciones de negociar —gruñe, incorporándome de manera brusca al sujetarme con rabia por el codo. De nuevo me encuentro encerrada, esta vez entre su cuerpo y el armario—. ¿Acaso no te das cuenta de lo serio que es esto?

—No vuelvas a tocarme así —protesto, ofendida.

—¿Qué piensas hacer? —ignora mi reclamación, examinando mis facciones.

—Qué pretendéis con esta farsa. ¡No lo entiendo!

—Mi hermano te va a ofrecer el acuerdo, lo acabas de ver, perdonaros la deuda con la condición de que te

conviertas en su mujer. Así hace daño a cada miembro de tu familia, que jamás aceptarían un matrimonio entre vosotros.

«Decepcionaré a mis hermanos, creando conflictos y fracturas entre nosotros».

Lo peor es que cualquier elección los destruirá.

—Solo habrá una cláusula, durante ese año no puede pillarte con ningún otro o, a ojos del resto, le estarías siendo infiel. Entonces tendrías que pagar la deuda. Todo lo hará con la intención de hacerte sufrir hasta el último día y así demostrar que no solo mi madre fue tan sucia, sino que sois todas iguales. Se vengará de tu padre a través de ti y, de paso, de tus hermanos. Lleva años soñando con esto.

—¡Nosotros no tenemos culpa de lo que pasó! —insisto devastada.

—India Murray, si no aceptas va a reclamar el importe completo y en un plazo de solo dos días. Te está esperando para negociar, aunque por supuesto, no te dará tantos detalles —me recuerda con dureza. Estoy tensa, en alerta. Mi nombre en sus labios ha sonado demasiado peligroso—. Y yo no me pondré en su contra.

—¿Entonces? —balbuceo, buscando su mirada—. ¿Qué coño quieres de mí?

—Cumplir la promesa que le hice a mi padre. —Se humedece los labios, gesto que propicia que me inquiete más si es posible. Él parece no saber cómo continuar. La situación me parece surrealista—. Cástate conmigo y no con él.

—¿Q-Qué?

Un recuerdo de nosotros se cuela, desestabilizándome.

—Me casaré con un hombre que me valore —le confesé una vez.

—Siempre hablando de bodas y de tonterías —se burló como de costumbre.

—Además, seré madre joven y me dedicaré a los hoteles.

—En ambos sentidos estoy de acuerdo.

—¿También quieres ser madre joven? —le vacilé yo entonces.

—No puedes ser más ridícula.

¡¡Aquellos niños ya no existen!! Sacudo la cabeza, volviendo a la cruda realidad.

Me encaro a Leon Cooper, apretando los dientes.

—¿Me tomas por idiota? Pretendes hacerme pagar de la misma forma que tu hermano —espeto, golpeándole el pecho. Él me apresa las manos sin cuidado alguno.

—No pongas en duda la promesa a mi padre —me advierte con rostro desencajado—. Voy a joder mi vida unos meses por ello, no te atrevas a cuestionarlo.

—¡Los dos sois iguales!

—Piensa lo que quieras, te he ofrecido una solución, le haré creer a tu padre que aceptamos el dinero cada mes para que no sepa nada de esto, a los seis meses la deuda estará saldada y podrás contarle la verdad. No será así si haces el trato con Cameron.

—¿Tanto miedo le tienes? —lo desafío con ironía.

—A mí no me amedrenta nadie, mucho menos mi hermano pequeño, pero no voy a perder lo único que tengo

en el mundo por gente que para mí murió hace años.

Nos miramos a los ojos, retándonos. Su respiración se acelera tanto como la mía. ¿Cómo ha podido cambiar así? No reconozco a este Leon.

Y tengo tantas preguntas...

—Si quieres ayudamos como dices, ¿por qué no sigues cumpliendo con lo que nuestros padres pactaron de palabra?

—Ya te lo he dicho, no voy a enfrentarme más de lo necesario a mi hermano por vosotros. Has visto el documento en el que está escrito que tu padre devolvería la cantidad antes de tres años y solo ha pagado seis meses, el plazo se ha cumplido y se ha devuelto una mínima cantidad, pero él mío le aseguró de palabra que no importaba, así hubiese sido de él estar vivo. —Otra mueca de dolor. ¿Debo creerlo? ¡Es un Cooper!—. Cameron lo va a utilizar en su contra, ¿qué no entiendes?

—Me cuesta creer que haya tanto odio en vuestros corazones —razono en voz alta—. Erais chicos nobles y...

—¡Basta, maldición! Aquellos chicos no existen, también murieron cuando mi madre y tu padre destrozaron nuestras vidas —Empuja su nariz contra la mía, obligándome a girar el rostro. No soporto esta cercanía. Lo aborrezco con toda mi alma. Sí, la necesidad de huir es urgente, aunque sé que no debo. ¡Es una pesadilla!

Reconozco que me sorprende que no solo culpe a papá...

—¿Cuáles son tus condiciones? —pregunto sin rodeos—. Habla.

—No te voy a poner una trampa como Cameron, aunque él piense lo contrario —aclara de malas maneras—. Quiero que los meses pasen, le haré creer que lo he intentado todo porque fallaras y no lo he conseguido. Luego todos seremos libres.

—¿Y si se entera de que le has traicionado?

—No lo sabrá, este será un secreto tuyo y mío y a ninguno nos conviene que se sepa. Nadie —recalca entre dientes, colérico. No baja la guardia.

—¿Por qué ha aceptado que seas tú el que me proponga el trato?

—Me ha dado dos opciones, o te llevo devuelta a Los Ángeles y negociáis él y tú, mintiéndote con respecto a sus verdaderos planes, como ya te he explicado, o te presentas allí siendo mi mujer. Tú eliges.

¿¡Acaso tengo elección!? No soportaría ver a mi familia sin aquello por lo que han luchado toda la vida. El hotel, la casa... Ya perdieron mucho.

—No has respondido a mi pregunta. —Ahora soy yo quien se aproxima a su rostro. Gruñe y cierra momentáneamente los ojos. Pensaría que le afecta este encuentro, pero sé que se debe a la repugnancia que le producimos los Murray—. Por qué te daría a ti el poder que él tanto reclama.

—Me limité a asegurarle que mi sed de venganza era demasiado grande como para cederle el placer de hundiros —me rebate con una mueca de desprecio.

—Suenas como si realmente fuese verdad.

Da un golpe en el armario, sobresaltándome.

—¡Eres una maldita desagradecida, no te mereces este sacrificio! —grita, ciñendo su nariz a la mía, intimidándome. Yo le copio el gesto, empujando, sin permitir que me arrincone más, aunque esté hecha un

maldito flan—. Dale gracias a mi padre o...

—No voy a estar de brazos cruzados. Si tu hermano quiere guerra, la va a tener.

—No lo conoces.

—¡Ni él a mí sí se trata de proteger a los míos!

—La única forma de protegerlos es aceptando lo que te ofrezco —repite muy cerca de mis labios. Cojo aire, echando la cabeza hacia atrás—. Tú decides cuál es tu futuro.

—No me estáis dando opciones.

—No las tienes —reconoce con un carraspeo. Da un paso atrás, tan acelerado como yo y, de manera atropellada, añade—: Si no aceptas ninguna elección, y una vez tu familia esté de vuelta en Los Ángeles, tiene planeado un evento en honor a mi padre al que los invitará con la excusa de que ya es hora de olvidar el pasado y, allí, en presencia de todos, sacará a relucir la deuda, alegando que se aprovechó de él.

Siento cómo la cara me arde.

—¡No es cierto!

—¡Ni lo sé ni ya importa, acepta mi propuesta y acabemos con esta lucha! Si no acuden al evento, nuestros abogados se presentarán en tu casa —añade para dejar claro que no se detendrá, pese a que yo prevenga a mi padre—. No tienes salida.

Quisiera mandarlo a la mierda, gritarle que no tiene derecho a tratarme como si estuviéramos negociando con mi vida, hasta que soy consciente de que es realmente lo que estamos haciendo. Cameron Cooper es tan retorcido...

Ha ideado un plan para hacerle daño a mi familia y la pieza clave soy yo.

—Acepta mi propuesta y te prometo que no perdéis nada —masculla, sorprendiéndome por su desesperada petición. Busco la sinceridad en sus ojos; solo hay indiferencia—. Tu familia te perdonará cuando esta maldita guerra acabe y mi conciencia descansará en paz.

—¿Me estás pidiendo que confíe en ti cuando me estáis chantajeando?

—¡No puedo hacer nada más! Estoy traicionando a mi hermano para no fallarle a mi padre, ¿qué cojones me reclamas? Os detesto y, aun así, mírame, negociando con mi enemigo —masculla con una frialdad que propicia que mi cuerpo se sacuda.

—Mi padre cometió un error, pero ellos eran como her... —reflexiono sin voz.

—Ahórrate la frase, la familia no lastima y, ante todo, no te destroza la vida.

—Lo sé y se arrepintió... —Sin pensarlo, pongo la mano en su hombro y suplico—: Os estáis equivocando, Leon, recapacita.

Sus facciones se transforman ante mi toque y vuelve a acorralarme con su cuerpo. Está fuera de sí, obligándome a recordar con que salvaje estoy negociando.

—¡Te estoy ofreciendo mi ayuda, ¿no lo oyes o qué!?

—Repíteme tus condiciones —le pido solo por el placer de rechazarlo.

Puedo advertir su acelerada respiración muy cerca de mi boca.

Mi pecho sube y baja a una velocidad de vértigo también.

—Cásate conmigo, con un contrato en el que tras seis meses si no hay infidelidad, quedáis libre en todos los

sentidos. No habrá trampas, te mantendré alejada de mi hermano. —La cabeza está a punto de estallarme—. Me instalaré en casa de tu familia y así estarás protegida. Solo iré a dormir... De lo contrario, vivirías en la mía, que también es la de Cameron. Lo tiene todo planeado, entiéndelo, joder.

—No, no acepto, no vais a destruirnos de nuevo.

Niega con la cabeza, en su semblante se refleja la impotencia.

—Perfecto, yo he cumplido mi parte. Incluso olvidándome de mí y de lo que significáis en mi vida. ¿Sabes lo que sería trasladarme con vosotros? ¡No tienes ni puta idea lo que siento cada vez que os veo! —me grita cerrando el puño contra el armario—. Maldigo la hora en la que mi padre me pidió semejante disparate.

Algo en mí se remueve, aunque enseguida me prohíbo creerle.

No debo sentir pena por ellos... Nueve años después intentan lastimarnos.

—Tu hermano no permitiría que vivieras en mi casa —le recuerdo, siendo consciente de su error. Y sonrío con cinismo—. Leon Cooper, te acabas de delatar.

En sus labios puedo leer: *no entiendes nada*. Retrocedo en el tiempo, solía repetirme esa frase hasta la saciedad meses antes de mi marcha. ¡Quiero gritar sin sentido! ¿¡Por qué me remueve!? No puede desestabilizarme así, es lo que quiere.

—No seas cobarde, Leon, y asume que tú también necesitas vengarte —lo acuso con más convicción que nunca.

—¡Basta, maldición! Lo he convencido de que será más fácil propiciar conflictos desde dentro, una mentira más para protegeros. Pero se acabó, al fin y al cabo, ¿qué podría esperar de vosotros? Te estás comportando como una ingrata. Cameron se convertirá en vuestra peor pesadilla y no seré yo quien lo detenga.

—¿Cómo sé que tú no me estás mintiendo con respecto a Cameron?

—He sido tajante y no haré nada más para convencerte.

—Querría confiar por lo que nos unía, tu padre, él me adoraba y sabes que yo... —Me interrumpo con aflicción—. No os perdonaré que mi familia pierda...

—Te estoy ofreciendo una solución, una que detesto con toda el alma.

—No es suficiente.

Sus hombros se vienen abajo y señala la carpeta con hastío, marcando distancia.

—No tienes más opciones. Espera noticias de Cameron o sé coherente —me advierte por última vez—. Yo acabo de cumplir con lo que le prometí a mi padre, no puedo hacer nada más. Convertir nuestra vida en un teatro frente a todos es la solución, mientras Cameron cree que se está saliendo con la suya, incluso siendo cínico con los tuyos, porque lo será y de la manera más cruel.

—Lo reconoces.

—Sí y no lo culpo, hemos vivido un calvario al que personalmente necesito ponerle punto final —confiesa y es la primera vez que me parece agotado, sincero.

—No eres el único —manifiesto al ser consciente de que no tengo escapatoria.

—Entonces sé valiente, sálvale el culo a tu familia y sentencia tu futuro.

Sentencia tu futuro...

Tengo la sensación de que mi vida se ha derrumbado en un segundo, asumo que ellos ganan la primera

batalla. Leon Cooper ha sido muy claro. O me alío con mi enemigo o mi padre perderá todo, no tengo tiempo, a pesar de tratar de convencerme de que podía rechazarlo y sacarlo de aquí a patadas. Lo único que puedo hacer es decidir con quién me arriesgo. Aunque mi corazón enseguida tiene la respuesta. . .

De fondo escucho las voces de Fran, mamá y la de Ailén. Hablan del incidente del coche, de que todo está solucionado con la documentación. Y vienen hacia aquí.

—Se te agota el tiempo —masculla de pronto Leon Cooper—. Dile a tu familia que no puedes casarte porque llevamos meses viéndonos a escondidas.

Me siento como si estuviesen a punto de detenerme, acorralada.

—Solo con una condición —le advierto, sofocada—, no te atrevas a tocarme.

—Ya es demasiado tarde.

—¿P-Por qué?

Nuestras miradas se cruzan y entonces la puerta de la habitación se abre. Inesperadamente me encuentro con la boca de Leon impactando contra la mía. Es un beso violento, forzado, su barba araña sin cuidado mi piel, la que se estremece sin sentido alguno. Pues es un beso con el que empieza el teatro de mi nueva vida. . .

Capítulo 3

Traición

Algo de cristal estalla contra el suelo. El grito sorprendido de Ailén retumba en mis oídos como si los estuviesen taladrando, pero no es lo único que está suscitando algo en mis sentidos. Mis labios arden, el sabor de Leon Cooper se impregna en mi boca, aflorando distintas emociones en mí. Es posesivo, agresivo...

Me quedo quieta, cada rincón de mi cuerpo está inmovilizado, en trance. Me aferra tan fuerte contra él que apenas puedo respirar. Es un beso en el que reclama mi rendición ante este extraño pacto. Es apasionado, intenso. Descontrolado.

—¡India! —De repente, es como si despertara. Sacudo la cabeza y aparto a Leon de un empujón, sin poder mirarlo. Con la respiración acelerada, me giro hacia la puerta. Mi madre es quien ha elevado la voz y su expresión jamás podré olvidarla. La he decepcionado—. ¿Qué está pasando aquí, por Dios? ¿Te has vuelto loca?

—*English* —exige Leon, recordándome que hasta el momento ha sido el idioma que hemos utilizado y ni siquiera he sido consciente de ello.

«Puedes hacerlo». Me enfrento a la situación y veo que a los pies de mamá se ha derramado el caldo que me habían preparado y que el cuenco ha estallado en pedazos.

—E-Esta es la verdadera razón por la que no quiero casarme —miento ya en inglés para que Leon me entienda, aunque Ailén no. Está desconcertada—. Llevamos meses viéndonos, no sé cómo ha pasado, mamá, esto me ha superado...

—India... ¿qué barbaridad estás diciendo?

—Le quiero.

—¿Y por qué no has roto antes con Óscar? —pregunta, temblorosa, impresionada—. ¿Por qué no nos has contado que estabas enamorada de otro?

Leon se acerca y con los músculos de su cuerpo agarrotados, le ofrece la mano en modo de saludo. Realmente no sé cómo soy capaz de sostenerme en pie...

¿Qué acaba de suceder?

—Leon Cooper —se presenta el moreno.

Mi madre se cubre la boca. Ailén pregunta qué está pasando y Fran, muy bajito, parece traducirle. La escena podría ser de una película de terror, me observan como si no me reconocieran y como si Leon Cooper fuese un fantasma.

Quisiera que la tierra me tragara.

Todo está pasando demasiado deprisa, aun así, el teatro se está llevando a cabo como se ha fraguado y lo peor es que me he acoplado a esta mentira como si estuviese acostumbrada a llevar una doble vida. Estoy a punto de derrumbarme. Tengo miedo de lo que soy capaz de hacer y no solo por salvar a mi familia, ahora yo también necesito vengarme por el calvario al que pretenden someternos.

—No te había reconocido —murmura mamá finalmente y lo saluda. Leon intenta darle la mano, pero mamá

se adelanta y lo abraza. Percibo su emoción, lo adoraba. Él se muestra erguido, no le corresponde. Cuando se aparta, parece perdida, en trance—. Imagino que intuyes que no esperaba esto, que no es la mejor forma de actuar.

—No te estoy pidiendo permiso —me enfrento en voz baja.

Silencio incómodo, miradas perdidas, respiraciones aceleradas, hasta que mamá rompe el hielo con un carraspeo y la voz rota.

—Os diría tantas cosas, India, te daría cientos de consejos, incluso me pondría a gritarte por lo que acabo de presenciar, pero solo te pondría en mi contra. —Asiento con la cabeza. Ella vivió algo parecido con mis abuelos y la perdieron, de ahí que sea tan cautelosa, a pesar de lo que pueda estar sintiendo—. Es tu vida y sé que de nada serviría.

—Lo siento, mamá...

—¿Estáis seguro de esto? —Leon Cooper retoma su lugar a mi lado y respondiendo a la pregunta de mi madre, entrelaza nuestras manos. Los latidos de mi corazón se desbocan, ¿qué estoy haciendo?—. Sabéis que tendrá consecuencias.

—India mañana se convertirá en mi mujer, supongo que esto os aclarará a todos lo en serio que vamos. Estamos cansados de escondernos y de ocultar que, a pesar de los años, lo que surgió cuando éramos casi niños no ha cambiado —masculla Leon y si no supiese la verdad, me lo creería. ¡Nunca hemos tenido nada más allá de unos piques inocentes! Sabe mentir, ha sonado muy convincente—. Después del enlace, nos iremos a vivir a Los Ángeles.

—¿C-Cómo habéis preparado todo tan rápido? Si en teoría mañana ella iba a casarse y hasta esta misma noche no ha dicho lo contrario —insiste mamá.

—Sabía que India no podía hacerme esto, casarse con otro y amándome a mí —replica Leon—. Me he encargado de cada detalle para que entienda que la quiero de verdad. A veces lo ha dudado por la distancia, ha pensado que para mí era un pasatiempo y de ahí que no diera el paso. Ahora sabe que yo haría cualquier cosa por ella.

¡¡Cómo sabe mentir tan bien!!

Ailén se echa a llorar y yo estoy a punto. Mi mejor amiga no entiende nada, presiento que está pensando en el por qué no le he contado esto antes.

Me cuesta mantener el tipo.

—Quizá os estáis precipitando —apunta Fran ante el repentino mutismo de mamá. Está sobrepasada—. India, sabes que te respeto y que...

—Lilly lo dejó todo por ti y aquí seguís tantos años después. —Un maldito nudo se me forma en la garganta. Mis dedos arañan con rabia a los de Leon. Conoce cada detalle de nuestras vidas—. Y nosotros no permitiremos que nadie se interponga.

Fran levanta los brazos en señal de paz. Ailén se marcha de la habitación y mamá señala hacia la puerta. En principio creo que lo echará, hasta que susurra:

—Supongo que no tengo nada más que decir, no seré yo quien le imponga a mi hija la vida que ha de elegir, aunque debe ser consciente de los daños colaterales. —Afirmo sin ser capaz de formular una frase coherente. Agradezco que siempre haya sido tan comprensiva, que me permita equivocarme—. Vamos, te ofrezco algo de

beber y...

—He de irme, mi amigo Alexis me espera.

—¿Alexis? —repite mamá y, con disimulo, me libero del agarre de Leon. Su suspiro denota molestia—. El chico que nos ha entretenido, ahora lo entiendo todo.

—Así es, necesitaba ver a India antes de que mañana cometiese un error. Hace unos días ella cortó la relación porque creía que no la tomaba en serio y aquí estoy, apostando todo, a pesar de lo que supone —miente Leon, aunque ni siquiera repara en mi dirección.

Me da miedo la facilidad con la que es capaz de transformar un teatro...

—Supongo que ha sido el motivo por el que hace un rato estaba tan mal y de que se haya sincerado con Óscar. Sabía que llegabas y no encontraba el modo de escapar con el tiempo pisándole los talones —apostilla mamá, atando cabos que podrían ser real.

Leon Cooper persigue mi mirada al conocer mi ruptura con Óscar, ¿qué esperaba? ¿Contarle a su hermano que dejé plantado a mi novio para escaparme con él ya en el enlace? No doy crédito a la maldad de Cameron... o de él.

Ya no sé qué pensar.

—Te espero a las doce en el juzgado, ponte más preciosa que nunca —me pide Leon y me acaricia la mejilla, llevándose con su pulgar el maquillaje corrido de mi rostro. Me tenso, reprimiéndome para no rechazarlo. Su tacto es hielo y sus ojos desprenden todo ese rencor que no puede manifestar con palabras. Parece un maldito robot, ausente, persiguiendo su objetivo—. No me hagas esperar.

Me quedo en silencio, dominando las ganas de abofetearlo. Porque sí, se atreve a volver a poner su ardiente boca sobre la mía, aunque esta vez de manera fugaz.

—Quizá deberías estar presente cuando India le comunique sus planes a mis hijos y a su padre —apunta mamá casi sin pestañear—. No serán comprensivos.

—No les queda otra opción. India hablará con su familia y yo con la mía, así lo acordamos —zanja Leon sin intención de retroceder en su decisión. Antes de despedirse, alcanza la carpeta, la corbata y se encamina hacia la salida—. Hasta mañana.

—Adiós...

«Para siempre», quisiera escupirle. Hasta qué punto tenían todo planeado que mañana se celebrará el enlace, ¿a cuántos habrá sobornado para conseguir que se haga con esta rapidez? ¿De dónde habrá sacado mi documentación? Con cada segundo que transcurre, estoy más convencida de lo peligrosos que son...

—Mamá —intento decirle, en cuando Leon Cooper se marcha.

—Habla con Ailén —me alienta con una sonrisa que no llega a sus ojos—. Confío en ti, es una locura, pero siempre apostaré por tu felicidad. Asumo que, para tomar esta cadena de decisiones, tienes las cosas claras y has sopesado todo.

—Sí...

—Has estado a punto de casarte con Óscar. —Parece buscar más respuestas—. ¿Es necesario hacerlo con Leon el mismo día? No te juzgo, pero suena un poco malvado.

—Solo confía en mí —le recuerdo su frase, porque sí, analizándolo todo es muy confuso e incluso,

maquiavélico—. Necesito estar con Leon unida de todas las maneras posibles y lo necesito ya, por favor, no cuestiones nada, solo apóyame.

—¿Estás embarazada? —me interroga más seria. Niego enseguida—. ¿No hay nada más detrás? Quiero entenderte, insisto, no lo tomes como te estoy juzgando.

—¿Cómo me mirarán aquí, mamá? —Ella asiente, dando por hecho que mi boda con otro será un escándalo—. Estar con Leon es importante para mí.

—Podéis hacerlo sin la necesidad de pasar por el altar y mañana. . .

—Es importante que sea así —insisto sin disfrazar mi sufrimiento.

—Necesito asimilar lo que acaba de pasar, sé que te equivocas, pero no te dejaré sola.

La abrazo con cuidado de no pisar los cristales, evitando romperme y confesarle que odio estar haciéndoles esto, pero que no tengo salida. Quisiera poder decirle que no quería decepcionarla así, ni a ella, a Fran, a mis hermanos, a papá o a Óscar cuando conozca la noticia. Se me parte el corazón al imaginar ese instante.

—Ailén está en nuestra habitación —me indica Fran—. Cálmla, por favor.

En cuanto abro la puerta, ella se incorpora, llora contra la almohada. Le hago un gesto para que se siente a mi lado, secando esas lágrimas que yo no merezco.

Recuerdo la frase de Leon: *este será un secreto tuyo y mío y a ninguno nos conviene que se sepa. Nadie.* ¿Cómo podría hacerle esto a Ailén?

Por esta noche ha sido suficiente y sé que ella no me fallará.

—Creí que nos contábamos todo —balbucea con evidente contrariedad.

—Escúchame con atención, pero es muy importante que me guardes el secreto.

No le oculto nada de lo que ha sucedido esta noche, algo que me obliga a contarle el lazo que nos une a los Cooper, esa historia que no estaba preparada para rememorar hasta hace unas horas. Mi decisión lo cambia todo.

Una parte de mí también lo ha hecho. Mi sed de venganza se ha despertado.

Jurándome que Cameron Cooper sufrirá al verme convertida en uno de ellos. Siempre he sido inconformista y ahora no aceptaré sin más esta situación.

—Me voy contigo a Los Ángeles. —Frunzo el ceño, creyendo que no he oído bien a Ailén—. No pienso dejarte sola sabiendo a qué te enfrentas.

—Tu vida está aquí —le recuerdo, casi zarandeándola—. No te sacrifiques por mí.

—Transforma esa frase: estaré a tu lado. —Bajo la cabeza, disfraizando las malditas ganas que tengo de llorar. Aun me cuesta asimilar el cambio que dará mi vida—. Nuestros padres se cuidan solos, no tengo trabajo y tú me necesitas.

—Ailén. . .

—Está decidido. ¿Y si te hacen daño? Todo es demasiado arriesgado y peligroso.

—Estaré en casa de mi padre, sabré manejar la situación y estarán atados de pies y manos. —Acaricio el oscuro cobertor de la cama en la que tantas veces me he tumbado para compartir confidencias con mamá. Lo toco despidiéndome de esta casa, de mi vida, convirtiendo mi pena en ira. Finalmente, cojo aire y añado sin que me tiemble la voz—: Tengo un plan.

—India, por favor.

—Se arrepentirán toda la vida de forzarme a aceptar este sucio acuerdo.

No pego ojo en toda la noche. Preparo las maletas con la ayuda de mamá, que sigue impactada por el reencuentro con el que ella consideraba casi un sobrino, al pequeño que ha visto crecer y al que no reconoce en esta etapa como adulto. Tampoco conocía la noticia sobre Niall, pero asume que ella hubiese hecho lo mismo en la situación en la que nos encontramos, ya que la despedida era inviable y era cuestión de encontrar el momento adecuado para hablar sobre algo tan triste. Está sobrepasada, aunque intenta no transmitirlo y contiene el llanto con cada consejo sobre las relaciones que escapa instintivamente de sus labios. Yo los recibo con la tristeza invadiéndome mientras guardaba cada prenda con sumo cuidado, ralentizando mi precipitada mudanza. Una marcha que a las dos nos cuesta asimilar. Sé que nos es fácil saber que voy a casarme con mi enemigo, que he dejado casi plantado al que ella veía como el yerno perfecto y, que, además, me iré de España. Lo peor es que no lo hago sola, arrastro a Ailén conmigo. Ellos han entendido la decisión, saben que estamos muy unidas y siempre nos respetan, nos hacen sentir libres, concienciados de que tropezaremos tantas veces en la vida...

Reconozco que, a pesar de las ganas, no he soltado ni una sola lágrima. Estoy bloqueada, llena de ira, de frustración y rencor. Me he mantenido despierta cada maldita hora, atiborrándome de golosinas, de helado, mientras de fondo pasaban una película de terror, pues odio las románticas. Depresiva, abriéndolo mi alma por primera vez y sin tapujos o censuras, a Ailén. Ahora son las siete de la mañana, me he puesto un vestido verde agua de canalé, sandalias con tacón. Me he maquillado y muestro mi mejor sonrisa. Una sonrisa falsa, que es en lo que me he convertido.

En una mentira con patas, mintiendo sin mostrar un ápice de mi verdadero yo.

Ailén me da la mano, sabe lo que está a punto de suceder.

Mamá ha invitado a mis hermanos y a mi padre a desayunar. Ellos, extrañados de que nos volváramos a reunir todo en su casa, han accedido. No tienen ni idea de cuánto ha cambiado todo desde la última llamada de ayer, justo antes de que cogieran el vuelo para acudir a una boda que no se celebrará. Aunque sí otra... Me cuesta creer lo que voy a hacer, es más que un sacrificio. Convertirme en la mujer de un Cooper...

A veces me pellizco para intentar despertar de esta pesadilla.

—Acaban de aparcar —anuncia mi amiga.

Contengo aire en mis pulmones. Ya están aquí. Entran los tres, aunque van con cautela, ciertamente papá parece un poco ausente hasta que levanta la mirada.

Todavía no me he incorporado, cuando Logan y Ethan me han alcanzado y me están alzando por los aires. Hacía mucho que no los oía reír así y pensar que esta imagen no se repetirá en mucho tiempo, no aceptarán mi decisión... De fondo escucho cómo mi padre saluda cariñosamente a Ailén, menos efusivo, a mamá y a Fran. Ya vienen alistados para el enlace, con distintos estilos de trajes de chaquetas; todos en azul marino, corbatas incluidas y una flor en el bolsillo del lateral. Creo que jamás me he sentido tan culpable...

Finalmente, mis hermanos me liberan para hacer lo mismo con mamá y yo me fundo en un eterno abrazo con papá. Sé que les cuesta creer que estamos todos juntos de nuevo, que la emoción les embarga como a mí y que no

lo mostrarán, así como yo también disfrazaré lo vulnerable que me siento desde que sé que he de regresar a Los Ángeles y en las condiciones en las que lo haré.

—¿Preparada para convertirte en una mujer casada? —se adelanta Ethan, el mayor de los tres. Tiene treinta años, casi como Leon, que los cumple en tres meses. Logan, veintiocho, al igual que Cameron. De ahí la amistad que forjaron—. Aunque no sé si esos ojos muestran la felicidad del día más feliz de tu vida.

—Hello... —masculla Ailén de malas ganas.

—En español, chicos, español —les recuerdo un poco incómoda, pero Ethan sigue esperando una respuesta a su observación. Él es así, todo lo cuestiona. El más serio—. Bueno, es que tenemos que hablar de algunas cosas. ¿Nos sentamos?

—Es extraña esta estampa —interviene Logan con cierta ironía, es muy sarcástico.

—Ya era hora, ¿no? —comento, sonriendo, aunque estoy temblando—. Mamá ha preparado una buena bienvenida... T-Tengo que contaros algo.

—¿Debemos preocuparnos? —La pregunta de papá propicia que un escalofrío me recorra de pies a cabeza—. ¿Qué está pasando aquí?

—Sentaos, India ha tomado una decisión y espero que la respetéis —les advierte mi madre—. No quiero oír una sola palabra hasta que ella termine.

Los rostros a mi alrededor se transforman, sobre todo el de papá y Ethan, Logan suele tomarse las cosas con más calma. Fran y mi madre presiden la mesa de madera oscura todavía en pijamas, enfrente están los recién llegados y, a mi derecha, Ailén. Está asustada, va con ropa de estar por casa, holgada, eso sí, maquillada.

—Vamos a ir desayunando para no hacerle este desprecio a mamá —comento, sirviéndome un poco de leche con cacao. El resto optan por café, excepto Ailén, zumo—. Las cosas con Óscar no han ido bien y anoche...

—¿No te casas? —se adelanta mi padre, atusándose las canas.

—No exactamente —explico y doy un sorbo detrás de otro. La confusión aumenta con mi ambigua frase—. Hace unos meses conocí a alguien, bueno, en realidad nos reencontramos a través las redes sociales... y todo cambió.

Me tomo mi tiempo y alcanzo un donut de chocolate. Soy consciente de que los estoy desesperando, pero tengo un cúmulo de sentimientos que no me permiten avanzar. Por lo que decido no desvelar su identidad hasta contar la historia que he inventado esta noche, hilando cada detalle con la ayuda de una angustiada Ailén.

—Él no es de España y ha estado viniendo casi todos los fines de semana. —Aparto la comida o me atragantaré, y jugueteo con la blanca servilleta. La sala es amplia y por segundos siento que las paredes se están encogiéndose—. Me he enamorado de una forma que no esperaba... y he decidido mudarme con él, no sin antes convertirme en su mujer. Y no, no me preguntéis si estoy segura, es obvio.

Un silencio sepulcral se instala en la estancia.

Yo miro a mi alrededor, contemplando sin sentido los muebles de madera vieja que nos rodean. Me niego a ver sus expresiones posiblemente desconcertadas, horrorizadas. No tanto por el vínculo con el hombre que iba a ser mi marido, ya que no lo conocen demasiado por la distancia, sino por la noticia en sí.

—No será la primera ni la última a la que le pase esto —me apoya Logan.

—Se casaba hoy con Óscar —le recuerda Ethan con tono muy grave.

—Y hubiese sido una infeliz —apostilla mamá, apartando los vasos. Me temo el por qué—. Óscar ha sabido encajar la situación y ella... India lo ha decidido así.

—Madre mía. ¿Y por qué no está aquí el chico misterioso acompañándote? —cuestiona mi padre, aflojándose la corbata—. Tendría que estar dándonos la cara.

—Se está preparando para el enlace... —suelto de una vez y me atrevo a mirarlos. Latigazo en el corazón—. M-Me espera a las doce en el juzgado.

—¿Te casas hoy con él!? —reclama Ethan, con sus ojos grises ensartados.

Ailén me aprieta el muslo, animándome a que cuente el resto de lo planificado.

—Sí... y luego nos iremos a Los Ángeles, a vuestra casa, si me aceptáis. —Hago una pausa, a medida que hablo, unas terribles náuseas amenazan con exponer mis nervios. Me repugna pensar en lo que se va a convertir nuestras vidas—. Allí me sentiré más arropada, ya que él comparte espacio con un hermano y a vuestro lado me adaptaré antes a esta nueva etapa, mientras se construye nuestro hog...

—¿Te vienes a Los Ángeles? —me interrumpe Logan y advierto inquietud.

—Sí... —Los miro de frente, de hito en hito. No tengo ni puta idea de dónde saco la valentía para pronunciar su nombre—. Me caso con Leon Cooper.

Lo siguiente que sucede no es nada que no espere. Ethan estalla un vaso contra el suelo de mármol, entre gritos de que no lo permitirá. Logan se incorpora de golpe, asesinándome con su oscura mirada. Es obvio lo que están pensando de mí, aun así, mantengo el tipo. Contemplando cómo mamá les para los pies y les pide que respeten su casa. Los estoy enfrentando entre ellos... Quiero conservar la esperanza de que el día que les cuente la verdad, cuando todo haya acabado, entiendan mi postura.

—¿No piensas decir nada, papá!? —le exige Ethan—. ¡Esto es un despropósito!

—No te va a gustar lo que opino —murmura papá y puedo leer la emoción en sus ojos. También las disculpas por no confesarme que Niall había muerto, aunque ahora podrá intuir que su hijo «me lo contó...». Todo encaja sin querer, es surrealista. Mis hermanos no dan crédito—. Sabéis lo que significó Niall para mí, lo que me duele hablar de él y que ahora nuestros hijos recuperen la unión que había entre las familias es...

—¡Es una traición! —Ethan no se da por vencido—. ¿Y si la está utilizando para vengarse de alguna forma de nosotros? Ella está enamorada, él, no lo creo.

Calmo la repentina tos que me paraliza ante las conclusiones de mi hermano. Por un momento he sentido que estaba descubriendo lo pactado.

—Estaremos para verlo —dice mi padre, incorporándose—. Vivirá bajo nuestro techo y estaremos para protegerla de ser así, pero no lo creo. Leon es igual a Niall.

Entonces me abraza y llora como un niño pequeño, conmoviéndome hasta sentir que más que ayudarle le estaré perjudicando. Nunca lo he visto así. Sé lo duro que ha sido su vida después de romper la relación con Niall, aunque él fuese el culpable.

¿Cómo le explico que no le dé un voto de confianza a Leon Cooper porque voy a casarme con él bajo un chantaje!? Papá, que ha intentado protegerme incluso ocultándome la muerte de Niall porque sabe lo que significó para mí y ahora soy yo quien le está creando falsas esperanzas, una realidad que no existe ni existirá.

La unión de los Cooper y los Murray.

—Nunca te voy a perdonar esto —masculla Ethan, tan dolido que se le quiebra la voz—. No me esperaba algo así de ti, India. No te reconozco.

—Yo...

—Adviértele que no te haga daño o lo mataré, sabes que pagaría con gusto la condena. —Logan pone una mano en su hombro, apoyándolo—. Permíteme que no vaya a ese enlace, me niego a ver cómo te hundes la vida.

—Yo tampoco asistiré, pero no me moveré de mi casa. Estaré pendiente de cualquier error y entonces no habrá marcha atrás. —La amenaza de Logan denota desaliento—. ¿Te das cuenta de que la paz en nuestro hogar se habrá acabado?

—No causaremos problemas —les prometo, asumiendo que ya nada volverá a ser lo mismo. El rechazo que sienten por mí es evidente—. Dadme la oportunidad...

—En un Cooper no se puede confiar y tú serás una de ellos —apostilla Ethan.

—¡Dejad de decir tonterías, es vuestra hermana! —los amonesta mamá—. Cuando tu padre cometió el error, lo apoyasteis, ¿ahora que India os necesita le dais la espalda? Ojalá nunca os enamoréis de alguien que está prohibida para vosotros.

Ambos bufan. Ellos no creen en el amor, no después de la traición de Kayla y papá.

—Es hora de prepararse —me recuerda Ailén, su palidez ha aumentado.

—Estaré encantado de acompañarte —apunta mi padre, sin recuperarse todavía de la emoción. No esperaba esta reacción. No se trata de Óscar, sino de nuestro pasado, de Niall y la unión que mantuvieron pese a todo. Apuesto a que está convencido de que no pierde a una hija, sino que gana a un hijo. Qué error—. ¿Me lo permites?

No, me gustaría decirle. Quisiera correr lejos, muy lejos de aquí. Donde no tuviera que toparme con los ojos acusadores de mis hermanos. Donde no existiese Leon Cooper. Porque subir las escaleras y ver sobre la cama el vestido elegido, recordándome que con el traje que iba a casarme está en el armario, porque ahora mi vida ya no la reconozco, es igual que como si me estuviesen clavando un cuchillo por la espalda.

Hace un día precioso, soleado, en la habitación se cuela una luz que incluso me molesta. Mamá, ajena a cómo me siento, abre más las cortinas. Ailén trae del baño el neceser de maquillaje, negando con la cabeza cada vez que cree que nadie la ve.

Finalmente, y sin poder contenerme más, vomito. No solo el desayuno, sino todo lo que tengo clavado en el estómago después del atracón de anoche.

—Relájate —me susurra Ailén en el oído cuando mamá nos deja solas para traerme un poco de agua, mientras, mi amiga junto a mí de rodillas en el retrete, me sujeta el cabello para que no me llene—. Igual ha recapacitado y no va.

«Ojalá», suplico en silencio.

Capítulo 4

Unión

Pero ahí está. A las doce me espera en el juzgado, va trajeado, de negro y con camisa blanca, hoy sí lleva la corbata. Con el cabello recogido, rígido, y las manos detrás de la espalda... Como el típico y orgulloso novio que sueña con ver a su futura mujer en el altar para unirse a ella. Mentiría si dijera que no está guapo y atractivo, lo es.

Una fachada que no le sirve de nada, su interior está vacío.

Ni siquiera soy capaz de seguir mirándolo mientras avanzo al que para mí se ha convertido en un camino de espinas. Me dedico a contemplar a los pocos invitados. Mamá, que se ha decantado por el color verde con un recogido. Ailén es más discreta, de negro, con un vestido que le cubre hasta los tobillos. Fran va de gris, como el amigo de Leon. La marcha nupcial, que suena a petición de Leon, cada vez me parece más lejana en esta pequeña sala. Supongo que mi rostro no manifiesta tristeza, sino nervios.

Es la excusa que he puesto durante el resto de la mañana.

Quiero llorar... realmente en mí está la necesidad de explotar y de escupir en forma de lágrimas el veneno que tengo enquistado desde anoche. Me he maquillado de manera sutil, sin destacar mucho, ocultando mis ojeras, pero debajo de esta maldita máscara densa, hay una mujer demacrada, consumiéndose lentamente.

—Estás guapísima —me piropea papá muy bajito.

—Gracias...

Jamás me he arreglado con tanta desolación, una que he disimulado.

Mi vestido es color crema, sencillo, no es un vestido de novia, sí para una elegante cena. Largo, de finos tirantes y escote en forma de corazón. Llevo una trenza cayendo por mi espalda... El ramo es un puñado de flores variadas que mamá ha recogido del jardín. Ahí he vislumbrado su miedo a que salga lastimada.

Le cuesta entender por qué no hemos esperado un poco más para tener una boda como la que ella siempre ha soñado para mí, le he recalado que era su sueño...

No el mío.

Le duele que me case con Leon el día de mi boda con Óscar. Que no haya respetado el espacio, su sufrimiento cuando sepa la noticia. «Confía», le he repetido.

No parece asimilar aun lo que estoy a punto de hacer y no me extraña.

—Bienvenida —me saluda el señor mayor que oficiará la ceremonia, cuando llego hasta Leon Cooper, al que mi padre me entrega con temblor. Leon no es capaz de ocultar el rencor que atesora dentro por él, pero papá se lo toma como un acto de nerviosismo por el reencuentro entre ambos. Por el enlace. Ingenuo—. ¿Empezamos?

—Un momento, por favor —pide Leon y lo observo con recelo. Detrás de nosotros oímos cuchicheos—. ¿Me acompañas, India? Tengo algo para ti.

—Será mejor que...

—No tardaremos —se excusa con el resto.

Señala hacia nuestra izquierda, donde hay una pequeña sala. En cuanto entro, él cierra detrás de mí. Su

expresión es imposible, pero alcanza una percha en la que se oculta un vestido. Sin pronunciar palabra, lo saca de su envoltorio.

Algo en mi interior se agita. ¿Qué pretende!?

—No importa que sea el novio el que vea antes el vestido, peor suerte no podré tener —declara sin maquillar cómo se siente. Es mutuo—. Póntelo.

—El que traigo está bien —lo desafío, rechazando su ofrecimiento.

—No es un vestido de novia.

—Y ese no será de mi talla —me excuso, orgullosa.

—Apuesto a que sí. —Enarca la ceja y dibujo en mis labios una mueca de asco—. Ya te he advertido que sé todo de ti.

—Quizá estoy en el lugar indicado para denunciarlo.

—Adelante, quizá sea el momento de reclamarle el dinero a tu padre —contraataca y me lanza el vestido, de modo que lo alcanzo al vuelo para que no termine en el suelo de esta fría y vacía sala—. El ramo me lo tomaré como una anécdota.

—Eres peor que un mafioso sin escrúpulos.

—Tu opinión sobre mí me es indiferente. Vístete y acabemos con esto.

—Sal. —Niega con la cabeza, aunque se da la vuelta—. Ni se te ocurra. . .

—Lo que menos me apetece es verte desnuda, ya te he dicho lo que me causas.

—No lo parecía anoche cuando me besaste —reniego, desnudándome a toda prisa.

—Sé cuál es mi papel y tú deberías de aprender ya el tuyo.

—Ni se te ocurra volver a hacerlo.

Silencio, no responde, por lo que aprovecho para reemplazar los vestidos. Vigilo por si él se atreve a espiarme, pero parece una estatúa, en esta ocasión con las manos delante de su cuerpo. Ni siquiera hace amago de girarse cuando me tropiezo y caigo de rodillas. Libero un quejido, que Leon Cooper ignora, por suerte. No querría verme en la tesitura de que me encontrara medio desnuda y que me ayudara a levantarme, no habría nada más violento en estos momentos. Un nudo se me forma en el pecho al imaginar que nos tengamos que enfrentar a una escena así en la convivencia. . .

—Ya estoy lista —anuncio, planchándome el vestido con las manos.

Leon se da la vuelta y hace un recorrido lento y tortuoso por cada rincón de mi ahora tembloroso cuerpo. No puedo negar que tiene buen gusto. Es precioso, de estilo corte de sirena. Ceñido y blanco roto, con algunos encajes. Escote de pico, sensual, profundizando esta zona con tirantes gruesos. Con la trenza queda perfecto.

Era una de mis opciones con Óscar, pero él y su familia son más clásicos. . .

—No es el que hubiese elegido —miento con un carraspeo para que detenga su forma de torturarme. Me incómoda cómo me observa—. ¿Has acabado ya?

Se humedece el labio con los ojos entrecerrados. ¿Qué pensará!? Se encamina hacia mí y con esa prepotencia que lo caracteriza ahora y que no ha dejado de sacar a relucir desde anoche, susurra a escasos centímetros de mi rostro:

—A la maniquí le quedaba mejor.

De repente, me parece haber retrocedido en el tiempo. Recuerdos que he intentado enterrar y que creí haber conseguido hasta hoy. Duele. Él no se acordará, pero solía burlarse así de mí cuando estrenaba ropa nueva. Busco signos de que lo ha hecho a posta, pero una vez más me encuentro con absoluta indiferencia.

—Imbécil —lo insulto, empujándolo, lo que propicia que me tambalee y termine aterrizando contra su cuerpo. Las palmas de mis manos en su duro y marcado torso es lo que evita que nuestros labios se toquen. Tengo el corazón justo ahí, en la boca. Su semblante varía, agarrotándosele la mandíbula y chirriando los dientes—. Ha sido...

—Vamos de una puta vez.

Se retira ofuscado y abre la puerta con desmedida urgencia. Mi pecho todavía sube y baja cuando consigo salir sin parecer que me he bebido unas copas. Mi familia se queda completamente atónita, sin excepción alguna, al descubrir mi nuevo vestido.

—Ay, India —solloza Ailén con tono dramático.

Mi padre parece complacido con el regalo de Leon y mi madre llora, ¿de emoción o de pena? Ella adora a Óscar. Sé que siente que lo he traicionado y no solo por la supuesta deslealtad, sino por lo que estoy a punto de hacer.

Si estuviesen por un segundo en mi interior...

—¿Empezamos? —llama nuestra atención el encargado de la ceremonia.

Ambos asentimos y, como sincronizados, nos cogemos de la mano, romantizando un momento que realmente es horrible. Al enfrentarme a la temida unión, cualquier emoción o sensación se desvanece. Ya nada importa, de repente, no siento ni frío ni calor. Reconozco que, a partir de aquí, es como si mi propio cuerpo no me perteneciera. No es una boda al uso, no hay padrinos, sino testigos. Hemos elegido a Alexis y a Ailén, intuyo que, porque son los únicos que conocen el pacto, aunque ninguno de los dos nos admitiremos que nuestros amigos son partícipes del secreto.

Así como la persona que nos está casando... ¿De qué sorprende?

Cuando me quiero dar cuenta, estoy firmando el acuerdo privado que ha sentenciado mi vida los próximos seis meses. A pesar de cómo me encuentro, leo cada párrafo. Leon Cooper no me ha engañado, la cláusula sobre la infidelidad sigue ahí. El segundo documento oficializa un matrimonio como otro cualquiera, con separación de bienes, por supuesto. En teoría, podríamos divorciarnos cuando quisiéramos, sino existiese el acuerdo privado que va ligado a esta absurda unión.

El momento de las alianzas lo vivo como una humillación.

Es un fino anillo de oro blanco, labrado... precioso.

Se lo coloco con premura, con la necesidad de acabar cuanto antes. Leon sí se toma su tiempo, llevando el teatro hasta el extremo. Finalmente, empuña mi mentón y humedeciéndose el labio inferior, me empuja con la otra mano por la cintura.

Nuestras miradas se entrelazan con intensidad.

Mis dientes empiezan a chocar entre ellos, por la inquietud que me causa el saber que va a volver a besarme, que ya es mi marido... ¡Lo aborrezco tanto!

Cierro los ojos, evitando que sus ojos y los míos sigan compartiendo esta intimidad como si no hubiese nadie

a nuestro alrededor, sobre todo, por lo que está a punto de hacer. Esta vez no es brusco, su boca apenas me roza. Trago con dificultad hasta que acuna mi rostro con paciencia y entonces sí me besa. Lo hace tan lento que no puedo evitar que se me escape un lamento. Ahora su barba no me araña... Su falsa delicadeza me recuerda a que es capaz de cualquier cosa. Su boca me busca y la mía, dispuesta a no despertar sospechas, cede por breves segundos. Es un beso tierno, suave y corto.

Un beso que me descoloca, que me provoca un leve mareo.

Al apartarme, miro hacia los invitados, prohibiéndome que él vislumbre mi vulnerabilidad. Ailén está emocionada, porque se muere de miedo. Papá no puede creerse esta unión, contra todo pronóstico, está feliz, no puede ocultarlo. Mi madre y Fran se abrazan, hay contradicción en ellos. No saben si reír o llorar.

Temen que me esté precipitando...

Alexis, el rubio de ojos azules y gesto pícaro, sonríe, parece divertido.

¿Es otro psicópata?

—Vamos a celebrar nuestro día —masculla Leon en mi oído—. Y se acabó esta farsa. En Los Ángeles apenas nos veremos y esta mierda no será necesario.

—¡Foto, chicos! —propone Alexis, supongo que por encargo de Cameron.

—Ahora me la mandas por *Bluetooth*, por favor —le pide mamá.

Todos se colocan para la fotografía con expresiones diversas, una fotografía en la que Leon y yo sonreímos como si fuese el día más bonito de nuestras vidas. Sin embargo, marca distancia con mi padre, mientras al resto le cuenta nuestros próximos planes.

—Hablaremos en Los Ángeles —le indica Leon a papá con absoluta indiferencia. ¿Cómo se atreve a tratarlo así después de cómo lo ha acogido? ¡No tiene compasión!—. Necesito que estéis todos los Murray para dejar las cosas claras.

—Hazla feliz —le implora mi padre pese a su petición.

Ambos se contemplan de frente con rostros serios. Los latidos se me disparan.

—Créeme que esta unión es lo mejor que le podría pasar ahora —le aclara Leon Cooper de manera tajante y entonces se dirige a mí—. Vamos, te tengo una sorpresa.

Es un cínico, ¿¡sorpresa, me habla de sorpresa!?

Sí, va más allá, no tiene límites.

Para la celebración en el restaurante que él mismo ha contratado, nos marcharemos los dos solos en el coche. Es una petición suya, que mi familia cataloga como un gesto romántico, de complicidad. Él me ayuda a montarme en el ostentoso Ferrari rojo, tapizado con lujo... El resto aplaude mientras nos lanzan pétalos de rosas blancas.

Es lo único con pureza que hay en nuestra unión.

Una vez dentro y bajo la atenta mirada de los que nos rodean, coge su teléfono, sin darme opción a que le reproche el beso o el resto evidenciaría mi cabreo. Una vez arranca y nos ponemos en marcha, me ordena sin ni siquiera mirarme:

—Silencio.

—Si vuelves a...

—Que te calles.

Me muerdo la lengua, aferrándome con furia a la tela del ceñido vestido. Tanta frialdad y que sea así de calculador me abruma. Finalmente pone en altavoz la llamada, como si no tuviese nada que ocultar o quizá es la idea.

—Ya está hecho —informa Leon a alguien, supongo que al monstruo de su hermano—. Hemos pactado que se convertiría en mi mujer y la deuda estaría saldada, con la cláusula de la infidelidad. Lo que no entendía era por qué atamos de esta forma.

—¿Y qué le has respondido?

—He preferido ser más suave, así el daño será mayor e inesperado —comenta y presto especial atención—. Le he contado que vivo obsesionado con ella desde que éramos adolescentes y que es mi oportunidad de tenerla a cualquier precio.

La risa irónica de Cameron me hiela la sangre.

«Hijo de puta». ¿Realmente no son cómplices?

—¿No ha sospechado del plan? —pone en duda Cameron.

—No, está desesperada por ayudar a su padre. No ha hecho preguntas.

—Qué extraño.

—Solo le importa saldar la deuda. Además, está un poco impactada —miente con un mohín amargo y los ojos fijos en la carretera. Sujeta el volante con fuerza—. Está tan vulnerable que es el momento perfecto para aprovecharme de la situación.

—Leon, oblígala a que te corresponda en todos los sentidos. Sobre todo, habiendo dejado a su novio plantado casi en el altar, imagínala enamorada de él y metida en tu cama. —Mi cuerpo se sacude por un espeluznante escalofrío. No doy crédito—. Ahora es tu mujer y la quiero sufriendo cada maldito día que esté a tu lado.

—Cuenta con ello —le promete a pesar de la brutalidad de su petición.

—Perfecto, te veo a tu llegada. Actuaré frente a los Murray como si nada, recuerda, yo también estoy sorprendido de vuestra relación. Supongo que como ella ha accedido contigo, no le has hablado de que tenía otra opción conmigo, ¿no? —pregunta con cierta diversión. Leon se tensa—. ¿O primero la has amenazado con mis condiciones?

—Tú no sabes nada de esto —le confirma sin darle más detalles—. Le he aclarado que los mensajes eran míos, haciéndome pasar por ti.

—Perfecto. Tu plan ha resultado más atractivo que el mío, felicidades, Leon. Además, tienes edad para sentar cabeza, rozas los treinta —se regodea el estúpido—. Por cierto, no encuentro mi carpeta negra, ¿la has visto? —Leon da un golpe en el volante.

—La quemé, sabía que ella cedería conmigo y ahí estaban las pruebas de lo que pretendías hacer, era mejor borrar cualquier rastro —le miente de nuevo sin expresar ninguna emoción en sus salvajes facciones. Está serio y seco—. He de colgar.

—Vale, has hecho lo correcto.

—Adiós.

—¡Oye! Disfruta de tu noche de bodas —bromea antes de cortar.

Lo miro de reajo desde el asiento del copiloto, esperando algo, ¡una aclaración! Quiero vomitar, me produce tanta repugnancia cómo están jugando con mi vida...

Él no aparta la mirada de la carretera, está completamente ausente.

Es un témpano de hielo.

—No vas a tocarme un pelo —lo amenazo ante su maldito silencio.

—Es una advertencia innecesaria —escupe con absoluto desprecio.

—Pues recuerda guardar tus besos para otras, que va incluido en tocarme, por si no te has dado cuenta. —
Espero su réplica, una que no llega. Quizá debería callarme, pero Cameron me ha sacado de quicio hasta el punto de desear vomitarle encima a cualquiera de los dos Cooper, por lo que prosigo—: La historia que le has contado a tu hermano, ¿la has improvisado esta noche solo o lo hicisteis juntos?

—Tendría que haberle dejado que llevara a cabo su venganza, te aseguro que tu sarcasmo habría desaparecido. —Me mira de reajo—. No tienes ni puta idea de lo que te has librado. En el fondo, te lo merecías.

—¿Merecía corresponderle en todos los sentidos sin importar mi rechazo? —lo reto con la asquerosa frase que ha pronunciado su hermano—. Sois unos neandertales.

—No pienso discutirlo.

—Es que no puedes...

—Cameron no tiene ni idea de que no has dejado a tu novio por mí —chasquea la lengua. ¿Y este comentario?—. Solo por prevención, ¿qué ha sucedido?

—A ti te lo voy a contar.

—Si algún día lo descubre, sabes a qué te enfrentas —vuelve a amenazarme, ronco—. Se lo estás poniendo muy fácil.

—Para eso estarás tú, ¿no? Para cubrir mis mentiras —lo reto, altiva y rabiosa.

Mutismo.

Tras un corto trayecto, llegamos al garaje del lujoso restaurante donde «celebraremos» con una comida nuestra unión, con todos los invitados, con mi familia.

Agradezco que mis hermanos no hayan venido. Aunque todo parece creíble.

Leon Cooper ha calculado hasta el mínimo detalle...

¿Por qué estaba tan seguro de que aceptaría su propuesta y no la de Cameron? Es cierto que no tenía otra opción tras contarme el plan de este.

Pero intuyo que hay cosas que se me escapan... Es obvio tratándose de ellos.

Y haré lo imposible por descubrirlos en Los Ángeles.

—Vamos —me anuncia con un carraspeo.

Me bajo en cuanto él lo hace. Con la mano y sin mirarme, me indica que lo acompañe. Una vez en la puerta del ascensor, me indica por encima del hombro:

—Ya has oído la conversación, compórtate de manera dócil o sospechará. —Me ofrece su mano y sin reprimirme, escupo en la palma de esta—. ¡Basta de una vez!

Se la limpia con el pantalón enseguida y, pillándome desprevenida, me empotra en el interior del elevador. Me quejo de dolor, intentando golpearlo.

Está desquiciado, irritable. Trago saliva, ¿se atrevería a hacerme daño?

—No me lo pongas más difícil —me amenaza, casi rozando nuestras bocas.

—M-e das asco.

—Pues transforma ese asco al igual que yo o regresa a tu puta casa y piérdelo todo.

Acto seguido, se aleja de mí inspirando muy hondo y me coge de la mano; a pesar de mi forcejeo, obligándome a que, al salir, camine a su lado. Me arde su toque y no solo los dedos, también cada centímetro de la piel... No sé cómo explicar lo que siento. Estar con Leon Cooper me trae tantos recuerdos, la de unos inocentes niños jugando sin maldad... Y ahora es el hombre que se ha convertido en mi marido, el mismo que va a condenarnos a la infelicidad por una venganza que no tiene sentido.

Capítulo 5

Explosión

En cuanto nos ven llegar, todos se ponen de pie. Nos aplauden, yo sonrío, aunque por dentro esté haciéndome pedacitos. Con cada minuto que acontece, más consciente soy de mi cruda realidad. Del daño que causaré a lo largo de estos eternos seis meses...

Mi madre se adelanta más resignada, lo que me da la oportunidad de liberarme de Leon. Ailén la persigue, aunque algo tímida. La conozco demasiado bien para saber lo que le causa el hombre camina a mi lado.

Le tiene respeto o quizá la palabra más acertada sería miedo.

—Estás preciosa, cielo —murmura en español mamá y me acaricia la mejilla—. Leon realmente se ha ocupado de que, en poco tiempo, tengas una boda muy íntima, bonita. Con tu vestido, el festejo. Reconozco que me ha sorprendido.

—Él es así —expreso con un suspiro de resignación. Qué fácil ha caído.

—Siempre fue buen chico, bueno, él y su hermano. ¿Cameron está bien?

—Sí, ya sabes...

—Cómo es la vida, India, os ha reunido pese a todo. Es lo que me calma, sabes que contra el universo no se puede luchar. Hay cosas que están destinadas a suceder.

Asiento con un suspiro, ella es muy mística con «las señales y el dichoso destino».

Yo antes también lo era.

—Tus hermanos han llamado, vienen hacia aquí —me avisa Ailén, jugueteando con su cabello, nerviosa. Trago saliva—. Quieren hablar con Leon...

—Preferiría que lo hicieran ya en Los Ángeles.

—Tarde —nos anuncia mi amiga, señalando hacia la puerta.

Papá, que hasta el momento hablaba con Alexis y Fran, se incorpora y les corta el paso. Ambos entran con andares chulescos, altivos. Leon los espera con los brazos cruzados sobre el pecho. «La guerra ha comenzado». De repente, recuerdo cuando eran unos niños y jugaban a retarse... Nada queda de aquello y ni de ellos.

Nueva punzada en el corazón.

—¿Entendéis? —La advertencia de mi padre me obliga a volver a la realidad.

No sé qué es lo que les dice, pero tanto Ethan como Logan asienten. Se calman o es la sensación que tengo. Lo último que me apetece ahora es un conflicto.

—Ailén, dejémoslos que hablen —le pide mamá a mi amiga. Yo solo tengo ojos para los cuatro hombres que se están reuniendo en mi presencia.

—Cuáles son tus intenciones con ella —interroga Ethan sin disimular su rechazo. Ellos fueron inseparables, con un vínculo muy especial y es imposible que no me emocione al verlos juntos de nuevo—. Cooper, si le...

—Se ha convertido en mi mujer, creo que la respuesta es demasiado obvia. —Leon, más serio que nunca, envuelve su mano en mi cintura y me acerca a él. Su respiración acaba en mi oído, erizándome la piel. Logan

bufa al vernos así—. Seré claro, mi relación es con ella, de vosotros no quiero saber absolutamente nada.

—Vivirás bajo nuestro techo —le recuerda Logan con desgana.

—Porque que India lo necesita mientras se construye nuestra casa. —Jugueteo con la alianza, que me produce urticaria, sintiéndome muy miserable por permitir cada mentira—. Creo que es otra muestra de lo que siento por ella.

¡Cínico!

—Démonos tiempo a todos —nos aconseja papá con la esperanza de que nuestras familias se unan. Está ilusionado con ello y enseguida me demuestra que no me equivoco, aunque lo desearía—. A Niall le gustaría...

—No lo mencionemos —lo interrumpe Leon de malos modos.

Ethan me contempla con dolor. Nos estudia juntos y tengo la sensación de que se le revuelve el estómago y no me extraña. Justo ahora me siento igual.

—Nos van a servir, por favor, disfrutemos de este día. India se irá y no la veremos hasta los próximos meses —nos avisa mamá. Ailén le acaricia la mano, consolándola. La creo un poco agobiada al no entender el idioma y depender del resto para que traduzcan—. Romped el hielo con el baile, ¿alguna canción preferida?

Miro a Leon sin saber qué responder. Con la sensación de que en cualquier instante se darán cuenta de que no tenemos nada en común.

Sin embargo, él le hace una indicación a uno de los camareros, mientras mis hermanos y mi padre ocupan su lugar en la amplia mesa redonda que nos han preparado, en una sala reservada solo para nosotros.

Hay tarta, una gran variedad de comida, bebida, frutas, una fuente de chocolate...

No puedo evitar acordarme de Óscar, algo parecido, pero con más invitados, habría sido nuestro enlace. Me extraña que no me haya llamado, intuyo que su familia lo está reteniendo, han deseado cada día que nuestra unión no llegara. ¿El por qué? No soy de su clase social, ni del círculo en el que ellos se mueven.

Siempre me han tenido por una aprovechada.

De repente, suena una canción que no espero. Es en español... ¿por qué la ha elegido si no la entiende? *Nos damos la vida* de Galvan Real.

Leon, como un perfecto seductor, me pide la mano para que nos situemos en el centro, donde hay una pequeña y colorida pista. Se la cedo algo reticente y de un suave empujón, me ciñe a su cuerpo. Gimo y de vergüenza, apoyo la cabeza en su hombro, dejándome guiar por la melodía. Por primera vez desde que él apareció anoche, unas lágrimas escapan de mis ojos. Hoy podría estar bailando con Óscar, después imos de luna de miel y, a partir de ahí, construir un futuro.

Un futuro ahora incierto.

—Está emocionada —escucho cómo musita mamá—. Todo esto es muy fuerte.

—No ha debido ser fácil enamorarte de quien no debías —apostilla mi padre.

—Lo podría haber evitado, es un daño irreparable —añade Ethan.

Cierro los ojos, conteniendo el aliento cuando las manos de Leon descienden por mi espalda y se detienen en el inicio de esta. No hablamos, me limito a oír la letra de la canción: *quizás, tal vez no me entienda ni yo... Qué es lo que sientes al tocar mis manos... Esas ganas de volver a verte, la alegría de poder besarte...*

El resto de la letra no es menos romántica y confusa.

¿La ha elegido al azar? Ciertamente es preciosa para una declaración de amor.

Cuando acaba la canción, nos separamos enseguida. Tal vez porque somos conscientes de la intimidad que estamos compartiendo, otra vez. Leon, supongo que, por inercia, me coge de la mano y me lleva hasta la mesa. No repara en mi dirección y el resto de la velada no es menos tensa. Una velada en la que mi mente no está aquí y de la que guardaré vagos recuerdos. Mis hermanos y él se desafían con la mirada, mi padre trata de calmar el ambiente, comentando la delicia de canapés que han preparado. Lo bueno que está el vino; el soleado día que hace hoy 28 de mayo.

A mi madre la pillo hasta en diez ocasiones pensativa, observando a través de la ventana sin ver más allá. Ailén me ha confesado que tanto su padre como mamá están pensando en cómo presentarse en casa de Óscar y expresarles su pena. Algo que no ha hablado conmigo. Su comportamiento es lógico, no como haré yo, que huiré como una cobarde en apenas unas horas. En cuanto a mamá, sé que hoy sus buenas palabras y su manera de mantener el tipo es para que yo no me sienta peor. En el fondo no entiende mi conducta, la conozco, lo percibo en sus ojos marrones.

Me contempla como queriéndome descifrar, ver «señales». Si supiera la verdad. . .

La tensión aumenta cuando Leon añade que me tiene una sorpresa más: pasaremos la noche en un lujoso y céntrico hotel de la capital. Ailén se desencaja y, fingiendo que casi se atraganta con la carne a la brasa, me pide que la acompañe al baño. Una vez ahí, cierra la puerta y se deja caer en esta con verdadero terror.

Está guapísima, recatada, no suele exhibir su cuerpo.

—¿Y si te hace algo? —lanza la pregunta sin apenas voz—. Diré en casa que voy a pasar la noche fuera con una antigua amiga y me hospedaré allí, cerca de ti.

—Todo saldrá bien —la convengo, aunque la calma en mi interior ha desaparecido. Pero no lo exteriorizaré—. Ve con mi padre y mis hermanos. Salís en el primer vuelo como hemos quedado y, horas más tarde, estaré allí con vosotros.

—Grita ante cualquier. . .

—No me hará nada —le aseguro, convencida, sin saber por qué.

—Está bebiendo, ¿y si. . .?

—Sé defenderme, no te preocupes, te llamaré si algo sucede.

—¿Crees que será como su hermano?

—No lo sé, a veces pienso que realmente quiere cumplir la voluntad de su padre, otras, en cambio, creo que han pactado todo —confieso, confundida—. Pero voy a averiguarlo y si miente, me convertiré en su infierno personal.

La rubia asiente, abrazándose como nunca, como si tuviese miedo de soltarme. No tiene ni idea de lo que significa para mí que me acompañe a Los Ángeles. Jamás me ha fallado y en mi peor momento aquí está.

—Odio no entender nada y tener que estar preguntando —revela al apartarse.

—En casa de mi padre no será así, Leon tendrá que adaptarse.

Más relajada, regresamos al lujoso salón. El decorado es muy exclusivo, rodeado de flores blancas, lazos en rosa pastel. Las sillas son doradas, como los filos de las mesas. Hay ramos de rosas rojas en el centro de estas y un perfume de regalo a cada invitado.

¿Cómo ha organizado esto en tan poco tiempo?

Preguntas y más preguntas que no tienen respuesta, de momento.

La hora de la despedida es como si me estuviesen arrancando un pedazo de mi alma. Mi madre llora, Fran nos consuela. Mis hermanos se limitan a recordarme que me esperan en Los Ángeles. Papá continúa en su nube, con Niall en el pensamiento.

Ya en el coche, miro a Leon, frenética, destrozada.

—¿¡No has podido dejar pasar lo del hotel!?

—Lo lógico es tener una noche de bodas —explica secamente, conduciendo—. Pero no te preocupes, es una suite y tiene una sala, yo dormiré ahí. Simplemente he creído que era lo más conveniente para hacer creíble esta maldita unión.

—No quiero que te acerques a mí.

—¡Ya te he dicho que jamás lo haría! —grita, golpeando el volante—. Tú me repugnas, como todos los que llevan tu apellido.

—Es mutuo —insisto, sin permitir que me afecten sus palabras. Yo también me siento igual con los Cooper—. No corras... has bebido.

—Una puta copa hace tres horas —me recuerda y estaciona en el hotel—. Baja.

Lo obedezco y no mucho tiempo estamos entrando en la suite. Otro detalle que no ha pasado por alto. La habitación está decorada en tonos rojizos, el color de la pasión.

Reconozco que mis piernas se convierten en gelatina cuando cruzo la puerta.

Entonces él desaparece, se mete en la sala que ha mencionado y cierra la puerta. Suelto las maletas o más bien las empujo y me lanzo contra la cama, golpeando el colchón con la misma cólera que quisiera hacerlo con Cameron Cooper. No sé desahogarme de otra manera. Nunca le perdonaré el calvario al que me está sometiendo y no me pienso cruzar de brazos. Ellos ya no conocen a India Murray.

La falsa calma que reina en la habitación de no ser por mi pataleta, la arruinan cuando llaman a la puerta, presumo que es media o una hora después de que estemos instalados aquí. He perdido la noción del tiempo. Me alerto ante los golpes, parece urgente. Espero que Leon salga, pero de repente es como si me encontrara sola.

En el fondo, me relaja su ausencia.

Me incorporo despacio, suponiendo que será el servicio de habitaciones...

—No me lo puedo creer —murmura Óscar al otro lado, examinando mi vestimenta. Me siento morir—. ¿Cómo has podido jugar así conmigo?

—Yo...

—¡Tú eres una cualquiera!

No me da tiempo a responderle. Leon Cooper lo tiene cogido por el cuello y yo soy incapaz de moverme, las piernas me pesan como si llevase plomo.

—¡Fuera de aquí! —grita en inglés. Lo empuja fuera de la habitación, su expresión es terrorífica—. No vuelvas a molestarla.

—Esta era mi noche de bodas —escupe Óscar, comunicándose en el mismo idioma—. ¿Cómo has podido casarte con una mujer que hasta anoche era de otro?

—Siempre fue mía.

Me quedo sin respiración, a punto de desplomarme.

—¡Esto no va a quedar así! —insiste Óscar.

—Por tu bien, espero que sí —le advierte Leon, señalando hacia el ascensor. Alexis sale de la habitación de al lado, dispuesto a colaborar para echar al hombre que hoy se iba a convertir en mi marido—. Llévatelo —le ordena desenchajado.

—Ojalá te destruya como lo ha hecho conmigo.

—Vete si no quieres dormir en el calabozo.

—Yo me ocupo —le dice Alexis, todavía con la ropa del enlace.

—Lo quiero lejos de ella. —Y con las mismas, le cierra la puerta en la cara. Por un momento mi intención es abrir, disculparme por ser tan sucia de casarme con otro el mismo día que iba a convertirse en mi marido. Como si me regocijara. Pero Leon me retiene por la muñeca—. ¿Qué coño haces?

—¡Merece una explicación!

—Tú no entiendes nada, ¿no? —Me zafo de su agarre, encarándolo. ¿¡Otra vez la frase!? Aprieta los dientes, como queriéndome hacer entrar en razón—. Mi hermano te quiere tender una trampa parecida y la primera noche se lo vas a poner en bandeja. ¿¡No te das cuenta del peligro que supone!?

—Él está en Los Ángeles.

—¿Quién nos dice que no haya mandado a alguien a espiarte? Es obvio que él mismo lo haya avisado de que estamos aquí. —Reflexiono, preguntándome cómo Cameron puede ser tan despiadado—. No tienes ni puta idea de hasta dónde puede llegar su sed de venganza. ¡Deja de ponerme entre la espada y la pared!

—¡Me habéis destrozado la vida!

—Algún día entenderás que te la he salvado —escupe y se da la vuelta, no sin antes advertirme—: Ni se te ocurra abrirle a nadie.

—¡Tú no me mandas!

—¡Y tú no me gritas más después del sacrificio que estoy haciendo!

—¿Y qué vas a hacer para impedirlo? —lo reto con las manos en la cintura.

De dos zancadas, está delante de mí, cerrándome el paso. A escasos centímetros de mis labios. Se humedece los suyos, echo la cabeza atrás. Me fulmina con la mirada.

Sus ojos verdes arden sobre mí.

—No te atrevas —le advierto con un hilo de voz.

—Entonces deja de ponerme a prueba o será así como te cierre esa maldita boca.

—Cualquiera diría que te doy asco.

—No imaginas cuánto, hasta el punto de preferir besarte y callarte, que tener que escucharte —aclara, indignado por mi insinuación—. No me molestes más.

—No tenía intención de hacerlo.

Abandona la habitación, dando un fuerte portazo al cerrar y encerrarse en la sala.

¡Te odio!

Miro a mi alrededor, inspeccionando la enorme cama con sábana de seda roja, ahora desecha tras mi ataque de

nervios; el jacuzzi está con las burbujas preparado para su disfrute, las copas de vino, junto a este en una cubeta con hielo, las rosas, por el suelo. Ahí es cuando soy consciente de la transformación que ha habido en mi vida de la noche a la mañana. La explosión más devastadora estalla en mi interior y permito que fluyan todas esas emociones controladas desde ayer.

Abro la terraza, necesitando aire, me siento en la tumbona sin importarme cuánto se arrastra el vestido y mi llanto truena ante el silencio de la noche. Lloro hasta tener la sensación de que me están rasgando por dentro. El dolor y la decepción en los rostros de mis seres queridos se hacen presente y la agonía aumenta hasta sentir que me quedará sin respiración. Óscar nunca va a perdonarme mi traición...

¿Cómo soportar seis meses fingiendo una realidad que me mata?

—India. —Su voz irrumpe sin que me lo espere y enseguida me limpio las lágrimas con recelo. Cierro los ojos, pero se me escapa un quejido cuando me llama nuevamente. *India*—. Sé que es difícil, pero yo no te lo pondré aún más. Evita estos dramas, no podemos hacer nada.

—No estoy preparada para llegar a Los Ángeles contigo de la noche a la mañana —confieso, cubriéndome la cara con las manos—. Necesito tiempo para asimilar...

Me interrumpo al intuir que se para delante de mí. Lo busco, se ha arrodillado y está justo a mi altura. La dureza en sus facciones no desaparece, esa frialdad que ha demostrado desde que se coló por mi ventana. Recordándome que no lo reconozco...

—Tenía un viaje pendiente a Miami Beach para un futuro proyecto, iba a analizar el turismo, zonas y demás, puedes venir y así el plan perfecto continuará —me sorprende de repente. Guardo silencio y él prosigue—. Estaremos en distintas habitaciones y no tendremos que cruzarnos. Estarás sola, podrás aceptar de una vez tu nueva vida y yo continuar con la mía. Y si necesitas más tiempo, regresaré antes y le contaré a Cameron que, tras los primeros días juntos, te he dado espacio para que te recuperes del *shock*. Le haré creer que has sido mía incluso en contra de tu voluntad.

Su voz se apaga a medida que exterioriza su plan, uno que me produce náuseas y del que entiendo que él se avergüenza o quiero pensarlo. Necesito hacerlo para soportar esta agonía. Entonces levanta la mano, no sé si con la intención de secar mis mejillas, pero cierra el puño y lo deja caer al vacío.

—Es lo único que puedo ofrecerte —concluye rehuyéndome.

—¿Por qué lo harías? —Intento sujetarle la mandíbula para que me lo explique mirándome a los ojos, pero queda en un mero intento. Me rechaza con un bufido.

—Porque me comprometí a protegerte y, muy a mi pesar, lo cumpliré.

—No puedo creerte —susurro, secando la humedad de mi rostro.

—Yo tampoco lo haría, pero soy tu única salida.

—Por ahora —aclaro, despectiva—. Acepto lo del viaje. Encárgate de todo, se te da bien armar un cuento hecho a medida. Dame una o dos semanas para asimilar que compartiré seis meses de mi vida con un maldito y salvaje Cooper.

—Perfecto. Yo también necesito tiempo para afrontar que debo proteger a quienes tanto odio. Tú no eres la única que está pasando por un puto tormento.

Y con el mismo sigilo que ha llegado, desaparece. Ya no lo vuelvo a ver durante el resto de la noche, otra

noche eterna en la que el insomnio me acompaña.

A las cinco de la madrugada dejo la terraza atrás y me tumbo en la cama con el vestido aún, cubierta hasta al cuello y con el móvil en la mano, por si Leon Cooper aparece. Entonces su frase retumba una y otra vez en mi mente sin descanso:

—*Tú me repugnas, como todos los que llevan tu apellido.*

Estoy tan mal que incluso se me adelanta el período, supongo que todo se debe a los últimos acontecimientos... Me doy cuenta de que he manchado el vestido, pero no quiero cambiarme hasta que él se marche y me quedo ahí, hecha un ovillo.

El ruido de la puerta me desvela cuando estoy conciliando el sueño ya amaneciendo. Oigo sus pasos, inquietándome. ¿Viene hacia mí? No me muevo, me finjo dormida. Noto un leve roce en el pelo, por lo que me incorporo sobresaltada.

—¿Qué coño es esto? —lo acuso, señalando los billetes que ha depositado junto a mí en la cama con una nota: *por si tienes que hacer frente a algún imprevisto antes de irnos debido a tu nueva vida. Voy a despedir a Alexis, ya ha organizado el viaje, nos vamos esta misma tarde*—. No necesito nada tuyo. ¡No soy tu puta!

—Ni pagarías porque lo fueras —contraataca dirigiéndose a la salida.

Capítulo 6

Tensión no resulta

La paz que siento cuando él se marcha no se compara con nada en el mundo, no ahora. Antes mi calma se basaba en otras cosas más banales. Los Cooper me han arrebatado todo y me encuentro bloqueada, apenas puedo pensar, me cuesta hilar cada pensamiento. ¿La razón? Las imágenes de ayer son demasiado poderosas.

Esa maldita boda.

Las tengo clavadas y no solo en mi mente, también en mi corazón hecho añicos.

—¡¡Os odio!! —chillo, a pesar de que ninguno de los Cooper puede oírme.

Furiosa, lanzo los billetes por los aires y atiendo el teléfono que no deja de vibrar, tengo más de diez mensajes de Ailén, a la que le cuento los nuevos planes y le pido que informe a mi familia de que al final si habrá luna de miel... Le insisto en que no se preocupe, que sé lo que hago. Que me dé espacio, que por momentos siento que mi realidad solo es una pesadilla. Ella teme, le da miedo que me vaya de viaje con Leon, ¿qué más puedo hacer? En Madrid no es seguro estar, si me ven todo se irá a la mierda. Si algo me sucede... mi familia ya sabe con quién estoy, aunque en el fondo, una vocecilla me asegura que él cumplirá con su palabra, ¿el motivo?, lo desconozco.

Pronto lo averiguaré.

De repente, unos gritos me alertan de que afuera se está librando una batalla. La voz, su voz, es de pura agonía. Óscar me llama enloquecido. «¿Qué has hecho, India?».

Me cubro la boca con las manos, sin moverme, oyendo cómo alguien lo retiene.

—¡¡India, sal, joder!!

«Ojalá pudiera».

—El señor Leon Cooper nos ha pedido que nadie se acerque a la habitación de su mujer, retírese o llamaremos a la policía —le advierte una voz grave, masculina.

—¿Leon Cooper? —repite Óscar.

—Sí, márchese de las instalaciones, por favor.

—¡¡No entiendo nada, odiabas a esa gentuza!! —grita el que hoy podría ser mi marido. Conoce la historia de la enemistad entre las dos familias, como mi madre, no el infierno que vivimos después y del que hui—. ¿¡Tanto poder tiene para que estés aquí protegiendo a una mujer que hasta ayer era mi prometida!?

—Se acabó, fuera —le responde el tipo que hay apostado en mi puerta—. Tiene prohibido acercarse incluso en las inmediaciones.

¿¡Qué voy a hacer!? Ya los gritos desesperados de Óscar se pierden con la lejanía. Me incorporo como puedo, el nerviosismo consigue tumbarme de rodillas y ahí, anclada en el suelo, golpeo la superficie, abatida. No mucho después la puerta se abre y miro hacia atrás, sobresaltada. Es Leon Cooper, que se agarrota ante la imagen que se encuentra. Me entristece lo que debo proyectar, justo lo que él y su hermano pretenden.

Derrotada, todavía vestida de novia y manchada de sangre.

Aun así, soy incapaz de moverme. El cuerpo me pesa como si cargase plomo.

—Prepárate, tenemos que marcharnos cuanto antes —me ordena con un carraspeo—. El hijo de puta de tus ex te está poniendo en peligro.

—¡No lo llames así!

—No me levantes la voz.

—¡Entonces respeta a la persona que me ha hecho sentir como nadie!

—Te recomiendo que olvidéis ya esta historia si no quieres que tu familia pierda todo. —Me apunta con el dedo, con la mandíbula desencajada—. Esto no es un juego y te está costando entenderlo. Levántate de ahí, quítate ese vestido y prepárate.

—¡Sal de aquí!

—Bien, pero recuerda, no es necesario, solo con mirarte me produces arcadas —escupe, negando con la cabeza—. Estaré en la puerta, avísame y nos iremos.

Ya en Miami, sí. Tras un vuelo de nueve horas que me ha parecido interminable. Lo único que me ha aliviado es que ni siquiera ha estado sentado a mi lado. Cuando hemos aterrizado, un taxi nos ha llevado a nuestro destino. Un lujoso hotel a pie de playa que no disfruto durante la estancia. Solo quiero encerrarme y olvidarme de mi nueva vida. Me es indiferente lo que me rodee, ya nada es igual. Yo no lo soy.

Mi mente se transforma por días en este encierro voluntario. Me cuesta reconocer mis sentimientos, han cambiado tanto. Ahora persigo una sola cosa y no me detendré hasta conseguirla. Me lo debo, también a mi familia. Los reproches de Óscar y su familia a través de mensajes es otro de los motivos. Hay demasiadas personas sufriendo.

—Sal a despedarte, te vas a volver loca —insiste Ailén al otro lado del teléfono—. Llevas en esa habitación casi dos semanas.

—Ahora estoy en la terraza —murmuro, sentada en una hamaca mientras observo la preciosa luna que me ilumina—. No puedo salir, no quiero encontrármelo.

—India, vais a compartir casa en unos días —me recuerda con pesar.

—No sé cómo lo haré, no soporto su presencia, sé que se está camuflando y que cuando lleguemos a Los Ángeles, empezará a cobrarse la venganza junto con Cameron.

—Es complicado, quiero que hablemos a tu vuelta.

—¿No te habrás creído que me protege? ¡Me ha destrozado la vida!

—Chis, cálmate, por favor.

Un ruido a mi izquierda me alerta de que no me encuentro tan sola como creía. Leon Cooper se halla a escasos metros, en su terraza, apoyado en el muro que nos separa.

Vuelve a ir completamente de negro, sin excepción alguna.

Del mismo color que es su alma.

—Te llamo en otro momento —aviso a Ailén y corto la llamada, ajustándome el camisón corto y blanco que llevo puesto—. Fuera de ahí.

—Voy a coger un vuelo esta misma noche, te espero en Los Ángeles en dos días.

—¿A qué viene esta repentina decisión? —replico a la defensiva, con el ceño fruncido. Su mirada no se aparta de mí, es intensa, profunda, llena de incógnitas—. ¿Necesitas llegar antes para preparar el terreno junto al demonio de tu hermano?

—No daré más explicaciones. Creo que he demostrado demasiado ya.

—¡Mentira!

—Te he librado de él y de cualquier plan en el que sufieras daño. Estamos de viaje, me he encargado de hacer que esta farsa parezca más creíble, no me he acercado a ti y he puesto a tu disposición solo lujos, ¿qué demonios quieres?

—Sé que esto no ha hecho más que empezar, ¿me equivoco?

—Piensa lo que te dé la puta gana.

Me levanto de un impulso al ver que se da la vuelta y que cruza hacia el interior de su suite, ¡no soporto que me dejen con la palabra en la boca! Sin pensar en lo que estoy haciendo, corro hacia adentro, directa a la puerta que comunica ambos apartamentos, aunque solo desde el mío puedo acceder al suyo y no al revés. «Por si necesitaba algo», fueron sus palabras. ¡Cínico! Al entrar, lo veo con la cabella apoyado contra la pared. ¿¡Qué está planeando!? No domino mi fuerte carácter y lo sujeto por el codo para que me mire de frente. Su expresión es terrorífica al buscarme por encima del hombro y encontrarse conmigo. No da crédito y yo, al ser consciente, tampoco.

—Fuera —masculla entre dientes—. ¿Estás loca o qué?

—¡Es lo que queréis, que pierda la cabeza!

—Suéltame y vete, ¿te das cuenta de que estás en mi habitación?

Baja la mirada, deteniéndose en mi escote. Un calor abrasante me sorprende.

—T-Te demuestro una vez más que no te tengo miedo.

—Esta noche deberías —me advierte tan ronco que me eriza los vellos.

—Qué... Yo... —Me trabo, sin entender esta tensión—. ¿Qué me harías, Leon?

—Nada placentero para los dos entre tanto odio.

Se zarandea para soltarse, pero me intimida con su cuerpo. Se me escapa un jadeo. Apenas tengo espacio, me falta el aire. Su boca está a escasos centímetros de la mía y su respiración es ansiosa. ¿Por qué finge que está sufriendo justo ahora?

—Vete, India, y no me pongas a prueba o te juro que te arrepentirás.

Cierra los ojos, atormentando. ¡Tiene que estar mintiendo!

—R-Respóndeme, Leon, ¿me harías algo en contra de mi voluntad?

—Ya lo estoy haciendo, protegerte, pero de nada me ha servido, ¡fuera!

Aturdida, salgo corriendo cuando él se aparta para que abandone su suite. Una vez en la mía, cierro por dentro y descanso la cabeza contra la madera que nos separa.

¿¡Qué me ha pasado!?

El corazón me va a mil por hora, aunque no por el motivo que quisiera.

Capítulo 7

Doble juego

Así es como transcurren nuestros primeros quince días de casados. Sin vernos hasta que él decidió adelantar su vuelta. Mamá ha pedido fotos de Miami, donde se supone que era nuestro viaje soñado, otra «sorpresa» de Leon que convence a mis padres de su amor por mí... Cooper se ha encargado también de ese detalle. De las fotografías que me reenviaba en cuanto las tenía, sin ningún asunto en cada mensaje, porque así se lo pedí. Cero contacto.

A mamá y papá le he mandado algunas instantáneas del paisaje a nuestra llegada, pocas, también del hotel y de sus instalaciones, ninguna de nosotros juntos, pero tampoco sospechan. Nos limitamos a mostrarles «dónde estamos», algo común en mi familia, pues odiamos las fotografías desde que todo pasó y esto no es nada nuevo para ellos. Además... recién casados, hasta la boda viéndonos supuestamente a escondidas por un amor prohibido, ¿qué era de esperar? Que nos olvidáramos del mundo.

El escenario perfecto, un cóctel de mentiras hecho a medida.

Están recuperando el tiempo perdido, es lo que suele repetirles Ailén.

Cuando aterrizo en Los Ángeles, lo que menos imagino es que Leon me esperará en el aeropuerto y no, no está solo. Cameron Cooper también está ahí. El moreno tan parecido a su hermano, excepto por el cabello corto y su rasurada barba, lo acompaña con una sonrisa que borraría de un bofetón. Tiene dos años menos que Leon, aun así, podrían pasar por gemelos. Hoy se han puesto de acuerdo, van con trajes de chaqueta, de azul oscuro, casi negro. A su alrededor despiertan curiosidad, miradas coquetas, insinuantes... ¿Era necesario este numerito? ¿Por qué Leon ha permitido que su hermano se presente aquí? «Son iguales, acéptalo».

—Bienvenida, cuñada. —Se acerca a darme dos besos y yo me quedo estática. Huele bien, aunque me repugna todo de él. Incluso el perfume caro que lleva—. Vaya sorpresa, lo que menos imaginaba era que mi hermano estaba loco por ti.

Entonces empuja a este para que me salude, ¿necesita ver con sus propios ojos como me torturan? Si conociera a este Leon, diría que hay una disculpa en su profundo y verde mirar. Está agarrotado, receloso. También demacrado.

¿Esta vez no está de acuerdo con su hermano?

Hace una revisión de mi cuerpo, de mi ceñida falda negra con la camisa blanca y escote de pico. Supongo que forma parte de su teatro, pero me pone nerviosa.

Me estremece.

—Bienvenida —masculla y con un suspiro, me acuna el rostro. Cierro los ojos, sabiendo lo que vendrá a continuación. Su boca no es suave, incluso me resulta violento, excesivamente efusivo. Su corta barba araña mi sensible piel sin cuidado alguno—. Tenía muchas ganas de verte.

—Me lo imagino —protesto contra sus labios.

—No llevas la alianza —me amonesta en voz baja.

—Está en el bolso... Me da alergia.

—Póntela en cuanto salgamos de esta. No quiero más errores así.

Se retira lentamente y puedo advertir cierta culpabilidad. ¡No es sincero!

—Eh, solo habéis estado separados dos días —rebate Cameron para hacerme creer que él no sabe nada—. Leon se adelantó por trabajo y tu retraso, según me ha contado, se debe a que necesitabas recoger algunas cosas en España. No es para tanto.

—Es duro separarme de ella después de la luna de miel —apostilla Leon.

¡¡Par de imbéciles!!

—He pensado que podría ir a ver a tu familia y que cenáramos todos juntos —propone Cameron con una sonrisa triunfante, asquerosa—. ¿Qué os parece?

—Otro día, los Murray y yo estamos reacios de momento y ahora tengo ganas de estar a solas con mi mujer.

—Ruedo los ojos sin poder evitarlo ante este absurdo circo—. Te veo mañana en el hotel principal, India y yo nos iremos en taxi. Mi coche ya está estacionado en casa de los Murray.

—¿No preferís que os lleve?

—No, mi mujer y yo tenemos un asunto pendiente que no puede esperar.

La risa maliciosa de Cameron resuena en mis oídos. ¿Le gusta creer que su hermano va a someterme a su entera voluntad? Es repugnante, enfermizo.

—De acuerdo, lo dejaré pasar. Sé las ganas que tienes de estar con ella después del viaje que habéis vivido, sobre todo, tras la grandiosa noche de bodas. —¿Qué coño le habrá contado? No quiero ni imaginarlo—. Espero que podamos quedar todos el próximo fin de semana.

—Ya veremos. —Se despide Leon y en cuanto nos giramos, se acerca para llevarme para maleta, aunque se prohíbe posar sus ojos sobre mí y me confirma con voz ronca—: No he podido impedir que viniese.

—Ya, es así de sádico.

—Veo que has echado de menos provocarme.

—Y tú... besarme.

Es lo último que hablamos. En cuanto me subo en el taxi, cientos de emociones afloran. Observo el paisaje tan bonito que nos rodea. Esas palmeras tan altas, esas playas de Santa Mónica en las que corría de niña, ajena a lo que nos depararía el futuro... Los atardeceres son preciosos, no veo el momento de compartirlos con Ailén.

Aunque ahora no tardará demasiado en anochecer.

No mucho después el vehículo está estacionando en la entrada de casa. Los ojos se me llenan de lágrimas, me cuesta creer que estoy aquí.

«Ni se te ocurra volver a mostrarte débil en su presencia», me advierto.

Nos bajamos y una vez saldamos la cuenta con el taxista, cogemos nuestro equipaje, yo, del taxi y, él, de su coche, el cual es cierto que ya está en la puerta de mi casa. Tras un largo suspiro, llamo a la puerta exterior de esta. Nos recibe Orlando, el fiel compañero de la familia desde que nos mudamos aquí. Él se encarga de la comida y de mantener la casa en condiciones. Tiene sesenta años, dos más que papá. Aun así, Orlando parece más joven, incluso se ha teñido las canas de color negro.

—¿India? —Abro los brazos, respondiendo a su pregunta—. Dios mío.

—La última videollamada no fue hace tanto como para que no me reconozcas —bromeo, arropándome en su pecho—. Además, ya sabías que venía.

—Ya, pero no justo ahora, aun así, es un milagro que estés aquí —susurra muy agitado—. Bienvenido, señor Cooper.

—Gracias.

Finalmente pasamos hacia el jardín de la casa. Yo sigo aguantando el tipo, las lágrimas, mientras contemplo con ilusión la piscina, la zona de la barbacoa. Las hamacas en las que visualizo a Ailén en cada una de las llamadas que nos hemos hecho.

—Ve con Orlando, ahora os alcanzo —murmuro a Leon, estremecida de pies a cabeza—. Que te muestre nuestra habitación. . .

—Perfecto.

¿Y ese tono? No puedo averiguarlo, se marcha antes de que pueda descubrir el por qué me ha parecido por primera vez como si estuviese roto, hundido.

Entonces me quedo sola y la nostalgia se apodera de mí. No viví aquí ni tres meses, pues me mudé a España con mi madre y los recuerdos que guardo de este hogar no son bonitos. Al contrario, muy tristes. Acabábamos de dejar todo atrás.

Tengo grabada la imagen de salir prácticamente huyendo a las dos semanas de que se descubriera el *affaire* de mi padre con la señora Cooper, pues ella acababa de abandonar su hogar, creyeron que por papá. . . y la guerra se avivó más que nunca. Nos establecimos aquí, lejos de ellos, y a pesar de todo, no encontré ninguna clase de paz. Mis hermanos culparon a Keyla, sus hijos y su marido a mi padre, y yo, a ambos.

Estuvimos divididos incluso en ese sentido.

Camino hacia la izquierda, la zona de la piscina y me encuentro con mi reflejo en la cristalera que da a la enorme sala. No la recordaba en tonos tan claros ni tan amplia. . . Vuelvo a centrarme en mí, descolocada. Estoy cansada, no puedo ocultarlo. Bronceada, pero no de manera natural, aunque mi piel en sí lo es.

Dejo el jardín atrás y entro en el salón. Madre mía, me falta el aire. Ha cambiado muchísimo, la decoración es preciosa, minimalista. También en el resto de la planta baja. En la cocina, el baño, aseo, la biblioteca, la oficina de papá y el pequeño gimnasio.

En la primera planta, se encuentran las habitaciones. Cinco en total con sus respectivos baños privados. En la segunda, hay una partición para Orlando y, el resto, es una terraza en la que las vistas son impresionantes.

¿Han hecho obras y no me han avisado? Enseguida sé la respuesta. El dinero de Niall ayudó a papá a recuperar cierto estatus tanto en casa como en el hotel.

Si supiese a qué precio. . . Cuántas emociones juntas.

—Ya estoy aquí —me recompongo con un suave carraspeo—. ¿Y el resto?

—Han ido a cenar, creían que llegabais de madrugada.

—Sí, pero nos han adelantado el vuelo.

Leon se mantiene en el centro de la estancia, su mirada verde es impasible, ausente. Parece fuera de lugar, me atrevería a decir que veo un atisbo de dolor, pero sé que no debo fiarme, por lo que me niego a tenerle compasión. . . Supongo que no es fácil para él esta situación, sin embargo, el culpable no es otro que su hermano.

O quizá él mismo... Pronto lo descubriré.

—¿Te gusta? —me pregunta Orlando desde la puerta, prudente como siempre—. He ambientado con olor a vainilla, tu favorito.

—Gracias.

Analizo los cambios. Me agrada el tono turquesa, se convirtió en mi color preferido cuando me marché a España, me recordaba al mar de aquí. Resoplo y continúo con el escrutinio. El ventanal se halla justo enfrente, presidiendo la cama. A sus pies se encuentra un diván de color marfil. A la derecha está el baño, en su mayoría es gris y con algún detalle en negro. A la izquierda de la entrada, el tocador con espejo y un minúsculo vestidor. No se parece en nada a la que dejé...

—¿Os preparo algo de comer? —nos plantea Orlando.

—Sí, por favor —respondo sin entusiasmo.

En silencio, nos disponemos a abrir nuestras maletas. En realidad, Leon copia cada uno de mis movimientos. Se mantiene en alerta, analizando cada paso que da, como si alguien fuese a atacarlo o, por el contrario, como si estuviera preparado para hacerlo él mismo. De nuevo me planteo que he metido al enemigo en casa, hasta que me recuerdo cómo sería convivir con Cameron Cooper, aquí no podrán hacerme daño, no físicamente... Con una señal, le muestro cuál es su espacio. No hablamos, no es necesario. Estas semanas el resentimiento por los Cooper ha crecido.

Más aun cuando abro la bolsa en la que está el vestido de novia, ni siquiera sé por qué lo he conservado y transportado hasta aquí... Cierro de nuevo la bolsa negra y la preparo para dejarla en la puerta de casa y que vaya directa a la basura.

¡No quiero recuerdos de ese día! Me duelen...

Saco más pertenencias, como las pastillas anticonceptivas; siempre las tengo sobre la mesilla auxiliar y, por inercia, miro a Leon. Su mirada está justo en la caja.

—La utilizo para regularme el período —le aclaro de malas maneras.

—Por supuesto, conmigo no las necesitarás para otra cosa —escupe y se le dilatan los orificios de la nariz—. Ahórrate esas aclaraciones, son innecesarias.

¡Estúpido!

Cuando bajamos, Orlando ya nos tiene servido en la mesa del jardín un par de refrescos, patatas fritas y tacos. Saco la bolsa a la calle y con una sonrisa hacia el fiel compañero de papá, ocupo una de las sillas. Leon ni siquiera se sienta, me deja sola, camina de un lado a otro con un vaso de agua entre sus fuertes y unidos dedos, rechaza el resto de lo que hay preparado y de vez en cuando se mira el caro reloj que lleva en la mano derecha. ¿Lo espera alguien? ¿Qué pensará? «No debe importarte». Pero me recuerdo que sí es de mi incumbencia, está en mi casa y no sé qué pueda estar planeando en nuestra contra. Aun así, intento evadirme, no puedo estar así cada día o me volveré loca... Picoteo solo por el mero hecho de que llevo más de veinte horas sin comer.

Contemplando la luna llena, aguardo en silencio, ignorándolo. Y cuando termino el segundo vaso de refresco de Cola, el que era para Leon, la puerta de casa se abre.

Ailén se lanza con la efusividad que la caracteriza, mis hermanos pasan de largo y papá me saluda con un tierno beso. Leon aprovecha la bienvenida que me dan y se ausenta un momento con las llaves de su coche en la

mano, al volver, se marcha a la habitación sin dar una explicación. No soporta la presencia de mi familia, no mentía. . .

La convivencia será insoportable en todos los sentidos.

—¿Lo habéis pasado bien? —me pregunta mi padre, restándole importancia al feo gesto de Leon—. Pareces cansada.

—Sí, creo que será mejor que me vaya a dormir. Ailén, mañana nos ponemos al día con más calma. Perdón que llegue así, pero ya sabéis que los vuelos no me gustan.

—Si me necesitas. . . —murmura mi mejor amiga.

—Recuerda que Leon me cuida —miento con una sonrisa forzada.

—Ya. Mañana hablamos, tengo cosas que contarte —me dice con entusiasmo, lo que me sorprende. Hemos hablado hasta cinco veces cada día y está más relajada al saber que Leon ha cumplido con su promesa, de momento—. ¡Bueno, no me puedo callar! He empezado a estudiar inglés, así trabajaré en el hotel como recepcionista.

—¡Oh, eso es fantástico! No sabes cuánto me alegro de que des ese paso.

—Logan y Ethan me están ayudando mucho —confiesa, señalándolos.

Miro hacia adentro y los veo sentados.

—Qué alegría que contigo sean así, amiga.

—Dales tiempo —me aconseja.

Me despido de papá y de la rubia; él le echa el brazo por el hombro en señal de protección. Ella se adapta rápido, se da a conocer y se hace querer, en casa siempre la han tratado como a una más, por ello estas semanas sé que ha estado en buenas manos y no he precipitado mi regreso. Finalmente, me acerco a mis hermanos antes de subir. Están tomándose una copa, en silencio, incluso con la televisión apagada.

—Espero que algún día me entendáis.

—Lo dudo —se adelanta Ethan.

Logan echa la cabeza hacia atrás, cansado, por lo que no espero otra respuesta. Durante estas dos semanas he asimilado lo que serán mis próximos seis meses, sé que cualquiera de ellos hubiese hecho lo mismo en mi lugar, de modo que me he resignado y he asumido que estaremos distanciados, aunque me duela. Porque lo hace, sin embargo, de una forma diferente. Con los días, mi rencor ha ido creciendo, la ira se ha apoderado de mí y ahora estoy llena de sentimientos que no me representan.

Pero ¿cómo debo sentirme cuando me han obligado a renunciar a mi vida? No importa si temporalmente, sino en las condiciones en las que se han hecho.

Subo a la habitación, está vacía y descubro que Leon se ha encerrado en el baño. Habla, no creo que solo. Apuesto a que Cameron lo ha llamado ¿o al revés?

Me acerco con sigilo, decidida a descubrir si Leon me ha mentado.

—Sé lo que tengo que hacer, déjame esto a mí, Cameron, y en menos del plazo acordado tendremos a los Murray completamente hundidos. No me pongas en evidencia ni una puta vez más. ¿Me has entendido? Estás muy nervioso y así no me sirves de nada.

Silencio.

—Jugaré bien mis cartas, hermano, confía en mí.

Mis hombros se hunden... ¡¡Maldito sean una y mil veces!! Una parte de mí no se sorprende. He tenido sentimientos encontrados, contradiciéndome a cada momento sobre las intenciones de Leon Cooper. Por instantes he necesitado creer que no era como su hermano, aunque me odiase. Pero ha iniciado un doble juego muy peligroso, un juego al que estoy dispuesta a jugar después de vivir aislada los peores días de mi vida. He llorado de desesperación hasta quedarme sin lágrimas, hasta que la frialdad que ahora me invade se haya adueñado de mí y esté dispuesta a todo.

Tenían pactado cada detalle y, en realidad, aunque de manera más discreta, Leon pretende llevar a cabo en contra de mi familia el plan de su hermano. Excepto en lo que respecta a mí, pues su rechazo por mi apellido es mayor y ahí es donde voy a atacar yo. ¿Qué podría desestabilizar a un hombre? Una mujer. ¿Qué podría destrozar la complicidad entre los Cooper? Una Murray. Si Cameron percibe que su hermano está más cerca de mí de lo que podría imaginar, empezará su calvario.

Seduciré sin escrúpulos a Leon y provocaré un caos entre ambos, en sus vidas.

Haré de tripas corazón, dispuesta a adelantarme a sus planes. Por lo que cuando Leon sale del baño, sin pudor, empiezo a desnudarme.

Capítulo 8

Desafío

El portazo que da me obliga a girarme para comprobar si ha vuelto a entrar en el baño huyendo o, por el contrario, ha salido. Está afuera, llamando mi atención con el estruendo. Advierto el calor que recorre mis mejillas, nunca me he comportado así.

Leon Cooper emite un sonoro suspiro y me señala de arriba hacia abajo.

—¿Qué se supone que estás haciendo?

—No recordaba que estabas aquí —rebato con un aspaviento, temblorosa, aun así, permito que la falda resbale por mis piernas. Leon se aprieta las sienes—. De igual forma, esta es mi casa, mis normas. Yo acostumbro a dormir en ropa interior o desnuda.

—Tendrás que cambiar tus putas costumbres.

—O tú adaptarte a ellas. —Desabotono la camisa muy despacio y con el mentón en alto, la dejo caer al suelo—. ¿No puedes dejar de mirarme o qué?

—Será mejor que vaya a darme un paseo.

Cruza la habitación como alma que lleva al diablo.

«Reacciona, India», me amonesto, recordando la conversación que acabo de oír en la que se delata. Por lo que cuando está a punto de abrir la puerta de la habitación, me interpongo entre esta y su cuerpo. Puedo advertir el nudo que se le forma en la garganta, el mismo que yo he de disimular tragando saliva.

Por un segundo, no soy capaz de articular palabra. Reprimiendo un gemido, descubro que no le es indiferente a mi sensualidad, pues advierto su excitación...

Quiero llorar.

—N-No puedes irte, mi familia no entenderá cómo me dejas sola de noche y a tan solo dos semanas de casados. Sospecharán —susurro, posando mis ojos a posta en sus carnosos labios—. Tienes que cambiar tu actitud con ellos.

—Jamás —zanja, bajando la mirada hacia mi desnudez. Mi pecho sube y baja con violencia. No sé qué me sucede—. Dormiré en el diván, procura no hacer ruido.

Cierro los ojos en cuanto me da la espalda, sí, aliviada en cierta forma, a pesar de que he sido yo quien ha propiciado el acercamiento. Me cuesta ofrecerme a uno de los hombres que más odio ahora en la vida, sin embargo, sé que no debo flaquear.

De modo que alcanzo una fina bata de seda blanca, corta, por encima de las rodillas. Unas braguitas de encaje negras y me encamino hacia el baño o más bien me contoneo hasta que estoy dentro. Me apoyo contra la puerta, atormentada al recordar que hace tres semanas fue la última vez que compartí intimidad con Óscar. ¿Cómo voy a ser capaz de entregarme a Leon Cooper sin que nos una ningún lazo afectivo?

«No puedes permitir que te destruyan», mi mente me azota de nuevo.

Cuento hasta diez, termino de desnudarme y me doy una ducha, aunque en realidad me apetecería un baño de

agua caliente, pero sé que no es el momento de entretenerme. No creo demorarme más de diez minutos. Al salir y con el pelo empapado, me pongo el atuendo elegido. Leon está tumbado, con el brazo derecho sobre los ojos.

No se ha quitado ni los zapatos.

Cojo aire, me siento frente al espejo del tocador y enciendo el secador.

Él no tarda en buscarme con la mirada, que aprecio a través del cristal. Exasperado, se incorpora y se acuna la cabeza con las manos. No desisto, voy más allá cuando acabo, a pesar de sentirme demasiado expuesta; casi desnuda y sin maquillaje. Quito el cobertor de la cama, me tumbo de lado, curvándome un poco.

La bata se me sube hasta dejar mi trasero descubierto, provocándolo con la braguita de encaje. Reconozco que me siento patética, repulsiva. Poco después y sin que me dé tiempo a retenerlo, está abandonando la habitación.

¿De verdad va a marcharse!?

Me asomo enseguida a la ventana, nerviosa. ¿Debo llamarlo!? Cuando llega abajo, se queda en el solitario jardín, con las manos en los bolsillos y empieza a recorrer el espacio, pensativo. Podría camuflarse en la oscuridad por su traje azul, del mismo tono que está ahora el cielo, casi negro. El corazón se me dispara al ver que papá sale y lo acompaña. Leon se detiene delante de la piscina, evitándolo.

—¿Habéis discutido? He escuchado un par de portazos —se preocupa mi padre. Leon lo ignora. ¿Por qué no es capaz de disimular!?—. La convivencia no es fácil.

—No necesito sermones.

—Lo haría con ella.

—No nos compares, ella es tu hija. Yo no soy nada tuyo —recalca de malas maneras. Incluso la gravedad en su voz aumenta—. Déjame solo.

—Esta es su casa —protesta Ethan, saliendo al encuentro de ambos. Me va a dar un infarto—. Si algo te molesta, vete tú.

—Nada me gustaría más en la vida.

—Ethan —intercede papá, desajustándose la corbata.

—Entra, necesito hablar con él —le pide o más bien le exige mi hermano. Él ya está sin chaqueta, cómodo—. No habrá escándalos.

—Hazlo por India —le recuerda mi padre con cierto recelo.

—Será mejor que no me provoques y que hagamos como que no estoy aquí. —La advertencia de Leon es seca, desgana. No quiero batallar cada día.

—¿La quieres de verdad? —pregunta mi hermano sin rodeos.

Me resbalo al apoyarme más en el ventanal, aunque enseguida recupero el control.

Maldita curiosidad...

—No pienso hablar contigo de mis sentimientos, Murray.

—Creo que la estás utilizando para hacerle daño —insiste Ethan y, furioso, coge a Leon del cuello. Este se mantiene con las manos en los bolsillos, la mandíbula agarrotada y erguido. Los temblores se adueñan de mí—. Te juro que...

—Para mí tampoco es fácil esta situación —revela Leon con excesiva dureza, liberándose de un zarandeo—. Solo quiero que los meses transcurran...

—¿Meses, para qué?

—Para llevármela de aquí —miente con una rapidez que no deja de asombrarme. Ni medita lo que dice—. Mientras tanto, ignórame y, sobre todo, no vuelvas a poner tus sucias manos sobre mí. Ethan, me conoces, y esto puede acabar muy mal.

—¿Cómo de mal? A ver, déjame verlo.

A pesar de mis temblores, salgo corriendo hacia abajo o sé que terminarán llegando a las manos. También soy consciente de que, si no sucede hoy, lo hará a lo largo de estos seis meses. Es inevitable el enfrentamiento con las personalidades que tienen y el rencor que conservan. Una vez abajo, me cruzo con papá en la sala, que los espía a través de la cristalería a punto de interrumpirlos, pero le hago un gesto con la mano y salgo antes que él. Me aposto al lado de Leon, recordándole a mi hermano lo que «significa» para mí. Ethan, sin soportar mi cercanía con el que ahora es mi marido, abandona el jardín. El desprecio en su rostro no lo disfraza, pese a que sabe que me hace daño.

Siempre hemos estado tan unidos, incluso en la distancia. . .

De fondo escucho cómo mi padre le regaña.

—¿Ves lo que has ocasionado? —le susurro muy bajito a Leon, situándome delante. Esta vez se aprieta el puente de la nariz—. Nos estarán mirando, disimula.

—Sube.

—No. —Lo rodeo por el cuello, sintiéndome tan pequeñita que mis manos se congelan alrededor de su nuca—. Yo. . . Bueno. . . Sí, será mejor que te espere arriba.

Pero me empuja por la cintura, ciñéndome a él y se aproxima a mi boca.

—¿De verdad quieres mostrarle a tu hermano cuántos nos queremos? —me reta y antes de que pueda responder, me muerde el labio. Jadeo y añado—: Vete.

—Eres un salvaje.

—No pienso discutirlo —masculla ronco, sin soltar mi labio. ¿Me está tentando? Sonríe con gesto agrío, él no tiene ese poder. De nuevo voces de fondo. Supongo que para mi padre y mi hermano es una escena romántica—. He dicho que te vayas.

—Odio que me den la razón como a los locos.

—Y a mí me complace que odies todo de mí.

Me libera con cuidado, dibujando una sonrisa tan falsa como lo es él.

—Te espero arriba, amor —casi grito para que nos oigan—. No tardes.

Ethan finge que escupe cuando nos cruzamos, ¿de qué coño va!? Parece un niño pequeño. Papá, por el contrario, me guiña el ojo. De regreso a la habitación, me tumbo bocarriba, contemplando el techo. Cuando él regresa, ocupa el mismo lugar en el diván. En esta ocasión no intento seducirlo, ha sido suficiente acercamiento por hoy, tanto, que concilio el sueño con una congoja en el pecho.

Una congoja que me acompaña en las dos nuevas semanas que transcurren, sin excepción en ningún día de estas, porque pienso en lo que me he propuesto hacer y mi cuerpo rechaza la idea. Me repugna regalarme mi cuerpo, sobre todo al ser consciente de que no le soy indiferente. Me doy tiempo para estar preparada, porque no cederé. No soy capaz ni de verbalizar en voz alta mi plan, cuando lo haga, sé que estaré capacitada para

enfrentarme a esa situación. Todavía siento escalofríos al rememorar la escena en la que me desnudé en presencia de él, su excitación... La sed de venganza me pudo al oír la conversación, luego; el miedo, la incertidumbre y el pudor se han apoderado de mí.

Leon Cooper tampoco ha movido ficha. Las dos semanas han pasado volando, a diferencia de las anteriores. Apenas nos hemos visto, ni hablado, solo alguna palabra en presencia de mi familia, que suele durar escasos segundos. Él no soporta estar rodeada de los que nos apellidamos Murray y mis hermanos no han cambiado de pensar, sus posturas son exactamente las mismas que cuando llegamos, incluso conmigo.

Por las noches, Leon se acuesta en el diván, yo, en la cama.

Al amanecer, ya no está.

Hoy he amanecido con más fuerza que nunca. Con ganas de demostrarles que no van a poder conmigo. Necesito ver cómo los destrozó lentamente. ¿El motivo? Otra conversación de los hermanos. Cameron está presionando a Leon para que me lleve a su casa y me haga sufrir en su presencia. No solo eso. Tuve que oír cómo el que hoy es mi marido, inventaba cómo acababa de «forzarme».

Todavía tengo arcadas...

—¿Vengarte de esa manera? —repite Ailén cuando le cuento mi idea. Ahora sí—. Estás loca, India. Acostarte con un tío al que desprecias, por muy bueno que esté.

Ruedo los ojos, el último comentario es absurdo. Leon es guapo, como muchos...

—Ellos no esperan esta respuesta por mi parte. ¿Sabes? Voy a llamar a Cameron para que nos invite esta noche a cenar a su casa, igual encuentro algo allí y, de paso, empiezo a ponerlo un poco nervioso —comento mientras tomamos el sol en el jardín de casa. Ella tiene un bañador negro, yo utilizo un bikini sin tirantes y braguita brasileña de amarillo fosforito—. Tengo que hacer algo ya. Tanta calma no puede ser buena. ¿Qué tramarán? Leon siempre trasnocha y madruga mucho, huye y yo...

—Te entiendo, no te lo va a poner fácil.

—No. Pero se acabó, por las noches unas copas y verás. —Brindo, levantando el refresco que Orlando nos ha servido—. No tienes ni idea de la impotencia que siento tras oírlo hablar con su hermano por segunda vez. No sabes las semanas que llevo, no te lo he contado para no preocuparte, pero ya no puedo más.

—Ay, India, me da miedo que compliques las cosas —reconoce Ailén, recogiendo el cabello en un moñito alto—. Estás cegada por el resentimiento y yo percibí que...

—¿Qué puede pasar? —Me encojo de hombros. Entonces llega Logan y saluda a Ailén con un beso en la frente, mostrándole unos documentos en inglés. A mí no me dice ni una sola palabra. ¡Estoy harta! Si supieran el maldito peso que llevo encima y lo miserable que me siento—. ¿De verdad creéis que merezco este trato?

—No pensaste las consecuencias.

—¡Las he pensado mejor de lo que imagináis!

Me marchó furiosa a la cocina y saco un helado del congelador. De nuevo terminaré con el estómago mal, vomitando, pero sinceramente ahora no me preocupa. Mientras, hablo con mamá. Tengo algunos mensajes suyos

sin responder.

Mensajes de Lilly a India:

*¿Qué tal estos días? ¿Y tú, te encuentras mejor?

*¿Cómo están yendo las cosas con Leon en la casa?

*Apenas hablamos... ¿qué está pasando?

*No dejo de pensar en ti, se os echa de menos en casa. La gente ya empieza a preguntar...

*India, quisiera que tuviéramos una conversación, avísame cuando estés sola. Es importante.

Sé lo que va a decirme. Que a medida que pasan los días, se está dando cuenta de la locura que he hecho. Que me apoya, pero que sea sincera. Ya se lo ha comentado a Ailén, que me ha prevenido. Mamá cree que puedo estar embarazada y que he huido por miedo a que la gente murmure sobre la posible paternidad. De ahí la boda, la urgencia por llevarla a cabo y de mudarme a Los Ángeles.

Al principio me hizo gracia pensar en la novela que se ha montado, hasta que fui consciente de mi vida se ha convertido justo en eso. No va mal encaminada.

Mensaje de India a Lilly:

Bien, ya te dije que la adaptación la estoy llevando bien, a pesar de cómo me siguen ignorando mis hermanos. Con Leon, como si siguiera de luna de miel.

La opinión de la gente no me importa,

Dime, ¿sabes algo de Óscar?

No estaba preparada para preguntar antes por él...

Óscar... cada vez que pienso en él el mundo se me viene encima. Me ha perdido de la noche a la mañana y está convencido de que no solo lo he engañado con otro, sino de que tuve la desvergüenza de casarme el mismo día con él. Nunca me perdonará... Y me duele, aunque no lo ame, aunque la idea de que nuestras vidas estuviesen ligadas de por vida me genere ansiedad, pero ha sido una persona especial y positiva en mi vida.

Maldigo a los Cooper una y mil veces. Por ello, mientras degusto con amargura una cucharada de helado, me obligo a no desistir, a continuar con mi propósito.

Me miro la alianza que llevo por obligación, y sin pensármelo, le escribo a Cameron.

Mensaje de India a Cameron:

Hola, soy India, tenía tu número porque tu hermano una vez me escribió desde tu teléfono, nada importante. ¿Cenamos esta noche los tres y lo sorprendemos? Te tiene muy presente...

Así recordamos viejos tiempos en vuestra casa y nos ponemos al día.

Su respuesta no se hace de rogar.

Mensaje de Cameron a India:

Por supuesto, cuñadita. No sabes cómo esperaba este día.

Nos vemos a las nueve. Será un verdadero placer tenerte aquí.

—No me cabe la menor duda...

—Eh. —Se planta Ailén a la cocina, parece haberme buscado por toda la casa. Está asfixiada—. Dales tiempo, Logan y Ethan te adoran y solo están preocupados.

—Bonita forma de hacérmelo saber.

—Sois muy peculiares todos, no te quejes, te pareces a ellos. —Coge una cuchara al otro lado de la isleta de la cocina y me roba un poco de helado. Tras el primer bocado, se sienta en el alto taburete y pregunta—: Cuéntame, a qué hora es la cena.

—Tú no vienes —le prohibido, advirtiendo sus intenciones.

—No te dejaré sola con ese par.

—Sé lo que hago, Ailén, además, no los entenderás.

—Te estás metiendo en la boca del lobo.

—Lo sé. —Dejo a un lado la cucharilla y me sirvo agua—. Me han subestimado y me encargaré de que no solo se trunque mi vida después de esto, sino la de ambos.

—No me gusta que hables así, India, no te reconozco.

—Es que ya no soy la misma —admito con pesar—. Y los Cooper lo pagarán.

Ailén no está de acuerdo con mi forma de actuar, pero sabe que no desistiré. Que iré a por todas, hasta que ya no me queden fuerzas. Porque a veces también soy un bloque de hielo, que ni siente ni padece y detesto sentirme así, como una muñeca.

El resto del día trata de convencerme, sin éxito alguno.

A las ocho y media estoy terminando de alistarme con un vestido ceñido y rojo, igual que mis labios y las uñas. El cabello con algunas ondas. Tacones altos. Entonces se abre la puerta bruscamente. Es Leon, quitándose la chaqueta con arrogancia. Viene directo a mí, hasta que se topa con Ailén. No duda en señalarla, sin ni siquiera saludarla.

—Dile que salga.

Mi amiga se incorpora muy despacio antes de que él incluso acabe la frase. Parece esperar a que yo le dé permiso, le guiño el ojo y le enseño el pulgar, ya sabe lo que significa: inicia mi juego. En cuanto nos quedamos solos, Leon me enfrenta a él de un zarandeo. Sus dedos aprietan con fuerza mi codo hasta que estamos cara a cara.

—¿Qué diablos te propones, India? —cuestiona y un escalofrío me recorre.

—No sé de qué me estás hablando.

—Trato de protegerte de mi hermano y tú, a pesar de mis advertencias, le planteas una cena. ¿Estás loca o qué? —Da un paso hacia atrás y se peina las cejas con los dedos en señal de desesperación—. Te espera una noche que querrás olvidar.

—¿Por qué?

—Nos pones en el punto de mira, en teoría, tú estás aterrada, ¿por qué querrías darme una sorpresa y complacerme? Se hace preguntas y espera obtener respuestas esta noche. Esperará a que te torture con besos, caricias, ya lo oíste en el aeropuerto, joder. ¿Por qué no te has mantenido quieta y callada como hasta ahora?

—Porque quizá ya no me parezca una tortura —lo pongo a prueba con una sonrisa—. Puestos a fingir, estoy dispuesta a meterme en el papel de esposa sumisa.

—¿De nada te sirve saber qué pretende hacer contigo? —Da una patada al aire, negando con la cabeza—. Habla, maldición.

—No, confío en que me protegerás.

—¿Ahora me crees? —cuestiona con los ojos entrecerrados.

—Supongo que no me queda de otra. —Le sonrío con altanería—. ¿O sí?

—No entiendes nada.

Escalofríos con la jodida frase. ¿¡No recuerda cuánto la pronunciaba!?

No lo parece, se muestra ajeno a mi desconcierto cada vez que la oigo.

—Explícamelo —le exijo, incómoda por lo que suscita a veces en mí.

—Te advertí que te cerraría esa maldita boca cada vez que me molestaras.

—¿Sí? No lo recuerdo, casi ni hablamos. A ver, ¿cómo piensas hacerlo?

Libera una risilla sarcástica y sondea mis labios. La boca se me seca.

—Te vas a quedar con las ganas —escupe con frialdad—. ¿Estás lista?

—¿Ganas de qué?

—Vámonos —ignora mi pregunta—. No entraré en tu juego.

—Jamás jugaría con un Cooper.

—Se te da bien fingir entonces, pero recuerda, cuando estamos solos no sirve de nada. —¡Maldito sea! Me quedo callada, pues mi intención es seducirlo, provocarlo, pero que sea él quien ceda y suplique más—. Vamos, me bañaré en mi casa.

—Tu casa ahora es esta.

—Jamás. Aquí no soporto a nadie ni a nada, y tú maldita adición por el olor a vainilla me da dolor de cabeza —masculla, poniéndose la chaqueta. Su mirada es fiera, sus gestos lo son, aun así, es capaz de mantener el control y alejarse—. Y no vuelvas a mencionar algo tan estúpido como que esta es mi casa.

—Ya veremos... Y sí, será mejor que nos marchemos.

—Cámbiate, por favor. —No es una petición, sino una orden—. Ahora mismo.

—¿Perdón?

—Estás muy llamativa y deberías estar abatida.

—Qué se joda.

—Sigue así, India.

¡Odio que mi nombre suene tan sensual en sus labios!

Bajamos, aunque no es necesario mostramos cariñosos. No hay nadie en la sala, y Orlando nos avisa de que Ailén y mis hermanos se han ido a cenar. Papá ya está descansando. Una vez en el Mercedes gris Todoterreno, enciende la música, una canción de Pignoise, *Te entiendo*. Es un grupo español, ¿por qué las oye en un idioma que no entiende...? Supongo que lo hace para que piense que es considerado; no me engañará. ¡Espera! No, no. Es otra prueba de que me tenían vigilada, la suelo escuchar a menudo.

Delincuentes...

Aun así, no puedo evitar tararearla internamente.

Puede que no te vuelva a ver, en tres o cuatro años con la vida al revés...

Adoro la letra, siempre la canto a pleno pulmón. Me hace sentir bien.

Espero tener la oportunidad, para poder demostrar, que nadie más te cuida y que solo yo... te entiendo.

Mi diversión se va esfumando a media que avanzamos y pasamos de largo por el complejo vacacional Polinesia. Punzada inevitable en el corazón. Es propiedad de los Cooper y está a unos metros de la casa en la que he crecido. Cuando estaciona en el garaje de su finca, otro pinchazo de dolor. Reconozco el barrio, podría cerrar los ojos y vernos corretear por aquí... de una casa a otra, entre risas que parecían eternas.

—Pórtate bien si no quieres que todo se vaya a la mierda —interumpe Leon mis pensamientos y yo me cruzo de brazos. Sin embargo, no vuelve a reclamarme, está nervioso. Con esta cena lo pongo entre las cuerdas. La prueba es que antes de que saque la llave, su hermano nos está recibiendo y él, inquieto, murmura—. Huele a quemado.

—Sí, la nueva chica de servicio no está resultando eficiente —aclara Cameron sin apartar sus ojos de mí—. Estás preciosa, cuñadita.

—Gracias —respondo con todo el cinismo que soy capaz.

—He pedido algo para cenar debido al percance. Vamos, pasad.

—Voy a darme una ducha, no me ha dado tiempo. India, acompáñame.

—No te preocupes, me quedo con Cameron.

Leon se contiene, cerrando los puños a los laterales de su cuerpo.

—Necesito que me enjabones —me exige y con el dedo índice, me pide que me aproxime. En principio dudo, sin embargo, mi cabeza, con la que la lucha es constante, me advierte de que no me ponga tan pronto en evidencia y termino cediendo. A escasos centímetros, añade—: Cameron nos entenderá.

—Por supuesto, hermanito. Además, tanto tu habitación como la mía están insonorizadas, por lo que no puedo oír lo que sucede dentro.

«Para hacerle a las mujeres lo que les plazca».

No puede ser tan... De nuevo esa risa que me hiela la sangre.

Leon me echa la mano por el hombro y, casi a rastras, me lleva hasta su habitación. La casa es impresionante, tiene cuatro habitaciones que hacen por dos de la mía. La sala es amplia, aunque con colores muy oscuros, así como la cocina es moderna, pero en tonos negros. Es lo único que puedo ver con los ojos abiertos, si los cierro... recuerdo su interminable jardín, allí donde hacían las barbacoas.

—De mayor quiero una familia así —le confesé a Leon, tumbados mientras el sol nos reflejaba directamente en la cara—. Que, aunque esté separada de mi marido, veamos por el bienestar de nuestros hijos. Ver a mis padres unidos es precioso.

—Los míos solo se muestran cariñosos cuando hay gente —murmuró sin darle importancia—. ¿Por qué siempre terminamos hablando de lo mismo?

Se giró de cara a mí y sonrió a pesar de su triste confesión. Yo tenía dieciséis años y quise ser más mayor para atreverme a besarlo, entonces no me sentía capaz con sus diecinueve. Me vería con ojos de niña, aunque a veces

nos picábamos de más. . .

—Porque uno de mis sueños es casarme y tener hijos, además no quiero esperar mucho. Mamá también nos tuvo joven y ahora disfruta de todo. ¿Quieres ser padre?

—Sinceramente, sí, para darles el amor que a veces echo de menos.

—Niall os adora —le recordé, aproximándome con disimulo a sus dedos, que dibujaban líneas imaginarias en el césped—. Y en casa sabes que os queremos. . .

—Ya, eres, bueno, sois parte de nosotros. Con mi madre es otra cosa. —De pronto, frunció el ceño, adiviné que se dio cuenta de lo seria que se había tornado nuestra conversación y añadió—: Ese pantalón no te queda nada bien.

—Lo acabo de estrenar, siempre estás igual. ¿Y por qué te fijas tanto en mi cuerpo?

Leon me evitó la mirada y su padre empezó a llamarnos. La barbacoa ya estaba lista. Él se incorporó con rapidez y Ethan apareció con el móvil en la mano.

—Me ha hablado la chica de ayer, ¿le digo que lleve a su amiga? —Leon se frotó la nuca, incómodo. Ethan siempre buscando el amor—. Joder, nunca te gusta ninguna.

—Estoy centrado en otras cosas.

—¡Déjame a mí! —gritó Logan a escasos centímetros.

—No seáis pesados —protestó Ethan al ver la sonrisa tímida de Cameron—. Fuera de aquí los dos, India, tú también.

—Uh, esa cara, seguro que va a contárselo a nuestros padres —me acusó Cameron y me pellizcó la mejilla—. No te enfades, sabes que eres como una hermana para mí.

—Ya, pero siempre me echáis. —Miré a Leon con resquemor y murmuré—: Ahí os dejo con vuestras amiguitas.

—Las de Ethan, que no se te olvide —aclaró con un bufido.

El empujón que me da Leon hacia su dormitorio me devuelve a la realidad.

—No vuelvas a tratarme así. —Me observa de arriba abajo, intimidándome. Contra todo pronóstico, no tengo miedo—. No me asustas.

—¿Tampoco te asusta quedarte a solas con Cameron o en realidad quieres que ponga sus manos sobre ti? — Parece desconcertado y, por un momento, me confunde también. ¿La idea de que su hermano me toque le asquea?—. Dime, qué buscas.

—Entiende que no me amedrantáis. Un Cooper es muy poco hombre para mí.

¿Se le ha escapado una sonrisa? No puedo saber si es fruto de mi imaginación, pues entra en el baño y ya no cruzamos más palabras. Me deja sola en la estancia. ¿Y si Cameron sube y me acorrala? Me sitúo en el lugar más alejado de la entrada, pues la puerta está un poco entreabierta. ¿Con alguna intención? No sé qué pensar ya.

Agobiada por los sentimientos encontrados que me acechan, miro a través de la ventana sin ver en realidad más allá de esta mientras espero a Leon. Su dormitorio es el doble de grande que el mío, predomina el azul, uno oscuro, casi negro. Es lujoso, ostentoso. Una alfombra de pelos cubre la mayor parte del suelo. Tiene un enorme escritorio, parecido al del despacho de papá. Televisión casi de cine, un sofá de tres plazas. No le falta detalle.

Incluso tiene un jacuzzi, ¿a cuántas habrá paseado por aquí?

—¡La cena ya está! —anuncia Cameron desde abajo y Leon sale de inmediato del baño. ¿Por qué tanta prisa?
— ¿¡Me oís o no!?

No...

Mi mirada se concentra en el hombre que camina hacia mí. Le cuelga una toalla en la cintura, permitiéndome ver su marcado vientre, su firme torso. La respiración se me acelera cuando está a unos centímetros. Su cabello suelto y mojado, oscuro, resbalando hasta sus hombros, como algunas gotas de agua que todavía cubren su cuerpo.

Mis ojos, como hipnotizados, no pueden rehuirlo. Está más salvaje que nunca...

—Tumbate en la cama —masculla con voz tan ronca que me sobresalta. Su expresión es contrariada—. Hazlo, India.

—¿P-Por qué? —baluceo. Mi valentía se ha evaporado.

—¡Leon, subo, espero no interrumpir! —nos avisa Cameron con soma.

Doy un paso atrás, pero Leon me empuja contra la cama y me cubre con su corpulento cuerpo, obligándome a abrir las piernas al introducir su rodilla en medio.

Gimoteo, sintiendo su dureza contra mi muslo. ¿¡Sería capaz de forzarme!?

Un sollozo lastimero delata mi estado.

—Patalea —me ordena completamente agarrotado—. India, lucha y patalea.

Entonces entiendo todo. Es la imagen que necesita mostrarle a su hermano, por eso no ha cerrado ni siquiera con seguro. Cada milímetro de mi ser se relaja.

«Es tu oportunidad», me obligo a desobedecerlo.

Cameron no entenderá por qué no me niego y empezarán las dudas hacia su hermano. Y Leon comprobará lo ardiente que soy en la intimidad... No podrá resistirse cuando vuelva a insinuarme y las fracturas entre los Cooper no tardarán.

—India, hazlo —me presiona antes de que la puerta de la habitación se abra. Me sujeta las manos por la cabeza, pero yo me libero de su agarre y hundo las manos en su húmedo cabello. Gimo ante la sensación. Muy lejos de resistirme, lo rodeo con las piernas y lamo su boca—. Maldición, qué estás haciendo —susurra contra mi piel.

Me retuerzo, le muerdo el labio, llevándomelo entre los dientes y lo beso. Lo hago con toda esa pasión que él no espera, con las lágrimas a punto de delatarme al sentirme muy sucia por seducir al hombre que me ha obligado a convertirme en su mujer.

Y en presencia de su cómplice. ¿Puedo dar más repulsión?

—Leon —lo reclama Cameron. Suena a acusación—. La cena ha llegado.

Tras el aviso, se oye un portazo, señal del enfado de Cameron Cooper.

Al igual que su hermano, lo manifiesta con golpes.

Justo ahí me detengo, acabo mi actuación estelar al tiempo que dejo caer mis manos al vacío. Manos que pican, por las que me recorren unas intensas cosquillas. Mi piel está erizada. Leon se aparta muy despacio, limpiándose la boca como si le repugnara mi sabor. Sus ojos verdes me asesinan. Pero yo sigo asimilando lo

sucedido. Mi comportamiento. Mi falsa entrega que, por segundos, incluso me he creído . . .

—¿Qué pretendes? —gruñe, acelerado. No puedo hablar, no me sale la voz—. Nunca más te atrevas a ponerme en evidencia delante de Cameron, ¿me oyes!?

—¿O-O qué?

—O permitiré que él haga contigo lo que le dé la gana sin detenerlo.

«Eso lo vamos a ver».

—¿¡Me oyes!?

Asiento, mintiéndole, y cierro los ojos mientras se retira como si mi contacto le quemara. A mí el suyo me arde . . . Pero no me detendré, porque sí, a pesar de la confusión en la que me veo envuelta ahora mismo, volveré a desafiarlo cuando estemos los tres cara a cara. Estoy dispuesta a comprobar si será capaz de llegar tan lejos.

Capítulo 9

Seducción

Cuando abro los ojos, me encuentro sola nuevamente. Hay ruidos en el vestidor, supongo que se está preparando. Con rabia, reconozco que me cuesta incorporarme, que todavía puedo sentir su peso sobre mí, su sabor en mi boca.

Mis manos continúan humedecidas de su pelo.

Una vez de pie, me miro en el amplio espejo que tiene justo enfrente de la cama. Me limpio la comisura de los labios, prohíbo que las lágrimas develen mi estado y aguardo a que él salga. Pronto está recogándose la coleta, incluso mojada.

Ha elegido un traje de chaqueta color granate, que combina a la perfección con mi vestido rojo. Agito la cabeza y me obligo a dejar de observarlo.

—Vamos, y recuerda, quieta, sumisa —me instruye, adelantándose, mientras se pone el reloj. Ha marcado una distancia mayor entre los dos—. Cameron, ya estamos —dice, bajando—. ¿Cenamos en el jardín o en la sala?

—En el jardín, la noche está tranquila. —Su réplica es seca. Cuando bajo los últimos escalones, compruebo que su actitud también lo es—. Acompañadme.

Leon ni siquiera se asegura de si voy detrás de él. El jardín está algo descuidado, intuyo que se debe a la ausencia de Niall. No hay fotos tuyas por la casa, les dolerá. Entonces recuerdo lo precipitado que ha sido todo y lo duro que ha debido de ser... Si tuvieran corazón, me compadecería de ellos. Sin embargo, no lo hago, me niego. A veces pienso que el rencor me está convirtiendo en una persona malvada, pues era el padre de ambos... Claro que tienen que estar rotos. Aunque no hay rastro de ello.

Una vez en la mesa, Leon se sienta y señala hacia su izquierda. No es caballeroso, tampoco lo finge. Sé que está inquieto por la reacción de Cameron. Este no lo disimula, empieza a servirnos el variado menú, ya que la chica de servicio no está.

Se ha decantado por la cocina Tex-Mex. Con burritos, enchiladas y pescado zarandeado. Hacía tanto que no degustaba estos platos... Hay vino blanco y tinto, refrescos, agua y cervezas. De postre, una tarta de chocolate. Enseguida recuerdo que sabe todo de mí y unas cosquillas me recorren la espalda.

Leon, que se percata de mi sacudida, me pregunta ronco:

—¿Tienes frío? —Niego con la cabeza, pero mi parte más vengativa me azota, sabiendo que es el momento perfecto para continuar dinamitando la relación de los Cooper—. Si necesitas mi chaqueta, avísame.

Cameron lo asesina con la mirada y una sonrisa florece en mis labios, por lo que cariñosa, acaricio la mejilla de Leon, que se queda estático.

Está helado, como siempre... Gélido no es solo su interior.

—Gracias, amor, por estar tan pendiente siempre.

—Mañana salgo de viaje —nos avisa repentinamente Cameron. Tiene el ceño fruncido—. Tengo algunas

cosas que negociar de trabajo en España.

—¿De trabajo y en España? —cuestiona Leon y da un sorbo al vino tinto—. De qué se trata, mañana tenemos la reunión para el nuevo hotel, Hawái, y las próximas semanas serán de mucho trabajo. Además de que Polinesia y Maldivas necesitan de nuestra atención para que todo siga funcionando igual. Y las reformas hay que planificarlas.

—Yo tengo experiencia —murmuro, fingiéndome tímida—. Podría ayudaros.

Cameron reflexiona sobre mi petición, Leon niega con el dedo, pero su hermano se adelanta de nuevo, poniéndolo entre la espada y la pared.

—Sería buena idea. Tu mujer y tú trabajando codo con codo, mientras yo voy organizando algo, que, de salir adelante, te contaré. Volveré el viernes, ya que por la noche tenemos la cena benéfica de todos los años y podrás presentar a India en sociedad. —¿Qué estará tramando? Su amabilidad esconde algo detrás, pero ¿¡qué!?—. Y los días que estaré fuera, podríais quedaros en casa, así tendréis más intimidad. ¿Qué te parece Leon?

—India echa de menos a su familia. Ha estado nueve años sin. . .

—Pero yo me adapto rápido. —Lo cojo del mentón, aunque se resiste a mirarme y susurro, coqueta—: Aquí estaremos solos, ¿no te apetece?

Cameron prácticamente tira el burrito del que apenas ha dado dos bocados.

—Claro, casi veinticuatro horas juntos, es lo que siempre he soñado —masculla con cierto recelo. Y con una mueca de desprecio, añade—. Come y calla, por favor.

El resto de la cena ya no es tan distendida. La tensión se palpa en el ambiente. El malestar de Cameron, la inquietud de Leon, ¿qué estarán pensando? La realidad es que me siento triunfadora, incluso con apetito. No van a ganar esta guerra.

Durante el postre, la única que lo prueba soy yo. Leon no deja de beber y su hermano no le quita ojo mientras hablan de sus futuros proyectos. . . Tienen un imperio, uno del que podría gozar mi padre si nos hubiesen dejado en paz.

—¿Me acompañas un momento al despacho? Tengo algo que enseñarte a colación de esto —le pido Cameron a Leon—. Cuñadita, no tardamos, disfruta de tu tarta favorita. Mi hermano me lo ha hecho saber.

—Gracias por el detalle —escupo con una fingida sonrisa.

Los dos se incorporan con urgencia, a cuál más enfadado, de modo que me quito los tacones por debajo de la mesa y en cuanto los pierdo de vista, corro descalza para saber qué está pasando. La voz de Cameron es muy dura.

—¿Por qué no me parece que esté sufriendo?

—Le ordené que delante de ti se comportara así para que no sospecharas, recuerda que ella desconoce que tú estás al tanto de todo —le aclara Leon.

—¿Y arriba? Os he visto, estaba entregada.

—Ha escuchado tu advertencia de que subías y le dado pautas de cómo comportarse.

—No sabíais que ya estaba ahí —insiste Cameron.

—¿No oyes o qué? Te acabo de decir que sí, tú mismo has avisado. Ella luego ha llorado. Sé lo que estoy haciendo, en presencia tuya y de su familia es cariñosa, detrás, está destrozada. Vomita cada vez que la toco. —

Ahora sí que estoy a punto de hacerlo—. Confía en mí, Cameron, todos mis pasos con India están calculados.

—Es preciosa, atractiva, ¿y si te confundes?

Se establece un breve silencio, ¿le ha molestado el comentario?

—Imposible. Me da asco, es una Murray, eso jamás me pasaría, como supongo que a ti tampoco —le rebate o más bien advierte con contundencia—. ¿Por qué la has dejado que entre en nuestros hoteles?

—No la quiero encerrada. Ha de tener vida social, que la relacionen contigo y cuando llegue el momento, ya se habrá familiarizado con todo. Qué mejor sitio que en un hotel, la trampa perfecta está asegurada. Además, en el hotel de su marido, tuyo.

Puedo oír el suspiro de Leon.

—¿Y sobre España?

—Ya te lo he dicho, es un proyecto que tengo entre manos, pero hasta que no sepa que todo está atado, no hablaré. Si cuentas las cosas, no se cumplen.

—Espero que sepas lo que estás haciendo.

—Tranquilo, y no olvidéis quedaros aquí, así tendrás más libertad para hacer con ella lo que te dé la gana. Que llore, que sufra. Me encantaría escuchar cómo...

No soy capaz de oír el resto.

Corro hacia el asiento y me pongo los tacones con los nervios destrozando cada uno de mis sentidos. Quisiera irrumpir en ese maldito despacho, gritarles que lo sé todo y que no les permitiré que hagan de mi vida un infierno. Que los odio con toda mi alma y que no descansaré hasta verlos como ellos pretenden tenerme a mí: hundida en la miseria, sola... ¿A qué juega Leon mintiéndole a su hermano también!?

Cuando regresan, mi cambio es evidente.

—Si estás cansada, puedes subir. Ahora te acompaño —me indica Leon con gesto amargo—. Avisa a tu familia de que pasaremos la noche aquí. Mañana, si te apetece, iremos a coger ropa para quedarnos hasta el viernes. Aunque aquí tienes un fondo de armario ya. Cómo ves, te esperaba desde hace mucho.

—Lo sé... Buenas noches —murmuro sin ganas.

—Qué descanses, cuñadita.

No le respondo, me limito a marcharme cuanto antes. Me repugna el ambiente, ellos, lo que son capaces de planear... Ya en la habitación, me tumbo en la cama, bocarriba. Quizá debería estar atrapada por el miedo, pero contra todo pronóstico, el odio que siento gana y mi necesidad de vengarme me mantiene fuerte, valiente.

De repente, un plan surca por mi mente, uno que no pienso desaprovechar.

Saco el móvil del bolso y le escribo a Ailén.

Mensaje de India a Ailén:

Hola, esta noche me quedo aquí.

Todo está controlado, las cosas avanzan sobre la marcha.

Necesito que mañana me busques una peluca pelirroja, de cabello largo.

No te preocupes, sé lo que me hago. Te quiero.

Mensaje de Ailén a India:

India, por favor, ¿qué estás planeando ahora?

Mensaje de India a Ailén:

Mañana te cuento todo, avisa a papá de que duermo aquí.

Buenas noches.

Poco después, la puerta de la habitación se abre. Doy un respingo. Creo que nunca he visto una expresión tan terrorífica como la de Leon. Va desnudándose, se quita la corbata como si estuviera a punto de ahorcarse. Asustada, me incorporo, y me siento encima de la almohada, sin abandonar la cama. Él viene hacia mí cuando lanza la chaqueta y empieza a desabrocharse los botones de la camisa.

Una vez desnudo de la parte superior, escupe:

—Levántate.

—No —susurro con la intención de saltar al otro lado de la cama—. Leon. . .

—¡Se acabó mi maldita paciencia!

—Lo haces para que Came. . .

—¡Lo hago porque estoy hasta la polla de que me desafíes! —De un tirón, me saca de la cama y me empuja contra la pared. Sollozo—. ¿Esto es lo que estás buscando?

—Yo. . .

—Te he pedido que te comportaras, que no levantaras sospechas, pero ¿te has propuesto ponerme a mi hermano en contra? ¿¡Es eso!? —Niego repetidamente, intentando apartarlo sin éxito—. ¿Entonces qué coño estás haciendo?

—No pongas tus manos sobre. . . ¡No!

Me arranca el vestido de un tirón, desgarrándolo desde arriba hasta abajo por completo. Mi cuerpo queda expuesto ante él, no llevo sujetador, sí una braguita roja de encaje. Su rostro se transforma, yo enseguida pongo los brazos en cruz, cubriéndome. Y unas inesperadas lágrimas empiezan a rodar por mis mejillas.

Siento un dolor en el pecho que me destroza, que me hace añicos.

—¡E-Eres un s-salvaje! —grito entrecortadamente—. ¡No vuelvas a tocarme!

Corro hacia el vestidor, escondiéndome en el lugar más apartado, aunque no tiene cerradura y podría asaltarme en cualquier momento. Tiro de una de las camisas que tiene colgadas y, aborreciendo su olor, me cubro con ella. Destrozada, humillada.

Ahí paso la noche. Consumida por el llanto, sin creer lo que es capaz de hacer por complacer al psicópata de su hermano. Pero tras la nueva conversación en la que oído lo que planean los dos juntos, sé que debo dar un paso más.

No sé cómo lo haré. . . Pero lo conseguiré.

—India. —Levanto la cabeza, que está apoyada en mis rodillas, cobijándome como un bebé desamparado. Es Cameron Cooper. Trago el nudo que se me ha formado en la garganta. Estamos solos—. ¿Todo bien con mi hermano? Lo he visto salir al jardín y fumando, hacía meses que lo había dejado. ¿Qué haces ahí?

—No quiero hablar. . .

—Si necesitas algo, puedes contar conmigo —expresa con expresión consternada el muy cínico. Como si verme así le doliera—. Ven, vamos a la habitación.

—No, déjame sola.

—Como prefieras. —Se señala de arriba abajo. Va vestido de negro, algo común en él y no me extraña, es del mismo color que su corazón—. Salgo ya de viaje, espero que a la vuelta la situación haya mejorado. Leon es muy reservado con su privacidad.

—Me lo imagino...

—¿Qué estás haciendo aquí? —lo increpa Leon mirándonos de hito en hito. Parece comprobar que yo esté bien. ¿No entiende que ya no me creo su maldito papel? He visto y oído suficiente—. India no está en condiciones de recibirte.

—Qué posesivo, hermanito. Venga, os dejo para que habléis o lo que surja.

Leon señala hacia la salida y en cuanto comprueba que su hermano se ha marchado, se pone a mi altura, arrodillado ante mí. En su mirada hay culpabilidad.

Controlo las ganas de escupirle.

—Siento mi comportamiento de anoche, pero te empeñas en ponérmelo todo tan difícil que por momentos creo que esto es lo que quieres, que saque lo peor de mí.

Lo miro fijamente, sin pronunciarle sobre su disculpa. Una que parece sincera.

Parece... Es un Cooper. Su hermano acaba de comportarse igual.

—India, intenta ser prudente y el tiempo pasará para que seamos libres de una jodida vez —gruñe con tormento—. Necesito que esto acabe pronto.

Mi silencio se prolonga, estoy furiosa. Él se incorpora de malas maneras, y estalla el puño contra una de las maderas del vestidor. Me sobresalto, observo cómo coge y suelta aire hasta relajarse. Finalmente, señala un estante del fondo, el más escondido.

—Ahí tienes ropa, estaba preparada para tu llegada. —Comprueba mi vestimenta y se aprieta las sienes—. Tengo que irme a trabajar.

—Creí que iría contigo —rebato con altanería.

—Cameron no está y no es necesario fingir. Esta noche dormiré en la habitación de invitados, vete a pasar el día con tu amiga y así no estás sola.

Me contengo para no gritarle cuánto lo desprecio, pero a pesar de todo y de cómo me hizo sentir anoche, sé que no debo. Necesito seducirlo y destrozarlos.

—No vuelvas a desobedecerme, aunque no lo creas, no me gusta comportarme así.

Es su última frase antes de marcharse. Una confesión que no me creo. De modo que me incorporo y analizo la ropa que tienen preparada para mí.

Vestidos y faldas, ropa interior negra... Incluso maquillaje, mi perfume favorito: *Scandal* de Jean Paul Gaultier. ¡Son unos putos locos!

Elijo un conjunto de falda corta con top, es bastante ceñido, sensual, más de lo que suelo vestirme. Suspiro y me doy una ducha. Estoy agotada física y mentalmente. Una vez acabo, me seco el cabello y lo recojo en una cola alta. No hay rastro del vestido de anoche, supongo que se lo habrá enseñado a su querido hermano.

«Me las vas a pagar, Leon Cooper».

Me maquillo apenas un poco y salgo con la intención de colarme en la habitación de Cameron. Está cerrada... ¡Mierda! De modo que bajo corriendo hacia el despacho, compruebo que ha hecho exactamente lo mismo. Miserables...

Sin soportar más estar aquí y sin poder hacer nada, llamo un taxi y regreso a casa.

Mi recibimiento no es otro que Ethan y Logan esperando en la puerta, cuchicheando, quizás están a punto de marcharse hasta que se percatan de mi presencia.

Me duele ver tanto desprecio en sus ojos cargados de decepción.

Si supieran que estoy harta de batallar con todos.

—¿Por qué has pasado la noche allí? —inquire Ethan de malos modos.

—Es la casa de mi marido...

—Donde también vive su hermano, quedarte sola con dos Cooper es dar de qué hablar. ¿Qué mentiras te ha contado para estar tan ciega?

—¿Que se hable es lo único que os preocupa?

—No, joder —interviene Logan—. ¿Te han tratado bien?

—Sí —miento con un nudo en el pecho al recordar la escena de Leon arrancándome el vestido y, al mismo tiempo, emocionada al saber que se preocupan por mí—. Cameron se ha ido unos días de viaje y estaré allí con Leon.

—No podremos vigilarlo —se queja Logan con un bufido.

—No es necesario, confiad en mí, por favor.

—No podemos, ya has traicionado nuestra confianza casándote con nuestro mayor enemigo —apostilla Ethan y grita hacia adentro—: ¡Papá, estamos listos!

—Tú siempre has sido más prudente, Logan —le suplico a este.

—No si se trata de los Cooper.

Aparece papá más calmado que mis hermanos, realmente ha depositado toda su esperanza en Leon. Sonríe al verme, me besa la frente y susurra muy bajito:

—No les hagas ni caso, sé que estás en buenas manos.

—Gracias, papá... Que os vaya bien el día.

Es el único que se despide. Logan y Ethan se montan en el coche como alma que les lleva el diablo. Entro en casa con desgana, agobiada, pero una sonrisa se me escapa al ver a Ailén desayunando en el jardín rodeada de papeles.

Está entusiasmada, tiene un semblante tranquilo. Ya está vestida para empezar el día, camisa algo holgada y leggings negros. ¿Qué haría sin su apoyo?

—Eh, mi estudiante favorita —la saludo, llamando su atención. Ella enseguida me mira y corre hacia mí. Me abraza con la ternura y la protección que la caracteriza—. ¿Te han dejado sola?

—Hemos desayunado todos juntos o era la intención, yo me he entretenido con los apuntes. Ven, acompáñame y cuéntame cómo estás. Me tienes muy preocupada.

Omito lo sucedido anoche y le revelo mi nuevo plan. Un as que necesito tener bajo la manga por si las cosas

se complican antes de lo esperado. Aunque en ningún documento se penaliza una posible infidelidad de Leon, quiero tener algo para poder defenderme, aunque esto no nos salve de pagar la deuda, sí mi reputación.

De modo que nos pasamos el día fuera de casa, haciendo las compras necesarias y luego nos relajamos en la playa. Ahí donde me siento libre, olvidándome de lo que me ha traído realmente a Los Ángeles. De los frentes que tengo abiertos.

La sensación de plenitud me acompaña mientras camino por la orilla y mojo mis pies. Entonces oigo a Ailén; corre desde la tumbona hacia mí. Ya está vestida, apenas ha tomado el sol en bañador, yo aún sigo en bikini y la noche está cayendo.

A nuestro alrededor juegan al voleibol.

—Es tu madre —cuchichea muy bajito, pasándome su móvil—. No le digas que te he contado cosas, por favor.

—No te preocupes. —Ella me lanza un beso y me deja sola—. ¿Mamá?

—Hola, cielo, ¿cómo estás?

—Bien, en la playa. ¿Por allí qué tal todo?

—Os echamos de menos. ¿Puedo hacerte una videollamada? —Su pregunta me descoloca—. Quisiera hablarte como si te tuviera de frente.

—Vale...

Miro hacia el horizonte, hacia ese cielo anaranjado que lo cubre todo. En el fondo sé qué está pasando, necesita ver mi rostro cuando toque ciertos temas.

Espero que no me descubra...

—Hola —la saludo al verla. Se halla en el sofá de casa, con pinta de haber estado limpiando. Desarreglada y con pelos desordenados—. ¿Qué pasa?

—¿Estás embarazada? —arroja sin tapujos—. Y no me mientas, por favor.

—No, ya lo hablamos en España —murmuro cansada de dar explicaciones.

—Ajá, y te vi vomitar la misma mañana que te casabas precipitadamente con otro hombre y no con el que era tu prometido.

—Ya te lo aclaré. Te vi conforme...

—Me sentí atropellada por la situación y no quise lastimarte, pero sabes que comportarme así fue ir en contra de mis principios por el cariño que le tengo a Oscar, él no se merecía esto —admite con pesar lo que ha silenciado hasta hoy.

—Un poco tarde...

—Cuando empiezo a ser consciente de la situación. Al principio pensé que todo había sido por temor al tratarse de un Cooper, me puse en tu piel y quise ser empática. Luego te vi vomitar y otras ideas me asustaron. Pero os vi en la boda tan atentos...

—No estoy embarazada, no supe parar antes la situación y me he casado porque estoy completamente enamorada de Leon Cooper —escupo cada palabra de manera atropellada—. No hay más, sé que lo he hecho mal, pero es mi vida, respétala.

—Siempre lo he hecho, de lo contrario, no me habría comportado así. —Asiento, aceptando que tiene toda la

razón. No me reconoce, porque esta no soy yo—. Óscar me ha preguntado sobre un posible embarazo, dice que se está rumoreando.

Doy una patada en la arena, ¡no puedo con más complicaciones!

—Ese rumor no tiene sentido, mamá.

—De confirmarlo, irá a buscarte.

—¿¡Confirmar qué!? Es absurdo, no lo quiero por aquí.

—¡India! —Me giró para ver qué necesita Ailén. Mi amiga señala hacia atrás, algo tímida. Leon me espera arriba con las manos en los bolsillos. ¡Quisiera desaparecer!—. Tenemos que irnos, debes coger las compras de tu casa... ya sabes.

—Sí. Mamá, he de colgarte. No te preocupes por nada, no habrá confirmación, porque no hay embarazo, por Dios, y todo seguirá igual.

—Cúidate, cielo. Dales besos a todos, menos a tu padre.

—Entendido. Besos a Fran.

Cuelgo la llamada y miro por última vez hacia el cielo, el mar e inspiro. Mis fuerzas no pueden flaquear... Me acerco a Ailén y recojo nuestras cosas, ignorando a Leon.

—Por favor, cuidado con lo que tienes preparado, si te pilla...

—Sabré salir del paso —la interrumpo con un guiño de ojo.

—¿No vas a llevarte nada de ropa?

—No, esos psicópatas han comprado algunas prendas para mí.

—India...

—Ailén, te juro que sé lo que estoy haciendo.

—Vamos, no te quita ojo.

Ambas caminamos hacia él en cuanto me coloco el quimono blanco lleno de transparencias por encima. Una vez llegamos, lo miro, él me repasa con intensidad, intimidándome. Su mentón se agarota al mascullar:

—He ido a buscarte y Orlando me ha dicho que estabas aquí. ¿Vamos?

—He de recoger algunas cosas.

—No tardes.

Intento pasar de largo, pero me detiene y me da un beso en la frente para que Ailén lo vea, aun así, mis latidos se aceleran. He sentido su necesidad...

Agito la cabeza, repitiéndome que forma parte de su teatro y me dirijo a mi casa. Cojo las bolsas y le recuerdo a Ailén que no regresaré hasta el viernes. Me he propuesto acelerar la seducción ahora que Cameron no puede hacer nada.

Aunque solo de imaginar que me desnuda con la violencia de anoche... Náuseas.

—Cúidate —me susurra al oído, aunque en español—. Yo avisaré a tu padre, que le encantará la idea de que estéis solos, ya habla de nietos... Tus hermanos no se tomarán bien que te vayas unos días.

—Para el caso que me hacen aquí.

—No seas boba, dales tiempo.

Me despido de ella y sin pedir permiso, me monto en el coche de Leon. Él me sigue y sin mediar una sola

palabra, pone en marcha el vehículo. El silencio nos acompaña, ni siquiera pone música. Se comporta como si estuviera solo, hasta que aparca y mientras cargo las bolsas, oigo atónita su ¿consejo?

—Podrías ir un poco más discreta —comenta, abriendo la puerta de la casa.

—Lo que me faltaba.

—Si un tipo se te acerca, porque es lo que hacen los babosos con mentes de trogloditas cuando ven a una mujer llamativa, se lo pones en bandeja a Cameron y yo no puedo estar pendiente de ambos las veinticuatro horas del día. —Me cede el paso con la ceja enarcada—. No soy tu niño, entiéndelo.

Bufo, paso de largo y subo las escaleras hasta llegar a su habitación. Leon me sigue, pero no me persigue. Entra en el vestidor directamente. Yo dejo las pastillas en la mesilla y un ambientado de vainilla. Gesto que él no pasa desapercibido cuando vuelve.

—No tenemos chica de servicio por ahora, la de ayer fue despedida. —Se detiene antes de salir del dormitorio y con un suspiro, añade—: Si necesitas algo, dímelo.

—Me apetece una hamburguesa con patatas y un buen vino.

—Bien. Te agradecería que quitaras el olor a vainilla.

—Lo siento, me hace sentir en mi hogar.

—Haz lo que te dé la gana, como siempre.

En cuanto desaparece, aunque no tan rápido como de costumbre, me dejo caer en la cama. ¿Hasta cuándo podré soportar esto? Tengo tanta necesidad de vengarme que me asusta... De verlo rendido ante mí, enfrentándose a su hermano.

Esta noche mis planes son otros, pero mañana no pospondré más el acercamiento que necesito para ponerlo en contra de Cameron. Hoy no estoy preparada... No puedo apartar de mi cabeza la escena de anoche, nunca me he sentido tan violentada.

Finalmente, me doy una ducha y lo espero con un camisón de encajes. Es negro y muy cortito. Quiero que me desee, que lo haga de una forma que no pueda reprimirse, pese al desprecio que siente por mi apellido. Necesito que sea él quien tome la iniciativa y sé que no será fácil, que he de ir poco a poco. De ahí mi provocación ahora.

Cuando oigo sus pasos, me tumbo en la cama, pensativa.

—La cena está aquí —masculla con voz muy ronca—. Estaré en la habitación de invitados, aunque preferiría que no me molestaras más.

¡Imbécil!

—Llévate el vino, al final no quiero —le digo, sabiendo muy bien qué hago.

No me equivoco. Mientras ceno sola en mi habitación, llena de ansiedad, lo espío a través del enorme ventanal, tras la oscura cortina. Está en el jardín, bebiéndose la botella de vino mientras fuma. Espero a que acabe, guardando las sobras de la hamburguesa. Entonces me encuentro un pequeño papel envuelto en el filo de la bandeja. Es una porción de tarta de chocolate. ¿¡A qué viene ese detalle!?

Poco después oigo la puerta de la habitación de enfrente. Me quito el camisón, quedando completamente desnuda y me pongo la peluca pelirroja. Aguanto media hora, cubriéndome con la sábana, temblando y no de frío. «Ahora». Abro con sigilo la habitación de invitados. Su respiración es fuerte... Está dormido. Ha bebido demasiado. Está sobre el cobertor incluso, con la ropa puesta, pero el torso descubierto.

Me acerco, aunque tiritando, y me meto con cuidado en la cama con él. Me tumbo en su pecho, cubriendo mi rostro con la peluca y nos saco una fotografía con el móvil en la que se ve bien la alianza de casado que lleva en el dedo. La prueba de que él me habría sido infiel y en su propia casa. Pero cuando me voy a retirar, Leon se agita.

Nerviosa, me quito la peluca de un tirón y la lanzo al suelo, en la parte vacía de la cama. Al girarme para comprobar si sigue dormido, nuestras miradas se cruzan, sus ojos inyectados en sangre recorren mi desnudez. Me siento morir...

—¿Qué diablos estás haciendo? —me increpa con voz estrangulada.

Capítulo 10

Pasión

Escondo el móvil como puedo entre las sábanas y susurro con voz temblorosa:

—He oído un ruido y me he asustado.

—¿Y te metes desnuda en mi cama? —gruñe con los dientes apretados.

—Ya te dije que duermo ligera de ropa —me excuso, desviando la mirada.

—Regresa a mi habitación, voy a comprobar que esté todo en orden.

Me incorporo enseguida para darle una patada a la peluca y meterla debajo de la cama. Lo que no puedo llevarme es el móvil, por lo que más nerviosa si cabe, corro hacia su dormitorio y me siento en el sofá de tres plazas sin saber qué hacer. Sobrepasada. Mi cuerpo está ardiendo y no de calor, aun así, soy incapaz de moverme.

La sensación de estar en peligro me sobrecoge. ¿Y si Leon...?

«¡Lo estás provocando, es lo que quieres!!», me recuerdo. Aun así, reconozco que hay cierto miedo en mí. Mi valentía justo ahora empieza a desvanecerse. No sé si estoy preparada para entregarle mi cuerpo a Leon Cooper por una mera venganza.

«Piensa en el daño que pretende hacerle a tu familia», me amonesta mi mente.

—No hay nadie —masculla Leon entrando en la habitación. Sus ojos arden sobre mi desnudez—. Métete en la cama, me quedará aquí.

Callada, no dudo en obedecerle, cogiendo aire al tener que caminar en su presencia y sin nada de ropa. Cuando entro en la cama, me cubro con la oscura sábana de seda. Un segundo después, advierto su peso sobre el colchón. Me atrevo a mirarlo, mordiéndome el labio. Estoy indecisa, con una congoja en el pecho que incluso me duele, pero sé que no puedo desaprovechar el momento. Ahora estamos solos... No lo creo con la intención de comportarse violentamente. Ni siquiera hace amago de quitarse la ropa. Tiene las manos detrás de la cabeza, un pie fuera de la cama y los ojos cerrados; respira de manera muy acelerada.

Trago saliva y, enterrando mi maldito orgullo, me acerco hasta su pecho y, antes de que él pueda mirarme, me tumbo sobre este. El corazón le late muy deprisa.

El mío galopa como un caballo desbocado.

—¿Se puede saber qué coño te propones? —se queja, agarrotado.

—Sigo asustada, no acostumbro a dormir en otras casas... —Silencio, pero no me aparta. Disfrazo el nudo en la garganta, también las ganas de llorar por lo que él me causa y musito con voz apenas audible—: Ahora mismo eres lo único que tengo aquí, a pesar lo salvaje que has sido.

—Te he pedido disculpas, maldición. Duermes y no te muevas.

Me quedo quieta, impregnándome sin querer de su perfume, uno masculino que no reconozco. Tiene cientos sobre un estante de la habitación, ninguno barato. Levanto la mirada hacia él, aunque me ignora. Por un segundo, veo al Leon Cooper de hace nueve años. El que me hacía rabiar y reír, el que me observaba de una manera especial.

¿Por qué nuestros padres fueron tan inconscientes?

Era tan feliz... nunca lo he sido tanto. Echo de menos aquellos días.

—¿Qué cojones miras?

—No tengo sueño —lo provoco con un tono sensual, cagada de miedo.

—Será mejor que me vaya —rebate con irritación.

Me aparta de malas maneras, intenta incorporarse, pero lo agarro del brazo y lo hago tambalearse, obligándolo a sentarse en la cama. Yo me pongo a su altura, mostrándole sin pudor mi cuerpo completamente desnudo. Cierra los puños, inspira profundamente con los ojos cerrados y, al abrirlos, me empuja contra el colchón.

Quedo bocarriba, a su merced, pero él enseguida me cubre con la sábana.

Es brusco.

—He bebido y no quiero hacer algo de lo que mañana me arrepienta —confiesa completamente ronco—. No trates de mantenerme aquí.

—No quiero quedarme sola...

—¡India, maldición, no entiendes nada!

Su grito me intimida, sin embargo, enseguida pasa a un segundo plano. Por un momento estoy tentada a decirle que me explique esa frase que siempre me repetía, pero sería mostrar nostalgia, reconocer que lo recuerdo más de lo que quisiera y mi rencor no me lo permite. No en las circunstancias en la que nos encontramos.

—¿Y si Cameron no está de viaje y es una excusa para aparecer y comportarse conmigo como está deseando que lo hagas tú? —me invento para que no se vaya.

Se aprieta el puente de la nariz, intranquilo.

—Te aseguré que te protegería de él —protesta como si mi supuesto miedo le molestara—. Está en España, no tienes de qué preocuparte.

—No sé si creerlo...

—Duérmete de una vez, maldita seas.

Se hace un hueco en la cama e intenta darme la espalda, sin embargo, anticipándome, vuelvo a tumbarme en su pecho, aferrándome con las uñas a él. El miedo ha desaparecido y otro tipo de emociones me asaltan. No solo a mí.

Leon gruñe como si de un animal herido se tratase y entonces me encuentro con su mano empuñando mi mentón.

—Me lo estás poniendo muy difícil en todos los sentidos.

—Ahora el que parece asustado eres tú —consigo decir con un susurro.

—Nunca he odiado tanto a nadie como te odio a ti.

Abro la boca para replicarle, pero la suya me silencia de manera violenta. Fuera de sí, me cubre con su cuerpo, aunque no me toca, se limita a acunarme el rostro con fuerza y me besa sin piedad. Me besa tan apasionadamente que me hace gemir. Y querer gritar, porque la necesidad de devolverle el beso se apodera de mí. Su húmeda boca se entrelaza con la mía como si hubiésemos hecho esto durante mucho tiempo.

Y como una estúpida, rompo a llorar. Entonces él se aparta al sentir el salado sabor de mis lágrimas, pero ignorando la necesidad de huir, lo empujo hacia mí. Obligándome a que caiga rendido a mis pies y que esta noche

empiece su declive. Su control deja de existir, el hielo se convierte en fuego y vuelve a besarme, reclama mis labios con ansiedad, desesperación. Yo me entrego, jugueteando con su lengua, reconociendo que su sabor me gusta, seduciéndolo, tentándolo... incluso en contra de mis principios. Jamás me he acostado con un hombre por interés, no importa de qué tipo.

Y estoy a punto de hacerlo...

—Maldita seas, maldita seas —repite hasta la saciedad y desciende con su boca por mi cuello, la clavícula, hasta llegar a mis pechos. Instintivamente, me arqueo hacia atrás. No soy dueña de las reacciones de mi cuerpo —. Esto es un puto error.

Hundo las manos en su pelo, deshaciendo su moño. Vuelvo a gemir, la sensación es tan placentera... Entonces me muerde un pezón, luego el otro. Tiemblo como nunca.

Mis quejidos ya no son controlables, ¿qué estoy haciendo?

Pero Leon va más allá y me acaricia el vientre, la cintura...

Contengo el aliento al advertir que baja hasta que su mano aterriza en el centro de mi placer. Me cuesta hablar, respirar. Las lágrimas aumentan, así como la humedad entre mis piernas. Me retuerzo al sentir que sus dedos crean círculos en mi sexo, mientras muerde mis pechos con una agonía que no alcanzo a entender.

—India, pídemme que me detenga. —Es una súplica.

Muy lejos de obedecerle, levanto las caderas, me contoneo al ritmo de sus ágiles y rápidos dedos, pero cometo el error de mirarlo para saber cuál es su reacción ante mi absoluta entrega. Su expresión da miedo, incluso se muerde el labio, contenido, observándome con tanta fiereza que me sobrepasa. Está disfrutando de mi placer y, al ser consciente de ello, me contraigo y alcanzo un orgasmo tan brutal que soy incapaz de dejar de convulsionar. Mi llanto truena ante la intensidad de lo que acabo de vivir.

Leon no aparta la mirada de mí, sí su mano. Me contempla como si estuviese impactado y acto seguido, regresa a mi lado. Hace una mueca, atormentado. Aun así, no pronuncia palabra y yo no soy capaz de verbalizar ninguna. Una vez a mi altura, besa cada rincón de mi rostro, bebiéndose mis lágrimas. No sé cómo actuar, ni cómo enfrentarme a estas cosquillas que se adueñan de cada centímetro de mí.

¿Por qué se comporta así?

Sus ojos verdes me persiguen y los míos le rehúyen todavía entre gemidos. Entonces empieza a desnudarse, lo hace despacio, dándome la oportunidad de negarme y aunque ahora mismo es lo que quisiera, por la confusión que habita en mi interior, lo ayudo a desvestirse. En cuanto mis manos acarician su duro pecho, su paciencia se evapora.

El salvaje que ha dominado hace escasos minutos se libera. Me muerde el labio, gruñe mientras se lo lleva entre sus dientes para finalmente alejarse.

Se pone de pie y termina de desnudarse, arrancándose prácticamente cada prenda. La opresión en el pecho no desaparece, al revés, me falta el aliento. El corazón se me acelera al admitir que desnudo es incluso más impresionante de lo que imaginaba. Extremadamente marcado y muy fofito, aunque no hablo solo de su cuerpo... Hay firmeza, grandeza. Aprieto las sábanas entre mis dedos, sintiendo ese maldito fuego que desprende a pesar del silencio. Mis latidos se disparan al presenciar cómo abre el cajón de la mesilla auxiliar y rasga un preservativo.

Todos los músculos de mi cuerpo se agarrotan, suplicándome que no sea capaz de ir tan lejos, que detenga esta locura, pero abro las piernas y lo invito...

Leon no se hace de rogar, enseguida está sobre mí. Me maldice en cuanto nuestras pieles se tocan. Una corriente eléctrica nos atraviesa, pues ambos liberamos un quejido. El mío es casi un lamento... Al colocar su enorme miembro en mi empapada cavidad, ya no respiro. No, no es suave invadiéndome, se cuela en mi interior de una sola embestida, lastimándome. Aunque ninguno retrocedemos.

Sus manos ahora son hielo acunándome el rostro para besarme, ya no me mira, sus ojos están cerrados. Los míos no pueden apartarse de él. Las embestidas son agónicas hasta arrancarme un gimoteo tras otro. El martilleo de su hombría se extiende por cada rincón de mi ser, erizándome la piel. Lo peor es que le correspondo yendo a su encuentro, levantando las caderas, atándolo con mis piernas, aferrándolo por la nuca y hundiendo los dedos en su ahora salvaje melena...

Sus besos son una explosión de fuego haciéndome arder de pies a cabeza.

Me asusta, no su desesperación, sino las sensaciones que experimento. Sobre todo, cuando mientras entra y sale de mí, a un ritmo tremendamente rudo, aunque muy sensual, se aparta en busca de respiración y se apoya en mi frente. Esta vez no me rehúye, nuestras miradas se entrelazan y el miedo empieza a consumirme, por lo que intento apartarlo de mí, pero Leon me atrapa las manos por encima de mi cabeza y mueve las caderas a un compás que, contradictoriamente, me hace querer más.

—Esto no puedo volver a pasar —gruñe con el rostro desencajado.

—No...

La cama chirría, el olor a sexo inunda la habitación. Nuestras respiraciones se funden en una sola, como nuestros sedientos cuerpos. El placer se multiplica a unos niveles inesperados... Me entrego a su entera voluntad. Entonces el segundo orgasmo arrasa con todo y solo quiero su boca sobre la mía, fusionándose, descargando nuestra ira por dejamos llevar así. Mientras se corre, sus dientes me muerden el labio superior, lo saborea. Gimo y jadeo hasta quedarme sin voz.

Sus gruñidos desprenden pura agonía.

Cuando se aparta, sus ojos están ausentes, quizá asumiendo que acaba de follar con una Murray, la misma a la que ha obligado a convertirse en su mujer.

Rueda sobre la cama y maldiciéndose, se aprieta las sienes. Yo me cubro la boca, aturdida, impactada, su sabor no me abandona, así como las sensaciones que ha despertado en cada poro de mi piel. ¿Qué acaba de suceder!? No sé cuánto tiempo transcurre en el que el silencio es nuestro único aliado. De repente, Leon empieza a negar con la cabeza al admitir que ha perdido una batalla. Se sienta en la cama y se mece la cara. La imagen de Cameron se cuela en mi mente, recordándome que no debo dar un paso atrás ni en falso. Por lo que decido no darle una tregua, es el momento, está débil mentalmente, a pesar de que yo no me siento con más fuerza.

Reconozco que estoy tocada y casi hundida...

No obstante, no me puedo permitir flaquear. Hasta ahora ha sido él quien ha tenido el control, de modo que me arrodillo detrás, me cuesta sostenerme.

Arrinconado cada emoción que me supera en estos momentos, me olvido de mí y le beso el cuello, los hombros, su espalda.

Una punzada me sorprende en el estómago y no porque se me revuelva... Advierto cómo su respiración se agita aún más. La tensión en su cuerpo es evidente, pero no me rechaza. Ni siquiera cuando lo rodeo y sin pudor, me subo a horcadas sobre sus piernas. Evita posar sus ojos en mí, no en mi desnudez. Me agito. Resopla. Parece frustrado, enfadado. Reconozco que me siento así, en cambio, no son las únicas inquietudes que me invaden. El roce de nuestros cuerpos ya me hace arden, temblar.

Es tan surrealista...

Finalmente se quita el preservativo y enseguida se enfunda otro.

Me empuja hacia él por la espalda, me guía por la cintura y me incita a cabalgarlo. Sostengo su pene y lo introduzco dentro de mí. Disfrazo el gemido de placer que amenaza con escapar de mis labios al tocarlo así. Su alarido se clava en mis sentidos...

¡Basta, India! De modo que me contoneo, no soy suave, resbalo por su piel, subo y bajo sin paciencia alguna, pego mis pechos al suyo; gimoteando en cada roce, deleitándome con sus muecas de placer. Con sus fieros ojos devorándome sin apenas tocarme, tan cerca que no hay hueco, aun así, contenidos.

Mantenemos la proximidad de nuestras bocas, sin caer en la tentación, hasta que, sin poder reprimir las ganas, intento besar sus labios. Pero Leon gira el rostro, yo ciño el mío a su mejilla tras el rechazo y nos encontramos con nuestra imagen en el espejo.

Con la de dos enemigos follando como si no hubiese un mañana...

Mi cuerpo se paraliza, él suyo no hace nada para que continúe. Las lágrimas vuelven a inundar mis mejillas y me aparto casi en trance al ser consciente de que he disfrutado del sexo como nunca y ha sido con Leon Cooper.

Todavía puedo sentir su pasión, sí, esa desmedida pasión recorriendo sin piedad cada centímetro de mi ahora tembloroso cuerpo. ¡¿Cómo has podido, India?!

Me tumbo en posición fetal, llorando, decepcionada conmigo misma. Y me prometo que esto nunca más pasará, no de esta manera. Que seré un témpano de hielo cuando ese maldito salvaje vuelve a poseerme como esta noche.

—Me voy a la habitación de invitados, te prohíbo que entres allí.

—Yo...

—Tú no eres la única que está arrepentida —escupe lleno de amargura—. Esto nunca tendría que haber sucedido y te juro que jamás volverá a suceder.

Capítulo 11

No te tengo miedo

No pego ojo en toda la noche. La ansiedad no se apiada de mí, me atormenta cada segundo mientras rememoro lo sucedido entre Leon Cooper y yo. Tengo la última imagen grabada en mi retina... La del espejo, su semblante lleno de placer, mi goce. No había rastro de odio, de desprecio, al contrario, deseo, quizá demasiado. ¿Cómo he podido caer tan bajo? Hace poco más de un mes yo estaba prometida con Óscar y hacía el amor con él, ahora me acuesto con otro sin que haya amor, ni siquiera cariño.

Me doy tanto asco.

Sus pasos interrumpen mis pensamientos. Finjo que estoy dormida, cubierta hasta la barbilla a pesar del calor que me inunda. Deduzco que entra en el vestidor y que poco después desaparece. Ya solo queda el silencio, excepto el de mi traicionera mente. Esa que se encarga de hacerme sentir la mujer más miserable del mundo.

Porque lo soy.

Aun así, me niego a renunciar, se lo debo a mi familia. A mí. Estas sensaciones pasarán... No habrá tregua. No con él.

Confía en mí, Cameron, todos mis pasos con India están calculados.

¡¡Tienen que pagar!!

Entonces suena el timbre. Me alarmino. Apenas son las ocho y media de la mañana según el reloj de oro que hay en mi mesilla. Por un segundo dudo sobre si incorporarme o no. Pronto mi duda está resuelta. Leon aparece delante de mí, sin que me dé tiempo a cerrar los ojos. Ya está vestido. Hoy va completamente de negro. Sus ojos verdes están hinchados. Tiene el cabello recogido, aunque no minuciosamente. Está más salvaje que nunca; la camisa desabrochada, la corbata sin anudar y la chaqueta desabrochada. El reloj no le falta. ¿Se me ha escapado un suspiro?

—Ethan, Logan y tu amiga te esperan abajo —me informa con un carraspeo. Hoy el odio se manifiesta con más fuerza en sus duras facciones—. Vístete y compórtate, por favor, no quiero tener que mandar a tus hermanos a la mierda.

—No hables así de ellos —protesto y le hago una peineta con la mano derecha.

—Te espero abajo.

En cuanto cierra la puerta, me desperezo y de nuevo el maldito espejo. El que me muestra mi cabello color chocolate completamente desordenado. Mi maquillaje, corrido. Mis ojos marrones están con más brillo que nunca tras las miles de lágrimas derramadas.

Estoy demacrada, agotada y no solo físicamente.

No soy capaz de asimilar lo sucedido, me cuesta pensar en ello sin avergonzarme.

Me incorporo y entro en la ducha, no creo que tarde más de cinco minutos en ella. Reconozco que todavía trato de borrar las huellas que ese salvaje dejó en mi piel, no son visibles, pero noto las sensaciones, sus dedos

haciéndome vibrar, las cosquillas.

La herida en mi labio sí es perceptible.

Hoy me decanto por el mismo conjunto que ayer, pero en blanco. Falda de lino hasta las rodillas y por encima del ombligo, ceñida. Con su *top* a juego. Odio reconocer que tienen buen gusto. ¿De qué me extraño? ¡Me espiaban, saben casi todo de mí!

Me calzo los tacones, me maquillo un poco, sobre todo las ojeras y me recojo el cabello con un sutil moño bajo. ¿Advertirán algo diferente en mí?

Los he traicionado de verdad... ¿Por qué han venido?

Al bajar, todos me esperan de pie, excepto Leon que se encuentra apoyado en la mesa, con los brazos cruzados sobre el pecho. En cuanto me ve, se aprieta el puente de la nariz, inquieto, y me hace la pertinente revisión. No se domina, no le importa quién haya delante. ¿De qué va!? «Forma parte de su teatro, no seas boba».

¿Inspira fuerte? ¿Qué está pensando!? Decido ignorarlo, creo que pretende desestabilizarme y no lo conseguirá. Mis hermanos me examinan con inquietud, también con el dolor traspasando sus desencajados rostros. Imagino que esta casa les trae miles de recuerdos... Ailén está con el miedo visible en sus dulces facciones.

—Te ha estado escribiendo y no respondías a los mensajes —explica Ethan señalando a mi mejor amiga—. Se ha preocupado.

La culpabilidad la delata, aunque yo le sonrío sin ganas.

—Han venido a comprobar que estás bien —se burla Leon con una amarga sonrisa—. Aquí la tenéis, yo he de irme a trabajar.

—Nosotros también, solo queríamos cerciorarnos de que la has tratado como merece —apostilla Logan con chulería.

—Quizá debería tratarla como una traidora, así la habéis calificado, ¿no? —los reta Leon y se dirige hacia mí. «Ni se te ocurra besarme»—. Te veo más tarde, India.

—Hasta luego —susurro sin saber cómo esquivarlo.

Pero no, no me besa. Se limita a depositar un beso en mi frente. Un beso que dura algunos segundos y cuando se aleja, clava sus ojos en los míos. Siento cómo me sonrojo.

¿Cómo olvidar la intimidad que compartimos? ¡Necesito borrarla!

—Pórtate bien, India.

—Siempre lo hago...

—La herida en tu labio dice lo contrario.

¡Desgraciado! Un calor abrasante me recorre de pies a cabeza. No espera una respuesta, pasa de largo delante de mis hermanos y de mi amiga como si no existieran, se marcha. Ailén no duda en correr hacia mí y abrazarme. ¡Y yo quisiera detener a Leon Cooper y golpearle hasta que cerrara esa maldita y osada boca!

—He temido lo peor —confiesa en mi oído.

—Me dejé el móvil en otra habitación —le explico, tratando de aparentar calma. Una calma que me abandonó anoche y que sigo sin poder recuperar. Pues la actitud de Leon ahora no ayuda—. ¿Vas con ellos?

—Sí, empiezo las prácticas desde hoy mismo.

—Suerte, Ailén. Estoy orgullosa de ti. —La rubia vuelve a abrazarme, sé que me echa de menos. Yo también, pero me niego a involucrarla más—. Y vosotros, ¿os vais a quedar ahí mirando?

—Ya nos vamos —replica Ethan, ajustándose la chaqueta, no lleva corbata. Ambos las odian, solo las utilizan para ocasiones especiales—. Papá nos espera.

—No ha querido venir porque tiene la certeza de que Cooper te trata como una reina —interviene Logan con la ceja alzada. Y señala mi labio. Más calor e impotencia—. No se equivoca, ¿no?

—No...

—¿Te está mereciendo esto la pena, India? —Ethan no puede ocultar su desconcierto al hacerme la pregunta—. Sé sincera.

—Yo por vosotros haría lo que fuese y respetaría cualquier decisión, aunque no fuera de mi agrado. —Logan rechina los dientes—. La verdad es que me esperaba vuestras reacciones, pero no la indiferencia, este desprecio constante.

—Has reabierto heridas que estaban casi cerradas —masculla Ethan.

—No voy a convencerlos de lo contrario.

—¿No te importamos o qué? —me reprende Logan esta vez—. ¿Solo tienes ojos para Cooper? ¿Cómo has permitido que sucediese?

—Tú mismo lo dijiste la mañana que llegaste a España, que yo no sería la primera ni la última —le recuerdo sus propias palabras.

—Pero no con tu enemigo.

—Ahora es mi marido y os pido que os mantengáis al margen —exijo con contundencia. No permitiré que arruinen mis planes, aunque me duela marcar aún más distancia. He de ser prudente—. ¿Necesitáis algo más?

Ethan hace un gesto de negación con la cabeza y es el primero que abandona la sala. Logan sigue sus pasos. Ailén suspira, mostrando su cansancio.

—Quizás si les contaras la verdad —me aconseja, está agobiada por la división que nunca ha visto en mi familia.

—Matarían a los Cooper y esa guerra quiero evitarla.

—¿Qué pasó con tu teléfono? ¿Usaste la peluca? —Entonces me analiza de pies a cabeza—. ¿Y contigo? Pareces diferente.

—Es que ya no soy la misma, te lo advertí, entiéndelo.

—Me asustas cuando hablas así.

—Anda, ve, te están esperando y ya los conoces.

—Prométeme que estás bien —me suplica muy inquieta.

—Confía en mí.

—Necesito que hablemos con calma...

—Hoy no, por favor.

Ailén me abraza y poco después se marcha con mis hermanos. La puta soledad se cierra sobre mí. Reconozco los rincones de esta casa como si fuese la mía propia. Nada ha cambiado. Y lo intento de nuevo, quiero entrar en

el despacho, en la habitación de Cameron, ambas están cerradas. Finalmente voy a por mi móvil y lo rebusco entre las sábanas. Sábanas que huelen a Leon Cooper. ¡¡Basta, India!! Alcanzo el teléfono, lo desbloqueo y compruebo que la fotografía sigue intacta. Ahí está, también la peluca debajo de la cama. Bajo de nuevo y la tiro a la basura, tratando de pensar con frialdad. Una frialdad que se disipa al cruzar la enorme y elegante cocina y ver una bolsa de papel Kraft en la isleta, en el centro de la estancia, junto con una nota: *Aquí te dejo el desayuno por si tienes hambre. A la hora de la comida, llegará la compra. Apáñate mientras. Seguimos sin chica de servicio.*

Abro la bolsa, ya con el corazón a mil por hora. Hay dulces de chocolate y batidos del mismo sabor. ¿¡Por qué no deja que me muera de hambre!? Yo lo haría con él.

Es otra de sus estrategias...

Aun así, el estómago me ruge y me lo llevo arriba, a su habitación. Me como la berlina de chocolate, me tomo el batido y miro a mi alrededor. ¿Y si él esconde algo que me sirva en un futuro? Dejo a un lado los dulces y empiezo a revisar todas sus cosas. Inicio por el vestidor. Tiene tantas prendas, complementos y calzados que se me complica, el tiempo transcurre y la mañana se va sin que consiga nada. Como me aseguré, traen la compra a domicilio. La guardo para que no se eche a perder, tiro lo que me ha sobrado del desayuno y regreso a la habitación con urgencia. ¡Necesito algo! Nada, no hay nada, pero cuando estoy a punto de rendirme, descubro cuál es el perfume que todavía conservo en mis fosas nasales. *Sauvage* de Dior. Pero no es lo único... Encuentro una fotografía entre su ropa interior. La boca se me seca.

Es él con una chica sentada sobre sus piernas y la rodea por la cintura. Es guapísima, de cabello azabache, ojos claros y pelo largo, liso. ¿Era su novia?

Una punzada en el pecho me obliga a apartar la mirada de la pareja. No obstante, me guardo la fotografía. Más preguntas. ¿Se acostará con ella actualmente? ¿Puede él hacer lo que le dé la gana mientras a mí me tiene amenazada con una cláusula?

Si la impotencia era grande, se multiplica. ¡No tiene escrúpulos! Quizá ayer estuvieron juntos y luego yo... ¡Joder! No, no puedo sentirme más sucia.

Agobiada y enfadada, hago la cama y me tumbo sobre el cobertor. Después de mucho pensar, consigo conciliar el sueño y recuperar las horas de descanso que él me ha robado esta noche o, mejor dicho, desde que reapareció en mi vida hace poco más de un mes.

—¡¡Dile que me dé la cara!! —Abro los ojos, adormilada y confusa ante los gritos de esa voz femenina—. ¡¡Alexis, dile que salga!!

¿Está aquí el amigo del salvaje?

Me incorporo a tientas, ya que estoy a oscuras y me asomo a la ventana. Leon está fumando y bebiendo, exactamente como la noche anterior. Pero sus ojos están pendientes de la esquina que separa el jardín exterior de la entrada, de donde entiendo que proceden las reclamaciones. ¿Qué está pasando?

—¡¡Leon Cooper, sal ahora mismo!!

¿Es ella? Me quito los tacones, con los que incluso he dormido y, con cuidado para no caerme, salgo de la

habitación y tomo rumbo hacia abajo, a un paso de terminar rodando por las escaleras. Me tiembla todo.

No puedo permitir que Leon me vea, por lo que, sin pasar por el jardín, desde dentro, voy directa a la puerta de afuera.

—Será mejor que habléis en otro momento, sabes que Leon odia estos numeritos —le aconseja Alexis al otro lado del portón. Entonces abro y me encuentro de frente con ambos. Él parece muy agobiado. La explosiva chica, exaltada—. India...

—¿Qué pasa aquí? —pregunto con el ceño fruncido.

—¿Quién eres tú? —espetea la morena.

—La mujer de Leon.

De repente, Alexis empieza a maldecir y, rodeando la esquina que tapa la visión de Leon, se marcha, supongo que en busca de su amigo. Ella y yo nos quedamos a solas, retándonos con la mandíbula en alto, pues a pesar de todo, no seré el hazmerreír y la comidilla de la gente. No permitiré que se me trate como a una cornuda, cuando se supone que me acabo de casar completamente enamorada.

—Es imposible —murmura para sí misma.

—Nos casamos hace un mes —le aclaro y sin saber por qué, me molesta su presencia—. Supongo que serás una amiga.

—Si así llama a las mujeres con la que se acuesta...

—Puede ser, amigas con ciertos derechos, pero eso era antes de que se convirtiera en mi marido —me impongo con frialdad.

—¿Qué coño hacéis? —nos increpa él, mirándonos de hito en hito.

—¿Esto es cierto? —La morena me señala. Él libera un suspiro y se posiciona a mi lado. ¡Que ni me roce!—. ¿Te has casado con otra?

—Con otra no, India Murray es mi nombre —la corrijo con orgullo.

Leon me dirige una mirada que no sabía cómo descifrar y enseguida le aclaro:

—No te debo explicaciones, Scarlett, pero aquí tienes la respuesta sobre mi ausencia. Aclarado esto, será mejor que te vayas.

—Tendrías que haber respondido a mis llamadas. Eres un miserable —lo insulta ella y luego se dirige a mí—: ¿De dónde has salido tú? ¿Te has vendido por dinero?

«No lo hagas, no lo hagas», me suplica mi mente. Pero mi vanidad se antepone.

Le doy una bofetada que ni yo espero y, con las mismas, subo corriendo a la habitación. Me tumbo en la cama y como es costumbre, pataleo y ahogo los gritos contra la almohada. ¿Ese es el concepto que se tendrá de mí? ¿Que he aceptado ser la mujer de Leon Cooper por su posición económica? ¿Qué le ha prometido a ella para que esté tan dolida? ¡Ese maldito salvaje no deja de sorprenderme!

En el fondo, no la culpo.

Los Cooper son capaces de cualquier cosa. Finalmente, y tras unos gritos llenos de reproches, abajo se escucha la puerta y poco después a Leon subiendo las escaleras.

Me levanto, prohibiéndome que me encuentre afectada. No tengo motivos, ya sabía a qué me enfrentaba cuando acepté su chantaje...

—¡No has debido abrirle! —me regaña y de nuevo sus ojos están inyectados en sangre, ¿tanto ha bebido?—. ¡Mantente al margen de mi vida!

—¡No me grites!

—Entonces, obedéceme de una puta vez.

—Dime, ¿yo sí tendré que aguantar esto? —Señalo hacia abajo—. No estoy dispuesta a dar la imagen de interesada delante de la gente, ¡de comuda! Ni mucho menos de celosa, peleándome con una mujer a la que habrás engañado.

—Será mejor que me vaya.

—¡Corre, huye, es lo único que sabes hacer!

Ladea la cabeza y de dos zancadas está delante de mí, inspeccionando mi sensual conjunto, uno que él o el psicópata de su hermano han comprado para mí.

—No estoy de humor para aguantar tonterías —me advierte y posa su mano en mi cuello, rodeándolo con sus dedos. Me quedo sin respiración—. Deja de complicarme la puta vida, India. Limitate a seguir con lo que te ordené.

—O q-qué, ¿serás capaz d-de hacerme daño?

—Lo estoy deseando —admite, apretando más la mano. La garganta me arde, me asfixio—. Déjalo estar.

—¿E-Estás deseando hacerme daño? —repito con voz forzada sin dar crédito, intentando apartarlo.

Me empuja hacia atrás, choco con el ventanal y me monta sobre su cintura. Forcejeo para bajarme, lo golpeo, pero ata mis manos por encima de mi cabeza, presionando fuerte su cadera contra mi cuerpo para sostenerme en peso. Sin opción de escape, estoy a punto de gritar y pedir ayuda por si algún vecino me oye, pero acerca su cabeza a la mía y susurra con tanta dureza como sensualidad:

—Sí, India, sí. Ahora mismo querría lastimarte, follarte tan duro que gritaras de dolor. ¿Responde eso a tu pregunta?

—S-Suéltame, eres un salvaje. —Me muevo para que me libere y es peor. He de contener la respiración. Él gruñe—. Leon... —gimo.

Advierto su hombría contra mi sexo, su deseo latiendo en el centro de mi placer.

—¡Maldita sea, deja de retarme! —me acusa desesperado, rozándose con mi nariz.

—¡Bájame, b-bájame ahora mismo!

—No vuelvas a levantarme la voz, recuerda que dependes de mí.

—No te tengo miedo —repito con el pulso disparado.

—Pues deberías, maldición.

Me sigue atando las manos con una de las suyas, la izquierda y, con derecha, desata su ira. Esta vez cuando me arranca el top, no grito, no quiero huir... Al contrario, y pese a la promesa que me hice hace unas horas, deseo que me haga suya de nuevo. Lo deseo con la misma intensidad con la que su mirada devora mis pechos, ya desnudos y excitados a causa de su violento comportamiento.

—¿¡No vas a pedirme que me detenga, India!? —Es casi una súplica.

—N-No...

Lleno de frustración, funde su boca con la mía. La saborea como si realmente estuviese hambriento de mí.

Intento disfrazar un quejido, pero queda en un mero intento... Mi entrega propicia que él enloquezca más si cabe, que me muerda el labio haciéndome sentir el amargo sabor de mi propia sangre, que me acaricie con desesperación en todas y ninguna parte. Pero en vez de apartarlo, asustada por su pérdida de control, me arqueo, lo incito a que continúe. Permito que Leon Cooper me empotre tan fuerte que sí, que de mi garganta escapen gritos y no solo de dolor.

También de un desmedido placer.

Poco después está abriendo un preservativo. La delicadeza brilla por su ausencia mientras el deseo me consume sin piedad alguna en los brazos de mi enemigo.

Capítulo 12

Provocación

Mi último gemido es en su boca. Su último empujón nos lleva al orgasmo. Mi cuerpo queda completamente desplomado y sin energía. Leon se deja caer sobre mí y hunde su rostro en mi cuello. Me provoca algo desconcertante... No tengo palabras para describirlo. Los escalofríos no cesan y su gesto no ayuda. Siento su respiración en mi piel, esa sensación de que está inspirando mi olor, aunque sé que me equivoco; forma parte del momento. De esa maldita excitación que ha arrasado con ambos. He vuelto a fallarme a mí misma, he roto la promesa... Cuando se aparta, sale de mi interior y me baja bruscamente. No, no puedo evitar quejarme al sentirme vacía.

—Vete a casa de tu familia —me ordena con voz ronca, quitándose el preservativo con tanta impotencia que me sorprende—. Ahora.

—¿Estás loco?

—¡Que te vayas! —Señala la puerta con rabia y tira todo lo que hay sobre el escritorio. Me quedo inmóvil, contra el ventanal todavía empapado de humedad—. Te aprovechas de que he bebido para acabar así, ¿con qué intención!?

No sé qué decir. Es difícil describir cómo me siento.

—Vete y diles que he tenido que salir por una urgencia en unos de mis hoteles —insiste, mirando a nuestro alrededor—. Que no querías estar sola aquí.

—No pienso irme.

—¿Qué es lo que obtienes con esto? —Hay confusión en sus duras facciones. También decepción por haber sucumbido de nuevo—. No consigo entender tu postura.

—¿Acaso te he puesto una pistola en la cabeza? —rebato con altanería—. A los dos nos ha apetecido, ¿de qué coño vas?

—Sabes que sobrio no te tocaría.

—Entonces deja de emborracharte para hacerlo. —Sonrío triunfante, aunque por dentro estoy tiritando. Está a un paso de descubrir mis intenciones, por lo que me invento algo rápido. Sí, soy la mentirosa en la que él me ha convertido—: Tengo necesidades, al igual que tú, pero si prefieres que llame a Óscar, estaré encantada.

Me da tanta pena utilizar a mi ex así... No se lo merece. ¡Soy una miserable!

—Ya sabes lo que podría pasar, ni se te ocurra echar por la puta borda toda esta pantomima —me amenaza con el dedo en alto, indignado y asqueado—. ¡Yo también he dejado de lado mi vida sin previo aviso, lo has podido comprobar!

—Entonces, como es nuestro secreto, solos nos tenemos a nosotros —lo pongo a prueba por si se le escapa que es cómplice de Cameron—. ¿Por qué no divertimos?

—Porque me das asco —escupe sin vacilar.

—No lo parecía cuando me follabas. —Sí, me ofende que hable así de mí después de lo que acaba de suceder

—. No te consiento que me humilles cada vez que...

—Es la puta verdad.

—¿Te demuestro que no? —lo reto, limpiándome con sensualidad la sangre de mi labio. Libera una risa sarcástica y se encamina hacia el baño—. ¡Cobarde!

—No pienso discutirlo, porque no entraré en tu juego.

—Demasiado tarde, ¿te suena esa frase? —Leon detiene sus pasos y me mira por encima del hombro. Apuesto a que recuerda el momento exacto en el que la pronunció, cuando me besó sin previo aviso por primera vez—. ¿Sabes por qué?

—India... —me advierte cuando acorto la distancia.

—Demasiado tarde —repito, rodeándolo y arrodillándome ante él.

—Ni se te ocurra, maldita seas.

No lo obedezco, ni permito que me aparte como pretende. Agarro su hombría entre mis trémulas manos y me la meto en la boca. «¿Qué estás haciendo, India?». Pero no doy marcha atrás. Leon Cooper aprieta los puños y emitiendo un sonoro gruñido, me sostiene la cabeza y mueve las caderas para que no me detenga. A punto del llanto por llevar cada vez más lejos esta locura, chupo su pene mirando hacia arriba, a sus ojos. Sin demostrar cómo me siento realmente, desbordada, asustada... excitada al admitir que su maldito placer se convierte en el mío. Esa forma en la que su rostro se transforma a media que observa cómo lamo su hombría, paseando la lengua por el glande, deslizándola con sensualidad, provocación. Así hasta que advierto que empieza a convulsionar, chupo y succiono, mientras lo acaricio de arriba abajo, pero Leon me empuja liberando un grito desgarrador. Me da la espalda y se vacía en el suelo, con la cabeza echada hacia atrás. Cierro los ojos, suspiro y aguardo unos segundos hasta recomponerme. Recomponerme de lo que he sentido al verlo así, tan imponente como si arrodillada ante él estuviese contemplando a un maldito dios griego.

Nos analizo; medios desnudos, yo sin la parte superior y la falda todavía subida. Él, con el pantalón desabrochado para lo necesario...

Y ambos desbordados por esta absurda tensión sexual.

Fingiendo entereza y no sin esfuerzo, me incorporo. Me paseo delante de él y limpiándome los labios con el dedo pulgar, le susurro al oído:

—Eres demasiado fácil.

—Y tú demasiado zo...

De una bofetada, le cierro la boca.

—No te atrevas a insultarme, jamás lo vuelvas a intentar, Leon Cooper. —Voy hasta la puerta y, a pesar de que es su casa, lo invito a salir—. Déjame sola.

—Púdrete en el infierno —masculla, obedeciéndome.

—¡Estoy en él!

Me encierro en la ducha y muerdo una toalla hasta que mi furia disminuye.

¡Me niego a llorar de nuevo! Antes nunca mostraba vulnerabilidad.

—Dame un momento, estoy bajando. —Doy un respingo en la cama al oír la voz de Leon. Entonces reconozco con quién habla, ¿es una videollamada?—. ¿Qué hora es allí? ¿Por qué tanta urgencia?

—Ahí es de día, es lo que importa.

Salgo corriendo hacia las escaleras y me agacho al final de esta. Leon se ha sentado en el sillón más grande de la sala y sí, Cameron se encuentra al otro lado de la pantalla, aunque no alcanzo a verlo con claridad. ¿Qué trama ahora ese puto loco?

—¿Cómo va todo con India? —le pregunta Cameron. Su tono se toma duro al mencionarme—. ¿Ya la has llevado a que conozca los hoteles?

—No, tiene que ponerse al día —responde con un suspiro cansado.

—No le des tregua, la quiero agotada en todos los sentidos. Que entienda que tú manejas su vida como te da la gana, que tu obsesión cada día va a más.

—No voy a repetirte a cada minuto que sé muy bien cómo gestionarlo todo.

—Solo dime que la estás haciendo llorar como los Murray a nosotros.

—Es lo único que me mantiene en pie, la venganza —confirma una vez más—. Sé lo que hago, a veces soy compresivo por mi paz mental. Ya conoces a las mujeres...

¡¡Traidor, mentiroso!!

—¿Qué estás haciendo en España? —le pregunta Leon, acariciándose el mentón.

—Ya te contaré. ¿Has encontrado chica de servicio?

—No me he puesto a ello.

—Ah, ya. Supongo que tienes a India limpiando y cocinando mientras tanto, como la arrastrada que es —se burla con esa risa diabólica que tantas arcadas me producen—. ¿Y los conflictos entre los Murray cómo va? Fue tu excusa para irte a vivir allí con ella.

—Están decepcionados con India, ni le hablan. Calma, hermano.

—Sabes que soy un impaciente.

—Ya... Tengo que irme a trabajar, te veo en dos días.

—Sí, tengo ganas de volver, el viaje ha sido fructífero, pero aún no te contaré, dame tiempo para que salgan las cosas bien. Porque supongo que debo confiar en ti, ¿no?

—Me ofendes.

—Pareces un poco ausente y no me gusta. Ya hablaremos.

«Quiere controlarlo de cerca».

—Lo que estoy es hasta la olla de esta situación. —Silencio. Leon corta la llamada y lanza el teléfono contra la mesa auxiliar de la sala—. Maldita sea.

Evitando hacer ruido, regreso a la habitación y me tumbo en la cama. Espero a que él suba, pero el motor de su coche acelera poco después y sale del garaje de la casa.

Hoy decido no quedarme aquí, no lo soporto. La cabeza me da vueltas.

Para la ocasión, elijo una camisa blanca de botones y una falda de tubo. No mucho más tarde estoy llamando a un taxi. A pesar de que ha vuelto a comprar el desayuno para mí, no lo pruebo... Está junto con unas llaves por si

quiero salir y regresar sin tener que avisarlo. Apuesto a que hay un motivo detrás de tanta consideración.

No voy a casa de mi familia, me presento en el hotel de los Murray, el mío. Es difícil describir las sensaciones que me asaltan al encontrarme frente al edificio. Venía de pequeña, me encantaba corretear por los pasillos. Es un complejo familiar y el ambiente siempre ha sido tan, ¿cómo explicarlo? Sencillo, acogedor. La relación con los huéspedes era cercana, me sentía como en unas eternas vacaciones.

Reconozco que me choca que el exterior haya cambiado, lo han ampliado, está incluso más colorido. Seguro que se debe al préstamo de Niall Cooper...

No, no tiene ni idea del precio que estoy pagando por ello.

Resoplo. Aquí ya nadie se acordará de mí, de modo que le mando un mensaje a papá, pues no me siento con la libertad de entrar como si nunca me hubiese ido.

Estoy fuera, ¿sales a recibirme?

Y le mando una foto de la entrada del hotel. Justo donde dice cómo se llama.

Hotel Mundo mágico.

Mi padre no da crédito cuando me ve. Viene corriendo hacia a mí y me abraza con entusiasmo. Me pregunta que a qué se debe mi visita, le cuento que me hace ilusión. Enseguida me presenta a los empleados, me muestra las distintas instalaciones, la transformación que ha habido en los últimos años. Tiene cinco plantas, pasillos interminables como lo recordaba, pero antes eran la mitad de huéspedes. La planta principal es el paraíso para los niños. Toboganes en el agua, rodeados de reconocidos personajes de animación. Atracciones en las que agotarse cada día.

El verde y el amarillo predomina en las zonas acuáticas.

Por último, me lleva hasta la parte interna, donde están las salas de reuniones. Ahí se encuentran mis hermanos. Ethan, hablando por teléfono. Logan le muestra unos documentos a Ailén. La rubia en cuanto se percata de mi presencia, me recibe con alegría. No así mis hermanos. Que como mi padre les propone un descanso para que desayunemos todos juntos, son ellos los que se ofrecen a comprarlo para evitarme.

—Mientras llegan los chicos, voy a terminar unas gestiones —nos avisa papá a Ailén y a mí—. ¿Todo bien con Leon? Sabes que prefiero mantenerme al margen...

—Sí, papá, nos acabamos de casar, sería absurdo tener problemas —murmuro con un pellizco en el estómago. No por la mentira, es una más, sino por estar aquí—. Sé que ha sido todo muy precipitado y que todavía os cuesta digerirlo.

—Niall y yo siempre fantaseábamos con ello.

—¿Con qué? —musito con el ceño fruncido.

—Con que nuestros hijos se casaran, con reforzar los lazos de nuestra amistad.

—¿Cuándo hablabais de ello?

—Qué más da... —dice sonriendo, como si estuviera reviviendo ese instante. Qué fuerte es todo esto. ¿Lo comentarían cuando retomaron la amistad? Él no sabe que yo conozco los detalles de esa reconciliación—. Entre Leon y tú siempre ha habido química.

Suspiro, confirmando su observación. La curiosidad acrecienta. Pero antes de que pueda preguntar nada más, se marcha como tenía previsto. Me quedo pensativa, entonces Ailén me lleva al fondo de la sala, me sienta en la silla y ella descansa sobre la mesa. La conozco y sé que va a interrogarme. ¿Qué decirle? Mi vida es un caos.

—¿Y esos ojitos? —se preocupa, levantándose el mentón.

—Mejor cuéntame de ti, ¿ya has ejercido de recepcionista?

—Estoy de prueba. Recuerda, mi turno hoy es de tarde, pero he llegado temprano para preparar todo y ver cómo se trabaja en general, familiarizarme. —Hace una pausa y se recoge el cabello con un bolígrafo. Lleva vaqueros y un jersey fino, tapada como de costumbre—. India, qué está pasando en esa casa. Tus ojos...

—¿Qué? —la interrumpo, dibujando líneas imaginarias en la mesa.

—Tus ojos gritan que eres un mar de dudas, ¿por qué?

Me conoce mejor que yo misma.

—Lo he seducido varias veces y está a punto de descubirme, no entiende por qué me comporto así —omito el resto de la historia. No puedo verbalizarla.

—Piensa, solo ha transcurrido un mes desde que os casasteis. En muy poco tiempo has pasado de odiarlo a querer conquistarlo, si te descubre... pierdes todo.

—¿Y qué hago?

—Dile que estás enamorada.

—¿Qué? —protesto, clavando mi mirada en ella. ¿Se sonroja?

—Dile que lo has estado desde que erais niños.

—Es exactamente lo que Leon y Cameron han inventado, no hablan de amor, sino de obsesión. No será creíble. Para colmo ha aparecido una ex que...

—¡Ahí lo tienes! Utilízala. —Me sobresalto por su ímpetu y por sus ideas, ella suele ser la más ingenua de las dos—. Dile que te has puesto celosa, que te has dado cuenta de que sientes algo por él. Leon a pesar de decir que te «protege», te trata con desprecio. Sé tú quien tome las riendas. Ha caído cada vez que te lo has propuesto, ¿no?

—Una mujer se le pone desnuda cada noche, bebido, su reacción es más lógica.

—Y la tuya si vas por el camino que te digo —alega, sonriendo.

Ladeo la cabeza, desconcertada ante esta nueva Ailén.

—Antes te mostrabas reacia a que siguiera con esta venganza.

—Ya... ¿Sabes? —Juguetea con los dedos de sus manos y apostilla—: A veces pienso que Leon Cooper te está cuidando de verdad.

—Eso no tendría sentido.

—Ya... Ya... Por eso, sigue mi consejo —comenta, incómoda.

—Oye, tu móvil no deja de sonar. Estás muy rara tú también.

—Estoy conociendo a alguien por internet —confiesa y vuelve a sonrojarse—. Apenas llevamos unos días hablando, pero me evado. Me contactó por Instagram.

—Qué callado te lo tenías, aunque de qué me quejo, la que te tiene abandonada soy yo. Ve despacio, no sabemos quién se esconde detrás de un perfil.

—Tu madre me ha dicho lo mismo. Está muy preocupada por ambas... Quieren coger vacaciones y venirse

algunos días, están esperando a cuadrar fechas.

—Mas ojos vigilantes aquí... Estoy agotada de este maldito circo.

Entonces entran mis hermanos y detrás le sigue mi padre. En silencio, improvisan en el escritorio y vacían las bolsas para servir el desayuno en el reducido espacio, ya que el ordenador y varios documentos ocupan gran parte de la moderna madera.

Han traído cacao con leche, café y zumo. Dulces y sándwiches ya preparados.

—Gracias, esto me hace recordar a los viejos tiempos —comento con verdadera nostalgia y levanto la mirada, dejándome llevar—. Os echo de menos.

Logan y Ethan se observan, mi padre me sonríe y Ailén hace una mueca amarga.

—Los Cooper tienen la cena benéfica que organizaba Niall cada año —empiezo y doy un sorbo al cacao—. Me gustaría que vinierais y no sentirme sola con Leon.

—Podríais hacer un esfuerzo por vuestra hermana —apostilla Ailén, sirviéndose un vaso de zumo de naranja recién exprimido—. Pensad en ella.

—Podría haber pensado antes en nosotros —masculla Ethan.

—¿No queréis su felicidad? —le regaña papá.

—¿A costa de la de nuestra familia? Si nos vemos así es por culpa de los Cooper —argumenta Logan, apartando el café del que apenas ha bebido.

—Yo cometí el error —asume mi padre—. Nunca os he contado algo, pero Niall y yo recuperamos la amistad hace tres años. Él me ayudó a levantar este hotel.

—Mientes para apoyarla —le recrimina Ethan, incorporándose de golpe.

—No, me cedió un préstamo que sigo pagando a plazos. En realidad, eran otros plazos y me dijo que no me preocupara. Tras su... —Traga con dificultad—. Su marcha, hablé con el gestor, porque no quiero presionar a Leon, pues ahora él y Cameron se hacen cargo de ello. Podrían haberme reclamado la cantidad restante y están siendo tan comprensivos como su padre, ¿eso no os dice algo?

«Sí, que nos están chantajeando».

—¿Y si nos quieren joder algún día? —casi grita Ethan—. ¿Cómo nos ocultas algo así? ¿No os dais cuenta de que estamos en sus manos?

Nerviosa, se me derrama un poco de cacao, pero lo limpio con sutileza. Si supieran que están en lo cierto, no tendrían compasión con los Cooper.

—Te repito que invertí más dinero del que debía, el hotel no remontó con facilidad y durante el primer año y medio apenas pude hacer frente a los plazos de Niall. —¡Papá, cállate!—. ¿Adivináis? No, no pasó nada, me dijo que tendría el tiempo que necesitara y ha cumplido, a pesar de...

—¿Podéis dejar la conversación? A papá le duele, era su amigo y lo perdió de manera trágica. A pesar de cómo se comportó Niall, tenía sus motivos. Estaba decepcionado. ¡Ya pasó! —los interrumpo de malas maneras—. Se adoraban y lo ha demostrado hasta el final, no seáis tan duros con alguien que ya no está y al que quisimos tanto. Ellos se perdonaron a pesar de los errores, no lo juzguéis.

—Quiero ver las condiciones de ese acuerdo, ¿dónde está el documento? —me ignora Ethan—. No me fío de sus hijos. De ninguno —aclara, mirándome de reojo.

—No lo sé, se cumplió el plazo y Niall...

—¿Se cumplió? —repite Logan.

—Le sigo pasando la cantidad por el banco, ahora sí puedo hacer frente a cada pago, lo único es que tardaré un año y medio más en terminarlo. No hay problema.

—Si sus hijos reclaman la cantidad completa, no tenemos cómo devolverla.

—No lo harán, que no se os olvide que Leon Cooper es mi marido —protesto con la necesidad de que se cierre el tema—. No se comportaría así con mi familia...

—¡Nos odian tanto como nosotros a ellos! —me grita Ethan y revienta un vaso contra el suelo. Una de sus malditas manías—. ¿Y si las cosas no van bien entre vosotros y te amenazan con ese acuerdo para retenerte?

—¡Déjalo, Ethan! —le suplico, estoy agobiada por si me descubre—. Leon... A ver, Leon... Él me ama y jamás haría semejante monstruosidad.

—Más le vale, porque si se atreve a chantajearte con este tema, Dios, lo mato.

Ailén y yo nos miramos de reojo. Mi hermano tiene razón, es justo lo que están haciendo conmigo y esto va a desembocar en una guerra. Otra vez... No lo soportaría.

Tengo que conseguir que Leon confíe en mí, que se ponga en contra de su hermano y necesito hacerlo pronto. En dos días Cameron estará de vuelta y las cosas se me complicarán más. No puedo permitirlo. El acuerdo tiene que llegar a su fin sin complicaciones. Y esto solo lo conseguiré con el que ahora es mi marido de mi lado.

—Tengo que irme —murmuro, incorporándome—. El viernes regreso a casa con Leon, será después de la cena. Pensad en mi propuesta.

—Te acompaño —dicen al unísono Ailén y papá.

—Nos os preocupéis, prefiero estar sola.

—Dejad de ponerla entre la espada y la pared, ¿no veis cuánto le duele? Está casada con uno de ellos —es lo último que oigo de papá antes de marcharme.

Abandono el hotel llena de nostalgia, de pena... Pensando en qué puedo hacer hoy para seducir a Leon, ya no me sirve cualquier excusa. Él está en alerta conmigo y no puedo declararme de la nada. Necesito propiciar la situación. Pero ¿cómo!?

Después de un largo día, mi cabeza se pone en marcha. A las nueve de la noche escucho su coche. Me desnudo enseguida y entro en el jacuzzi de su habitación. Me empapo entera, incluso el cabello. Cuando sus pasos están en el último escalón, finjo que me estoy tocando. Incluso cierro los ojos y emito algunos gemidos.

—¡India! —Doy un respingo, aparentando estar sorprendida. Se halla en la puerta, con la chaqueta colgada en el antebrazo—. ¿Qué cojones estás haciendo?

—N-Nada.

—Ya veo, es otra de tus patrañas. Pues te tengo malas noticias, no he bebido —escupe con orgullo—. Dime, ¿por qué haces esto?

Trago saliva, dispuesta a arriesgarme a pesar de lo que conlleva, por lo que miento con apenas un hilo de voz:

—Porque no soporto que busques en otra lo que yo estoy dispuesta a darte.

Capítulo 13

Distanciamiento

—¿Qué coño estás diciendo ahora? —me increpa y lanza la chaqueta contra la cama. Parece muy enfadado. No, no me soporta—. Basta, India, esto no es un puto juego.

—¿Te molesta que exprese mis sentimientos?

Se pellizca el puente de la nariz y niega con la cabeza. Aun así, sus ojos no pueden apartarse de mí cuando me incorporo y termino arrodillada en el jacuzzi. Mis pechos quedan expuestos, también parte de mi cintura... Casi temblando, prosigo con mi plan:

—Te aborrezco por lo evidente, pero cuando te vi con la tal Scarlett algo se despertó en mí. Quizá posesión, orgullo o lo que no he querido reconocer hasta ahora. —Guardo silencio y evalúo su reacción. Está estático—. Que desde niños entre nosotros había algo especial, no lo sé, estoy muy confundida y necesito descubrir qué me está pasando.

—¡Mientes, no sé qué te propones, pero no me creo ni una maldita palabra! —Aguanto la respiración, asustada. Entonces él desarma la cama con rabia—. ¡¡Basta!!

—Tienes miedo por si tú sientes...

—¡Lo único que siento por ti es desprecio! —me interrumpe de malas maneras. Sus ojos echan fuego—. Me voy a tomar unas copas con Alexis, volveré tarde.

—Ni se te ocurra dejarme sola —le advierto y, sin cuidado, salgo del jacuzzi, propiciando que me resbale al estar completamente empapada. Mi cabeza queda a escasos centímetros del lujoso baño de hidromasaje—. ¡P- Por tu culpa!

—Joder, ¿estás bien?

Leon Cooper corre hacia mí, se inclina a mi lado y me acuna la cara entre sus manos. Se ha puesto pálido. ¿Ha temblado? Estamos a centímetros y unas inesperadas cosquillas me asaltan. Por un segundo cierra los ojos, mortificado, hasta que reacciona.

—Deja de hacer tonterías, ponte algo de ropa y duérmete —me ordena, incorporándose. Se aleja tan pronto como es consciente de nuestra cercanía—. Estaré abajo, llamaré a Alexis para que venga. No nos molestes, te quiero lejos de mí.

—¡Eres un miserable, te expreso cómo me siento y me lo pagas así!

—Sé que mientes, desconozco por qué y, a decir verdad, me da igual.

Entonces se da la vuelta y sale de la habitación. Esta vez no da un portazo, desaparece tan rápido que no me da opción a detenerlo. Frustrada, golpeo el suelo una y otra vez. ¡Sospecha de mí, es obvio! No me lo pondrá fácil, ¿¡qué puedo hacer!?

Bajar no es la mejor opción, por lo que esperaré a que se marche Alexis y propiciaré un nuevo acercamiento. Uno al que no pueda resistirse...

Mi gozo en un puto pozo. Alexis se convierte en su sombra, ha dormido incluso aquí. Hoy ya es jueves y se han marchado antes de que yo me haya levantado. Leon es trasnochador y madrugador, de noche le cuesta coger el sueño, no obstante, por las mañanas sale a correr. No sé cómo voy a hacerlo. Me lo está poniendo realmente difícil, sobre todo, porque cuando aparece es en compañía de su amigo. Se limita a darme un beso en la frente cuando entra y me ordena al oído que me marche a la habitación. Alexis me sonríe con amabilidad, aunque yo no le devuelvo el gesto.

¡Es un obstáculo para mis planes!

Apenas duermo esta noche. Mañana llega Cameron y todo se irá a la mierda. El poder que tiene sobre su hermano es demasiado potente. Este distanciamiento no me conviene. Sin embargo, a las tres de la madrugada asumo que he perdido la batalla. Alexis vuelve a dormir en la habitación de invitados y Leon en la que fue de su padre.

De ser otro, le afectaría, no a él.

El silencio de esta casa en la que sentí tanto de niña es demoledor. La soledad se cieme sobre mí, trayéndome recuerdos de lo que era mi vida en Madrid.

Duele... demasiadas heridas reabiertas en tan poco tiempo.

Finalmente llega el menor de los Cooper, adelantándose. Me pilla sola en casa. Su sonrisa al encontrarse conmigo demuestra que su viaje ha sido fructífero y que goza al imaginarme en manos de su hermano. Su primer comentario así lo demuestra:

—Espero que Leon haya complacido a su mujer en todos los sentidos.

—Preferiría no hablar de la intimidad de mi matrimonio.

—No es necesario, ya me la imagino. ¿Y esas bolsas? —Señala hacia el sofá, donde acabo de depositar el vestido y los complementos que me he comprado para la cena. Ailén me ha acompañado—. No me digas que gastando dinero de los Cooper.

—No, gracias, tengo el mío propio. —Cuento hasta cien para no gritarle a la cara todo lo que contengo. Una vez más, he de hacer de tripas corazón—. Será mejor que vaya a prepararme, Leon no debe tardar en llegar y quiero sorprenderlo.

Su mirada se toma oscura, su expresión, confusa. Intuyo que no entiende por qué quiero complacerlo si Leon es tan despiadado conmigo...

—Te veo en un rato —me despido con una triunfadora sonrisa—. Bienvenido.

—Gracias.

Su diversión se ha evaporado, ¿y si se enfada más de la cuenta? Corro hacia la habitación y cierro desde dentro para que no pueda colarse. Son las seis de la tarde, la cena inicia a las nueve y debemos estar allí con antelación. De modo que no pierdo tiempo, me doy una ducha rápida, reconozco que inquieta al saber que estoy sola en la casa con el psicópata de Cameron Cooper. Aun así, no me detengo. No quiero pensar en la situación tan peligrosa en la que me encuentro ahora mismo... Me pongo el vestido dorado que he comprado. Tiene tirantes muy sutiles y un escote en forma corazón precioso. Es muy ceñido, largo, y con una abertura en la pierna derecha.

Sin medias.

El cabello suelto, con la raya en medio y completamente liso. Maquillaje recargado en los ojos, más suave en el resto de la piel y labial *nude*. Tacones alto y las uñas de las manos con una fina capa de brillo. Cuando estoy soplando para secarlas, escucho que intentan abrir la puerta. Me acerco y pongo el oído o no escucharé nada por la insonorización. Entonces las voces de Cameron y Leon se elevan.

—¿Por qué está encerrada? —le reclama Leon con impaciencia.

—Porque le ha dado la gana, de todas formas, ¿qué te preocupa?

—Lo que tenga que hacerle, se lo haré yo —le aclara con voz ronca. ¿Ha suspirado?—. Te he advertido en cientos de ocasiones que me dejes esto a mí.

—A veces tengo la sensación de que me mientes.

—Cameron, deja de observarme con lupa. Te delatarás. Sé lo que estoy haciendo, joder. Confía en mí, jamás traicionaría a mi familia y tú eres lo único que me queda de ella. Papá nos dejó, mamá nos abandonó. El resto, están lejos y nosotros, solos.

Aprieto los dientes, jurándome que esos cerdos pagarán muy caro cada maldito minuto de los que he pasado atada al apellido Cooper.

—¿Y qué llevas ahí? —se interesa Cameron. ¿De qué hablan?

—Un traje que he recogido de la tintorería, apenas lo he usado un par de veces y Scarlett me lo llenó de vino —le explica Leon, confirmando que sigue con su amiga y ya entonces llama a la puerta. ¡Te odio!—. Vete, no quiero que ella te vea aquí. Dame quince minutos, me ducho, bajamos y nos vamos juntos a la cena.

—Bien.

—India, abre, soy yo —me llama Leon, aporreando la puerta con urgencia.

Cojo aire y fingiendo que no he oído nada, lo obedezco. Él no cruza de inmediato. Sus ojos me recorren de pies a cabeza en cuanto se encuentra conmigo. Me observa despacio, sin prisa alguna. Juraría que el deseo destella en esa mirada tan oscura y fría.

—Pensé que no tenías algo tan elegante para esta noche —masculla y me hace un gesto con la mano para que me aparte. Cierra tras de él y deposita en la cama lo que trae. Deduzco que es el traje por el que le ha preguntado su hermano, aunque no se ve—. Toma, he creído que podría hacerte falta, pero me he equivocado.

—Me he ido de compras esta tarde.

—Entonces haz lo que quieras con él, voy a ducharme.

Me quedo mirándolo hasta que entra en el baño. ¿De qué va? ¿Para qué querría yo un traje suyo? Voy hasta la cama, abro la cremallera de la funda en la que viene protegido, pero el corazón se me paraliza al descubrir lo que realmente contiene.

Me cuesta digerirlo, mi confusión aumenta. ¿¡Por qué juega a dos bandas!?

Ha mentido a Cameron, otra vez. ... ¿Con qué propósito? ¡No tiene sentido!

Es mi vestido, el rojo que el mismo desgarró en esta habitación al empotrarme contra la ventana; para después hacerme suya salvajemente. Está como nuevo, no queda nada que demuestre su comportamiento fuera de control de aquella noche.

Acaricio la tela y me siento en la cama, tratando de colarme en su cabeza. De entender por qué tanto a su hermano como a mí nos da una de cal y otra de arena.

¿Realmente lo único que pretende es que pasen los meses y acabar con esta guerra?

«¡¡No, que no te engañe!!». He oído conversaciones con Cameron, lo que intenta es hacerme creer justo esto, para que el daño sea mayor. Me odia, lo ha dejado claro en cada conversación, cada vez que me toca, aun así, necesita ganarse mi confianza... Estamos en el mismo punto, la desconfianza es lo único que tenemos en común... y la sed de venganza. Una lenta, aunque aparentemos lo contrario.

La entrada de Leon en la habitación de camino al vestidor me saca de mis pensamientos. Va con el cabello empapado, suelto, atusándose. Una toalla negra colgando de su marcada cintura, descalzo. Me ignora, no repara en mí. Pero me interpongo en medio, prohibiéndole el paso. Los músculos de su cuerpo se agarrotan.

Mi respiración se acelera. Admito que quisiera hundir las manos en su pelo...

—Quítate —me ordena e intenta empujarme.

—No me toques y cuando lo hagas, con suavidad, a no ser que estemos en la cama —lo provoco, mostrando una templanza que no es cierta. No sé ni cómo me salen las palabras. Su imagen es imponente, es un salvaje—. ¿Por qué has reparado el vestido?

—Lo rompí y ya lo tienes de vuelta. No le digas nada a Cameron.

—¿O qué? —Levanto el mentón, tragando saliva.

—¿De verdad no entiendes nada?

No puedo explicar cómo se agita mi interior cada vez que pronuncia esa frase.

—P-Parece que no, explícamelo —le reto con voz temblorosa.

—Quiero acabar con esto cuanto antes y perderte de vista para siempre.

—Imbécil —escupo asqueada y lo dejo pasar—. No tardes, tu niño nos espera.

Si las miradas matasen, ahora mismo me habría asesinado. Aun así, no se presta a mi juego y entra en el vestidor. No mucho después está de regreso. Traje de corte italiano, azul marino y con rayas. Elegante, guapo... Con el cabello recogido, incluso mojado. Todavía no se ha anudado la corbata, se está poniendo un nuevo reloj de oro en la mano derecha. Cuando acaba, se encamina hacia la puerta y una vez ahí, la abre y señala hacia afuera para que salga. En silencio, sigo sus pasos, pero en vez de salir, me coloco enfrente y lo agarro por la corbata para anudársela.

Su primer impulso es apartarme, pero no se lo permito.

—Me encanta hacerlo —apostillo con una sonrisa, aunque el labio inferior me tiembla—. Quería decirte que... No sé si mi familia vendrá, no quiero escándalos.

—Sé cómo mantener la compostura sin que me adviertan.

—Gracias —susurro, acabando mi tarea, aunque no lo libero. Entonces lo miro a través de las pestañas y, con la mano libre, acaricio su cabello. Contengo un suspiro. Él sí libera aire con brusquedad, quizá hastiado—. No es bueno atarse el pelo mojado.

—Tampoco es bueno ponerse vestidos que no quedan bien y tú lo haces. —¿Es una broma como antaño!? No tengo forma de saberlo, se muestra impasible, como si nada le afectara—. Sobre mí, no es de tu incumbencia.

—Lo es. —Echa la cabeza hacia atrás, esquivándose. Mi mano cae al vacío, la izquierda sigue aferrada a su corbata—. Que no se te olvide darme mi lugar esta noche.

—No me gusta que me digan lo que tengo que hacer.

—Soy tu mujer.

—Perfecto.

—Odio que me den la razón como a las locas.

—Tómatelo como quieras.

Pero cuando voy a replicarle, aparece Cameron aplaudiendo. La maldad se apodera de sus casi perfectas facciones. Leon da un paso hacia su izquierda, marcando una distancia que no teníamos hace escasamente un segundo. Sus rasgos se transforman.

—Qué escena tan romántica —se burla su hermano.

—Será mejor que nos vayamos —masculla Leon, y se adelanta con irritación, incluso chocando su hombro con el de su hermano.

Los ojos de Cameron se clavan en mí, esta vez sin disimular su odio.

—Es una pena que hoy ya regreséis —dice señalando hacia el fondo, donde he preparado una pequeña maleta con mis cosas. Las que he traído, no las que ellos me compraron—. Hubiera sido divertido vivir este romance inesperado con vosotros.

—Otra vez será —murmuro con desgana.

—Por cierto, estás espectacular —insiste en torturarme.

—¿Nos vamos o qué? —nos reclama Leon desde las escaleras.

Finalmente es lo que hacemos. El mutismo nos acompaña todo el trayecto hasta uno de sus hoteles, Polinesia. Unas cosquillas intensas me recorren la espalda cuando Leon me abre la puerta de la limusina en la que nos ha traído un chofer y me enfrento a esta propiedad que conozco tan bien, al igual que el hotel Maldivas. Ya los poseían entonces, ahora es obvio que son más amplios, distinguidos. Distintos...

Pero mis nervios se multiplican cuando me percató de que, a unos metros, apoyados en la pared, están mis dos hermanos y papá. Muy elegantes, todos de negro, como si acudieran a un funeral. Sus rostros manifiestan la tensión.

Ailén, como ya me ha avisado esta tarde, no ha acudido. Decía no pintar nada aquí, a pesar de que he intentado convencerla de lo contrario. Ella me reconforta.

—Ethan y Logan no han querido entrar sin ti —me explica papá. Pronto mira hacia Cameron, que acaba de salir de la limusina. Ha estado muy pensativo todo el camino. Mi corazón se dispara cuando están frente a frente —. Gracias por la invitación.

—Somos familia ahora, ¿no? —replica él y le ofrece la mano para saludarlo. Papá cede—. Ethan, Logan —ronronea, esperando a que se acerquen—. No muerdo.

—Nosotros sí —le replica Ethan y Logan se ríe bajito.

—Dejémonos de tonterías, nos esperan. —La protesta de Leon silencia al resto. Intento advertirle con la mirada, pero él, sin previo aviso, entrelaza nuestros dedos. Los ojos de los que nos rodean no pasan por alto el gesto—. ¿Preparada?

—Sí... —consigo articular palabra.

—Estás preciosa.

Sé que el cumplido no es más que una forma de mantener el teatro, sin embargo, advierto que un intenso calor

empieza a abrazarme. Su voz ha sonado tan...

«¡Basta, India!».

No, no soy capaz de controlar las estúpidas emociones que está suscitando en mi cuerpo. La electricidad que me recorre con nuestras manos unidas. Por si fuese poco, cruzar las puertas del hotel es como recibir una puñalada en el pecho.

Los recuerdos tratan de abrirse paso en mi mente, pero no lo permito. Me niego a vernos cuando éramos felices, escondiéndonos de nuestros padres por los pasillos.

Sé que mis hermanos y mi padre no se están sintiendo mejor.

Hay dolor en sus serios semblantes. En mis labios pueden leer un:

—Lo siento...

No he debido de hacerles pasar por esto. Ellos suspiran como sincronizados, pero la voz de Cameron los obliga a prestarle atención. Se ha adueñado del micrófono como un perfecto anfitrión; nos está señalando a su hermano y a mí.

—Antes de los saludos, quería informaros de que tenemos un nuevo miembro en la familia. Leon se ha casado con India Murray, como podéis ver, nuestras rencillas quedaron en el pasado. Hoy, los Cooper les damos la bienvenida. Personalmente, estoy encantado con la mujer que ha escogido mi hermano para pasar el resto de su vida.

Su soma es evidente, por lo que, entre aplausos de los cientos de invitados, sostengo el mentón de Leon y sonriéndole con maldad a Cameron, beso a su hermano. Leon no espera mi atrevimiento, pues no es solo un roce. Me llevo su labio entre los dientes, demostrándole al mundo lo «enamorada» que estoy.

Finalmente, Leon reacciona, me aferra por la cintura y me devuelve el beso. Es suave, tanto que me eriza la piel. Sus húmedos labios me reclaman con una pasividad a la que no me tiene acostumbrada. Cuando nos alejamos, nuestras miradas se buscan.

Aunque no decimos nada. No sé quién de los dos está más desconcertado.

—Leon, es hora de atender a los invitados —le reclama su hermano.

—Ya. —Agita la cabeza y se digiere a mi familia, evitando que nuestros ojos vuelvan a cruzarse—. Sentaos y sentiros como en casa.

Mis hermanos, mi padre y yo nos situamos en la mesa en la que están nuestros nombres, juntos con los de los dos Cooper. Yo, en medio de papá y de Leon, Cameron, entre Logan y Ethan. Apuesto a que lo ha decidido así para molestarlos.

El salón es enorme. No podría contar cuántos invitados hay. El ambiente es perfecto: música *pop* de fondo, un *catering* perfecto para la ocasión y pista de baile. El rojo pasión junto con el blanco predominan en los detalles. Las sillas bordadas de estos tonos. Como los elegantes manteles, combinando para que dos mesas seguidas no sean iguales. Estas son redondas, con centros de mesa repleto de rosas color carmín.

—¿Hoy vuelves a casa? —rompe el hielo papá.

—Sí, espero que me hayáis echado de menos —a pesar de mis palabras, no me muestro tierna, más bien fría—. ¿Qué hacía Ailén cuando os ibais?

—Estaba estudiando, es muy aplicada —comenta mi padre.

—Ella es especial —aseguro con una sonrisa, una sincera, como las de antes.

Mis hermanos asienten, entonces mi sonrisa se evapora. Pillo a Leon saludando a Scarlett, que se encuentra a tres mesas de la nuestra. ¿Es que no tiene vergüenza!? Me remuevo en el asiento, sobre todo cuando ambos, mientras hablan, se dirigen hacia otra estancia del hotel. Instintivamente me incorporo. Enseguida me doy cuenta de que Cameron no aprueba el comportamiento de la parejita y no hay que ser muy inteligente para adivinar el motivo; aquí la infiel he de ser yo... Su hermano no debe levantar sospechas ni permitir habladurías que a mí me dejen luego en buen lugar. Su deslealtad me beneficiaría, no me juzgarían, y Cameron no está dispuesto a correr ese riesgo.

Por lo que paso de largo y le susurro:

—Yo me ocupo.

Su confusión aumenta, supongo que no sabe qué esperar de mí ni por qué yo no querría que el salvaje de su hermano, que me posee cuando «él quiere», se desahogara con otra y así me dejase en paz. Por lo que le aclaro antes de perderlo de vista:

—Soy una mujer orgullosa y no me gusta estar en bocas de todos por algo así. No le permitiré faltas de respeto que deje mi nombre por los suelos.

Mis palabras parecen tranquilizarlo, aunque sé que no le gusta que me sienta cómoda con Leon. Si supiera lo que le espera... Que no soy la sumisa que supone.

Abro un poco, apenas nada, las cortinillas donde se esconden y me encuentro con Leon y Scarlett muy cerca, aunque no se tocan. El espacio es minúsculo e íntimo.

Mi respiración se descontrola tanto como mi corazón.

—No quiero numeritos aquí —le exige él algo tenso.

—Tenemos que hablar.

—Será en otro momento —apunta Leon.

Separo la cortina de golpe, sin darles tiempo de alejarse.

—¿Interrumpo algo? —les pregunto con los brazos en jarras.

—No —se adelanta Leon y en su voz advierto el nerviosismo que le produce mi pillada—. Scarlett solo quería felicitarme por el evento.

—Ya lo ha hecho, puedes volver a tu mesa —la invito a esta sin rodeos.

En principio no se mueve, parece esperar a que Leon dé la cara por ella. Este, muy lejos de complacerla, levanta su dedo índice y señala hacia afuera. El gesto de su amiga es arrogante al abandonar el escondite. Va de negro, con un escote más impresionante que el mío. Tirabuzones, labios rojos. Espectacular es la palabra.

—No tienes vergüenza —le reprocho a Leon cuando nos quedamos solos.

—No es necesario que mantengas el teatro cuando no hay nadie.

«Presiona, es el momento».

—¿Qué parte de que me molesta que te revuelques con otra no entiendes? —me indigno, aunque no es fingido, me enfurece que no me dé el lugar que me ha prometido. El que me merezco por obligarme a ser su mujer—. La quiero lejos de ti.

—Basta de una puta vez —me silencia, chirriando los dientes.

—Los celos me están consumiendo, ¿acaso no ves por qué te ha bastado poco más de un mes para cederme a ti en la intimidad? Algo en mí se quedó aquí cuando me fui —le miento, pero sueno tan convincente que hasta yo me sorprendo—. Te detesto tanto como te deseo. Desde que llegué a Los Ángeles y vi cómo me mirabas cuando me pillaste desnuda, he imaginado todas las noches que tú...

—Cállate, maldita seas.

Me cubre la boca con la mano y me empotra contra la pared. Esta vez sí me quejo de dolor, de modo que él me libera, pero yo lo rodeo por el cuello y sin pensármelo, sabiendo que el tiempo se me agota si Cameron gana más terreno, lo beso. No es un beso como el de antes, mis labios resbalan por los suyos, lo provoco con mi lengua, lo caliente y seduzco con caricias en la nuca. Él es un témpano de hielo.

¿¡Por qué mi cuerpo sí reacciona!?

¡Ambos nos odiamos!

—¿Has acabado con tu juego? —protesta contra mi boca.

—N-No, lo haré cuando esté cabalgando encima de ti.

Su gruñido contenido se pierde en la profundidad de mi boca. Leon pierde el control, devorándome con sus depredadores labios, no me da tregua, al tiempo que desliza los dedos por la abertura de mi vestido. Se me escapa un débil gemido... Entonces mete la mano dentro de mi braguita, descubriendo mi repentina humedad.

¡No debo!

—¡Leon! —le reprende Cameron al encontramos—. Los invitados esperan.

—Ya voy —articula Leon, sin ser capaz de alejarse todavía.

—No tardes.

Cameron da un paso atrás para marcharse, no sin antes soltar una clara advertencia:

—Tenemos que hablar, hermano, y será esta misma noche.

Ya solo que el silencio... Se ha ido.

—Maldita seas —masculla Leon respirando profundamente al apartarse, aunque se apoya en mi frente. Los dos estamos superados—. Maldita una y mil veces.

Enfadado, me coge de la mano y me saca afuera. No sé cómo me sostengo en pie. Las rodillas me tiemblan. Cuando nos sentamos, nos sirven la cena. Un bistec en salsa, con patatas al horno, que despiertan el estómago de un muerto, no el mío. También hay sopas y ensaladas. Nuestra mesa diría que es la más silenciosa. Aunque papá hace por entablar conversación, no le resulta fácil. Mis hermanos solo están como figurantes. Cameron me odia esta noche más que nunca y Leon se muestra pensativo.

Apenas prueba bocado, pero bebe vino... mucho. Yo apenas una copa.

—Muchos ya me conocéis, soy Alexis, el mejor amigo de Leon, también su mano derecha en los hoteles —se pronuncia este por el micrófono—. Y bueno, me gustaría pedir que los recién casados nos dediquen un baile, ya que la boda fue muy íntima, creo que os merecéis que compartan con vosotros un poco de la celebración que os privaron.

La petición del rubio de ojos azules y gesto pícaro no puede ser más apropiada. No dudo en levantarme, obligando así a Leon a que no me haga un desplante. De fondo suena *I'll Never Love Again*, banda sonora de la película *Ha nacido una estrella*.

Desearía poder haber dicho adiós. Hubiera dicho lo que quería.

La letra es preciosa. . . Los invitados vitorean como si realmente fuese la celebración de nuestra boda. Todos excepto mis hermanos, Cameron y Scarlett; ella decide irse.

¿Se me ha escapado una sonrisa?

Si hubiera sabido que esa sería la última vez, continúa la canción.

Piel erizada. Hormigueo. Latido acelerado. No obstante, trato de recomponerme.

—Estás bebiendo mucho —le susurro cuando me rodea por la cintura y yo por el cuello. Esta vez no disimula y posa sus ojos en mi escote para subir a mis labios. Su expresión es sensualmente salvaje. Y sí, el tonto gesto me pone frenética. No sé qué demonios está pasando con mi débil cuerpo. Soy una mujer fogosa, pero él está prohibido para mí más allá de esta venganza—. Y conozco la razón.

—Qué insinúas.

—Sé el motivo por el que necesitas emborracharte.

—¿Y cuál es? —me presiona y no solo con palabras, me ciñe con fuerza contra él sin importarle el resto. Entre nosotros no hay un solo espacio, casi asfixiándome. Incluso va más allá y descansa su frente contra la mía. Jadeo sin poder reprimirme. Los invitados gritan emocionados, mientras Leon y yo seguimos el ritmo de la canción, fingiéndonos tan acaramelados que la escena podría ser real—. ¿Cuál? —insiste.

—E-Es la excusa perfecta para terminar esta noche retozando como dos locos hambrientos en mi cama —susurro con un hilo de voz, presionando mi pelvis contra la suya. Ambos ahogamos un gemido—. Y sucederá, pues no pienso hacerme de rogar.

—Vete con tu familia, recogeré tus cosas y más tarde me reúno contigo.

—¿Es todo lo que tienes que decir? —cuestiono, perpleja por su frialdad.

—Ya conoces mi postura. Fuera de aquí —y añade en mi oído—: ahora.

Capítulo 14

¿Qué sientes?

Llego a casa bastante frustrada, sé que mi familia me lo ha notado, pero no se han atrevido a preguntar. No estoy de humor y como el carácter de todos es parecido, solemos respetar los espacios. Lo peor es que no puedo desahogarme con Ailén, ya duerme y no quisiera ser tan egoísta de despertarla para contarle mis problemas.

¡Cada vez son más!

—Buenas noches —me despido de mis hermanos y de papá.

—India —me llama Ethan.

—No me apetece hablar —respondo sin mirar atrás.

—Voy a hacer un poco de deporte o esto va a estallar por los aires —masculla mi hermano, una costumbre en él encerrarse en el gimnasio de casa. Logan prefiere jugar al fútbol o voleibol para despejarse—. Cada día estoy más seguro de que algo calla.

Lo ignoro de camino a las escaleras.

Ya en mi habitación, me arranco el vestido, lanzo los zapatos y me encaro conmigo misma en el espejo. ¿¡Es que no voy a ser capaz de hacerle pagar a ese salvaje!? Entonces me vengo abajo, me cuesta vivir así. No me reconozco desde que él llegó a mi vida, odio la sensación de saber que no conseguiré devolverles el daño causado.

También odio albergar dentro esta necesidad de venganza. Yo no soy así.

No era...

Con los nervios a flor de piel, me lavo los dientes, me desmaquillo y me pongo un camisón de color rosa bebé. No es el más sensual, pues esta noche me rindo. La cabeza me estalla, quisiera desaparecer, despertar y que los meses hayan transcurrido. Necesito volver a España, olvidar lo que he vivido aquí, esta confusión que habita dentro de mí.

Más calmada, regreso a la habitación. Saco mi móvil y repaso las fotografías tomadas en él a lo largo de estos dos últimos años, desde que lo adquirí. Siempre he sido fría, bueno, no siempre, desde que me marché, pero sonreía, había recuperado cierta calma, estabilidad... Ahí soy consciente de que no he borrado todas las fotos que tengo con Óscar. Empiezo una por una, sin permitir que el llanto detone.

¿Cuánta gente más tendrá que sufrir por esos desalmados?

Después de lo que me parece una eternidad, dejo la galería de fotos «limpia». Aunque me quedo mirando mi único as; la fotografía de la peluca. Quizá nunca me sirva, los Cooper están demostrando ser más astutos que yo y en cualquier momento me la jugarán. No, no tengo modo de detenerlos, es inútil si Leon no está de mi lado y enfrentado a Cameron. Inspiro hondo, desconsolada como aquella noche en la que mi ahora marido me obligó a encerrarme en un hotel con él para asimilar mi nueva vida...

La noche de bodas.

¡Capullo!

Entonces oigo la puerta de abajo, la de la entrada principal. Apago la luz y me asomo un poco por la cortina. La ventana está abierta, por lo que, una vez más, espío a Leon Cooper. Es Ethan quien le abre... ¿Lo esperaba?

—India está en la habitación —le informa mi hermano.

—Voy a quedarme un rato aquí —replica, y se enciende un cigarrillo cuando suelta mi maleta, la que he dejado preparada en su casa. Parece tocado, cabizbajo.

¿Tan fuerte habrá sido la bronca con Cameron?

—¿Todo está bien entre vosotros? —La pregunta de Ethan me sorprende. No suena a reproche, sí a preocupación—. Os he notado raros al final de la velada.

—Déjame solo y ya lo sé, es tu casa, pero necesito estar solo.

Ambos están delante de la piscina, uno al lado del otro, sin mirarse. Se encuentran de cara a mi habitación, aunque por la altura, la oscuridad y lo escondida que estoy, no pueden verme. Finalmente, Ethan pone la mano en el hombro de Leon. El corazón se me dispara. Él no se sacude, repara en mi hermano, liberando el humo.

—Dime que tu mirada no es fingida cuando la observas sin que ella se dé cuenta y que la protegerías con tu vida —murmura Ethan con evidente inquietud.

«No confíes en él, por favor. Los Cooper son dañinos», le suplico en silencio. No puedo negar que la escena me conmueve. Eran como hermanos.

—Por algo estoy aquí —se limita a responder Leon y da otra calada.

—No le rompas el corazón.

—No me amenes —masculla y fija sus ojos en la mano que mi hermano tiene posada aún en su hombro—. *Sé lo que hago.*

—No es una amenaza, es una súplica. —Siento que me falta el aire. Me conmueve la postura de Ethan, que deje a un lado su orgullo por mí, a pesar de su dureza conmigo y de nuestro distanciamiento—. Sé que el Leon que yo conocí ya no está, al igual que yo también me convertí en otra persona, pero esta noche algo dentro de mí ha reconocido a ese amigo que perdí.

—Ethan...

—Cúidala, es lo único que te pido.

La boca se me seca y el pulso se me dispara con la mirada que se dedican los dos. En principio creo que se desafiarán, finalmente ambos bajan la cabeza en modo de despedida y Ethan entra en casa, con ropa de deporte. Deja a Leon en el jardín.

¿Qué acaba de suceder!?

La nostalgia está de regreso al presenciar esta tregua y me tumbo en la cama, cubriéndome con la sábana hasta arriba para llorar con desesperación, como si fuese una niña pequeña desamparada. Así me hicieron sentir cuando todo pasó...

Unos segundos después la puerta de la habitación se abre. Yo trato de acallar mi llanto, sin éxito alguno. Cuento hasta diez, obligándome a calmarme. Entonces noto un peso en la cama. Luego algo que cae en el suelo, ¿los zapatos? Se acerca desde atrás, es él, mis fosas nasales podrían reconocer su maldito olor a metros de distancia.

—India —susurra y lucha conmigo por destaparme—. Eh, basta.

Cuando consigue arrancarme la sábana, me obliga a mirarlo. Afianza sus dedos en mi mandíbula. Apenas podemos vernos, pero él se inclina hacia mi lado y enciende la luz de la mesilla auxiliar. Contrae el rostro al descubrir el mío.

—Chis, India.

Estamos a escasos centímetros y algo se rompe en mi interior. Por un instante, también reconozco al Leon de antaño, y los recuerdos me parten en dos.

—Siento que estés pasando por todo esto —confiesa con cierto tormento. Silencio mi llanto con orgullo, detestándome por mostrarme así de vulnerable frente al que está causando mi estado—. No había otra forma de evitar un daño mayor.

—Ya no importa. . .

—Mírate, ¿de verdad que ya no importa? —rebate con angustia y me acaricia la mejilla, paralizándome. Parece rendido, lo que me da miedo. Tiene que estar tramando algo peor. Él no se dejaría llevar así. Ha demostrado ser implacable—. No soporto ver a esta India, provócame como en la cena, desafíame.

Cierro los ojos, permitiendo que enjугue mis lágrimas con una suavidad que me eriza la piel. Cuando lo miro de nuevo, envuelvo las manos en su nuca y lo empujo hacia mí. Leon no se resiste, al contrario, fricciona su nariz contra la mía antes de que nuestros labios se toquen. No podría describir con palabras el beso que reclama.

Lento, muy lento. Delicado, tierno. Su humedad y la mía se fusionan.

Empiezo a temblar y advierto cómo se desnuda sin apartarse de mí.

Una mezcla de sensaciones revolotea en mi interior. Tengo miedo. . .

Pronto percibo el calor de su piel desnuda. Entonces se ocupa de las prendas que envuelven mi cuerpo. Se echa hacia atrás y, con mi ayuda, me saca el camisón por arriba. Me contempla con las fosas nasales dilatadas y como si pudiese romperme, posa con extremado cuidado su mano en mi cintura. Gimo como un animal herido.

Traza líneas imaginarias y con prudencia, me despoja de mi braguita. Contengo el aliento cuando él se agacha. Su gruñido me paraliza por completo. Deposita un beso en el centro de mi placer, instintivamente, me contraigo y me aferro a la sábana con fuerza. Leon va más allá, acercando su mano. Y hundiendo su boca en mi sexo, sitúa sus dedos en este. No solo me prueba, pasea su lengua, si no que me enloquece más si ya es posible con los sensuales movimientos de su mano. No puedo evitar gemir, sollozar, curvarme y entregarme sin reservas. Me saborea hambriento, succionando hasta casi hacerme perder la razón, pero de repente se detiene.

—Necesito estar dentro de ti —confiesa con agonía.

Levanta la mirada, entrelazándola con la mía y me abro de piernas, ofreciéndome. Otro gruñido que escapa de su boca mientras se incorpora con urgencia y rebusca con rapidez un preservativo en el bolsillo de su pantalón. Se lo enfunda, de pie delante de mí. Incendiando todo a nuestro alrededor. Cuando se acerca y se coloca encima, sin dejar de caer su peso sobre mí, se quita el moño, una imagen que se graba a fuego lento en mi retina. . . y entonces se cuela en mi interior. Él protesta, yo gimoteo.

No debo, pero sus gestos y todo él me incita, me obliga a dejarme llevar. Lo acojo con mis pies y manos, hundo los dedos en su cabello, así como los talones debajo de su duro trasero y levanto las caderas para ir a su encuentro.

No es salvaje, es pasional, intenso, pero considerado.

No sé qué está despertando en mí. Solo sé que me siento morir...

Entre embestidas, me acuna la cara y me posee con mimo, frotando nuestros labios. Resbalando su cuerpo contra el mío con movimientos tan sensuales que creo que en cualquier momento alcanzaré el orgasmo. Él se muestra contenido...

Sí, por primera vez no me folla, me hace el amor. ¿Por qué estas repentinas ganas de llorar? Sus atormentados ojos verdes arden sobre mí. No me abandonan.

—¿Qué sientes, India? —gruñe y me penetra más despacio aún.

—Yo...

—Sin juegos, ¿qué sientes cuando te toco? —Suen a súplica.

—N-No lo sé —confieso con un nudo en la garganta—. Estoy confundida...

—¿Eres sincera?

—¿Y tú?

Echa la cabeza hacia atrás, embistiéndome con más dureza.

Reclamo su mirada, buscando esa frialdad que se ha evaporado. Necesitando encontrar respuestas, el porqué de esta calma que me está matando. Pero el placer me nubla la razón. No veo a dos enemigos, veo a la India y al Leon que no tuvieron la oportunidad de una bonita despedida. La que nos merecíamos por lo vivido...

¿Habría sucedido esto así si nada hubiese cambiado?

Me arqueo y sucumbo al orgasmo, me maldigo al mismo tiempo que alcanzamos el éxtasis juntos. Leon se apoya en mí, convulsionamos o temblamos, ya no sé qué siento. Porque nos besamos ansiosos sin sentido mientras los espasmos menguan.

Es un beso lleno de anhelo. ¿Por qué!?

Cuando todo acaba, se aleja unos centímetros, está más salvaje que nunca, con el cabello desordenado, agitado, y entonces susurra:

—Lo siento.

—¿E-El qué? —musito sin apenas voz, asumiendo su perdón—. ¿Reconoces que me has estado mintiendo para seguir con la venganza de tu hermano?

—¿Qué? Sigues sin entender nada. —Rueda de lado y apretándose las sienes, reconoce ronco—: El haberte tratado tan mal cuando me confesaste tus sentimientos.

Enfoco mi cristalizada mirada en el techo, prohibiéndome dejarme envolver por esta extraña sensación que recorre sin piedad mi pecho, recordándome que miente. Sin embargo, mi obstinado y absurdo corazón necesita confirmarlo.

—¿Y por qué estás así, Leon?

—Porque no debo dejar de odiarte. Estás prohibida para mí.

Capítulo 15

Su venganza

(Leon Cooper)

Tras los gemidos, las respiraciones aceleradas y las preguntas incómodas, queda el silencio. India se levanta y se encierra en el baño por lo que me parece una eternidad. Me da tiempo para pensar largo y tendido, pero, sinceramente, no quiero hacerlo.

La cabeza me explota con imágenes y frases que no soy capaz de desterrar.

Ella es tan fría, otras veces es tan dulce... Sería, cortante, también sensual. Me tiene desconcertado a unos niveles que me hacen sentir un completo idiota.

¿Cómo me he equivocado tanto con India? No la creo capaz de mentir y fingir con tal descaro, regalando su cuerpo sin recelos. Sus confesiones me dejan roto.

Sé de qué habla, he reconocido cada maldita palabra. Ella lo llama confusión, yo...

—*Tienes miedo por si tú sientes...*

—*¡Lo único que siento por ti es desprecio!*

Sí, mentí. «¡Déjalo estar!». Algo entre nosotros es imposible. Cameron no me lo perdonaría, y yo no puedo perder a la única persona que me queda. Mi otra mitad.

Sé que en el fondo está perdido, desamparado, soy su único apoyo.

Mi elección, por lealtad, ha de llevar siempre el apellido Cooper.

Cuando India regresa, su cabeza está gacha. Sin imaginar que ya vuelvo a tener ganas de ella al verla completamente desnuda paseando delante de mí. ¿Cómo dominar esta necesidad? ¿Cómo olvidar lo que acabamos de vivir? ¡Me estoy volviendo loco! Pronto entra en la cama, me da la espalda y se cubre con la sábana. ¡Maldición! La he herido con mi última frase, pero no puedo hacer nada más.

Esto ha llegado demasiado lejos.

Ahora el que va al baño soy yo. Quisiera destrozar el espejo que me muestra la imagen de un hombre que ha sucumbido ante India, la que yo recordaba. Mi India.

La situación me está sobrepasando, me siento entre la espada y la pared.

Me aseo con urgencia para hablar con ella antes de que se duerma y volver a disculparme por ser tan tajante. ¡No puedo hacer nada más! Estoy muy jodido.

Si supiera la verdad... Que no la odio, sí hay rencor por llevar el apellido Murray, por todo lo que me veo obligado a arrinconar por su familia, por la mía.

Porque sí, me condiciona y la aborrezco a veces por ser una Murray, pero más la...

Cuando salgo, la cama está vacía. ¿Se ha marchado? Voy hacia mi ropa, recojo el pantalón y la camisa del suelo, me pongo la primera prenda y abrochándome la segunda, abandono la habitación. Se ha dejado la puerta entreabierta, intuyo que para no hacer ruido. Entonces escucho su llanto. ¡¡Maldita sea!!

—¿No te das cuenta? —Es la voz de Ailén, están en su habitación, hablan en español y sí, las entiendo.

Aunque no lo sospechen. La rubia me da cierta temura. Cada vez que me observa percibo algo en sus ojos, ¿súplica, compasión?—. Tienes que volver a ser tú, olvidarte de esta venganza con Leon, ya hablamos sobre el hermano. Te destruirá y lo peor es que no eres capaz de reconocer que...

—No me quieras convencer de lo contrario. No me detendré hasta que Leon Cooper esté rendido a mis pies y lo separe de Cameron. Quiero a los dos devastados, pagando lo que nos están haciendo a los Murray. Destruir esa casa en tantos pedazos como ellos hicieron con mía —asegura India. Su ira es evidente—. Seguiré haciendo lo que sea, incluso vendiéndole mi alma al mismo diablo.

No, no y no.

—Vete antes de que salga del baño —le aconseja su amiga—. Y recapacita.

—Gracias por oírme... Y no te preocupes, él no sabe hablar en español, no se enteraría de nada —susurra, hipando.

—Tómame antes un vaso de cacao calentito, a ver si consigues dormir.

—Sí, lo necesito. Me voy a volver loca.

No se enteraría de nada. Claro que entiendo cada sucia palabra. Me vi obligado a aprender en un curso intensivo, aunque ya hablaba algo por los negocios, cuando mi hermano me contó sus intenciones apenas dos semanas antes de la boda. Necesité conocer el idioma, el que hoy sigo estudiando, para estar al tanto de todo lo que ella quisiera ocultarme, pero cuando le pedí que hiciéramos el pacto, no pensé que me traicionaría así. Mucho menos tras los últimos acontecimientos. Sus falsas confesiones. La creía dolida con Cameron, sin embargo, dispuesta a acabar con esta agonía por el bien de ambos apellidos. ¿Y cómo me lo paga? Después del período acordado, mi hermano no podría hacer nada más. ¡¡Era el camino correcto!! El punto final a esta eterna guerra gracias a mi plan. ¿¡Cómo he sido tan idiota!? ¿¡Cómo he estado a punto de jugármelo todo por una Murray que no está valorando mi esfuerzo y la propia traición hacia mi apellido!? ¡El sacrificio que he hecho por mantenerla a salvo! Maldigo el día en el que mi padre, mientras se le apagaba la vida, me pedía que los protegiera. Ella no tiene ni puta idea de mi sufrimiento. ¡¡Es una cualquiera!! Todo ha sido intencionado, calculado.

Regreso a la habitación, empujo la maleta que he traído como si fuese su perrito faldero. Me calzo los zapatos y cojo mis cosas, las que he arrancado de mi cuerpo para hacerla mía sin prejuicios. Olvidándome del resto del mundo... De mis promesas.

De mí.

Ni siquiera me molesto en dejarle una nota, no se merece nada.

Bajo corriendo, evitando cruzarme con ella y salgo de esa maldita casa en la que esta noche casi pierdo mi puta dignidad. Mi parte más irracional reclama que se la devuelva, el corazón me exige que le sea fiel a mis principios. Que no cometa el error de vivir encadenado al pasado otra vez, lleno de tanto odio. Que me comporte como hasta ahora, a pesar del desprecio que me produce su apellido... Un desprecio que ha ido disminuyendo tras mis acercamientos con Ethan. O cada vez que la hacía mía.

Me monto el coche, arranco, aunque no sé cómo soy capaz de introducir la llave y me marchó a toda velocidad. Me juro no creer ni una más de sus palabras, ¡la odio!

Ahora sí albergo ese destructivo sentimiento por ella...

Cuando llego a mi casa, el móvil suena, pero lo ignoro. Subo los escalones de dos en dos y entro en el vestidor.

Cojo una maleta y echo algo de ropa, lo justo. Finalmente dejo de contenerme y destrozo la cama, tiro todo lo que hay en la mesilla auxiliar, como el reloj grande de oro. ¡¡Maldita seas, India Murray!!

—Eh, ¿qué pasa? —Aparece Cameron en ropa interior—. No... ¿Es por ella?

—¡¡Déjame en paz, maldición!!

—¿Te das cuenta? Hemos discutido esta noche dos veces por India Murray, ¿qué está pasando contigo, joder!? —Más enfurecido, tiro todos los perfumes, estallando algunos frascos en mil pedazos—. ¿¡Estás loco o qué!?

No me detendré hasta que Leon Cooper esté rendido a mis pies y lo separe de Cameron. Sus palabras retumban en mi mente, ¡y lo está consiguiendo!

Miro de reojo a mi hermano pequeño, recordando lo mucho que sufrió por la huida de nuestra madre, la posterior pérdida del que nos guiaba, y una parte de mí quiere entenderlo, aunque no comparta los planes que quiere llevar a cabo.

Por culpa de la zorra de mi madre y del cabrón de Murray.

Y su hija ha resultado ser otra traidora.

—Me voy unos días al hotel Hawái, trabajaré desde allí. La primera planta está casi lista y puedo cubrir mis necesidades. Terminaré la primera fase día y noche —mascullo con un dolor en el pecho que me corta la respiración—. Diles a todos que estoy de viaje.

—Dime que no es por ella, ¡te lo avisé, joder! —Cierro los ojos, agarrotándome completamente—. ¿Te has enamorado de la puta Murray?

Fuera de mí, lo cojo del cuello y lo acorralo contra la pared. La expresión de mi hermano jamás la olvidaré. Aterradora, aunque intuyo que no más que la mía.

Lo libero y arrojo muy cerca de su descompuesto rostro:

—La odio con todo mi ser, pero estoy harto de esta situación. De tener que convivir con ella, de soportar a su familia. Esto es lo que me tiene así —miento con la respiración acelerada, abatido—. Necesito unos días, descansar de esta lucha.

—Tú decidiste llevar esta presión —me acusa con los ojos entrecerrados.

—Y no me arrepiento. —Disfrazo una sonrisa, una impuesta, falsa—. Esta noche ha llorado como nunca mientras la obligaba a ser mía y todavía me sabe a poco.

—¿Entonces?

—Soportar sus quejas, los reproches... Es obvio, estoy hastiado de esa mujer.

Respiro profundamente cuando él suelta una carcajada maliciosa.

—Así habla un Cooper —farfulla con orgullo.

—Espero que no vuelvas a desconfiar en mí —lo amenazo, pese a que lleva razón.

—¿A dónde vas? —me pregunta cuando salgo de la habitación a toda prisa.

—Me estoy ahogando con el olor mezclado de los perfumes. Dormiré un par de horas en la habitación de él... y me iré. Y recuerda, los Murray déjamelos a mí —puntualizo por encima del hombro, cansado de mentir constantemente—. Dormiré aquí porque Alexis ocupó la habitación de invitados y hay que cambiar las sábanas —aclaro, porque sé que no entiende nada. Sus facciones así lo manifiestan—. Hasta mañana.

—Bien...

Me encierro y descanso la cabeza contra la puerta. Solo Cameron y yo sabemos el dolor que nos produce estar aquí dentro, con los recuerdos y la fotografía de nuestro padre. En la que parece que nos mira de frente. Éramos tan iguales físicamente los tres...

India no tiene ni puta idea de las noches en vela que he pasado aquí para esquivarla. Nada le ha importado ni le ha sido suficiente. Por un momento me he creído su juego, pero se acabó. Solo espero que los meses pasen pronto... sabiendo que me miente en la cara mientras yo, sí, la sigo protegiendo. ¿El por qué? Hoy me cuesta admitirlo.

«Se merece que la abandone a su suerte y que cargue con las consecuencias».

El móvil insiste en recordarme que ella no se dará por vencida esta noche.

De modo que respondo con frialdad, a pesar de estar hecho añicos por dentro.

—¿Dónde estás? —exige como si tuviera derecho.

—He tenido que salir, me han llamado porque se ha torcido un negocio. Estaré unos días de viaje —me excuso con la clínica a la que no debí convertir en mi mujer.

—¿Y te vas sin avisar?

—Las cosas entre nosotros están claras. Dejemos de fingir, he bebido y me he dejado llevar, pero basta de reclamaciones. Te mandaré los documentos de los hoteles para que, a mi vuelta, te incorpores como hablamos delante de Cameron.

—¿Sigues adelante con eso? —cuestiona con desconfianza.

¡No tiene vergüenza!

—Por supuesto, es lo mejor para que todos creamos que la venganza continúa su curso con éxito, ¿verdad? No me des problemas, India. Mi paciencia tiene un límite y la estás agotando —la amenazo con el puño libre cerrado, dominándome.

—Creía que esta noche...

—Borracho pierdo la cabeza y lo sabes. Nos vemos a mi vuelta.

Corto la llamada y lanzo el teléfono contra el suelo. ¡¡La odio como le he hecho creer este tiempo!! Porque no, nunca había sido así, no hasta que se me ha caído la venda. He amado a India Murray desde que era un maldito adolescente o quizá un mocoso, no lo sé. Me gustaba, aunque creí que no era más que eso. Fui consciente de ello cuando se marchó y su ausencia empezó a doler tanto como puñales en el corazón. Pero era mi enemiga, tenía que condenar a todos los que llevaran su apellido y mi familia estaba por encima de cualquier cosa. Acepté protegerla para que no le hicieran daño, no lo soportaba, a sabiendas de que nunca sería mía. Porque no intentaría lo contrario más allá del sexo, el único lugar donde puedo tenerla, de ahí mi agonía porque esto acabe pronto. Temía rendirme y el sufrimiento de Cameron me lo prohíbe.

Hoy lo tengo más claro que nunca.

Reconozco que imaginarla con su ex me destrozaba, lo sigue haciendo, pero que mi hermano la tocara y sin su consentimiento... me mataba.

Nadie podrá entender lo que sentí al verla por primera vez, el besarla entre la desesperación, la rabia y el anhelo. O contemplarla vestida de novia... Lo que me tuve que contener en la supuesta luna de miel, de hecho,

me marché antes porque ya no soportaba el hecho de tenerla al otro lado de la puerta y no poder tocarla. Me mató observarla desnuda. Poseerla fue como rozar el cielo. Siempre debatiéndome, luchando contra mis propios instintos. Queriendo engañarme. Obligándome a tener sentimientos cargados de rencor. No debía sentir, pero lo hacía. Lo tuve claro al reencontrarnos. No, no estaba preparado para lo que experimenté al asaltarla después de nueve largos años imaginando cómo sería su vida. Maldiciendo que perteneciera a los Murray.

Mi padre nos contagió el odio por todos ellos, no le importó que sufrieran los hijos de Murray, porque nosotros estábamos en la misma posición.

No había día en el que él no llorara, en el que no hablara del dolor que sentía y lo mucho que los despreciaba. Y así se convirtió Cameron en lo que es hoy, junto el abandono de mamá, todo fue un cúmulo. Más tarde mi padre se arrepintió, no, ya era demasiado tarde... El odio se había propagado a unos límites insospechables.

El impacto que supuso para mí ver fotos recopiladas de ella al salir o entrar de su casa, fotos que había coleccionado Cameron para ubicarla. Más guapa que nunca, mujer. Me sentí morir. Enseguida ideé un plan, con una boda que fuese lo menos dramática para ella, con su vestido, el festejo... Sin embargo, India Murray siempre ha ido un paso por delante. Sus lágrimas son falsas, para manipularme y distanciarme de mi hermano.

¿¡Hasta cuándo durará esto!? No puedo más. Llevo años así.

Incluso a Cameron tuve que mentirle en más de una ocasión antes de que le surgiera la oportunidad de hundir a los Murray, le mentí sobre mi sed de venganza, porque sí, los detestaba, pero prefería no hacer nada contra ellos, no tenerlos cerca, como si estuvieran muertos. Contradictoriamente y pese a que el desprecio más absoluto creció por Marlon Murray, mi mente y mi cuerpo me exigían vivir en paz, enterrar el pasado y con ello a ese traidor, también al que fue mi mejor amigo o a la mujer que se colaba cada noche en mis más húmedos sueños. Entonces nuestra vida se truncó de nuevo y de la forma más dramática. La petición de nuestro padre existió y prometí que la cumpliría, ¿solo por él? Mi necesidad de verla ganó la batalla. Siempre he tenido la certeza de que mi padre me la hizo porque sabía de qué era capaz mi hermano. Y de lo que yo sentía por la hija del judas de su mejor amigo, sí, lo sabía sin yo haberlo expresado jamás en voz alta.

No fue necesario, entre nosotros sobraban las palabras.

Hoy asumo que quizá lo supo incluso antes que yo.

Pero ese secreto se irá a la tumba conmigo, como se fue con él. Ella jamás sabrá cuánto la ha querido el hombre del que pretende vengarse. Al que se ha entregado sin límites ni escrúpulos, fingiendo un placer que no ha existido mientras yo me consumía y excitaba con solo observarla. He intentado mantenerme alejado, a pesar de estar tan cerca. Me cuesta contenerme si se trata de ella. ¿Y de qué me ha servido?

Ha demostrado con creces que Cameron tiene razón.

Que cualquier alianza con un Murray termina en traición.

Y que India Murray no tiene corazón.

Capítulo 16

No arriesgarías todo

Una semana desde que se marchó sin dejar rastro. Una semana sin oír su voz. Solo responde a mensajes, pero no a todos, solo a los relacionados con los hoteles. Me hago cientos de preguntas desde que huyó de madrugada. Quiero pensar que se debe a que se sintió demasiado vulnerable, confundido. Que, a pesar de la distancia, estamos más cerca. Que cuando vuelva, lo hará hambriento y en la cama acercaremos posturas.

Sé que estoy próxima a mi objetivo.

Entonces me percató de que una lágrima ha caído sobre el documento que reviso en el escritorio de mi habitación. ¿A qué precio estoy consiguiendo todo?

Miro la alianza y cierro los ojos.

Me cuesta recordar esa noche sin percibir escalofríos por cada centímetro de mi cuerpo. No supe qué pasó. Me dejó completamente rota. Fue demasiado intenso, íntimo. Tuve la sensación de sentirme protegida, mimada. Sabiendo que no era más que una farsa. Necesité incluso despertar a Ailén, confesarle lo que acababa de suceder.

Insistiendo en la última frase de Leon para desterrar el resto de lo compartido...

—*No debo dejar de odiarte. Estás prohibida para mí.*

Era una clara advertencia: seguiré adelante con el plan de destruir a los Murray.

Y no se lo permitiré, de ahí la esperanza que albergo. Él se resiste, pero sucumbirá.

—¿Puedo pasar? —Miro hacia atrás enseguida, vuelvo a esta realidad que se me antoja eterna. Ailén tiene la cabeza asomada. Va de negro, con un vestido largo, fino y de manga corta. Mediados de julio, hace calor, pero ella sigue cubriéndose como si fuese un pecado mostrar sus piernas o su escote—. ¿Hola? Estás embobada.

—Pasa, perdón. ¿Qué tal el día?

—Muy bien, soy la mejor recepcionista, me lo ha dicho tu padre —comenta, orgullosa—. Y si lo recalca el jefe, no se discute.

Me echo a reír y muevo la silla hasta que estamos de frente. Ailén se ha sentado en la cama y saca algo de unas bolsas. Parece entusiasmada. Es muy detallista.

—Son unos bollitos rellenos de chocolate. —Sonríe con esa temura que la caracteriza y me ofrece uno. Lo cojo y espero a que ella me acompañe, pero se decanta por un Chupachups de cola—. Cuéntame, ¿cómo estás hoy?

—Bien, la soledad me gusta, sobre todo si he de compartir cama con un salvaje.

—¿No lo echas de menos?

—¿Qué? —Casi me atraganto con el dulce—. Claro que no.

—¿Puedo ser sincera?

—Eres mi mejor amiga, casi hermana, no debes, tienes.

—Tus ojos marrones no dicen lo mismo. Tu brillo se ha apagado. —Resoplo, agobiada—. Estás ausente, no

quieres ver a nadie. Creo que es obvio lo que sientes. . .

—¿Estás loca o qué? —farfullo y lanzo el dulce contra la cama—. Él se ha ido sin avisar, mi familia no deja de preguntar por su vuelta, por su repentina marcha. Aunque les explique que es un hombre ocupado y entregado a sus hoteles, sospechan.

—India. . . —murmura, jugueteando con la tela de su vestido.

—No vuelvas a mencionar algo así. Mi madre y tu padre llegan en tres días, ¿cómo quieres que esté? Esquiva, cansada. . . Necesito que acabe esta tortura.

Ailén asiente, degustando con desgana un poco más de su Chupachups.

—¿Cómo te va con el chico de internet? —cambio de tema y alcanzo el dulce de nuevo. He perdido el apetito estos días y necesito que Leon no me encuentre más delgada y demacrada a su regreso—. ¿No te aburres de no avanzar con ellos?

—Voy a dejar de hablarle, ya quiere quedar.

—¿Y? Ailén, eres preciosa. Deja de esconderte, por favor.

—No estoy preparada aún, ya sabes que es mi forma de ser.

—Lo siento. —Le acaricio las manos, sonriéndole con ternura. Siempre he tenido la sensación de que me oculta algo—. Siento parecer que no respeto cómo eres.

—No digas tonterías, tú me entiendes como nadie.

—Últimamente no te dedico el tiempo que mereces.

—Tu vida ha cambiado, India, ya lo hemos hablado otras veces. —Me acaricia la mejilla—. No te martirices por el resto, céntrate en ti. Óyete un poco, con calma, sin presiones o pensando en venganza, permítete ese lujo.

—No hablemos de él, por favor —suplico con una repentina congoja en el pecho.

—No, tranquila, otro día te doy la chapa. Te dejo para que sigas poniéndote al día, yo voy a ducharme, nos vemos ahora en la cena. —Se incorpora y me da un abrazo. Adoro su olor a colonia infantil. Me transmite paz—. Recuerda que estoy aquí, que nunca te fallaré y que jamás te voy a juzgar por nada.

—¿Por qué lo dices?

—Por si te enamoras del hombre que pretende destruir a tu familia.

—Sería una traición, una imperdonable.

Ella rueda los ojos, como si la que estuviera perdida fuese yo y abandona la habitación, negando con la cabeza. Un gesto que repite desde la otra madrugada. . .

Pensativa, me termino el esponjoso dulce y cojo el móvil.

Hoy no le he hablado en todo el día a Leon, tampoco me apetece hacerlo, algo en mi interior me pide distancia, pero no puedo abandonar el papel de enamorada ahora.

Mensaje de India a Leon:

Hola, mi padre me ha preguntado cuándo vuelves.

¿Tienes una fecha prevista ya?

Para mi sorpresa, no tarda en responder. Ni siquiera estaba *En línea*. . .

¿A quién esperaba?

Mensaje de Leon a India:

No lo tengo claro, te avisaré con antelación para que el circo quede creíble.

Mensaje de India a Leon:

Ya empiezan a sospechar de que estamos en crisis.

Tienes que regresar pronto.

Mensaje de Leon a India:

No me presiones, apáñatelas para hacerles creer lo contrario.

En este tiempo has demostrado que sabes fingir bien en presencia de todos.

¡No soy la única!

Mensaje de India a Leon:

¿Puedo hacerte una videollamada? Necesito verte.

Mensaje de Leon a India:

No tengo tiempo, voy a entrar en la ducha.

Entre dientes, lo maldigo furiosa. ¡No soporto que me rechace!

¿¡Por qué está tan distante de nuevo!? Hemos retrocedido. De modo que me obligo a ser yo la que ceda una vez más y solo encuentro una manera; provocándolo.

Mensaje de India a Leon:

No me importa verte mientras te duchas...

Ya no hay más respuesta. Demostrando que es un témpano de hielo.

Hoy es sábado y decido tomarme un descanso. Casi todos están en casa, Ailén ha trabajado por la mañana, mis hermanos también y papá se ha quedado al mando del hotel. En teoría, no debería, tiene empleados, pero ellos no lo descuidan ni un segundo desde que todo pasó. Luchan para crecer hasta convertirse en una cadena hotelera.

Estoy en bikini, uno blanco, que queda muy bonito con mi bronceado. Ailén a mi lado elige una nueva canción para que suene. Ethan y Logan hablan al fondo, están sentados junto a la mesa del jardín mientras se toman una copa.

No sé cómo aguantan las chaquetas con este calor.

Me incorporo un poco, bebo un sorbo de limonada y pongo los ojos en blanco cuando me percató de la canción que ha escogido Ailén. Ya ha repetido un par de veces esta semana que podría estar escrita para Leon y para mí. Odio que me compare si se trata de sentimientos, él está podrido por dentro. También odio que nos relacione con este tipo de letras, ¡de desamor! Creo y espero que lo haga solo para picarme.

Se titula *Tambores de guerra* de Manuel Carrasco.

Escucho a los lejos tambores de guerra, suena la llamada de mi salvación...

Resoplo y, sin pensármelo, me meto en la piscina.

Te dejo sabiendo que tal vez mañana, aunque no lo digas quieras regresar...

—¿Esperáis a alguien? —nos pregunta Ethan cuando suena el timbre de casa. Niego con la cabeza. Ailén se encoge de hombros—. Pues es insistente.

Me sumerjo completamente y sal salir y coger aire, miro hacia la puerta. ¡No, no, por favor, no puede ser! Me siento morir y no porque despierte algo en mí al volver a verlo, solo pena. Mi hermano Ethan está saludando a Óscar con la mano. ¿Qué diablos hace aquí!? Me quedo completamente estática y no soy la única. Ailén se echa las manos a la cabeza, sin moverse del sitio. Quizá buscando respuestas como yo. Entonces las piezas del puzzle empiezan a encajar. Cameron fue a España, no parecía nada relacionado con el trabajo. Tomó la decisión de la noche a la mañana, cuando vio que me comportaba cariñosa con su hermano o tras pillamos en la cama «entregados».

¡Es obvio! Necesita quitarme ya de en medio, y mi ex es la trampa.

—¡Logan! —lo llamo, nerviosa, saliendo de la piscina. Aunque las piernas están a punto de fallarme. Él va de camino a la puerta—. Por favor, no lo dejes entrar.

—¿Qué? Está mal, desapareciste de su vida y con otro. Quizá necesite...

—Por favor, sé lo que hago. No lo dejes entrar, sobre todo si Leon no está aquí —suplico, sabiendo que, si cruza la puerta, mi familia pierde todo. Cameron es muy astuto y estoy segura de que cada detalle está atado y muy planificado—. Confía en mí.

Mi hermano me mira directamente a los ojos. Supongo que percibe la desesperación en ellos. Los miedos que no puedo confesar. Nuestra relación no ha cambiado mucho, pero tampoco lo encuentro tan a la defensiva como al principio.

—Ethan —lo llama Logan—. Que no pase, India no quiere hablar con él.

—¡Por que tiene algo que ocultar! —grita Óscar por encima del hombro de mi hermano mayor. Este me busca con el ceño fruncido—. Está embarazada y no de su marido.

—¿Q-Qué? —la voz se me apaga. Cameron ha ido demasiado lejos—. No es verdad, ¿por qué me haces esto?

—¡Lo es! Deja de mentirme, necesitamos hablar de una vez.

—No entra —advierte Logan a Ethan.

—No me iré de Los Ángeles hasta que no la enfrente.

—No me hagas que te eche de aquí a patadas —lo amenaza Ethan—. Fuera.

—¿Dónde está vuestro padre? Tiene que saber lo que vosotros os negáis a ver. Que se haga una prueba de embarazo si miento —exige un irreconocible Óscar.

Ha perdido mucho peso. Está demacrado y su paciencia se ha evaporado.

Tampoco lo culpo, merezco todo su desprecio, a pesar de su falsa acusación. Pero sé que se ha dejado llevar por Cameron. Lo ha creído como yo confié en Leon.

Y esto lo tiene que saber él, por eso Óscar aparece justo cuando está ausente...

—¡India! —Me zarandea Ailén, que parece despertar del trance—. Llama a Leon, cuéntale lo que está pasando. Te ayudará a deshacerte de Óscar.

—Lo manda él —le recuerdo con impotencia—. ¿No te das cuenta?

—Eres tú la que no quiere ver más allá. —La puerta se cierra y mis hermanos se cruzan de brazos, esperan explicaciones, por lo que Ailén cuchichea—: Por favor, llámalo. Es la oportunidad perfecta para saber si te traiciona o te protege.

—¿Me pides que me rebaje cuando me ha hecho una encerrona? —espeto, dominando las ganas de llorar, rehuendo las lágrimas que amenazan con escapar.

—Hazme caso por una puta vez sobre este tema —me exige, enfadada. Jamás la he visto así. Su comportamiento siempre es dulce, calmado, atento—. Llámalo ya.

—¿Qué está pasando, India? —me reclama Ethan, acortando la distancia.

—Yo... Escúchame, no le hagáis nada a Óscar, se está dejando llevar por...

—No has respondido a mi pregunta.

—Te daré las respuestas cuando llegue Leon —replico, sabiendo que no tengo salida, que ya no puedo sostener más esta mentira. Cameron hará lo que sea para obtener la fotografía que persigue y acabar con el acuerdo. Lo perderemos todo y yo sola ya no puedo más con esta presión que me está matando—. Ahora vuelvo.

Subo corriendo a mi habitación y cojo el móvil. Las manos me tiemblan al asomarme por la habitación de papá y ver a Óscar esperando dentro de su coche. Al salir, me cruzo con Orlando. Viene de su zona de descanso, ya preparado con el uniforme de cocina para hacer la cena.

—¿Qué está pasando, India?

—Dame unos minutos y no llames a papá. Lo resolveré antes.

Asiente, aunque con expresión desconfiada, como el resto. Siento que el suelo cede bajo mis pies. No tengo escapatoria. No la tenemos.

Y Leon no me responde, ese maldito salvaje lo sabe todo.

Mensaje de India a Leon:

¡Atiende, joder!

Óscar ya está aquí, da la cara como un hombre.

Apenas unos segundos después me está devolviendo la llamada.

—Qué coño estás diciendo, India.

—No te hagas el tonto —escupo y cierro la puerta para que no me oigan. Aunque desde la ventana puedo ver que mis hermanos, Ailén y, ahora Orlando, siguen reunidos—. Esa era la gestión de tu hermano en España, mientras me teníais en vuestra casa. Os ha salido de puta madre la jugada. Eres un cabrón, Leon Cooper.

—¡¡Cállate de una vez!! Yo no tenía ni idea de esto. ¿Con qué intenciones va?

—Exigiendo una prueba de embarazo. Supuestamente estoy embarazada y es de él —replico con cinismo y con ganas de liberar toda la mierda que me ahoga. Sabía que le era fiel a su Cameron, aunque pensé que podía cambiarlo. Pero no me han dado tiempo, han anticipado todo tan solo un mes y medio después de aceptar el maldito pacto—. Le voy a confesar a mis hermanos la verdad.

—¿Reclamará el dinero ya, le daréis al mío lo que quiere!

—No tengo más opciones, no me la habéis dado —susurro, hundida. Me siento en el diván y reconozco con el sabor amargo de la derrota—: Habéis ganado, felicidades, Leon.

—¿¡Me quieres escuchar, maldita seas!?! Ni se te ocurra hablar con tus hermanos.

—¿Para que sigáis amenazándome? No, ya no puedo más con esta carga sola.

—Nunca has estado sola en esto —masculla con una dureza que me hiela la sangre—. ¿¡Cuándo lo vas a entender!?

—¿Cómo eres tan hipócrita?

—Espérame —me ordena de repente.

—¿V-Vas a venir? —pregunto sin dar crédito.

—Le prometí a mi padre protegeros y aunque no te lo mereces, lo haré.

—No te creo, no arriesgarías todo... —sollozo, destrozada—. Tú me odias.

—Sí, no te haces una idea de cuánto, India Murray. Te odio como nunca, como no pensé que se pudiera —reconoce con absoluta frialdad—. Pero la última voluntad de mi padre está por encima de todo, incluso de mi hermano o de mi propio orgullo.

Capítulo 17

¿Hoy no me provocas?

Es lo último que dice. Ya no queda nada más que el frío sonido que me avisa de que ha cortado la llamada. Reconozco que me quedo más tocada de lo que estaba. Las lágrimas inundan mis mejillas. El miedo a reconocer que me he equivocado con Leon Cooper se apodera de mí. Me suscita tantas emociones... Me lanzo a la cama, bocabajo, y rompo a llorar, pataleando, golpeando el colchón. Yo misma he oído cómo él planeaba cosas con Cameron, es cierto que algunas no se han llevado a cabo, pero la llegada de Óscar no es casual, y Leon era conocedor de que su hermano estaba en España. No me trago el cuento de que no sabía nada, ¡es imposible! Además, ha decidido continuar con el plan de que yo esté con ellos en sus hoteles, ¿la intención? La dejó clara Cameron, justo ahí me tenderían la trampa, aunque se han anticipado con el plan de mi ex, uno con el que yo no contaba... ¡Es absurdo que sea inocente!

Cada maldad que han planificado terminará pasando de la misma forma.

—¿Amiga? —Es la voz sorprendida de Ailén—. Eh, ¿qué pasa?

—¡Estoy harta de esta situación!

—¿Qué te ha dicho... Leon? —Me incorporo apenas un poco y la veo arrodillada a mi lado. Tiene el rostro compungido—. ¿No vendrá?

—Sí.

De repente, sus facciones se relajan. Incluso creo vislumbrar una fugaz sonrisa.

—¿Qué te dije? —Niego con la cabeza, ¡ella es demasiado inocente para entender lo crueles que pueden llegar a ser los Cooper!—. No me trates como si fuese una niña tonta, por favor. Estoy en otra posición y veo cosas que tú no, pero es entendible.

—¿Qué cosas? —sollozo, angustiada, mientras me seca las lágrimas con sus suaves dedos—. ¿Qué he de hacer? Me estoy volviendo loca.

—¿Me harás caso?

—Ya no sé qué pensar —lloro con más fuerza.

—Chis, sé que necesitas vengarte de Cameron y te prometo que lo haremos. —Me acaricia la mejilla. Sus facciones se toman más serias—. Ahora, deja que pasen los meses y muéstrate agradecida con Leon por protegerte del monstruo de su hermano.

—¿Y si confiar en él es la perdición de mi familia? —pregunto, desesperada.

—De momento han transcurrido casi dos meses y Leon lo único que ha hecho es mentir a su hermano para aplacarlo y cumplir su palabra contigo.

—¿Y si es otra trampa? —insisto, ahora estoy asustada por todo—. Nunca me he sentido tan vulnerable como hoy. Tengo miedo de equivocarme.

—Lo que estás es ciega —murmura con un dulce puchero.

—¿Puedes ser más clara?

—¿Es necesario?

—Estoy muy confundida —confieso completamente rota.

Ailén asiente, pero entonces llaman a la puerta. Las dos nos alertamos. Sabemos que Leon no puede ser, está de viaje y no aterrizaría tan rápido. Ambas somos conscientes de que, llegados a este punto, Óscar no se detendrá y amará un escándalo.

De un salto, nos asomamos a la ventana. El corazón se me dispara, no sabría describir la emoción que me embarga. Siento como si mis latidos retumbaran en toda la habitación. Las lágrimas aumentan: ha cumplido con su palabra, otra vez. . .

Leon está en la puerta, mis hermanos le cuentan algo y apuntan hacia un punto por detrás del hombre que ha acudido a mi rescate.

Entonces hace una señal y Óscar entra en acción.

—Vamos, India —me alienta Ailén.

No me lo pienso, a pesar de que mis piernas parecen gelatina, salgo corriendo detrás de ella. Nos cruzamos con Orlando que entra con un suspiro. Cuando bajamos, nos quedamos entre la sala y el jardín, sin atrevernos a dar un paso más. No es necesario. La respuesta de Leon es clara, concisa y su tono no deja lugar a dudas: está muy furioso. Tiene los puños cerrados, agarrotados. La vena del cuello, hinchada.

Está encendido, no puede ni creo que quiera disimularlo.

—Mi mujer no tiene que demostrarte nada, fuera y jamás, en tu puta vida, vuelvas a molestarnos. —Ailén me da un codazo. Yo trago con dificultad, me falta el aire. Sí, además de cómo ha sonado «mi mujer» en sus labios, lo ha amenazado en español—. Espero haber sido lo suficientemente claro.

—Ethan, Logan, ¿lo vais a apoyar? —reclama Óscar, desencajado.

—Ya lo has oído —zanja Ethan sin que le tiemble la voz.

Mis hermanos y Leon se miran y yo siento que me desmayaré en cualquier instante.

Experimento interminables cosquillas en el estómago.

¿Y estas terribles ganas de abrazarlo de dónde salen? De olerlo, tocarlo. «¡Estás loca, India!» Y hay más. . . ¿¡Por qué siento que lo he extrañado!?

—¿Qué es lo que teméis? —los reta mi ex, aunque su tono es más calmado.

—Mi hermana no jugaría con algo así —recalca un nervioso Logan.

—Será lo último que diga —le advierte Leon con el dedo en alto—. Esto no tendrías por qué saberlo, pero para que acabemos con esta duda de una maldita vez, a India le vino el período tras el enlace, llenó el vestido de novia incluso. A partir de ahí, fue solo mía. Tú ya no pintas nada en esta historia. El resto, ya es cosa nuestra.

—Enséñame ese vestido.

La sangre abandona mi cuerpo, ¿qué acaba de suceder?

—¿Para qué? Yo lo llevé personalmente a la tintorería, ¿qué coño es lo que no te queda claro? —escupe Leon y lo coge del cuello—. ¡Fuera de aquí!

—Leon —le pide Ethan.

Estoy completamente paralizada. Por la rapidez con la que ha llegado para ayudarme, su defensa sin permitir que lo cuestione. El detalle del vestido, ¿cómo lo sabe? Y habla un fluido español. . . No, no me salen las palabras

y mis articulaciones están en pausa.

—¡No vuelvas! —le grita Leon a Óscar empujándolo fuera—. Deja a mi mujer en paz y asume de una puta vez que no quiere saber nada de ti.

—Madre mía —susurra Ailén—. Ay, India... Me muero.

Logan cierra la puerta y Leon se gira apretándose las sienes, cansado. Va completamente de negro, sin corbata ni chaqueta. La camiseta tan desabrochada como la primera vez que nos vimos y su pecho casi descubierto. Puedo advertir sus músculos contraídos. El agotamiento en sus tensas facciones.

Entonces me mira, aprieta la mandíbula y da un paso hacia mí.

Siento como si el mundo cediera bajo mis pies. Tengo tantas preguntas...

Sin embargo, mi cuerpo se anticipa y desobedeciéndome a cometer esta estupidez, salgo corriendo hacia él y salto sobre sus brazos. Leon me recibe, apretándome contra su cuerpo. Permitiendo que me quede montada en su cintura, rodeándolo con las piernas.

Mis manos lo cercan por la nuca, inspiro su olor, ¿él ha hecho lo mismo?

El abrazo parece de todo menos fingido. Reconozco que encuentro cierta paz.

Estoy tan confusa...

—Esta escena te ha quedado muy bien —susurra en mi oído con la respiración acelerada. El sarcasmo es evidente. Pero alza la voz, sin soltarme y masculla—: Veo que me has echado de menos.

Me quedo refugiada en su cuello, sin poder articular palabra o romperé a llorar.

No sé por qué me siento así, quizá por la presión a la que me he visto sometida con la llegada de Óscar, con las silenciosas preguntas de mis hermanos, con la sensación de que Cameron se había salido con la suya y ahora... Todo ha quedado en un susto.

—Con vuestro permiso, me la llevo a la habitación —avisa Leon con un incómodo carraspeo—. Parece que tenemos mucho de qué hablar.

—Imbécil —cuchichea Logán, pero Ethan lo manda a callar.

Lo siguiente que noto son los movimientos de Leon caminando y subiendo las escaleras. Una vez llegamos arriba, cierra la puerta y me baja sin ninguna delicadeza, por lo que me tambaleo. Sus ojos arden sobre mí, aunque de manera distinta.

Algo ha cambiado en él durante su ausencia.

—Cada día se te da mejor fingir —escupe con sarcasmo.

—No ha sido solo cosa mía, ¿no? —contraataco, a pesar de que lo último que me apetece es pelear con él—. ¿Por qué me has ocultado que hablabas español?

Me estudia de pies a cabeza, el bikini, mi casi desnudez. Tiemblo y él murmura:

—No tengo por qué contártelo todo.

—Para así saber de qué hablo y poder contárselo a tu hermano —lo acuso con la intención de ponerlo a prueba. Leon se cruza de brazos y se apoya en la puerta.

—No pienso discutirlo, igual pensarás lo que te dé la puta gana.

—El detalle del vestido me ha sorprendido —reconozco sin poder sostenerle la mirada. No sé qué me pasa, pero quisiera poder abrazarlo de nuevo y no apartarme hasta que las sensaciones de mi cuerpo se marchen—.

¿Por qué has mentido?

—No lo he hecho.

—El vestido está en la basura.

—El vestido está en mi casa —rebate y se guarda las manos en los bolsillos.

—¿Por qué querías tenerlo?

—¿Importa? El teatro ya lo hemos hecho abajo, no es necesario dar ni pedir explicaciones. Deja las cosas como están —me advierte y se acerca, rodeándome. Gimo, idiotamente lo hago. Puedo sentir sus ojos recomendando mi cuerpo—. Ponme al día sobre lo que sabes de los hoteles. Tengo que hacer tiempo antes de irme de nuevo.

—No estabas de viaje, ¿verdad? —pronuncio, cerrando momentáneamente los ojos, estática—. Solo has huido después de...

—Después de descubrir cosas que no me gustaron.

—¿De mí? —me atrevo a preguntar.

Chulesco, se posiciona delante y puntualiza con gesto amargo:

—De ti no me gusta nada, entiéndelo, India Murray.

¡Lo odio cuando me trata así!

—En la cama parece lo contrario, Leon Cooper.

—Yo también sé fingir bien, cariño. —Me guiña el ojo derecho con soma y señala hacia el escritorio—. Ponme al día. Mañana mismo empezamos a trabajar juntos.

—Será domingo.

—El día indicado para que veas cómo funciona, descansarás cuando lo haga yo, que para algo soy el jefe. Allí no seré tu marido —apostilla con frialdad.

—Has vuelto tan estúpido...

—Podemos seguir perdiendo el tiempo insultándonos o trabajando, tú decides.

—Preferiría lo primero, pero soy muy profesional.

—No me cabe duda —chasquea la lengua.

Estoy a punto de replicarle, sin embargo, decido detener esta absurda guerra. Sinceramente, no me encuentro fuerte, todo lo contrario. La confusión que habita en mí no me permite rebatirle, necesito encontrar respuestas que solo él me puede dar, pero no está dispuesto. ¿El por qué? Es en lo que me centraré... La cabeza me explota.

Tengo los sentimientos a flor de piel con este reencuentro y al descubrir lo que siento al tenerlo cerca. ¿¡Cómo es posible que haya extrañado a este salvaje!?

—No tengo toda la tarde —me regaña sin paciencia.

Le señalo el escritorio en silencio y con esta distancia, transcurre el tiempo que estamos juntos. En el que nos limitamos a hablar de los hoteles. A mí no me abandonan estas ganas de abrazarlo, incluso de besarlo... Cada vez que lo veo hablar, no puedo apartar los ojos de su boca. Creo que me estoy volviendo loca de verdad.

—¿Qué te parece? —murmuro, inquieta en el asiento de su izquierda.

—Es evidente que entiendes de qué va este sector.

—He crecido con ello —le recuerdo con melancolía y él hace amago de levantarse, humedeciéndose los

labios, y no, no puedo más. No sé cómo dominar esta terrible sensación que me consume por besarlo—. Eh, viene alguien.

Tiro de su brazo y acuno su rostro, me lanzo hacia su boca. El solo roce me arranca un gemido. Él libera un gruñido. Entonces las palabras sobran entre nosotros. Sus labios se amoldan a los míos con esa fiereza que me absorbe, la misma que me hace querer más. Toco su rostro, lo memorizo. Lo acaricio. También su melena recogida. Muerdo sus labios, él succiona los míos casi arañándome la espalda. Las ganas de llorar amenazan con desvelar lo perdida que me siento, pero Leon se aparta de golpe.

Niega con la cabeza, hay decepción y repulsión en su semblante.

—Me he vuelto a creer otra de tus mentiras —masculla entre dientes.

—Yo...

—Dame los documentos, tengo cosas que hacer.

¡Maldita sea! Reúno los papeles en el escritorio, aunque necesitando un momento de soledad, me meto en el minúsculo vestidor. Me toco los labios, anhelando ya el sabor de Leon, esa posesión que me incendia como jamás nadie ha conseguido...

—Me voy a mi casa a ducharme —lo oigo de repente.

¡No! No puedo quedarme aquí; en la casa de los Cooper hay respuestas.

—Espera —le digo, mientras me enfundo un vestido de tela suelta, básico y de color azul marino. Ya entonces salgo del vestidor—. Voy contigo.

—No, Cameron estará allí y me reclamará por haber detenido a tu ex.

—Reconoces que ha sido él.

—¿Quién querría jugártela así? —De pronto, ladea la cabeza—. Quizá tienes más enemigos y me lo estás ocultando, los Murray no conocéis la lealtad.

—¿Por qué has llegado con tantas ganas de guerra?

—Porque cada día que paso a tu lado me dais más asco.

—Entonces deja de protegerme —protesto afectada por su rechazo.

—Ojalá pudiera, pero yo sí soy leal y, aunque mi padre no está, cumpliré con la promesa que le hice —farfulla, abriendo la puerta.

—Espérame.

—He dicho que...

—¿Os vais? —le pregunta Ethan que acaba de subir.

—Sí, en un rato venimos —me adelanto y entrelazo mis dedos con los de Leon. Advierto su resistencia, su contención—. Gracias por lo de esta tarde...

—Tened cuidado —se limita a decir, interrumpiéndome.

Él y Leon se observan fijantemente, hasta que mi hermano se encamina hacia su habitación. Leon tira de mí sin cuidado y aunque yo me zarandeo para que me suelte, no lo hace. En silencio, salimos de casa. Ambos comprobamos que no hay nadie afuera y cuando entramos en el coche, su mirada es asesina.

—Tienes que entender que conmigo no puedes hacer lo que te dé la real gana —me regaña, poniendo en marcha el motor—. ¡Estoy hasta la polla!

Miro hacia otro lado, porque no, no me apetece ponerlo a prueba. Todo lo que necesito es comprobar que el vestido de novia está allí, saber qué excusa le pone a Cameron para detener que hoy no haya saltado lo nuestro por los aires.

Pero entonces y sorprendiéndome una vez más, suena una canción en español. Ahora sé que las entiende, aunque no creo que tengan un significado especial para nosotros. El que canta es Antonio Orozco, con *Entre sobras y sobras me faltas*.

*Y sobraron los cuatro disparos que con tanto descaro nos dio el corazón.
Y sobraron los veinte puñales y es que a veces la vida no atiende a razón.
Y entre sobras y sobras me faltas y me faltan las sobras que tenía tu amor.
Y sobraron las quinientas veces que dijimos que no.*

Lo miro de reojo por si se sabe la letra o algo, ¡no lo sé! Empiezo a tener paranoias. Está centrado en la carretera, con la mirada ausente y el rostro impasible. Fuma con ansiedad y va a una velocidad rápida, por lo que, con un nudo en el pecho, le suplico:

—Ve más despacio, por favor.

—¿Hablas de como conduzco o de nosotros? —masculla, disparándome en el centro del corazón—. Estoy cansado de que me retes, de que no me obedezcas, de tener que pelear contra mi propio hermano por ti. ¡Basta, India, basta ya!

Da un golpe en el volante, exteriorizando su impotencia.

Agacho la cabeza, lucho contra este debate que está a punto de explotar en mi interior. Una sucesión de imágenes me bombardea, aunque intento rechazarlas.

—¿Os vais a quedar ahí toda tarde o qué? —nos llamó Ethan desde dentro del mar.

—Ya vamos —me quejé, deseando pasar un rato a solas con Leon. En realidad, estábamos todos, aunque cada uno a lo suyo. Nuestros padres tomando unos refrescos, Logan y Cameron jugando al voleibol y nosotros sentados en la orilla.

—¿Qué piensas? Estás muy callada.

—Mi color preferido es el blanco, pero el turquesa de este mar me llena el alma.

—¿Qué más cosas te gustan? —indagó y lo miré de reojo.

—El chocolate.

—Eso ya lo sé, dime cosas que no sepa.

—Me gustas. . . Es decir, me gusta —corregí la frase al ver que alzaba una ceja—. En fin, muchas cosas.

—Nunca hablas de chicos.

—¿Te i-importa?

—Claro que no, será mejor que me vaya.

—Leon. . . —Él bajó la mirada y con gesto de contrariedad, me echó arena—. ¡Eh!

—Cuando te pones intensa no te soporto.

—Yo tampoco te soporto a veces, adiós.

Mi teoría era que evitaba que yo le confesara mis sentimientos porque no eran correspondidos. Era la hermana pequeña de su mejor amigo, nada más.

¡¡Deja atrás el pasado! No quiero ni puedo sentirme más vulnerable ahora. Suficiente tengo con el presente. Si miente, me hará añicos y no seré capaz de luchar para defenderme. Me vuelve a faltar el aire de solo pensarlo. La ansiedad amenaza con mostrar a mi verdadero yo y no puedo, aunque el corazón me reclame que sea sincera con Leon, pero Cameron lo utilizaría en mi contra.

—¿Por qué hoy no me provocas? —reflexiona en voz alta, mirándome de reojo. Ante mi mutismo, exige saber con furia—: ¡Habla!

—No vuelvas a gritarme así —le advierto, aunque no con la firmeza que quisiera. Me siento muy rara—. Yo también estoy cansada de este juego, Leon.

—Te entiendo, a mí cada día se me hace ya más cuesta arriba fingir que eres la mujer de mi vida y que por ti haría cualquier cosa. Tendría que estar loco —reconoce, liberando una risa irónica, hiriente—. Será mejor que dejemos esta conversación.

—Yo...

—Tú te callas la boca. —Me muerdo la lengua para no soltarle el bofetón que se merece, pero no es lo más prudente mientras conduce. ¿Qué le ha pasado? ¿Cameron está consiguiendo arrastrarlo a su terreno? No es el mismo de siempre y ahora que yo tampoco lo soy, me duele—. ¿Acaso no ves que no me creo tus palabras?

—¡La noche que te fuiste parecía lo contrario!

—Justo esa noche vi de lo que eres capaz por destruir a un Cooper.

Capítulo 18

¿Qué es lo que he hecho mal?

—¿Q-Qué quieres decir? —cuestiono más nerviosa.

—¿Te da miedo haberte delatado, cariño? —se burla, déspota.

—No tengo nada que esconder —trato de ser convincente.

—¿Estás segura?

Nuestras miradas se cruzan, aunque no soy capaz de sostenérsela y lo rehúyo...

Leon aparca a toda prisa en la puerta de su casa, ni siquiera en el garaje. Incluso se sube encima de la acera. Baja y entra directamente, sin esperarme ni hacer amago de mostrarse caballeroso como otras veces. Sin embargo, se detiene bruscamente en la sala de su casa. Cuando llego, entiendo el motivo. Hay una chica con uniforme.

Ella nos sonríe. Es pelirroja, con ojos grandes, rasgados y verdes.

Piel casi de porcelana, sin imperfecciones, preciosa.

—Hola, soy la nueva chica de servicio, Ruby. El señor Cameron me ha hablado de vosotros, los señores recién casados. Leon e India, ¿cierto? —Asiento un poco inquieta—. Bienvenidos, ¿les sirvo algo de comer o de beber?

—No, gracias, me ducho y nos vamos.

—Bien, señor.

—India —me reclama Leon, haciendo un gesto con la mano para que suba—. Ruby, si llega Cameron, avísale de que he venido con mi mujer.

—Claro, señor.

Este suspira, parece hastiado de todo.

—Llámame Leon —le ordena y esta vez me hace el gesto con el mentón.

Si antes me sentía fuera de lugar en esta casa, ahora no podría explicarlo. He visto a esa chica como si fuese un peligro, ¡un peligro de qué! Me abruma lo que me está pasando. Odio sentirme tan frágil, es como si pudiese romperme en cualquier instante.

Necesito que se vaya pronto esta repentina sensación.

Ya arriba, Leon entra en el vestidor y al salir, lanza su móvil en la cama.

—Ni se te ocurra pasar al baño —me advierte sin mostrar un ápice de tolerancia conmigo y deja la puerta entreabierta—. Si sube Cameron, avísame.

—¿Qué le ha pasado a tu teléfono? —le pregunto al ver la pantalla rota. Entonces me percaté de que algo no está bien, por lo que inspecciono la habitación completa—. ¿Dónde está el reloj de la mesilla y por qué faltan perfumes?

—Estamos solos, India, las explicaciones sobran.

—Perfecto...

En cuanto cierra la puerta del baño, voy corriendo al vestidor. Hago un recorrido rápido con los ojos. No, donde se encuentra mi ropa no hay nada. Rebusco entre sus pertenencias y tampoco hallo nada. Pero hay dos fundas en el rincón más escondido y no están vacías. Abro la cremallera de la primera, es su traje de novio... Contengo el aliento, recordando como si fuese ayer mis pisadas hacia él, mientras me esperaba para unimos en esta locura. Me preparo mentalmente para lo que estoy a punto de ver.

Aquí está, es mi vestido. Nerviosa, lo saco y busco las manchas, no, no hay rastro de ellas. ¿Cuándo las descubrió? ¿Al darme el dinero que yo rechacé a la mañana siguiente de casarnos? ¿O a mi llegada a Los Ángeles? ¿Y por qué lo guarda?!

Las emociones afloran, trato de calmarme, pero un grito destroza todo.

—¡¡Leon!!

—Señor, está con su mujer —oigo que la chica de servicio le avisa a Cameron.

—¡Joder! Dile que lo espero en el despacho ahora mismo.

—De acuerdo.

Enseguida llaman a la puerta, por lo que dejo el vestido a un lado y la atiendo todavía temblando. El motivo de mis sacudidas no tiene nada que ver con el imbécil de Cameron. Reconozco que compadezco a Ruby, trabajar para él debe ser lo peor.

—El señor Cameron...

—Dile que mi marido se está duchando, que bajará en cuanto acabe. —Le sonrío y añado—: Espero que te esté tratando bien mi cuñado.

—Sí —confirma y comente el error de sonrojarse, delatándose.

Cierro la puerta, preguntándome qué coño tiene ese miserable para engatusar a una chica como Ruby. No me ha dado la sensación de que esté a disgusto, pero ¿por qué ha permitido que ponga sus sucias manos encima? Si le hace daño... Si le hace daño tendré a Cameron como tanto sueño, aunque espero que no suceda de esta forma.

No quería que nadie más se viera involucrado. Supondría que se ha sobrepasado con Ruby y la sola idea ya me provoca arcadas, indignación, agonía.

Agito la cabeza, pero mi mente está en alerta, no descansa y más ideas llegan.

Cojo el móvil de Leon y voy hasta el baño, abro la puerta sin llamar. Leon está de espaldas, la mampara empañada censura parte de su cuerpo. No su forma de hundirse los dedos en su cabello... Esa sensualidad que hoy percibo como nunca.

Sollozo, ¿por qué me está sucediendo esto?

—Leon. —Él se gira enseguida y da un golpe en la mampara. Me sobresalto—. Solo venía a avisarte de que tu hermano está aquí, la chica ha venido a decírtelo. Llámalo y dile que estás en la ducha, que ya bajas, para que no arme un escándalo.

—¿Desde cuándo te preocupa eso?

El agua resbalando por su cuello me distrae, sin embargo, me recuerdo que no debo perder el tiempo ahora. Es crucial para mí saber de qué lado está y solo necesito una prueba más, solo una que demuestre que Leon Cooper es inocente.

—Me ha parecido ver que entre Ruby y él... En fin, no me fío de que le haga daño.

—Mi hermano no la tocaría sin su consentimiento.

—Pero te exige a ti que lo hagas conmigo —rebato y le muestro el móvil.

—Oye, Siri, llama a Cameron —cede, aunque apenas abre un poco la abertura de la mampara. No quiere que lo vea—. Eh, estoy con India, ya voy.

—No tardes y ven solo.

Aparto el teléfono y corto la llamada.

—Te lo dejo en la habitación —explico sin más y me marchó.

Ha sido la excusa para coger su teléfono y que él lo supiera. Pero ahora inicio mi plan, me llamo a mí misma con su teléfono, el mío lo pongo en silencio y aguardo a que salga. No tarda demasiado, con la camisa poco abrochada, sin corbata, cabello suelto y mojado. Cuando se pone la chaqueta y va a pasar de largo, me interpongo enfrente.

—Leon, ¿qué vas a decirle?

—¿De qué coño vas?

—Era para estar precavida, pero que te den. Llévate el móvil y avísame en cuanto acabes la charla; ya quiero irme. —Y antes de que él me lo quite de las manos, se lo meto en el pantalón. Su gruñido me hace reír—. Vaya, ahora ni siquiera te puedo tocar.

—Cuando estemos solos, no, ni me roces.

—No pienso discutirlo —le repito la frase que tanto me suele decir.

—No me provoques, porque ya no caeré en tu juego.

Me cruzo de brazos y lo dejo ir. Sinceramente quisiera que me explicara qué es lo que ha hecho que marque esta distancia tan abismal entre nosotros, pero antes, he de saber quién es realmente Leon Cooper. Entro en el vestidor y con el sonido muy bajito, me acoplo en el último rincón, ahí donde sigue esperándome el vestido de novia.

No, esta vez no puedo emocionarme. He de ser fría.

—Explícame por qué coño no has dejado que Óscar hiciera su parte.

—Me cansas. Tendrías que haberme avisado de tus planes y esto no habría sucedido. Queda poco más de cuatro meses de sufrimiento para India Murray, ¿crees que se los perdonaré? Cameron, has puesto en peligro todo. ¿Y si ese tipo te reconoce?

—Yo no he hecho el trabajo sucio, parece que no me conoces.

—¡Tengo la jodida sensación de que no estás confiando en mí! —eleva la voz.

—Con motivos, ¿por qué no me dijiste que no fue ella quien canceló la boda? La decisión la tomó su ex. —Me abrazo a ese maldito vestido, siendo consciente de que Leon le ha ocultado cosas a su hermano para protegerme. Que no mentía—. Habla.

—Era un dato irrelevante y que a mí no me iba a afectar en nada. La obligué a casarse conmigo el mismo día, ¿te parece poco?

—Yo quería que mientras la hacías tuya, ella llorara al pensar en él, en su noche de bodas. Si no estaba enamorada, no ha sufrido igual y recuerda que la quiero destruida.

¡¡Es un demonio!!

—Y así es cómo está, Cameron, pero no me dejas hacer mi trabajo, maldición.

—¿Sabes? A veces pienso que te has enamorado de ella.

El corazón se me detiene. Hay una breve pausa y mi incertidumbre aumenta.

—¿Podrías enamorarte de una Murray? —replica Leon más ronco de lo normal.

—Prefiero estar muerto.

—Entonces ya has respondido a mi pregunta. Déjame a mí, ¡sé lo que hago!

—¿¡Tan malo es tener miedo de perder a lo único que me queda en la vida!?

Sollozo, es un manipulador.

—Eso nunca sucederá, mi lealtad siempre llevará el apellido Cooper —repite, aunque su voz apenas es audible—. No es fácil, Cameron, papá...

—Papá, ¿qué?

—Nada, lo echo de menos y a veces me siento muy jodido y perdido.

Corto la conexión.

Ha vuelto a omitirle la verdad por mí. A pesar de que mantiene su lealtad hacia él. No, no puedo ser tan desagradecida con Leon. Mi venganza no puede centrarse en destruir la relación con su hermano, aunque sea lo que más le duela a este.

Leon no merece pagar un precio tan alto... He de hacer caso a Ailén.

—Sé que necesitas vengarte de Cameron y te prometo que lo haremos. Ahora, deja que pasen los meses y muéstrate agradecida con Leon por protegerte del monstruo de su hermano.

Mis planes tienen que cambiar, pero ¿cómo le agradezco a Leon lo que está haciendo? La culpa me puede, por no haber confiado en su palabra, por no confesarle mis verdaderos planes, y estar cerca de él se está convirtiendo en...

Se me escapa un quejido, pero un ruido me obliga a levantar la mirada. Ahí está él. Observando cómo me desahogo contra el vestido que aquel 28 de mayo nos unió.

—¿Qué estás haciendo? —me reprocha con dureza.

—Necesito irme de aquí, por favor —imploro, hipando.

—Sal, Cameron tampoco ha querido encontrarse contigo —se limita a decir sin pedirme explicaciones, ¿¡por qué!?

Aliviada en todos los sentidos y sin romperme una vez más, porque no debo mostrar mi vulnerabilidad a cada instante, aunque estoy abatida, intento guardar el vestido como estaba. Él me empuña por el codo y niega con la cabeza.

—Se acabó el teatro por hoy.

—Leon...

—¡Se acabó! —Me suelta de malas maneras—. Y no vuelvas a registrar mis cosas.

Esta vez no hay música de vuelta a casa y lo agradezco. Pero cuando creo que podré encerrarme en mi habitación y poner mis sentimientos en orden, me encuentro con que las sorpresas no acaban. Mamá y Fran están en la casa. Han adelantado su viaje o quizá esta siempre fue la fecha. Los recibo con abrazos, mamá busca mi mirada. Sé que hoy no es el día apropiado para este encuentro. Porque no sé disimular. Hoy no sé...

Tras ponernos un poco al día, papá decide invitarlos a cenar, por lo que tendremos que estar todos si no queremos levantar ninguna sospecha. Por primera vez desde que estamos aquí, Leon se queda a cenar con mi familia y conmigo.

Pero contra todo pronóstico, según avanza la noche y el vino hace mella, la velada deja de ser tensa, se vuelve distendida, cordial... familiar. Leon comenta con Fran cómo son sus hoteles y entonces, por si no estuviese ya lo suficientemente confusa, termina de saltar por los aires lo poco que queda de mi coraza.

—Recuerdo cuando íbamos todos y nos escondíamos en la zona de la piscina —comenta Ethan en inglés, que está justo a mi derecha, a la izquierda, Leon. Enfrente tengo a Ailén, que ya consigue entender conversaciones, y a sus laterales; papá y Logan. Fran y mamá presiden la mesa—. A India siempre la pillaban nuestros padres, corría muy poco.

—O nos delataba —termina con una sonrisa Logan.

—Éramos como una familia —apunta Leon y dirige la mirada hacia papá, aunque no veo acusación, ¿qué está pensando? Mamá levanta la mano para interrumpir la conversación, pero Ailén le hace una seña—. A veces por las mujeres se hacen locuras, locuras que te obligan a tirar por tierra incluso nuestros principios.

—Leon —murmura papá.

—Me ha costado, y me cuesta, porque él ya no está. —Hace una pausa, intuyo que emocionado al mencionar a su padre. Me lo contagia. Por lo que, controlando las ganas de acariciar su mano, me toco la alianza—. Pero esta semana he entendido que para hacer lo que hiciste y apostarte tanto, debiste sentir amor de verdad. De ella prefiero no hablar, se fue y dejó a sus hijos, es obvio que jugó como una...

—Nunca me perdonaré aquel error y quiero que sepas que me arrepentiré toda la vida —lo interrumpe papá con voz trémula—. ¿Sabes? A lo largo de estos últimos tres años hemos tenido muchas conversaciones, la mitad de ellas fantaseaba con que nuestros hijos nos unieran y míranos. Os habría dado su bendición, lo deseaba desde siempre.

No puedo más, ¡no puedo más! La situación me está superando como jamás pensé. Ver a toda mi familia reconciliándose en cierta manera con un Cooper, el que por protegerme se convirtió en mi marido, me deja completamente desarmada.

Recordar a Niall, conocer que él hubiera querido presenciar esto...

La lasaña que ha hecho Orlando a petición de mamá está clavada en mi estómago, ni siquiera soy capaz de sorber un poco de vino. O de probar el postre de chocolate que han preparado porque sabe que es mi sabor preferido.

—Leon, te puedo hacer una pregunta —cuestiona Ethan.

—Depende.

—La reflexión de antes, de que por las mujeres se hacen locuras. ¿Lo dices porque te has enamorado de una Murray a pesar de ser prohibida para ti?

Siete pares de ojos se centran en mí, incluidos los de Leon que asiente con pesar. Sé que forma parte de nuestro pacto, pero la garganta se me cierra. Se me cierra porque ya no veo al salvaje con el que me reencontré, si no a mi Leon y tengo miedo.

—Eh, no te pongas triste. Pronto es tu cumpleaños, ella volverá y lo celebraremos a lo grande, tendrás una fiesta impresionante con todos los que te quieren —me recordó Leon la noche que mi madre se despedía para iniciar su vida en Madrid. La noche en la que todo se truncó—. Te voy a contar un secreto, llevo años esperando ese día.

—¿Para qué? —susurré tan bajito como él, estábamos rodeados.

—No entiendes nada.

—¿Qué significa esa frase con la que tanto te burlas de mí?

—Que no entiendes nada, India, pero pronto te lo voy a explicar —concluyó con una sonrisa burlona, ladeada. Una sonrisa que me dejó sin palabras y que me hizo suspirar.

Aunque no era la primera vez, sí fue la última. . .

—Oye, ¿qué piensas? —Chasquea los dedos papá delante de mi nariz—. Leon te está hablando, ¿estás bien?

—Sí, ¿qué decías?

—Mira lo que has conseguido —masculla este y leo cierto remordimiento en sus preciosos ojos verdes—. Que esté aquí con todos vosotros y no me apetezca mataros.

Mi familia rompe a reír y él entrelaza nuestras manos. Me tiembla el labio, pero no puedo evitar sonreírle. Sé que nos detesta, pero no quiere hacernos daño y esta noche lo ha vuelto a demostrar. Está haciendo un esfuerzo porque regrese la paz que una vez su madre y mi padre se cargaron de un plumazo. Aunque, ¿para qué engañamos? El vino está ayudando bastante, seguro que se comporta así porque ha bebido y es que la posición de los hijos de ambas partes nunca ha sido fácil. Reconozco que me fui porque nunca le perdoné del todo a mi padre que nos destrozara la vida así.

Es duro admitirlo. . . Pero yo soñaba con otro futuro y me lo arrebató.

—Y pensar que me he planteado que aquí hubiese gato encerrado —dice mamá y mis hermanos asienten—. Entonces solo nos queda brindar por la feliz pareja.

Todos levantan la copa, a Logan lo veo más reacio, Ethan es una mezcla. Serio, aunque relajado. Una vez brindamos, momento en el que aprovechamos para liberar nuestras manos, mamá nos dice que tiene una sorpresa y saca un sobre del bolso.

Me lo cede y al abrirlo, dos solitarias lágrimas se deslizan por mis mejillas. No me lo esperaba y de nuevo, esta no es la noche más idónea para ponerme a prueba.

Es la única fotografía que se realizó en la obligada boda.

—Ese día le pedí a su amigo Alexis que me la enviara y aquí está, los hombres sois más desastres para estos detalles, ¿a que no os la pasó? —Niego con la cabeza—. Lo sabía. Y a ti como te gustan tan poco las fotografías. . .

—Viene de familia y nos suele pasar desde pequeños, aunque recuerdo que a Niall le encantaba hacerlas —apostilla Logan muy bajito—. Y estos años hemos roto muchas de cuando éramos niños, la mayor parte de instantáneas las teníamos con los Cooper. Las de nosotros solos, eran minoría.

—Nosotros quemamos las que teníamos con vosotros —confiesa Leon más afectado y me pide la fotografía. La contempla fijamente—. Sales preciosa.

—Gracias —musito con un hilo de voz.

Entonces posa sus ojos en mí, empuña mi mentón y me besa los labios, apenas es un delicado roce, lo suficiente para que las alarmas terminen por encenderse.

«No, esto no puede estar pasando».

—Bueno, pues creo que es hora de irse a la cama —comenta Ailén con especial alegría—. Tenemos más días para repetir cenas así.

—Claro, no nos vamos hasta el próximo domingo. Por trabajo, no estaremos presente en el cumpleaños de India, pero esperamos volver pronto —apunta Fran.

—Igual ellos tenían algo pensado —especula papá.

—La verdad es que...

—Cuéntalo, India —me anima Ailén. Frunzo el ceño, no sé de qué está hablando—. Diles cuánto te apetece que Leon te dé una sorpresa y os vayáis unos días fuera. Sería un detalle precioso... Seguro que él también lo desea.

—¡Claro que sí! —grita mamá—. Oye, Ailén, ¿y ese inglés tan perfecto?

Mis hermanos empiezan a contar cómo pronunciaba al principio, por lo que Leon aprovecha la distracción para susurrarme al oído o más bien para reclamarme:

—¿Qué coño acaba de decir tu amiga?

—N-No lo sé, no me lo esperaba.

—¿Cuándo vas a entender que no me creo ni una de tus palabras?

Me separo un poco, intentando descubrir por qué está tan déspota y distante conmigo. Él se incorpora y me sujeta de la muñeca para que lo acompañe. Nos despedimos de mi familia, sintiendo que el pecho me explotará por la emoción. Porque aunque entre mis hermanos y yo no haya un acercamiento físico, creo que empiezan a tolerar mi presencia, a entender mi postura, mi «traición».

No tienen ni idea de lo sola que me he sentido durante este tiempo...

«Todo pasará».

Una vez arriba, Leon se tumba en el diván que está a los pies de la cama.

—Quiero estar solo, no me molestes y ni se te ocurra jugar a seducirme, se acabó. Me he jurado no volver a tocarte en los malditos meses que quedan de este calvario.

La parte que me está pidiendo que huya, me exige que no haga preguntas, que esto es lo mejor para los dos, para mí, pero mi impulsividad le vence y susurro:

—¿Qué es lo que he hecho mal desde la última vez que nos vimos?

—Nada que no esperara.

—Sé claro, joder —le exijo y me arrodillo a su lado. Necesito un acercamiento y a la vez tengo tanto miedo. No sé qué es amar, no creo saber hacerlo, pero hoy he descubierto que siento cosas por este maldito salvaje—. Dime la verdad.

—A diferencia de ti, lo haré y no porque me des pena, sino para que me dejes vivir en paz. —Aproxima su rostro al mío e, instintivamente, me apoyo en su frente. Él me rechaza, echando la cabeza hacia atrás y confiesa con desdén—: No he estado de viaje, sino con Scarlett y se acabaron las preguntas.

Me aparto muy despacio, como si estuviese viendo a un fantasma. El dolor en mi pecho aumenta, nunca he sentido algo parecido. Como si me rajaran por dentro, un puñal habría sido menos devastador justo esta noche. Cuando he sido capaz de asimilar que él es la causa por la que nunca he olvidado mi vida aquí, pues soñaba cada maldita noche con el mejor amigo de mi hermano mayor. ¡Ansiaba crecer para que tuviera ojos para mí! Me quedé anclada en ese pasado, en lo que experimentaba cada vez que Leon Cooper me sonreía y se regodeaba con la repetida frase de: *no entiendes nada*.

Están resurgiendo esos sentimientos que creí muertos para siempre, como él.

Me marcho de la habitación y me cuelo en la de Ailén. Ella está poniéndose el pijama y al encontrarse conmigo, abre los brazos para que me refugie en ellos.

—Tú no te entregas a cualquiera si no hay sentimientos —susurra contra mi pelo—. La sed de venganza te ha cegado, pero es tan evidente que Leon y tú...

—Cállate —le imploro, desolada.

—India, cariño, escúchame y escúchate.

—Lo odio y me odia —lloro desconsoladamente contra su pecho.

—Pero más te ama.

—¡No! Deja de romantizar un matrimonio obligado, además, el amor no debe doler y la traición es tan... ¡Él ha estado con su ex y a mí me da asco!

—¿No lo ves? Para olvidarte.

—Basta, por favor, basta.

—Recuerda que estaré aquí cuando necesites hablar de ello.

Asiento y la abrazo con más fuerza, este maldito pacto se ha convertido en una pesadilla, en una de la que no sé ni puedo escapar. Por un momento entro en pánico, la idea de huir me persigue, pero sé que mi familia pagaría las consecuencias.

—India. —Es la voz de Leon detrás de mí—. Vamos a la habitación.

Ailén cubre su rostro con mi pelo suelto, creando la intimidad que Leon no nos está permitiendo y susurra con una tierna sonrisa:

—Estáis entre la espada y la pared. —Niego con la cabeza, ¡no quiero hablar del tema! He visto su placer al confesarme que se ha acostado con otra—. India, aprovecha el viaje que me he inventado, ya no se puede echar atrás. Solos volveréis a ser aquellos niños que tanto echáis de menos. Como te mira él, no se puede fingir.

—Pues lo hace y muy bien —escupo con desprecio.

Le doy un beso y me aparto. Paso de largo cuando me cruzo con Leon. No quiero que vea mis lágrimas, por lo que me mantengo con la cabeza gacha. Entonces me encuentro con la foto de la boda rota en mil pedazos sobre la cama.

¡Yo también me arrepiento de aquel día, está siendo mi destrucción!

Él cierra la puerta detrás de sí y, sin previo aviso, tira de mi brazo, obligándome a girarme bruscamente de cara a él. Aterrizo en su pecho.

—Deja ya estos numeritos —me advierte fuera de sí.

—No-me-toques. —Me suelto de malas maneras—. Nunca más pongas tus manos sobre mí o gritaré y no

me importará una mierda que se descubra la verdad.

—No te queda bien el papel de celosa.

—¿Sabes por qué? —susurro y escupo una de las mayores mentiras de los últimos meses—. Porque tienes razón, no lo estoy. Era un teatro más, pero ya no soporto seguir fingiendo que estoy sintiendo algo por ti. Jamás podría enamorarme de un salvaje como tú, lleno de oscuridad y de crueldad.

No le permito que me responda, me encierro en el baño y me dejo caer contra la puerta, arrastrando la espalda contra esta. Necesito marcar distancia. . .

No puedo volver a querer a un Cooper nueve años después.

Capítulo 19

Nunca has entendido nada

No paso la mejor semana de mi vida. Hecha polvo, con el período y adaptándome a trabajar en los hoteles de los Cooper. Me siento atada de pies y manos. No he vuelto a hablar con Ailén sobre Leon. Las cenas obligadas en casa se han repetido por la visita de mamá y de Fran. Leon se ha ausentado en algunas, aun así, en las que ha estado presente, se ha comportado como en la primera cena que compartimos el día de la llegada de mi madre. El patrón siempre es el mismo, reacio al inicio de la velada, luego más cómodo ya con el vino, aunque mis hermanos y él no se han acercado lo suficiente como para romper ciertas barreras. Con papá tampoco ha compartido más que esos momentos en la mesa, la verdad es que mi padre se ha centrado mucho en mamá y en recuperar la cordialidad y confianza que habían perdido tras lo sucedido...

Hoy es lunes, anoche nos despedimos de mi madre y de Fran. Reconozco que, a pesar de echarla de menos, me sentí liberada. Con ella aquí no puedo rechazar ciertos planes y lo último que me apetece es disimular lo mucho que me duele estar cerca de Leon. Él y yo apenas cruzamos palabra, solo las necesarias para continuar con este teatro. Durante la presentación en sus hoteles, me dio un fugaz beso en los labios. Es lo máximo que nos hemos acercado. En presencia de mi familia, nos damos alguna que otra caricia en las manos y poco más. Me cuesta mirarlo a la cara sabiendo que, cuando se va, está con otra... Y que huyó una semana por irse con ella.

Aguanto una nueva arcada, una de tantas tras recordar su confesión.

—Si estás de mi lado, vas a tener que tomar una decisión —escucho la voz de Cameron en la sala de reuniones. Yo me encuentro en el baño que se halla en el interior de esta—. Sigues teniendo actitudes extrañas y no me gustan nada, Leon.

—¿Qué coño te pasa ahora, maldita sea?

—Sabes que Óscar ha vuelto; porque esta misma mañana ha intentado entrar en el hotel, pero por orden tuya el chico de seguridad le ha prohibido el acceso. Joder, podríamos haber tenido la foto para cuando decidieras que era el momento de usarla. —Me coloco la falda, temblorosa. ¿Óscar ha regresado a Los Ángeles para buscarme? —. ¿Cómo te has enterado de su llegada?

—Alexis se lo ha cruzado en la puerta, yo no lo he visto, por suerte.

—Ya estaba todo listo. ¿Acaso estás protegiendo a la Murray o qué?

—Deja de decir tonterías, no iba a ser creíble que ella me fuese infiel estando los dos trabajando juntos. Sería más discreta y nadie nos creería.

—¡Solo necesitamos la puta foto!

—Cameron...

—Ni Cameron ni pollas. Mañana mándala sola al hotel Polinesia y tú te quedas aquí, en Maldivas, o incluso que supervise Hawái, está vacío, hay intimidad y allí podremos tener más instantáneas. —Silencio, uno que se prologa hasta que Cameron lo reta—. ¿Estás conmigo o en mi contra? Además, os quiero viviendo conmigo.

—No compliques las cosas, estás adelantando acontecimientos.

—No te reconozco últimamente y para ganarte mi confianza tendrás que demostrarme de qué lado estás. Te espero esta noche en nuestra casa —recalca—, si no vienes, no contaré contigo para destruir a los Murray. A veces pareces uno de ellos.

—Eres un niño de mierda, ¿te das cuenta de lo que acabas de decir?

—Se acabó, ya no quiero que seas permisivo con ella en mi presencia. Trátala mal, necesito ver esas lágrimas, su sufrimiento y así me demostrarás que me equivoco.

«No tiene salida». Podría maldecirlo, ponerme a llorar, desesperarme, pero ya nada me sorprende y me siento como si fuese un bloque de hielo. He recuperado mi coraza, es lo único que me mantiene en pie. Pues me pesa la vida... En otro momento la idea de vivir con Cameron me habría parecido descabellada, no hoy. He visto algunas irregularidades en facturas firmadas por él y estoy segura de que en su despacho puedo encontrar las pruebas necesarias para demostrar que no todos los trámites en los hoteles son legales viniendo de su parte. Que ha hecho transacciones que no se han declarado y no de importes insignificantes, las que ya he comprobado son relevantes.

Finalmente, escucho un portazo y un grito de Leon. No puede más...

Cojo aire, me lavo las manos y salgo, marcando el paso con mis ruidosos tacones. No espera encontrarme aquí y a mí me sigue costando enfrentarme a él, pero no debo venirme abajo. Por lo que, con el mentón en alto, voy hacia su encuentro.

—Estoy dispuesta a mudarme para callarle la boca y para protegerme de Óscar, un detalle que no has compartido conmigo. En tu casa no aparecerá —me adelanto sin mostrar un ápice de debilidad—. Hazle caso a Cameron y no lo alteres más.

—¿Cuáles son tus intenciones para resignarte tan fácil?

—No tengo otra salida, ¿recuerdas? —rebato, planchándome la camisa con las manos. Él se acaricia la recortada barba—. Me lo dejaste claro desde un principio.

—No te creo, te advierto algo, ni se te ocurra hacer cualquier estupidez en contra de mi hermano y mucho menos en nuestra casa. —Me cruzo de brazos, retándolo—. Vete. Te recogeré a las siete, yo tengo cosas que hacer.

—Me las imagino. —Me repasa de pies a cabeza. Llevo chaqueta gris ceñida, con falda de tubo a juego, camisa blanca y tacones—. Dale recuerdos a Scarlett.

—Lo haré.

—Eres un puto cerdo —espeto, lanzándole un bolígrafo que esquivo.

—No pienso discutirlo.

—Tampoco esperaba más de ti.

—Ya, no soy más que un salvaje lleno de oscuridad y crueldad —me reprocha con rencor, sorprendiéndome. Hace una semana que la pronuncié, pensé que la había olvidado—. Y tú una mala actriz, no has soportado mucho en el papel de enamorada.

Carraspeo, siendo consciente de que mis frases le molestaron bastante, supongo que porque herí su ego. Creí simplemente me ignoraba y las tenía guardadas...

—En ese sentido nos parecemos, tú me odias, pero te volvía loco en la cama.

—Por necesidad de sexo, nada más. Ahora ya no me haces falta.

—Es un alivio para mí —rebato, asqueada.

¡Lo odio! Cojo mi bolso, guardo mis cosas y me marcho. No quiero pelear, no quiero verlo. La realidad es que necesito desaparecer y dejar de participar en este maldito circo que está haciendo mella en mí y de una forma que jamás pensé.

Me despido del resto de empleados a mi paso y, una vez fuera, respiro aire puro. Liberando toda la porquería que guardo en mis pulmones. Esta semana con la excusa de que Leon y yo no tenemos el mismo horario, aunque en realidad sí, he alquilado un coche, por lo que no es necesario llamar a un taxi o depender de él.

Cuando llego a casa, el único que está es papá.

Lee un libro en la zona del jardín y, al verme, aparta todo y me pide que me siente a su lado. Orlando no tarda en servirnos un par de limonadas.

Espero que no me dé ningún sermón, solo quisiera encerrarme y llorar.

—¿Todo bien? Estos días pareces cansada —comenta mi padre.

—Sí, los comienzos no suelen ser fáciles.

—¿Hablas por los hoteles o de Leon?

—Papá, siempre igual. Con él va todo como debe ir —murmuro, agobiada—. Y ya, sé que preferiríais que trabajara para el hotel familiar, pero...

—Ahora tu familia también es él, lo entiendo. —Me acaricia la mejilla. Suspiro, conteniendo las ganas de contarle la verdad y desprenderme de esta carga—. Logan es quien lo lleva peor, pero ya sabes que es el rebelde de los tres.

—Pues... a ver cómo se toma que me vaya una temporada a casa de los Cooper. —A papá se le transforma la cara—. Por favor, no me lo pongas difícil. Cameron apenas está allí y así Leon y yo tenemos más intimidad... Aquí somos muchos.

—Acabo de recuperarte después de tantos años.

—No quiero hablar de ello —concluyo, incómoda, y me incorporo. ¡Fue su culpa!—. He de prepararme. Esta noche tenemos la cena de bienvenida allí.

—¿Os mudáis hoy mismo? —Asiento, desviando la mirada—. ¿Por qué tanta urgencia? ¿Ha pasado algo?

—No, que estoy más cerca de los hoteles. Tampoco me llevaré demasiado, Leon me compró bastante ropa para que no me faltara nada en casa de los Cooper...

—Visítanos a menudo, por favor. Yo no estoy preparado para ir a casa de Niall.

—Nunca me has contado cómo supiste la noticia.

—Por un amigo en común, fue tan inesperada y lo peor es que no pude ir a darle el pésame a sus hijos. Siempre me hablaba de cuánto nos odiaban y míralos ahora.

—Ya...

—Cómo me hubiese gustado que Niall os viera —confiesa muy afligido.

—A mí también.

—Te quiero, hija.

—Lo sé.

Le doy un beso en el dorso de la mano y subo a mi habitación. Antes de ducharme, le mando un mensaje a

Ailén, le cuento lo sucedido, también mis planes. Además, le pido que hable con Logan acerca de mi mudanza, ya que se apoya mucho en ella. Sé que no entenderá mi decisión. Él y Cameron eran íntimos, sin embargo, desde que se convirtieron en enemigos tiene la convicción de que es el peor de los Cooper y no se equivoca. ¿Cómo rebatírsele? No tengo argumentos. Si supiera...

Mi vida cambió completamente por su maldita culpa.

Miro a mi alrededor y suspiro, no me imagino cómo serán las noches lejos de esta casa. Aquí donde en cierta manera me he sentido protegida, a pesar de con quién compartía cama. No es el monstruo que creía... aunque preferiría que lo fuese.

Era la excusa perfecta para que mi venda no cayera. Una venda que me ocultaba lo que había delante de mis ojos. Una verdad que me cuesta exteriorizar o pensar.

Y es que echo de menos al Leon de antaño, que me gustaría que las cosas fuesen diferentes porque sí, remueve todo mi ser como lo hacía entonces.

No soporto esta sensación. Es como si me rasgaran lentamente por dentro.

«¡Basta, India, solo estás un poco confundida!».

Hoy el baño me lo tomo con calma, disfrutando de mi soledad, con olor a vainilla bañando mi agotado cuerpo. Al salir, hago una maleta pequeña, pues allí tengo lo necesario... Me pongo un vestido de crochet, blanco, largo y ceñido, aunque con una sensual abertura en el pecho y la espalda. El maquillaje con ojos marcados en negro y labios rojos. Tras calzarme los tacones, bajo las escaleras y me encuentro a Leon con Ethan. ¿Cuándo ha llegado? ¿Por qué no me ha avisado? Él le cuenta sobre nuestros nuevos planes, papá les deja su espacio desde el fondo del salón, aunque está atento a la conversación. Es consciente de que Leon no está preparado para tener un trato más cercano con él, aunque ya hayan dado un paso al dirigirse la palabra y «entenderse».

Finalmente, y tras debatirme sobre si interrumpirlos, me quedo en el último escalón, tragando con dificultad al presenciar la escena tan inesperada y sí, emotiva.

—Cúidala —le pide Ethan muy serio—. Sé que está en buenas manos.

Leon asiente y acto seguido se funden en un sentido abrazo. Me cubro la boca con las manos, erizada de pies a cabeza. Por unos segundos retrocedo en el tiempo y me parece estar viéndolos de niños, cuando eran inseparables. Sé que no soy la única que se ha trasladado a aquellos años, a esos años que nos arrebataron.

Adviento la emoción de mi padre, que se marcha para no romperse delante nuestra.

—Te he echado de menos —confiesa mi hermano, dándole un toque en el hombro al apartarse. Los ojos se me empañan. Estoy abrumada, no me puedo creer lo que estoy viendo—. No debimos permitir que un error de dos adultos nos afectara.

—Pasaron demasiadas cosas —le recuerda Leon, aflojándose el nudo de la corbata, he descubierto que le molesta o se la arranca cuánto está soportando demasiada tensión. Va completamente de negro y el cabello engominado en su ya habitual recogido. Tontamente el corazón se me acelera, ¡odio sentirme así! No sé gestionar este sentimiento—. Me gustaría que hablásemos, tengo cosas que contarte.

—Bien, a la vuelta de vuestro viaje —murmura Ethan más tenso.

—No podemos irnos de momento, tengo mucho trabajo. Nos iremos solos a cenar y ya está —masculla Leon e insiste—: Quedamos para el miércoles, es importante. Solo te pido que tengas la mente abierta y que te pongas

en mi lugar. Necesito escupir esta mierda que me está asfixiando.

Hay gravedad en sus duras facciones. ¿Le va a contar la verdad? Es imposible.

—Lo intentaré, te espero sobre las nueve y nos vamos a tomar algo.

Bajo el último escalón y carraspeo. Ellos enseguida reparan en mi dirección. Mi hermano me sonríe a medias y se acerca enseguida para ayudarme con la maleta.

—Estás guapísima —me piropea y entonces se produce algo que llevo anhelando tanto... Me abraza, es un abrazo cargado de perdones, de arrepentimiento. De culpa. De pena. Al separarnos, le beso la mejilla—. Siento ser tan duro.

—Me lo merezco —declaro con voz entrecortada.

—Sabes que te quiero, ¿verdad? —Asiento con un nudo en la garganta y un dolor muy punzante en el pecho. Desde hace nueve años a todos nos cuesta expresar nuestros sentimientos y esto no es habitual, de hecho, no nos hemos dejado llevar ni somos lo efusivos que en realidad deseamos—. Siempre serás mi mocosa.

—Idiota —lo empujo, evitando así llorar como una niña pequeña.

Doy unos pasos y Leon me ofrece su mano derecha, donde lleva otro carísimo reloj. Acepto sus dedos y una electricidad me recorre toda la espalda descubierta. Me cuesta mirarlo a los ojos, a esos ojos verdes en los que me perdía de adolescente.

Daría tantas cosas por retroceder en el tiempo...

—Estás preciosa —susurra, haciendo una lenta revisión por mi cuerpo. Propiciando que me sonroje y que arda por el fuego que desprende su mirada. Entonces me aparta un mechón de pelo que ha caído sobre mi rostro y añade—: Aunque siempre lo estás.

—Excepto cuando estreno modelito, ¿no? —lo provoco, cayendo en su juego.

—Incluso así.

Me derrito, idiotamente me derrito, hasta que la vocecilla de mi cabeza me trae de vuelta a la realidad. La sangre empieza a hervirme, recordando que se ha estado acostando con otra. Siempre he tenido claro que ha actuado en presencia de mi familia, pero hoy siento que se está burlando de mí. De modo que me adelanto por si se le ocurre besarme; no podría reprimir las ganas de golpearlo. ¡Ahora mismo me repugna!

—Ven mañana a comer y así pasamos tu cumpleaños juntos, hace mucho que no lo celebramos todos —me propone Ethan—. Y ya de cena te vas con Leon.

—Ya veremos... Os aviso más tarde para concretar todo.

Ethan le cede la maleta a Leon, no sin dedicarle una mirada cómplice y una vez en el coche, nos convertimos en dos desconocidos. Se enciende un cigarrillo -desde que ha regresado fuma más- y pone música, esta vez es en inglés.

Suena *I hate u, i love u*... de Gnash feat. Olivia O'Brien

Te odio. Te amo. Odio amarte. No quiero...

«No te tomes en serio la letra». Creo que lo hace para mortificarme. Porque no, no quiere hacerme daño, pero me sigue odiando. Esta semana me lo ha demostrado con creces. He sido un cero a la izquierda y ha huido infinitas veces con ella...

¡¡Basta, India!!

Contemplo el paisaje, triste, recordando que voy a convivir con mi enemigo y cuando más vulnerable estoy. Aun así, iré a por todas. Olvidándome de mí, de lo que estoy sintiendo, pues no, sigo sin estar preparada para enfrentarme a ello, ¿para qué? Es algo imposible. Leon me desprecia, sus caricias se las regala a Scarlett y su hermano siempre será un obstáculo. He de mantenerme fuerte, una vez más.

La vida me ha enseñado a ser fría, sin importar mis sentimientos.

Cuando Leon entra en el garaje, coge mi maleta y camina delante de mí, pero su maldita sombra está ahí, esperando para saber cómo nos comportamos cuando estamos solos. Supongo que esta imagen le gustará: hay distancia, frialdad.

—Lleva la maleta a la habitación ahora mismo —me ordena Leon empujando el equipaje hacia mí, aceptando de esta forma las condiciones que hoy le ha puesto su hermano. Hago de tripas corazón y lo obedezco—. Te espero dentro.

—Eh, calma. India, deja ahí la maleta para después —interviene el cínico de Cameron con una sonrisa triunfadora—. Cuántos días sin verte, cuñadita.

—Ya, a pesar de estar en el mismo hotel a veces, no hemos tenido la suerte de coincidir —le replico con sarcasmo—. Qué elegante.

Me percató de que Leon me dedica una mirada asesina.

—Sí, es que os tengo una sorpresa. Pasad. —Pongo los ojos en blanco, esperándome cualquier cosa. Al llegar al jardín, mis hombros se vienen abajo. «Te odio tanto»—. Cerrarán con nosotros Alexis y Scarlett, los mejores amigos de Leon.

La inquietud de este es evidente, ¿acaso no se alegra de poder burlarse de mí con ella presente? Ya ha dejado las cosas claras durante esta semana... ¿Cómo morderme la lengua y aguantar el tipo? ¿Me traen a su amante! No sé cómo no he perdido la cordura a estas alturas. Algo en mí se rompe, no entiendo por qué Leon lo permite.

¿De cuántas maneras más me puede humillar?

—Hola, India —me saluda Alexis. Leo la compasión en su mirada—. ¿Qué tal?

—Muy bien, gracias. —Observo a la morena y murmuro—: Buenas noches.

—Hola.

—He modificado los asientos, espero que no os moleste. No soporto tener que ver a estos dos acaramelados toda la noche —se mofa Cameron, situando a Leon junto a Scarlett y ella frente a mí. Alexis está a mi izquierda y el monstruo a mi derecha—. Ruby, sírvenos, por favor. Hoy nos hemos decantado por pasta en salsa venus.

—Qué atento, mi plato preferido —le digo sin disfrazar mi falsedad.

—Para mi familia siempre elijo lo mejor.

—Espero que así sea y que se me trate como a una reina durante mi estancia aquí.

—Lo que eres —me elogia con esa mirada tan verde y llena de malicia.

El carraspeo de Leon propicia que Alexis tome la palabra mientras Ruby nos sirve.

—Te veo muy contenta trabajando con nosotros.

—Sí, algo que nunca me habría imaginado —murmuro, jugando con el tenedor—. La vida me está dando muchas sorpresas últimamente.

—Espero que buenas —comenta Cameron, guiñándome el ojo.

—No siempre —reconozco mirando a través de las pestañas a Leon. Prueba la pasta tras resoplar—. ¿Puedo preguntar a qué se debe esta cena?

—¿Te molestamos, India? —me reta Scarlett y da un sorbo al vino—. A Leon siempre le ha gustado nuestra compañía, especialmente la mía.

El aludido levanta la cabeza y aparta el plato de malas maneras.

—Ruby, trae otra botella de vino, por favor —pide secamente, es evidente que está muy enfadado. La chica de servicio asiente y él busca mi mirada. Supongo que percibe la rabia en ella. Entonces se dirige a su amiga—. Scarlett, no estoy para juegos.

—Déjala, no la cohíbas —replico, hago una pausa y sonrío—. Todos tenemos una mancha en nuestro historial amoroso.

¿Ha ocultado una sonrisa? ¡Es un egocéntrico! ¿Le divierte enfrentarnos?

—India, no te revoluciones, es de mala educación incomodar a nuestros invitados —me reprende Cameron y señala a Scarlett, que parece buscar la frase exacta para hundirme—. Con tu belleza tendrías que ser más segura de ti misma.

—Cuántos cumplidos, cuñadito.

—Ya te he dicho que por lo menos yo, te haré sentir como una reina. Incluso le he pedido a Ruby que haga un postre de chocolate, tu sabor preferido.

—Qué considerado, no esperaba menos de ti —miento y pruebo la pasta de una vez. Aunque el estómago no puedo tenerlo más cerrado—. Mi familia estará...

—Voy al baño —nos interrumpe Leon—. Me han dado arcadas.

—No seas posesivo, hermanito.

¡Cínico! Se le da tan bien mentir, ¡celoso con su amante presente! ¿Acaso pretende volverme loca? ¿¡A qué coño está jugando!? Con Cameron no necesita fingir así.

Cojo y suelto aire repetidas veces, tratando de tranquilizarme, pero entonces Scarlett se levanta cuando Ruby sirve la botella de vino. No puedo evitar bufar.

—Voy al coche, se me ha olvidado el móvil allí —se excusa, sonriéndome.

¿¡Cómo puedo estar quieta sabiendo que van a encontrarse!? Me da igual si Leon cree que no merezco explicaciones, que no le importe darme mi lugar, va a tener que respetarme; no soporto más esta maldita situación. ¡Me está haciendo daño!

De modo que me incorporo y sin avisar ni disimular mi decepción, me encamino para seguirla. Cameron se pone de pie y me paraliza, sujetándome por la muñeca.

—Suéltame —le exijo con los dientes apretados.

—No le gustará que los interrumpas.

—Y a mí no me gusta que me pisoteen —recalco, mirando sus dedos.

—Cameron —protesta Alexis y el moreno me libera de su agarre.

Aun así, no me muevo. Lo reto, altiva. Por un fugaz segundo fantaseo con la idea de gritarle el asco que me produce, lo podrido que está por dentro. ¡Que lo sé todo!

«Contente», me exige la India racional que, a pesar del dolor, sigue habitando en mí. De modo que, en la

medida que puedo, corro hacia adentro para pillarlos y reprocharles que son unos sinvergüenzas. Para mi sorpresa, la escena es otra. Leon está con las palmas de las manos apoyadas en la mesa principal de la sala, la cabeza gacha y pidiéndole a Scarlett que se vaya. No es amable, al revés, muy exasperado.

—¿Por qué? Hace mucho que no sé de ti y sigo esperando una explicación. —Ladeo la cabeza, ¿de qué va Scarlett? ¿Han estado juntos hasta hoy y se fueron de «viaje»?—. ¿Acaso estás enamorado de verdad? Me dijiste que no creías en el amor.

—Hasta que conocí a India o, mejor dicho, hasta que me reencontré con ella.

Parece tan convincente que sus palabras me producen un fuerte impacto.

Termino sujetándome a la pared tras tambalearme.

—¿Y te da tanto para que no necesites buscarme en ningún momento?

—Me da todo y creo que con esto he resuelto cada una de tus dudas. Ahora vete y déjame solo. —Ella intenta abrazarlo por detrás. Leon se da la vuelta con furia y se zafa con determinación. Entonces nuestras miradas se encuentran. Contengo el aliento. Él se altera, su pecho sube y baja con violencia—. ¿Qué haces ahí?

—V-Venía a reclamar lo mío. —Hago una pausa y susurro con intensidad—: Pero me ha inmovilizado tu romántica declaración hacia mí. —Y señalo a Scarlett con manos temblorosas—. El garaje no queda por aquí, ya lo has oído, déjanos solos.

—¿Sabéis qué? Iros a la mierda. No sé qué coño hago en esta cena.

—Opinamos lo mismo —conuerdo cuando pasa por delante de mí.

Oigo cómo Leon maldice en voz baja mientras yo me acerco sin saber muy bien qué esperar. Me transmite dolor, impotencia. Percibo sus emociones como nunca, su lucha interior. Ailén tiene razón, hay cosas que no se pueden fingir. ¿¡Qué calla!?

—¿Por qué me has hecho creer que has estado con Scarlett? —Acuno su rostro sin saber cómo reprimir el deseo de tocarlo. Él se agarota y trata de rehuirme, pero no se lo permito. Finalmente, se rinde—. Supongo que la declaración formaba parte de...

—De esta maldita mierda que me haces sentir y que tú nunca has entendido.

Capítulo 20

Lealtad

Busco su mirada con desesperación, sin asimilar su inesperada y vehemente confesión. Leon se muestra seco, cansado. La palabra sería: derrotado. ¿¡Qué está pasando!?! Entonces oímos de fondo la voz de Cameron, que destroza este momento.

¿¡Es que siempre va a estar en medio!?

—¿Qué diablos ha pasado con Scarlett? —nos reclama, obligando a Leon a apartarse de mí, aunque lo hace muy despacio. Mis manos caen al vacío. Estoy en trance, confusa—. ¿Recuerdas lo que hemos hablado esta misma mañana?

—Lo tengo muy presente, créeme —replica a su hermano entre dientes—. ¿Y tú recuerdas mis advertencias? ¡Sé lo que hago, maldición!

—Leon...

—¡Basta ya, Cameron! —Clava sus ojos en mí y señala la escalera con el dedo índice—. Sube a la habitación y espérame allí, se acabó la cena.

—Si no hemos probado el postre...

—¡Que subas, India! —me grita sin paciencia alguna.

Ni siquiera soy capaz de replicarle, mi mente se ha quedado en pausa con su frase: *de esta maldita mierda que me haces sentir y que tú nunca has entendido*.

No puedo sacármela de la cabeza y lo único que quiero es estar a solas con él, de modo que me marcho sin protestar, con la esperanza de que se reúna pronto conmigo y acabe con esta agonía. Según subo, me siento en la cama, angustiada, asustada por los sentimientos que ha removido en mí. De repente... la necesidad de huir me persigue. Pero Leon se hace de rogar, me da la tregua que mi mente me está suplicando a gritos.

Me incorporo y me paseo por la habitación, sin saber cómo, termino en el vestidor. Está muy desordenado, intuyo que, enfadado por algún motivo, ha ido arrasando con todo lo que había a su paso. Me acerco al montón de prendas que están reunidas en el fondo del vestidor, en la parte inferior, las huelo y sollozo, ahí descubro que hay una caja fuerte abierta. Mi primer impulso es cerrarla y marcharme, hasta que vislumbro la famosa carpeta negra. Leon le aseguró a su hermano que la había quemado para que no la buscara, ¿por qué la sigue teniendo?

Con esto podría demostrar el chantaje del menor de los Cooper, obviando los documentos de Leon... Alargo la mano, saco la carpeta, pero me encuentro con algo que no espero; la fotografía del día de la boda.

Y no puede ser la de mamá, esta la rompió Leon en mil pedazos en mi habitación. ¿Alexis sí le mandó la foto y la guarda como recuerdo? Hay más...

Ahogo un sollozo, casi doblándome en dos.

Son fotografías. Fotografías en su mayoría de cuando éramos adolescentes. En algunas están mis hermanos, en otras, nosotros dos solos... Y más de una son robadas, en las que la cámara me capta cuando no soy consciente de ello. ¿¡Qué significa esto!?

Nos contó que había quemado las instantáneas en las que estábamos los Murray.

Un portazo me sobresalta y cuando alzo la vista, ahí está él. Niega con la cabeza y me arranca de las manos la carpeta. Sus facciones reflejan decepción, cólera.

—Por esto has aceptado con tanta facilidad mudarte aquí —me acusa con absoluto desprecio—. No vales nada, India. ¡Nada!

—E-Escúchame, por favor.

—¡Te quiero lejos de mí! —Me incorporo y voy a su encuentro, aferrándolo por la corbata—. No me toques, India. ¿¿A qué estás jugando, maldición!? —Se sacude—. ¿¿Ahora tu objetivo es seducir a Cameron para conseguir hundimos!?

—N-No...

—¿¿Entonces qué coño haces, maldita seas!?

—Me he dado cuenta de que he sido muy injusta contigo...

—Eres tan cínica, ¡yo mismo escuché cómo le contabas a Ailén tus planes y me lo confirmaste en cuanto volví del viaje!

Me aparta de un suave empujón y abandona el vestidor. ¡No puede ser! De repente entiendo su actitud, la distancia que ha marcado. Su mentira acerca de Scarlett.

Me descubrió, aunque yo ahora...

No me detendré hasta que Leon Cooper esté rendido a mis pies y lo separe de Cameron. Quiero a los dos devastados, pagando lo que nos están haciendo a los Murray. Destruir esa casa en tantos pedazos como ellos hicieron con mía. Seguiré haciendo lo que sea, incluso vendiéndole mi alma al mismo diablo.

Se me forma un nudo en la garganta que apenas me permite respirar.

—Leon —susurro, está sentado en la cama, acunándose la cabeza. Me arrodillo a sus pies y sostengo su rostro entre mis débiles dedos. Cierra los ojos. Los orificios de su nariz se dilatan y la vena del cuello está a punto de explotarle—. Dime qué significan esos recuerdos guardados, tu confesión. Dímelo, por favor.

—No vas a pisotearme más, India Murray. He arriesgado todo para que salgas ilesa de esta maldita mierda, ¿y de qué me ha servido!? —Ciñe su nariz contra la mía, amenazante. No sé cómo aguanto el equilibrio—. Te metías en mi cama fingiendo un deseo que yo me creí. ¿¿Cómo te has atrevido a llegar tan lejos!?

—Es difícil de explicar... Me confundí...

—Cállate, ¡cállate! —Ahora es él quien me aprisiona la cara, aunque tan fuerte que me hace daño—. No me mientas más, ¿¿acaso quieres volverme loco o qué!?

—T-Tú aseguraste que me odiabas...

—A veces lo hago.

—Entonces... ¿qué sientes por mí? —balbuceo sin apenas voz.

—Todo lo que no te mereces —masculla, persiguiendo mi mirada—. ¿Sabes cómo me he tenido que reprimir hoy para no morder esos labios rojos mientras tú le dedicabas toda la atención a mi hermano. ¿¿Te haces una maldita idea!?

Directo a mi corazón.

—¿Y a qué esperas? —imploro, sin saber por qué.

De un tirón, me empuja hacia él y caigo contra su cuerpo. Pero de un inesperado movimiento cambia las posiciones, dejándome a su completa merced. Se apoya en mi frente, abriéndose un hueco entre mis piernas, completamente fuera de sí.

—Me haces daño —me quejo, cuando me inmoviliza las manos por encima de la cabeza—. Leon, por favor.

—Sabes fingir tan bien, eres una. . .

Acallo su posible insulto con un beso, uno posesivo, desesperado. Leon me corresponde hambriento, chupándome el labio, llevándose el rojo de estos sin delicadeza alguna. Me muerde, se roza y se fricciona con mi sexo. Recorre mis piernas con sus dedos, me araña sin importarle mis quejidos. Está excitado y yo ardiendo en este fuego en el que ya me moría por quemarme. Lo anhele desde que volvió de viaje y asumí, con desolación, que no lo odiaba, todo lo contrario. Que siento cosas que no debería. . .

Busco su mirada y siento que el corazón me explota.

Reconozco la nobleza del Leon Cooper de hace años. Su afán de protección.

—¡Leon, necesito que hablemos! —grita Cameron de fondo, contra la misma puerta o de lo contrario no podríamos oírlo por la insonorización. A Leon se le cripa el rostro sin apartar sus ojos verdes de mí. Otro reclamo lo obliga a incorporarse con urgencia, yo me pongo de pie para que su hermano no sospeche de lo sucedido y entonces Leon abre de un tirón—. Siento lo de antes, tienes que. . .

—¡¡Mantente al margen o lo mandaré todo a la mierda!!

Le cierra en las narices y me observa de arriba abajo. ¿Cómo es posible que sienta como si me estuviera desnudando sin tocarme? Temblando, empiezo a hacerlo yo. Me quito los tacones, pero no me da tiempo a más cuando advierto que de un brusco movimiento estoy sobre su cintura, empotrándome contra el escritorio. Tira todo lo que hay encima y reclama mi boca, la chupa, la muerde entre gruñidos.

—Tengo tantas ganas de ti —masculla con tormento—. Ganas de saborear ese arco de cupido que me tienta al retarme, de acariciar tu cabello largo. Ganas de perderme en el especial brillo de tus ojos tan oscuros.

—Leon. . .

—No digas nada, maldición, solo finge y ofrécete como si quisieras esto.

Entre sollozos, me aferro a su cuerpo, cediéndole paso entre mis piernas. Leon aprieta sus caderas, se roza con mi sexo, gime, gruñe. Y me besa con una ansiedad que me desborda. Apenas puedo respirar, pero me entrego. Estoy tan confusa. . .

Enseguida y con prisas, rebusca a tientas en el cajón. Alcanza el preservativo, lo rasga y vuelve a mis húmedos labios mientras se lo coloca. Ya entonces se aparta un poco, apenas nada y me baja la braguita. Un segundo después, se hunde en mi interior.

Mi gemido se pierde en la profundidad de su boca, mezclándose con su desgarrador gruñido. Hoy la calma de la última noche ha desaparecido, está ansioso, cada empujón es tan placentero como doloroso. Encima del escritorio, arqueada para él, sin que entre nuestros cuerpos quede un solo espacio.

Ma aferro a Leon como si de este agarre dependiese nuestro futuro. . .

—Desde que me fui de tu casa y regresé, he fantaseado cada puta noche con esto. Ha sido una tortura tenerte tan cerca y no tocarte —confiesa con voz ronca, empujando tan fuerte que, así como el placer aumenta, también el dolor—. No sé cómo puedo extrañarte entre tanto odio.

Gimoteo y me contraigo, propiciando que lleguemos juntos al orgasmo. No hay palabras para describir esta sensación, nunca me he sentido tan plena.

Cuando acaba y entre convulsiones y temblores, se deja caer en mi pecho. Lo abrazo, desanudándole el moño y hundiendo los dedos en su melena.

Otro suspiro emocionado que escapa de mis labios.

—Deja que me vaya de viaje con la excusa del cumpleaños —imploro con la necesidad de huir de todo esto, de él—. Mañana tu hermano tiene todo preparado para que Óscar y yo nos encontremos... Dile que voy con mi amiga, Leon, por favor.

Levanta la mirada y aprieta la mandíbula.

—Siento lo que está pasando —confieso entre la pena y el dolor—. Yo no soy esa mujer que buscaba vengarse de ti, hablaba mi miedo a... Tú me conoces...

—Lo hacía. —Chasquea la lengua—. Ya no queda nada de aquella niña, aun así, has conseguido que me vuelva loco con esta nueva India. Una fría, distante.

—Odio ser así —reconozco completamente rota. La situación me ha sobrepasado, Leon está enamorado de mí... Tengo tanto miedo—. No quiero hacerte daño, no desde que he sido consciente de que no me estabas traicionando en ningún sentido.

—Ni se te ocurra mentir con tal descaro —me advierte, echando la cabeza hacia atrás para que no siga acariciando su pelo y, enseguida, se sube el pantalón sin abrocharlo.

—Necesito irme de aquí —insisto con una congoja más fuerte en el pecho.

—No puedes largarte justo ahora o Cameron irá a por todas en tu contra y, sobre todo, de tu familia. Pero me inventaré algo, seguiré protegiéndote, aunque sé que mientes y te lo voy a permitir. —Acaricia mis labios con su pulgar—. ¿Sabes por qué?

—N-No...

—Porque mi necesidad de ti es tan grande que ya no me importa a qué precio tenerte. Te quiero así, a mi lado. Es una locura, una que me está matando.

—¿D-Desde cuándo? —Y aunque no hago la pregunta directamente, ambos sabemos de qué hablo. Reconozco que no soy capaz de asimilar sus confesiones.

—Desde que empecé a decirte que no entendías nada, porque yo lo único que deseaba era que cumplieras la mayoría de edad y poder ser sincero contigo y con tu familia, ¡a la que sentía que le estaba fallando por desearte como no debía!

—Leon...

—Lo sé, ya te he dado demasiadas armas esta noche para destruirme, pero ya no puedo más —confiesa con tormento muy cerca de mi boca, friccionando su nariz con la mía. Está fuera de sí—. ¡Mírame y mira a tu alrededor! He destrozado cosas en esta habitación, ¡juré no tocarte, sin embargo, no quisiera dejar de hacerlo nunca! ¿Acaso no eres capaz de ver que rozo la locura por tu culpa? Me siento un puto traidor por encontrar más paz en tu casa que en la mía, ¡por perdonar y confiar en tu familia!

—Destruirte... —repito y por primera vez, en mucho tiempo, desnudo mi alma a mi manera. Me rompo como nunca. Estremecida y asimilando la forma en la que él acaba de manifestar sus sentimientos—. Ahora el

que no entiende nada eres tú...

—¡Basta!

—No puedo... ¡Lo único que necesito es enredarme en tu cuerpo toda la noche! Que me abracés y me calmes, que me expliques qué sentido tiene que te sientas así si tu hermano lo es todo para ti y yo no puedo pasar por alto lo que me ha hecho.

—¡No sigas por ahí! —Empuña mi mentón, amenazante—. ¡No insinúes que te duele que no pueda ser!

—Me duele no poder corresponderte, porque no puedo romperme más de lo...

Leon me silencia al cargarme sobre sus hombros y tirarme en la cama. Quedo bocarriba, con la respiración acelerada. Entonces él empieza a arrancarme el vestido sin ninguna delicadeza. Lo rasga sin control alguno. Estoy inmóvil y una vez que ni un trozo de tela cubre mi cuerpo, se deshace de mi sujetador. Se apodera de mis pechos y madre mía, me curvo para él, aferrándome a las sábanas con los dedos.

Desciende con su boca después de jugar con mis ya excitados pezones. Baja hasta que soy incapaz de mantener el control. Y llega, posa sus carnosos labios en mi sexo, ahí donde él se impregna de mi sabor. Succiona hasta hacerme perder la cabeza. Sus manos tampoco son dóciles acariciando mi vientre, la cintura.

Me contoneo al ritmo de su lengua, sobrepasada por el brutal orgasmo que arrasa con todo. No sé si gimo, sollozo o me quejo. Pero cuando me quiero dar cuenta, Leon está completamente desnudo delante de mí, enfundándose un nuevo preservativo.

Esta vez tampoco hay sutileza o ternura. Es el salvaje del que siempre me quejo, pero que me eleva al mismo cielo en la cama. Su cuerpo cubre al mío, así como su boca acalla mis quejidos. Nos convertidos en uno solo... La pasión nos vence y consumidos por este deseo, nos buscamos en cada dura embestida. A un ritmo vertiginoso.

Danzamos al mismo compás, nuestras caderas se encuentran como si estuvieran sincronizadas, con el movimiento perfecto para que se hunda muy dentro de mí.

No hay pausa. Pero cuando se vacía, no se apoya en mi pecho. Se levanta entre maldiciones, quizá porque es consciente de que se ha dejado llevar demasiado con la mujer que él cree que le miente... Me hago un ovillo, confusa, como si estuviese subida en una montaña rusa, las emociones fluyen sin darme una tregua.

No puedo estar aquí, las ganas de llorar aumentan, estar a su lado me confunde, quiero más y no tiene sentido. Hay sensaciones que no controlo y que no puedo permitir que vayan a más. No sé amar, pero me niego a quererlo como hoy sé que lo hice. Leon no era un Cooper más, lo admiraba de una manera especial...

Desesperada por encontrar una solución, alcanzo el móvil y escribo.

Mensaje de India a Ailén:

Búscame un hotel por San Diego, tengo que irme cuanto antes.

Tú tienes mi número de cuenta, gasta lo que sea necesario, pero hazlo ya. Desde mañana martes hasta el domingo, aunque Leon me ha dicho que no es posible, he de intentarlo.

—¿Poniendo al tanto a tu amiga? Qué sorpresa. —Me sobresalto ante su voz ronca. Su gesto es amargo. Sigue desnudo, aunque se apresura a coger el pantalón del suelo—. ¿Qué opina de cómo me he arrastrado esta noche?

—No es lo que piensas. —Dejo el móvil en la cama e intento levantarme. Alza su mano en señal de

prohibición—. Se va a encargar de buscar un hotel...

—¿No me oyes o qué? —masculla cortante—. Te he dejado claro que no puedes irte ahora, ¿me vas a desobedecer de nuevo?

Niego con la cabeza. Leon da una patada al aire, ¿qué piensa!?

—¿Podemos hablar, por favor? —musito con un hilo de voz.

—No, dormiré en la habitación de invitados. —Aun así, su mirada me recorre con el deseo destellando en esos intensos ojos verdes—. Mañana ya tendrás tiempo para jugar a seducirme y yo de hacer como si te creyera. Esta noche ha sido suficiente.

—Parece que solo hablas de placer...

—Una vez más, no entiendes nada —murmura con desgana.

Estoy tan confusa, emocionada y asustada que asiento y me cubro con la sábana.

—Leon, tú también has mentido con facilidad y pensé que conmigo...

—Contigo he sido un estúpido, porque mientras te hacía mía, casi vuelvo a creerte como la noche en la que descubrí tus intenciones.

Camina hacia la salida y en un intento desesperado porque me crea, insisto:

—Me equivoqué...

—Supongo que, en el fondo, no debo culparte. —Se queda con la mano en el pomo de la puerta, de espaldas a mí y sin abrir, para sentenciar—: Tu lealtad siempre será hacia los Murray, como la mía hacia los Cooper. Y contra eso no se puede luchar.

¡No, no y no! Me dejo caer en el colchón, triste, llorosa. Todavía estoy asimilando lo sucedido, mis extraños sentimientos, sus confesiones. No sé en qué momento ha cambiado todo tanto ni cómo va a acabar esto, me ahoga lo que siento. Me destroza su sufrimiento, no es fingido y por primera vez no tengo dudas. Estoy llena de miedos, sí, aterrorizada por esto tan fuerte que se aferra a mi corazón, destrozando mis esquemas. No estaba preparada ni lo estoy, porque no se trata solo de nosotros, ¡nada tiene sentido!

Golpeo el colchón, acongojada, sintiéndome tan sola...

Tu lealtad siempre será hacia los Murray, como la mía hacia los Cooper. Y contra eso no se puede luchar, se repite en bucle en mi cabeza durante horas.

No consigo dormir.

Entonces oigo cómo la puerta de la habitación se abre, finjo que estoy dormida en la misma posición en la que me encuentro, en posición fetal. ¿Y si es Cameron?

Me alarmo, estoy desnuda, cubierta únicamente por la oscura sábana de seda. Pronto su olor me envuelve, es Leon. No tengo dudas. Se tumba detrás de mí y, contra todo pronóstico, no se aleja. Huele mi cabello, por lo que he de contener un quejido.

—Feliz cumpleaños, India —susurra muy bajito—. Estoy aquí, aunque no lo sepas, velando tus sueños para que las pesadillas desaparezcan. No sabes cómo me gustaría que las cosas fuesen de otra manera. No tienes ni idea de cuánto te he extrañado.

Se me forma un nudo en el estómago y sollozo, entonces me atrevo a mirarlo por encima del hombro. Sus tristes ojos enseguida me buscan. No porque lo haya descubierto. La melancolía se manifiesta en ellos al

comprobar que estoy aquí.

Que después de tantos años sin poder felicitarme, ahora soy suya.

—No quería despertarte —masculla, apretándose el puente de la nariz.

—Leon...

—Chis. —Pone su dedo en mis labios, acelerando mi pulso—. Voy a jugar a que te creo, porque ya no tengo fuerzas para seguir engañándome ni disfrazar lo que siento por ti, esta maldita agonía por sentirte mía me está volviendo loco.

—¿Puedo pedirte algo?

—Ya lo estás haciendo.

—Déjame salir de aquí —imploro y me giro de cara él. Me aferro con la mano izquierda a su nuca. Está sin camiseta, solo con un pantalón largo que le cuelga de su marcada cintura—. No soporto esta situación, verte así.

Esquiva la mirada, pero lo atraigo hacia mí y me detengo a un paso de besarlo.

—Tú nunca has sido mi objetivo —musito ahora contra su húmeda boca.

—Ya no puedo creerte, India, pero no te detengas, maldición. —Atrapo su labio inferior entre mis dientes. Gruñe y se ciñe a mí, rozando nuestras pieles desnudas. No puedo evitar temblar—. Necesito esta mierda que me das sin importar si eres sincera. Te he visto con Cameron y estoy consumido por los celos.

Leon acaricia mi mejilla y me besa. Me besa tan despacio que duele. Es tierno, sus manos están llenas de dulzura. Su lengua seduce a la mía delicadamente, suave.

Muy suave.

—Me he martirizado durante años por no ser el primero —confiesa con agonía.

—Pero puedes ser el último...

Capítulo 21

Serás mi perdición

Ambos nos miramos, sorprendidos por mi reflexión en voz alta, una reflexión que ha escapado de mi boca sin premeditarlo. No sé por qué lo he dicho, los dos sabemos que esta relación es imposible, que nos destrozaría. Intento echarme hacia atrás, pero Leon me roza los labios y se apoya en mi frente, persiguiendo mi mirada.

—Necesito que sigas mintiéndome así —insiste, ronco—. Necesito que te entregues cada vez que te lo pida. Necesito que lo hagas como si me quisieras de la misma forma como yo te quiero a ti. ¡Necesito que calmes este puto anhelo!

«Te quiero, te quiero, te quiero», repite mi cabeza, atormentándose.

—No puedo —confieso e intento incorporarme, pero me sujeta del brazo.

—¿¡De verdad no despierto nada en ti!? —Su reclamo es desesperado. La presión le ha podido y ha perdido el control—. En la cama te entregas como nadie lo ha hecho, he percibido tu placer, tu excitación, emoción, ¿¡absolutamente todo ha sido fingido!?

—Ponte en mi lugar. ¡Me tuve que ir a España por vuestra culpa! Yo no había hecho nada y casi nueve años más tarde llegas un buen día, después de estar recibiendo amenazas de tu hermano, para obligarme a convertirme en tu mujer. Jamás he llorado tanto como en estos meses, lo hago cada maldito día —le reprocho y se me apaga la voz—. Tú también decías odiarme, ¿¡por qué yo sí debo creerte!?

—Porque si te pienso cerca de mi hermano, me muero... y no le permitiré ni una insolencia más como la de hoy. Porque no puedo ocultar mis ganas de matar a Óscar por buscarte sabiendo que eres mi mujer. ¡Porque cada vez que te miro solo quiero fundirme en ti y que el resto del mundo deje de existir! Me rindo, India. Tú ganas.

—B-Basta.

Leon tira de mí y me sube a horcajadas sobre su cintura. Ambos gemimos.

—He llegado a un punto en el que nada me importa, sé que no puedo perder más el tiempo, porque quizá en cuatro meses nuestros caminos vuelvan a separarse y esto sea lo que me quede, el recuerdo de que una vez me sentí pleno. —Su confesión me parte en dos. ¿Cómo ha podido ocultar este inmenso amor?—. Si de verdad te has dado cuenta de que te has equivocado conmigo, agradécelo de esta manera. Siendo mía.

—Es una locura...

—¡Enamorame de una Murray ya lo es, dame el tiempo que te pido o te juro que perderé la puta cabeza! —No puede más, y yo tampoco—. Mi vida también se convirtió en un caos desde que supe que tenía que volver a verte. Ya sabes por qué guardo el vestido, son recuerdos tuyos, India, porque te necesito. ¿Tanto te cuesta complacerme?

—Está bien —sollozo, rodeándolo con mis manos y mis piernas.

—Mi India —gruñe con desesperación—. Serás mi perdición.

Su lamento se clava en mi alma.

—Serás mi perdición, sí, porque estoy dispuesto a jugármelo todo por ti, sabiendo que me quedará sin nada,

incluso sin ti. Aun así, ya no puedo dar marcha atrás. Te necesito incluso con el mundo en contra, traccionándome a mí mismo.

Estira la mano para buscar el preservativo y con la otra, me empuja hacia él por la nuca y posee mi boca como nunca, como si me hiciera el amor con la suya.

Sin apartarse y con mi ayuda, se baja el pantalón, el bóxer y se coloca el preservativo. Cuando se cuela en mi interior, siento que rozo el cielo.

No hay sensación más placentera que esta...

Abrir los ojos y verlo así, entregado, aferrado a mi espalda, abrazándome tan fuerte como si fuese a escaparme es muy bonito. Mientras me hace suya lleno de ternura.

—Todas las canciones tenían sentido —confiesa contra mi boca y me sostiene del trasero, empujando más duramente—. Todas hablaban de ti, de mí. De nosotros.

Me mezo, la mirada se me empaña.

—Prometí protegerte, pero nada deseaba más en el mundo que hacerlo, más allá de las promesas. Me moría por volver a verte y era mi única oportunidad —prosigue y acaricia mi mejilla, despertando cientos de cosquillas por todo mi ser—. Te amo, India, y amarte es el error más grande que he cometido en la vida, ¿sabes por qué?

—No lo repitas más, por favor...

—Te amo hasta el punto de pensar en traicionar a mi hermano, y si lo hago, nunca me lo perdonaré, pero ya lo estoy haciendo, mírame. —Me quedo paralizada, pero él se hunde en mí interior y marca el compás de cada embestida—. De ahí que haya guardado la carpeta. ¿Eres consciente de lo que has hecho conmigo?

—Esto no puede estar pasando.

—Dame razones, aunque sean mentira, para que mi traición merezca la pena el tiempo que estés a mi lado, por favor. A veces siento que voy a volverme loco.

Asiento, besándolo, sin controlar el llanto más. Él se bebe mis lágrimas.

—No soporto verte llorar —gruñe, tratándome con tanta delicadeza como si fuese a romperme—. Quiero hacerte feliz mientras estés aquí, India, pero no sé cómo.

—No sé si alguna vez volveré a serlo...

—Deja que me ocupe de ello, deja que te cuide hasta que me digas adiós. Deja que te haga mía hasta casi perder la consciencia.

Y es lo que hace durante el resto de la noche. Una noche mágica, confusa...

Unos golpes en la puerta me desvelan. Enseguida miro a mi izquierda, pero él no está, sí la ropa con la que imagino que ha ido a correr muy temprano. Es un chándal gris, también utiliza uno negro. Suele irse muy pronto, hoy creo que en exceso. Me cubro la cara con las manos, ¿se habrá arrepentido? Los golpes en la puerta insisten. Me levanto y voy corriendo al vestidor, me pongo una corta bata de seda. Una que aún tiene la etiqueta. Me asomo a la puerta y es Ruby, que tiene una bandeja en la mano.

—El señor Leon me ha comentado que está indispueta. —Le sonrío sin ganas, recibiendo el desayuno—. Espero que se mejore.

—Gracias.

Cierro con el pie y dejo la bandeja en el escritorio.

Me quedo ahí quieta, confundida, tan asustada y perdida como anoche. Finalmente regreso a la cama, huelo la almohada y gimo al reconocer su olor. Ese maldito olor que extraño en contra de lo que me impongo. Pero hay una nota me obliga a abandonar esta melancolía que me persigue.

Le he dicho a Cameron que estás mal después de una discusión anoche. Vete al hotel de tu familia y celebra el día con ellos, te están esperando. Te avisaré cuando llegue a mi casa y nos encontraremos allí.

Maldito Cameron, ¡siempre es él! Releo la nota, no hay nada más. ¿¡Por qué se ha ido sin avisarme!? Sé que suele traspasar tanto como madrugar, pero después de lo que vivimos... ¿Y cómo que mi familia me está esperando? Necesito hablar con él, saber qué está pasando. ¿¡Para qué!? ¡Es mejor así! Lo de anoche fue un error...

«Aléjate antes de que sea demasiado tarde», me implora mi desbocado corazón.

Una presión en el pecho me dice que algo no va bien. Como si de un presentimiento se tratara. O quizá solo es este miedo que me está paralizando por momentos... Cojo el móvil de la mesilla, regreso al escritorio y decido llamar a Leon, pero antes leo un mensaje de Ailén. Es de ayer, tras la media noche.

Mensaje de Ailén a India:

Feliz cumpleaños, amor, espero que todo fluya como debe.

La reserva ya está hecha, ¿nos veremos mañana?

Doy un sorbo al vaso de leche con cacao, negando con la cabeza al ver un rosco de chocolate. Los detalles de Leon siempre han sido sinceros. ¿¡Por qué sonrío!? Pero la sonrisa se me borra cuando él responde, lo hace secamente, marcando distancia.

—Dime.

—¿Puedes hablar? —pregunto con timidez.

—No, estoy ocupado.

—¿Cameron está contigo? —insisto, tratando de sacar conclusiones.

—Sí.

—Vale... Dime que todo ha cambiado con respecto anoche, por favor —imploro sin poder contenerme—. Que fue el vino, que no te sientes así...

—Hablamos luego, India. No me molestes durante el resto del día. —Harta de esta situación, le doy un manotazo a la bandeja y la tiro al suelo. Todo estalla por los aires, salpicando incluso el espejo, en el que se refleja una India que no reconozco. Hoy Leon vuelve a ser otro y no puedo culparlo. Su hermano no se detendrá hasta conseguir su propósito—. Y no, nada ha cambiado con respecto a la pelea de anoche.

Los latidos de mi corazón casi se paralizan.

—¿Sientes cada palabra que confesaste? —me atrevo a preguntar con un nudo en la garganta—. Sabes que yo no puedo...

—No lo dudes —me interrumpe con dureza—. He de colgar.

—Esto ha llegado demasiado lejos...

Sin embargo, no me oye, ya solo queda el frío sonido de que ha cortado la llamada.

¡Maldita sea! De una carrera, estoy en la cama y me tumbo totalmente abatida. Pataleo, golpeo el colchón, muerdo la almohada.

En mi pecho no caben más emociones.

No sé ni cuánto tiempo transcurre hasta que me calmo. Pongo los pies en el suelo de nuevo, recojo lo que he tirado, lo limpio en la medida que puedo y me preparo para irme con mi familia. No sé de qué va esto, pero es que tampoco me importa.

Necesito huir pronto de aquí.

La ducha no es rápida, sigo en un bucle y me cuesta volver a la realidad. Me encuentro haciendo un esfuerzo por no recordar las confesiones de Leon. . .

Me estremezco, los ojos se me cristalizan y el pulso se me acelera.

¡Basta!

Hoy me descanto por un conjunto de mi color preferido, turquesa. Es una falda ceñida de tela fina, junto con un top anudado al cuello. Plataformas de esparto, cabello suelto y maquillaje muy sutil. Salgo de casa de los Cooper a hurtadillas para que Ruby no me vea, me marchó en un taxi, pues me cuesta incluso conducir. Finalmente, entro en el hotel de mi familia con una amplia y fingida sonrisa.

Me presento directamente en la recepción, ahí se encuentra mi amiga revisando algo en el ordenador. Al percatarse de mi presencia, une sus manos como rezando y luego corre hacia mí. Me abraza, me besa las mejillas.

Está completamente fuera de sí.

—Dime que anoche hablasteis —susurra, riendo—. Ese hombre te quiere, India, estás ciega, por eso me he mantenido al margen y quizás puedas pensar que no te he protegido como debía, pero necesitabas este proceso. De ahí mis consejos.

Que me mostrara agradecida por protegerme, decía, así habría un acercamiento.

Muy astuta. . .

—Mis planes y los tuyos eran diferentes —confiesa la traidora.

—No sigas por ahí, hay cosas que no pueden ser.

—Y cosas que no se pueden evitar. ¿Habéis hablado o no?

—Me ha confesado cómo se siente —respondo obviando su reflexión sobre Leon y yo. He de poner en orden mis ideas—. No sé ni por dónde empezar.

—Ay, me muero. Ve a la sala de reuniones, allí están todos. En cinco minutos me reúno con vosotros, deja que llame a una compañera. —Asiento, besando sus inquietas manos—. Feliz cumpleaños, amiga.

—Gracias...

Me guiña el ojo sin poder contener la emoción y yo corro para buscar a mi familia. Los necesito más que nunca. Tres de los hombres de mi vida están sentados, parecen revisar unos documentos. Cómo quisiera contarles qué me trajo hasta aquí.

—¡Hola! —Mi saludo atrae sus miradas. Parecen sorprendidos de mi falsa efusividad, pero no puedo mostrar

cómo me siento. Estoy hundida en la miseria más absoluta—. Alguien me ha dicho que me esperabais.

Papá se levanta y me pide con una señal que entre. Oh, todo está lleno de globos en forma de corazón, con mensajes en su interior, entre ellos: te queremos, felicidades.

Al fondo, un aperitivo con tarta incluida y algunos regalos.

—Tu marido ha resultado ser más romántico de lo que recordaba —se burla Logan con un bufido. No me lo puedo creer—. Supongo que mandar todo esto a su casa es demostrar debilidad ante Cameron y quedaría como un calzonazos.

«No exactamente», me gustaría decirle, aunque me sorprende que no vaya mal encaminado acerca de por quién no me ha dado esta sorpresa en su casa.

Me ha dejado sin palabras.

—Según parece, todo bien en casa de los Cooper —apostilla Ethan y se acerca a darme un beso en la frente—. Felicidades, mocosa.

—Gracias.

Papá se suma con una sonrisa tan amplia que me la contagia entre tanto drama. Finalmente, Logan se incorpora con gesto chulesco y me da dos besos.

—Tendré que asimilar que te quiere de verdad —termina diciendo.

—Ya te lo ha demostrado durante las cenas de la semana pasada —le reprocha mi padre—. Ahí viene Ailén, sopla las velas y luego nos vamos a la playa, tu marido ha pedido que te regalemos el día que él no ha podido por trabajo.

Tontamente, se me escapa un suspiro. A pesar de todo, no podría describir lo llena de amor que me siento hoy. Estar con mi familia, en la que incluyo a Ailén, todo el día juntos: de comida, rodeados de playa, sol, risas, ¿cómo explicarlo?

Hacía tiempo que no experimentaba esta sensación. Mamá al otro lado del teléfono junto con Fran comparten algunos momentos cuando nos trasladamos a Beverly Hills y visitamos la famosa tienda de Rodeo Drive o comemos en la recomendada franquicia de restaurantes In-N-Out. *Quisiera que el tiempo se detuviera precisamente ahora...* A pesar de que lo sucedido anoche es uno de mis pensamientos cuando pido este deseo. Sobre todo, al abrir los regalos. ¿Cómo me sigue conociendo tanto?

«Te espiaban», me recuerdo.

De igual manera, no falta detalle. Me siento como si estuviera presenciando una película en la que la protagonista no soy yo. Como una espectadora, fuera de mi cuerpo.

La hora de la despedida me cuesta, pues sé que voy a reencontrarme con Leon y temo que no se dé por vencido. Mi debilidad cada vez es mayor.

Es inútil negar que despierta miles de sentimientos en mí que no sé cómo gestionar. Que me sobrepasan y me convierten en una persona que no soy ni quiero ser: frágil.

—El señor me ha pedido que usted lo espere abajo —me informa Ruby cuando llego a casa de los Cooper por petición de Leon—. Mire, ahí llega su cuñado.

—No me hables con tanta formalidad, por favor —le pido y resoplo.

Me doy la vuelta, los ojos del moreno me revisan de pies a cabeza. Suelto las bolsas con los regalos, hay joyas,

ropa, perfumes... En su mayoría son de Leon.

—No pareces muy descompuesta —apunta sin disfrazar el sarcasmo—. Pensé que no saldrías de la habitación. Leon se enfadará cuando lo descubra.

—Mi familia me esperaba y no podía dejarlos plantados.

—Conmigo no tienes que excusarte, preciosura —dice con una sonrisa, señalando hacia las escaleras—. Aquí está tu mujer, ¿no decías que no saldría?

Leon se queda en el último escalón, va de ese azul oscuro que tanto me gusta, guapo y seductor hasta rabiar. Está serio, pellizcándose el puente de la nariz, pero su gesto no pasa desapercibido para mí. Me come con la mirada. Hoy voy especialmente sensual, labios rojos, falda y *top*, tacones altos, y no puede disimular cuánto me desea, aunque se obligue a mostrar lo contrario. Ardo y todavía no me ha tocado.

—Sube —me pide con voz más ronca de lo habitual.

—No seas duro, hermanito —se burla Cameron.

—India, sube —insiste Leon.

—¿No cenarán hoy tampoco? —pregunta Ruby de fondo.

—No te preocupes, yo he picado algo antes de llegar y ella habrá cenado con su familia —masculla Leon y abre paso en la escalera para que me adelante—. Que nadie nos moleste.

La risa de Cameron me hiele la sangre. Aun así, nada empaña este momento. Cuando me acerco, Leon me quita las bolsas que cargo y me rehúye la mirada. Una vez arriba, me aparta para abrir, pues incluso ha echado la llave.

Sin que me lo espere, me empuja hacia adentro y vuelve a cerrar con seguro.

Me quedo paralizada y trago con dificultad. Sobre la cama hay pétalos de rosas rojas, pétalos que hacen un camino hacia el jacuzzi y que terminan dentro de él. Por este motivo ha llegado antes y ha subido corriendo, para que nadie lo viese... ocultándose, aun siendo mi marido. No, nada tiene sentido. También hay champán, pizzas y un pequeño pastel de chocolate con las velas puestas. Veintisiete años... Recuerdo que planeamos cómo celebrar mis dieciocho por todo lo alto y ese día nunca llegó.

Hoy estoy aquí y solo quiero llorar.

—Gracias por los regalos —musito cuando oigo que suelta las bolsas en el suelo.

Antes de que pueda girarme, él me susurra en el oído:

—Feliz cumpleaños de nuevo.

—Gracias. —¿Me he sonrojado?—. Leon...

—He pensado mucho sobre nosotros —me interrumpe con voz trémula. Está abatido, parece otro. Se ha rendido de verdad—. Ha sido un día largo, extraño.

Lo miro por encima del hombro, encontrando nuestra imagen en el enorme espejo que tenemos justo al lado. A diferencia de la primera vez, hoy no me escandaliza vernos juntos, al contrario, emocionada y sin poder controlar mis impulsos, busco su mano y entrelazo nuestros dedos. Las alianzas se rozan.

Ambos liberamos un suspiro.

—No soporto vivir así. —La respiración se me entrecorta ante su súplica; es así como suena, como un lamento—. Escondiéndome, comportándome déspota contigo. Cuando lo único que deseo mostrarte es al

verdadero Leon, a este, para enamorarte.

—Yo...

—Tú hoy estás tan espectacular y tienes un brillo tan especial en los ojos que es imposible que estés actuando.

—Acaricia mis labios, ambos mirándonos a través del espejo—. Dime que no me estoy equivocando, que no forma parte de mi petición. Dime que suscito algo en ti, decías quererme cuando éramos niños y tu mirada hoy es como antes. No la olvido, me ha perseguido cada maldito día que has estado lejos.

Casi me doblo es dos. Creí que no podría romperme en más pedazos, pero me equivoqué. El saber lo que siento, con la ansiedad con la que lo exterioriza y el temor a lo que yo pueda sentir... me deja hundida. Pero sería un error dejarme llevar.

—Te estás engañando —insisto con voz entrecortada—. Yo no sé amar.

—Sabes —masculla, agarrotado—. Ibas a casarte hace apenas...

—Sin amarlo, por cariño, costumbre. Me refugié en quien me dio paz. Una paz que yo necesitaba. Estaba rota, Leon.

—Entonces déjame que te enseñe lo que significas para mí, lo que es el amor.

—¿Para qué? —le recrimino, cerrando los ojos—. Tu familia ya me ha hecho demasiado daño. ¡Desde que todo pasó, no he vuelto a ser la misma!

—Chis. Lo siento, te prometo que te sentirás la mujer más amada del mundo y no querrás irte nunca —asegura y abro los ojos de golpe. Sus dedos descienden por mi mandíbula—. Te juro por mi vida que encontraré la manera en la que esto funcione.

—Leon...

—Ya no puedo estar sin ti, ¿jes que sigues sin entenderlo!? ¡Que mi mayor deseo es formar una familia contigo, una como la que nos destrozaron! —Me siento a punto de desplomarme—. India, mi maldito sueño es tenerlo todo contigo. Lo haría ahora mismo. Porque ya hemos perdido demasiado tiempo y no lo recuperaremos.

No me salen las palabras, el corazón se me dispara y la respiración se me acelera. Abrumada, me limito a desnudarme lentamente, gimiendo cuando él se propone ayudarme. La piel se me eriza al contemplarnos a través del espejo. Empiezo a tiritar y no soy la única. Percibo el temblor en sus dedos. Esos que recorren las marcas de los rayos de sol que se han quedado impregnados hoy en mi cuerpo.

Una vez desnudos, él me pide, aferrándose a mi mano:

—Acompáñame.

Me invita al jacuzzi, entro sujeta a él y entonces nos encontramos de frente. Supongo que ninguno estaba preparado para esto, ahora no sabemos cómo actuar. La situación nos sobrepasa. Pero Leon abandona el control, me rodea por la cintura y no duda en volver a hacerme el amor. Esta vez en silencio, lo único que se oye es el sonido de las burbujas a nuestro alrededor, los gemidos y gruñidos que escapan de nuestras ardientes bocas. Por primera vez lo siento piel con piel y la sensación es...

¿Cómo describirla?

Leon no cesa en las medidas. Sobre mí, con el agua hasta el cuello. Nuestros cuerpos enlazados como uno solo... y las miradas manifestando lo que ahora no somos capaces con palabras. Entonces alcanzamos el orgasmo, el más brutal y especial que jamás hayamos experimentado juntos. Explotamos a la vez, aunque Leon

sale corriendo para vaciarse fuera del agua. Mientras yo cierro los ojos.

No asimilo lo que está sucediendo desde anoche.

Entre temblores, lo recibo de vuelta. Se apoya en mi frente y, por primera vez, me sonríe. Esa sonrisa ladeada que siempre me dedicaba. El corazón me da un vuelco.

—Ven, pide un deseo. —Abrazada a su cuello, me lleva hasta el pastel y enciende las velas—. No olvides que no quiero volver a perderte.

«Que nunca se acabe esto», pido y enseguida soy consciente de mi error.

Capítulo 22

El último hombre de tu vida

Trago con dificultad, sintiendo su aliento en mi oído. Sus manos están ardiendo sobre mi piel y mi corazón empieza a gritar con desesperación, suplicándome que recuerde cuál es su apellido. Mis sentimientos luchan contra mis propios instintos.

¿¡Qué acabo de desear!?

Instintivamente le doy un manotazo al pastel y lo tiro al suelo. Mi ataque continúa apartándome de Leon, que me contempla fijamente. No dice nada, pero, contra todo pronóstico, sus ojos verdes parecen tranquilos, la calma habita en él. ¿¡Por qué!?

—No quiero seguir fingiendo para complacerte —murmuro, mientras salgo a toda prisa del jacuzzi—. ¡Quiero que me dejes en paz, que no me pidas nada más!

—Se acabó, India, ya no es una petición, sino una orden. —Me detengo en el centro de la habitación a punto de caerme por los pies empapados, y lo miro por encima del hombro—. O te comprometes con el pacto que hicimos o se acaba ahora mismo.

—¿Te vas a comportar como Cameron?

—Ya te he dicho lo que necesito de ti.

—¡No quiero dártelo!

—Hablaré con tu familia esta misma noche.

—Me estás obligando a que haga lo que te plazca —repito, decepcionándome más a medida que soy consciente de lo que es capaz por tenerme—. No vales nada.

—Sécate y acuéstate, por favor.

—Leon...

—Si he de repetir algo dos veces, no daré marcha atrás.

—¿¡A qué viene este comportamiento!?! —exijo fuera de mí.

—No daré ni una explicación más, tú decides cómo acaba esto.

Agacho la cabeza, y hago justo lo que me pide. La rabia no me permite derramar una sola lágrima, la magia que ha se ha esfumado. No entiendo nada y me ha pillado con la guardia tan baja que no sé cómo actuar. Miles de preguntas se agolpan en mi cabeza.

¿Cuál es el verdadero Leon Cooper?

Cuando él se tumba a mi lado en la cama, le doy la espalda y me encojo. Pero se acerca, me besa el hombro, lo acaricia y recorre el resto de mi piel hasta llegar al cuello. Mi traicionero cuerpo reacciona, me eriza el vello, el corazón me bombea a un ritmo desmedido. Entonces aposta la mano en mi cintura y me coloca bocarriba.

Cierro los ojos, no quiero verlo. Leon se muestra calmado, tierno, a pesar de lo que acaba de suceder. No se imagina cuánto necesito huir de aquí, de él.

¿Qué está sucediendo conmigo?

Ahogo un quejido, Leon continúa descendiendo hasta que su boca aterriza en mi obliquo, pero no se detiene en ese punto por mucho tiempo. Finalmente, llega al centro de mi placer. Sus dedos son tan cautos que me estremezco más si es posible. Cuando me acaricia, estoy a punto de arquearme, sin embargo, sería rendirme y no me olvido de su frase. *O te comprometes con el pacto que hicimos o se acaba ahora mismo.*

¿¡Por qué está haciendo esto!?

Poco después la razón se me nubla y las respuestas dejan de importar, sus dedos hacen magia en mi sexo, a los que se suma su boca. Reconozco que ahora quiero besarlo, también golpearlo. Me está volviendo loca en todos los sentidos...

Y cuando estoy a punto de llegar al orgasmo, paraliza cualquier movimiento.

Instintivamente abro los ojos, Leon se está poniendo el preservativo y me cubre con su cuerpo. Apoya nuestras frentes y, haciéndose un hueco entre mis piernas, entra en mí.

Contengo el gemido, hago todo el esfuerzo que está en mis manos para no mostrar lo que me hace sentir, ¡no lo merece! No debo... Se mece tan lento que la habitación da vueltas alrededor. El miedo más profundo se apodera de cada rincón de mi ser mientras el orgasmo nos atrapa. No me muevo, simplemente no puedo. Aunque libero un gemido cargado de desesperación, placer, agonía. Una mezcla explosiva que me está matando.

—Buenas noches, India —susurra casi sin respiración y me besa fugazmente los labios, para a continuación acariciar mi mejilla—. Lo siento.

¡Maldito sea!

Recobro la posición anterior, odiándome por no aborrecerlo como quisiera.

La presión en mi vientre me desvela. ¿Es su mano? «No puede ser».

Hoy Leon no ha madrugado, está aquí, abrazándome desde atrás. Cada dureza de su cuerpo contra el mío. ¿¡Qué está tramando!? Tengo la sensación de que no estoy viviendo esto, soy un maldito mar de dudas, no sé qué esperarme. ¿¡Qué sucede!?

Lo único que tengo claro es que sigo necesitando huir, cada vez con más fuerza.

Me muevo apenas un poco, pero Leon enseguida se inclina para comprobar si estoy despierta. Entrelaza nuestras manos y luego se lleva la mía hasta su boca. Abandona un sensual beso y se incorpora. Me prohíbo mirarlo así, desnudo... por lo que desvió la mirada y me llevo una sorpresa. Ya no hay rastro del estropicio que hice anoche.

¿Ha sido Leon quien ha dejado la habitación impoluta?

Oigo cómo la puerta se abre y llama a Ruby.

—¿Sí, señor? —pregunta ella.

—Sube el desayuno a la habitación, que no falten dulces de chocolate. ¿Dónde está mi hermano? —De fondo se oye un portazo. Ahí está, como siempre tan oportuno—. Cameron, contigo quería hablar. India y yo trabajaremos todo el día juntos y esta noche tengo una reunión a la que me acompañará.

—¿A qué se debe esto?

—Quiero tenerla vigilada, ya te contaré.

—Óscar estará hoy en el hotel y tendremos la foto.

—Ese plan se pospondrá para otro momento, ahora me preocupa otra cosa.

—¿Está haciendo algo para perjudicarnos? —cuestiona Cameron, nervioso.

—Ya te contaré con calma —insiste Leon.

¿De qué va!? Enseguida se cierra la puerta, y él viene a buscarme, me pide la mano para que me incorpore, pero lo rechazo y doy un salto para salir de la cama por el lado donde él duerme. Sin embargo, antes de que dé un paso más, se encuentra delante de mí.

—Recuerda el pacto —masculla muy serio.

—Te creí diferente.

—Lo soy, pero te niegas a aceptarlo. Prepárate, nos vamos.

Ni siquiera le respondo, presionada por la situación, por él y por mí misma, le obedezco, ya no tengo ganas ni fuerzas para continuar con esta lucha. Pero cuando entro en el baño y las primeras gotas de agua están bañando mi cuerpo, él irrumpe y se cuela en la ducha. Intento empujarlo, de nada sirve, es Leon quien me acorrala a mí. Y como si a nuestro alrededor no estuviese sucediendo nada, empieza a enjabonarme.

Lo reto con la mirada.

—Chis —me silencia, poniendo el pulgar en mis labios.

Me rindo... Me rindo en la ducha, también durante el desayuno en el que él está pendiente para que coma, incluso tiene la intención de ofrecirme alguna pieza de fruta directamente en la boca. Algo que rechazo, por supuesto. ¿Cuál es su objetivo!?

A la llegada de su hotel, su comportamiento no varía. Me da la mano, entramos como una pareja envidiable y me da el lugar que me corresponde como «su mujer».

Toma en cuenta mis propuestas, me cede la palabra en la reunión que tenemos por la tarde, no en la que supuestamente había prevista para la noche. En ese horario, me lleva a un precioso restaurante a pie de playa, en el que, sorprendentemente, cenaremos solos.

—Quiero que brindemos por ti, por mí y por lo que pudimos haber sido —masculla Leon levantando la copa. Estamos frente a frente, serios, quizá cansados—. Por esos niños a los que les arrebataron un futuro juntos.

Guardo silencio, sus palabras se clavan en mi pecho. Despierta sentimientos que me hacen débil, que avivan la nostalgia que trato de evitar, que me vulneran como nunca.

Me siento desnuda y no físicamente delante de Leon Cooper.

El chico por el que yo suspiraba y que... ¡no puede ser!

—Quiero irme —le pido y me levanto apresuradamente.

—India, escúchame. —Se pone a mi altura e intenta abrazarme. Pero lucho, le golpeo el pecho—. Lo que ha sucedido desde anoche hasta ahora es una mínima parte de lo que estoy dispuesto a ofrecerte para hacerte feliz y que te sientas amada.

—¡Cállate ya! N-No me toques... ¡Basta!

Al ver el revuelo que estoy armando, me libera y pide la cuenta. Corro hacia su coche y me siento en la parte trasera, no soporto esta situación, las voces que pelean en mi mente. Durante el trayecto no hablamos, aunque sus ojos me persiguen, parece buscar algo en ellos. Algo que no puedo ofrecerle. Es mi enemigo y su apellido siempre lo será.

En cuanto estaciona, huyo hacia arriba. Me desnudo en el baño, me doy una ducha rápida y fría para calmar esta ansiedad. Siento que me estoy asfixiando. Al acabar, me envuelvo con el albornoz para ir al vestidor. Es imposible. Ahí está él. No me dará tregua.

—¿Hasta cuándo vamos a estar así? —me pregunta sin apenas voz.

—Me estás haciendo daño con tu actitud —confieso sin disimular mi estado—. ¡No quiero acatar tus órdenes, comportarme como una mujer florero! No puedo más.

—Bien. Entonces vete. —Sin alterarse, señala hacia la puerta—. Regresa ahora mismo con tu familia y diles que hemos tenido una discusión.

—¿Me estás echando? —replico sin dar crédito, ¿¡a qué juega!?

Con una pasividad que me sorprende, acorta la distancia que hay hasta mí. Echo la cabeza atrás, mostrándole mi rechazo. Pero a él no le importa y me empuja contra la cama. Me cubre con su cuerpo, arrancándonos un gemido a ambos. Me acuna la cara, reprimiéndose. Fricciona su chata nariz contra la mía y busca mis ojos.

Vuelve a sonreír, acelerando mis sentidos y añade:

—Podría convencerte para que te quedaras, pero ya no lo haré, ambos necesitamos que te vayas. Estamos perdiendo el tiempo de nuevo y pronto lo aceptarás.

Me besa los labios, luego la frente y no sin esfuerzo, se aleja.

—Vete, India. Te estoy liberando de la carga que supongo para ti.

Creo que jamás en la vida he temblado como ahora. Por su intensa mirada, por lo que ha suscitado en mí con esta intimidad. Por la conexión que estoy sintiendo.

El vínculo que se ha terminado de crear esta noche...

No sé qué responder, lo único que tengo claro es que he de escaparme de aquí. Estar a su lado me confunde, flaqueo y hay mucho en juego, ¡mi familia lo está! No me puedo permitir ir más allá con Leon Cooper, porque sí, admito que quiero esto y no puedo tenerlo. Lo que estoy sintiendo por él es tan fuerte que me duele...

Superada por la situación, me incorporo inmersa en un mar de dudas y entro en el vestidor. Alcanzo ropa interior, un vestido de tela gris y unas sandalias. Incluso con el cabello mojado, vuelvo a salir. Todo sin pararme a pensar. Él está en la puerta, con una toalla envolviendo su cintura y la maleta que traje la otra noche a su lado.

Encima de esta se encuentra mi bolso. ¿¡A qué se debe su comportamiento!?

Sin mediar palabra, me ofrece mis cosas. Lo miro por última vez mientras aguanto la respiración. ¿¡Qué coño me está pasando!/? Niego con la cabeza y corro escaleras abajo, sin importarme el ruido que estoy haciendo. Antes de salir oigo a Cameron:

—¿A dónde va?

—Con su familia, déjala y que se atenga a las consecuencias.

—¿Y Óscar?

—Ya se verán, confía en mí.

¿¡Qué está haciendo!/? ¿¡De qué va todo esto!/?

Hay un taxi en la misma puerta y un hombre canoso que aguarda hasta que me ve.

—El señor Cooper me ha pedido que venga a recogerla —me avisa, amable.

—Gracias —es lo único que se me ocurre decirle.

Se ocupa de mi maleta, me quedo con el bolso en las rodillas y entro en el taxi temblando, aunque no de frío. Me abrazo con mis propias manos en el asiento de atrás. Mis pensamientos van a mil por hora. El miedo no se apiada de mí, me consume lentamente. La actitud de Leon no ayuda, cambiante, distinto. Lo último que deseaba era que me pidiese que me quedara, pero era lo esperado.

No olvides que no quiero volver a perderte.

Quiero que brindemos por ti, por mí y por lo que pudimos haber sido. Por esos niños a los que les arrebataron un futuro juntos.

Después de confesar como se siente, ¿por qué no me ha pedido más explicaciones? Primero me obliga a complacerlo y luego me echa como si nada.

—*Lo que ha sucedido desde anoche hasta ahora es una mínima parte de lo que estoy dispuesto a ofrecerte para hacerte feliz y que te sientas amada.*

¡Me voy a volver local!

Cuando llegamos a mi casa, Ethan está en la puerta. ¿Leon lo ha llamado? Enseguida abre el maletero y saca la maleta. Luego se despide del taxista.

Al enfrentarse a mí, hundo los hombros. No puedo más.

—Me ha pedido que confíe en él después de que aparezcas a estas horas y casi llorando. Dime, India, ¿debo hacerlo? —me exige con ojos desencajados.

—Sí... Es mi culpa, me he agobiado.

—¿Qué ha pasado? Ha cancelado incluso la reunión que teníamos pendiente hoy. —Me encojo de hombros. —Te dije que te estabas precipitando.

—¡Así no me ayudas! —le grito y entro corriendo en la casa.

No hay nadie, supongo que todos duermen. Por lo que, en vez de ir a mi habitación, abro la de Ailén. Mi amiga se sobresalta al oírme y enciende la luz de inmediato.

Su rostro cansado y soñoliento se tiñe de temura.

Estira la mano, una mano que cubre su gigante pijama de fina tela de seda. Me quito los zapatos y me cobijo en el hueco que me hace en su cama. Me abraza, me acurruca en su pecho y me consuela mientras lloro sin querer reconocer lo que me está pasando. No, no estaba confusa, sino ciega y llena de temores. No sé amar, no conozco lo que significa la palabra amor si se trata de una relación amorosa, sí, me rompí en tantos pedazos que nunca he vuelto a ser la misma, me cerré por completo, pero cuando quiero a alguien lo hago de verdad. A veces, para toda la vida.

Y a él lo quise de manera diferente...

Pero esa forma de querer era válida hace años, ahora no es suficiente.

En algún momento tendrá que elegir entre Cameron y yo...

«Mi lealtad siempre llevará el apellido Cooper», ha repetido hasta la saciedad.

El jueves amanezco peor. Anoche me fui de su casa y no sé nada de él, pero tampoco quiero que me llame ni que me busque. Mi padre y Logan no dejan de hacerme preguntas cuando les dejo entrar en mi habitación, ahí donde me refugio como si pudiera escapar de mis sentimientos. Mamá también se ha enterado de la «crisis

matrimonial» que estoy pasando y sus mensajes son constantes.

No quiero hablar, insisto una y otra vez.

Pero Ailén siempre sabe lo que necesito, incluso antes que yo misma. Me recuerda que dispongo de una reserva en San Diego, a dos horas de mi casa. Es una villa a pie de playa donde podré desconectar. No lo dudo y me marcho cuando todos trabajan, sin dar explicaciones de mi paradero. Solo les dejo una nota.

Estaré unos días fuera, quiero reflexionar. Volveré el domingo.

El lugar que ha escogido mi amiga no puede ser más paradisíaco. Más bonito. Las instalaciones son preciosas. Tiene una pequeña sala que se comunica con la cocina a través de una barra americana, baño con jacuzzi, dormitorio con terraza y sus vistas son el mar. Es ahí donde me quedo, en una hamaca tumbada con la mirada perdida. Replanteándome mi vida, lo que era hasta no hace mucho. Soy consciente de lo injusta que he sido con Óscar y ahora mismo está en manos de un descerebrado como si fuese un títere. No cerré la etapa con él y creo que ha llegado la hora.

Entro en la villa, saco el teléfono del bolso y me siento en la cama. Parece esperar la llamada, apenas tarda un par de segundos en contestar.

—Lo siento —musito, avergonzada—. Siento el daño que te he causado.

—Quiero verte, ¿hasta cuándo vas a estar escondiéndote?

—Vuelve a Barcelona, por favor. Sé que mi comportamiento no ha sido ejemplar, pero no estoy ocultándote nada que te concierna. Entiende que mi vida ahora es otra.

—¿Sabes que el amor ti se ha convertido en veneno? —Está lleno de pena, lo conozco, no hay rencor. Es desolación, decepción—. Algo que nunca pensé.

—Me lo merezco y tú no te mereces seguir perdiendo el tiempo en mí, apuesto a que tienes a tu familia en contra de que estés tan lejos. —Sé que no me equivoco—. Has dejado todo allí por mí después de lo que te he hecho. Tu empresa te espera, la gente que te quiere. Una nueva vida, Óscar, no permitas que nadie te siga manejando.

—Sabes que estás casada con un hombre que no te hará feliz, ¿verdad?

—Yo...

—No creo que ese salvaje sepa cuidarte como yo, adiós, India.

Ahí termina nuestra conversación y, con tristeza, espero que se cierre para siempre lo que alguna vez tuvimos. Me cuelga y esta vez tengo la esperanza de que no vuelve a escuchar a Cameron. Pero en vez de echarme a llorar, sonrío al recordar cómo ha llamado a Leon. ¡¡Basta, así no vas a olvidar lo sucedido!!

Me arrodillo para cambiarme de ropa, lo hago con la sensación de haber hecho bien en hablar con Óscar. Hay liberación en mí para poder avanzar definitivamente y dejar atrás una etapa que me hizo lo feliz que se podía en mis circunstancias.

Mi paz perdura hasta que abro la maleta para escoger un camisón de seda y ponerme cómoda. Entonces encuentro algo que yo no he echado y que no espero. Es la fotografía del día de la boda. ¡No, ahora no! Intento obviarla, cojo la caja de pastillas anticonceptivas y me tomo una sin agua. Cabreada, lanzo la caja a la cama.

¡No puedo más! Sí, me rindo.

Con manos temblorosas, cojo la fotografía y revivo los momentos que ahora me parecen tan lejanos. El reencuentro, eso beso robado. Su desesperación, mis miedos. La noche en la que fui suya... Me sacudo, estremecida. Dos imágenes se funcionan, una es de ahora y, la siguiente, de hace años. La de sus ojos verdes observándome como cuando éramos adolescentes. Dos amigos que se picaba y, a veces, se evitaban, hoy sé el porqué. No puedo seguir engañándome, lo quiero, joder, lo quiero como no sabía que se podía. Y sí, estoy enamorada, no sé cómo, esto tiene que ser amor, no se parece en nada a lo que sentí anteriormente, únicamente a cuando lo miraba a él hace más de nueve años.

Este sentimiento no hace ahora, ha resurgido o quizá solo estaba oculto bajo la coraza que me autoimpuse. El miedo no se ha ido, al revés, pero ¿a quién pretendo seguir mintiendo? Estoy enamorada de un Cooper pese a resistirme. Me ha vuelto a conquistar incluso por encima de ese apellido que tanto daño nos causó.

Y nos causa.

Beso la foto, a él, y entre lágrimas, le mando un audio a Ailén:

—Puedes venir, por favor, tenías razón, yo no me entrego a cualquiera.

Su respuesta no se hace de rogar.

—Siempre sé lo que necesitas, no lo olvides, y esta vez no es a mí.

—Ailén, no estoy para juegos, no me dejes sola, por favor.

Me quito el vestido, me pongo el camión y me quedo sentada en el suelo, esperando a que llegue su contestación. No hay nada, solo un silencio que me hunde más si cabe. Finalmente, me armo de valor y miro la foto nuevamente en esta soledad que me mata.

La vuelvo a besar repetidas veces. ¿Cómo vamos a hacerlo?

—No lo estarás —me contesta Ailén de una vez.

Odio cuando habla en clave, el primer impulso es lanzar el teléfono. Pero con la fotografía delante, recuerdo las palabras de Leon. Todas las canciones tenían sentido para él. De modo que hago memoria y, abrumada como me encuentro, las busco en la aplicación del móvil. Letras y más letras se mezclan en mi cabeza.

Esas ganas de volver a verte, la alegría de poder besarte...

Espero tener la oportunidad, para poder demostrar, que nadie más te cuida...

Si hubiera sabido que esa sería la última vez...

Y entre sobras y sobras me faltas...

Te odio. Te amo. Odio amarte. No quiero...

Entonces llaman a la puerta y sabiendo que me ha mentado y, que, en realidad, venía de camino, dejo la foto en la cama junto a las pastillas. Apago la música, corro hacia la entrada y abro con urgencia. Las piernas me flaquean, el pulso se me dispara. Es Leon, tiene una herida en el pómulos y otra en la ceja. El cansancio se manifiesta en su rostro. Me cuesta tragar, ¿qué hace aquí? ¿¡Qué le ha pasado!?

Pero cualquier pregunta queda en el olvido cuando abre los brazos de par en par y musita con voz quebrada:

—Dime que tú también quieres que sea el último hombre en tu vida.

Capítulo 23

El hilo rojo

No me lo pienso, salto a sus brazos y lo rodeo con manos y piernas. Lo abrazo tan fuerte como el miedo que se apodera de mí. Leon no es menos intenso. Me aplasta, hunde su boca en mi cabello suelto y respira mi olor. La sensación de protección está de regreso. Esa sensación de estar en casa... Lloro, esta vez sin ocultar nada. Sin tratar de demostrar una fortaleza que ya no existe en mí, no desde que él regresó a mi vida.

—Chis —me pide tan nervioso como yo y advierto que camina y que cierra la puerta—. Cálmate, por favor. A pesar de lo que te he hecho creer, odio verte así.

Y sé que es sincero, que no me engaña, que se siente mal por todo lo que ha tenido que fingir para que su hermano no nos separara. Leon llega la cama, se deje caer sentado, agotado; conmigo a horcajadas sobre sus piernas y mueve el hombro para que lo mire a la cara. Con un sollozo, busco sus ojos.

Ahí es cuando soy consciente de que siempre ha sido él. De lo que está sufriendo.

Acaricio sus heridas, completamente rota.

—No hagas preguntas que destrocen este momento —masculla muy ronco—. Te amo con todo lo que supone esa palabra, no tengas miedo. Por favor, confía en mí.

Enjuga mis lágrimas con los pulgares de sus temblorosos dedos. Hay dolor en sus demacradas facciones. Va de negro y él hoy está pálido. Asustado también.

—No digas nada para lo que no estés preparada, sé lo que hay en tu corazón y con eso es suficiente —insiste para relajarme—. Ven aquí, maldición.

Mi llanto truena con más potencia cuando Leon me tumba sobre la cama, pero no con la intención de tocarme o de hacerme el amor, sino de mimarme. Pues me cobija en su pecho. En ese pecho que late tan fuerte que podría salirse de su cuerpo. Me envuelve con sus manos, mientras yo lloro en el hueco de su cuello. Me da tanta paz reconocer su olor. Esa seguridad que, sin saber, siempre he sentido a su lado.

—¿Sabes cuántas veces he soñado con esto? —Su voz se quiebra—. Mi vida estaba vacía hasta que regresaste a ella. Te confieso que he tenido el impulso de averiguar sobre ti miles de veces, esa necesidad de decirte que te recordaba cada noche.

Levanto la mirada hacia él. Roza su nariz contra la mía, gruñendo.

—Te imagina corriendo por la playa como cuando éramos niños. —Me aferro a su camisa, emocionada con cada confesión—. No voy a negar que a lo largo de estos años he intentado encontrarte sustituta sin haberte tenido, pero no funcionaba.

Me bebo las lágrimas, entonces Leon se acerca y las retira con sus tiernos labios.

—He gritado en silencio, he golpeado a la nada por la impotencia —musita con amargura. Reconozco a mi Leon, pero a un Leon superado por lo que está viviendo—. No te ibas de mi cabeza y volver a verte fue un regalo envenenado. Aun así, fui tan feliz al poder besarte, abrazarte, tocarte. No te imaginas cuánto te he extrañado.

Cierro los ojos momentáneamente, reconociendo cada palabra.

—Lo siento... —confieso, sujetándome a él con más fuerza. Nuestros cuerpos están entrelazados, así como ahora nuestras miradas.

—Ni se te ocurra disculparte, nunca debí dejarme llevar por el rencor. Tuve que haberte buscado y no permitir que toda esa mierda nos separara nueve años.

—Q-Quizá no hubiese funcionado.

—Me hubiera dejado la piel en ello, ¿acaso no entiendes que lo que siento por ti es tan grande que ni la distancia, el odio o los años han conseguido que te arrancara de aquí? —Señala su pecho y coloca mi mano encima de este—. Me has devuelto las ganas de luchar, India, nunca he remontado después de perder a tu familia, a mi madre, pero cuando me llamaron del hospital y me comunicaron que mi padre estaba muy grave por un accidente, mi mundo se terminó de derrumbar. Cuando él murió, casi muero también.

—Estás demasiado roto.

—Pero mi padre te puso en mi camino. Eres mi motor y él lo intuía, eres todo lo que necesito para volver a ser feliz.

Emocionada, rozo mi boca con la suya. Gruñe. Sé lo mucho que se está controlando por miedo a que malinterprete que lo que necesita de mí es solo placer.

Lo beso, acariciando las leves heridas de su rostro. Advierto cómo esos ojos verdes se cristalizan y mi corazón se rompe en cientos de pedazos más.

Cuánto daño nos han hecho...

—Lo siento —repito con dolor.

—Tu solo tienes la culpa de que este salvaje te ame como no lo haría nadie.

Sus labios se amoldan a los míos, como sus manos a mi cuerpo. Hoy su dulzura es infinita, ni siquiera se atreve a desnudarme. Sin renunciar su boca y sin que la tristeza me abandone a pesar de que creo que nunca me he sentido más plena, empiezo a desprenderme de su ropa. Lo hago despacio, deseando que este instante sea eterno. Leon me ayuda sin separarse de mí, hoy nuestros quejidos se mezclan como el sabor de nuestras bocas unidas. Finalmente, y llevándose mi labio entre sus dientes, se aleja un poco, apenas nada para terminar de desnudarse. Enseguida se tumba, cediéndome el control de la situación. Me subo a horcajadas y me quito el camisón por encima de la cabeza. Sus ojos desvelan cómo se siente más allá del placer...

Me ama sin odio. Me ama con miedo. Me ama sin que nada más importe.

—No habrá más daño —masculla con tormento—. Ayer odié lastimarte, solo quería que entendieras que así será ser tu vida conmigo, noches de pasión, de mimos. Mañanas de desayunos en la cama, de cenas románticas. Demostrarte que te daré el lugar que mereces en cada ámbito, únicamente quiero amarte y que te sientas amada.

—Lo has conseguido...

—No sabía cómo hacerlo, he vivido un calvario.

—Lo siento tanto, era mi forma de excusar mis ganas de ti, no me permitía admitir que podía sentir esto por un maldito y salvaje Cooper. —Traga con dificultad. Cómo me duele no haberle creído—. He luchado por negarme lo inevitable, pero como tú, me rindo, a pesar de que las circunstancias estén en nuestra contra. Siempre has sido tú.

Sus manos se posan en mi cadera como pidiendo permiso. Me acaricia entre gruñidos. Me agacho, lo vuelvo

a besar mientras le incito a que se deshaga de la braguita y el sujetador. Leon se incorpora a mi altura, desliza los dedos por mi espalda. Mi piel se eriza más si es posible y persiguiendo su mirada, agarro su masculinidad y entonces encajamos como uno solo. Cuando se cuela en mi interior, siento que rozo el cielo. No hay sensación más placentera que esta. Piel con piel. Su gruñido desgarrado manifiesta sin la necesidad de hablar lo que significo para él. Me arqueo con las rodillas apoyadas en el colchón, sintiendo que pierdo las fuerzas, que me desvanezco, que me muero por Leon Cooper. Amo a este hombre, amo todo de él y no me resignaré a perderlo. No, no quiero seis meses, quiero toda una vida entera.

Tengo miedo de que me arribasen esta felicidad.

Sus gemidos los silencio con mi boca, lo seduzco con la lengua. Meciéndome en cada invasión, me contoneo. Hoy me entrego sabiendo que sí sé amar, no a cualquiera. Sino al hombre que me enamoró cuando apenas entendía qué significaba esa palabra. Cuando ni siquiera era consciente de lo que suponía para mí.

—Jamás he dejado de pensarte —le confimo con un sollozo, rodeándolo con mis manos alrededor de su cuello y mis piernas cercando su cintura—. Te quiero, Leon Cooper. Me asusta, pero hoy sé que lo hago.

—Mi India —ruge con desesperación.

—Sí, soy tu India, a la que le dedicabas la sonrisa más especial del mundo. —Atrapo su labio inferior entre mis dientes. Gruñe y se ciñe a mí, rozando en cada embestida nuestras pieles desnudas. No puedo evitar temblar —. S-Sigo siendo aquella India que no entendía nada, pero que, sin saber lo qué realmente estaba sucediendo entre ambos, deseaba con todas sus fuerzas aprenderlo todo contigo.

—Perdóname, cariño.

No me permite que le responda, me besa, me besa con pasión, anhelo, agonía. Rabia, también hay dolor. Nuestros cuerpos amándose con los sentimientos a flor de piel es el reflejo de que este amor es real. Un amor que hemos intentado ocultar, incluso a nosotros mismos. Hacemos el amor como nunca.

Nos entregamos sin límites. Hoy las barreras no existen para dos enemigos que se amaban cuando era odio lo que tenían que abrigar en sus corazones.

Y tengo claro que no quiero perderlo.

—India —jadea y me pide permiso para dejarnos llevar juntos.

—Sí —susurro con un nudo en la garganta.

—Te amo. Nunca lo dudes.

Le sonrío, llorando de felicidad. La misma felicidad que perdí cuando hui a España. Me acuna la cara, me besa y todo estalla a nuestro alrededor con el último empujón.

Es difícil explicar la mezcla de sensaciones y de sentimientos que también se desbordan en este momento tan íntimo, cómplice. La conexión aumenta y mientras el placer nos consume, los mimos, las caricias y las descargas eléctricas se multiplican.

Cuando la calma parece regresar y los espasmos menguan, Leon se deja caer hacia atrás y yo me acomodo contra su pecho. Apenas puedo respirar, pero esto es lo único que quiero y necesito. Oír el acelerado latido de su corazón, un corazón que, teniéndolo prohibido, siempre ha latido por mí. Me quedaría aquí eternamente.

No sé cuánto tiempo transcurre en el que el silencio es nuestro mejor aliado. Después de lo que me parece una eternidad, levanto la cabeza y busco su mirada.

Toco sus heridas...

—Me he peleado con Óscar, supongo que mi hermano le habrá informado de que no había rastro de ti en casa y de que yo no te buscaría todavía —confiesa a la pregunta que no le he hecho—. Estaba en las puertas del hotel de tu familia y no te preocupes, solo tienes algunas heridas más que yo, pero está bien —termina con un carraspeo.

No creo que ese salvaje sepa cuidarte como yo, de ahí la frase de Óscar.

—¿Q-Qué hacías tú allí? —consigo decir, rezando para que entre el altercado y mi petición haya decidido volver a España y abandonar esta guerra que no le pertenece.

—Buscar a Ailén, ella se ha portado muy bien estos días. —Hunde los dedos en mi desordenado cabello. No, no puede creer que esto haya pasado y yo sigo flotando en una nube de la que me da miedo caer—. La noche en la que se desencadenó todo, me confundí con tu actitud y decidí llamarla. Ella solo me pidió que te observara.

—Leon...

—Y tenía razón. Descubrí tu miedo a quererme, tus ganas de huir. Vi a mi India. Te dejé ir para que así asimilaras lo que te estaba ocurriendo. —Intento evitarle la mirada, no me lo permite—. He pasado un infierno cada maldita hora desde que te fuiste, pero me obligué a creer que merecería la pena y míranos, recuerda, no quiero perderte.

—Cameron... —Coloca el pulgar en mi labio y niega con la cabeza.

—Cameron tendrá que aceptar que eres la mujer de mi vida, me ocuparé de todo lo relacionado con tu padre. Mi hermano se vendrá abajo, soy lo que más quiere.

«Qué ingenuo».

—Y yo soy la persona a la que pretende destruir.

—¿De verdad vamos a perder el tiempo hablando de él? —Me acuna el rostro y se apoya en mi frente. Sollozo—. Te amo y tú eres la única que puede separarnos.

—Mi deseo fue que no se acabara nunca, no lo permitas.

Se le escapa una sonrisa ladea, de alivio. Una sonrisa que propicia que yo suspire. Él resopla, esta vez cuando sonrío, el miedo asoma en sus labios.

—No lo hagas tú. —No es una petición, sino una súplica—. Prométeme que no vas a complicar las cosas con mi hermano.

—Me pides demasiado.

Asiente con la tensión en su rostro, por lo que enseguida entiendo el porqué.

—No es porque mis sentimientos no estén a la altura de los tuyos —aclaro atropelladamente—. Dijiste que tu lealtad siempre será al apellido Cooper.

—Y algún día recuperaré esa promesa, el día que estés preparada para cumplir tu sueño desde que eras pequeña, pues yo siempre lo he estado —asegura y mi corazón sufre un vuelco. Ambos sabemos que habla del día que formemos una familia, una que llevará el apellido Cooper y Murray—. Hasta que ese día llegue, viviré para ti, luego, me dividiré, y te juro que no os fallaré.

—¿Y si no funciona cuando dejemos de estar en esta burbuja? —dudo, a pesar de que hace unos minutos no lo hacía—. ¿Y si un día cometemos el error de formar...?

—Algo que nazca de un amor como el nuestro nunca será un error. —Busca mi mano y entrelaza los dedos en los que tenemos las alianzas—. Te amo desde que tengo consciencia y sé que lo haré el resto de mi vida.

—¿N-No tienes miedo de precipitarte? —Me duele tener que hacerle la pregunta. Pero no me olvido de Cameron—. La realidad está fuera de estas cuatro paredes.

—India, te elegiré por encima del resto. Contigo nada es precipitado si tú sientes lo mismo y aunque no lo expreses con palabras, el resto de ti lo grita en silencio.

Le sonrío y lo beso de nuevo. Esta vez no hay calma, tampoco dudas. Desde que me fui, el temor se apoderó de mí. Dejé de creer en las señales que el destino me mandaba y esta es una nueva, una que me hace volver a confiar en ellas.

No importa lo que haya sucedido cuando tienes la certeza de que ha llegado «la persona», esa persona con la que quieres cumplir tus sueños y experimentar todo en la vida. Y yo, al igual que él, la tengo. Ya sobran las palabras. Nos es indiferente que para el resto sea una locura cuando conozcan cuál fue el motivo de nuestra unión.

Lo nuestro es mucho más desde que apenas éramos unos niños. Leon Cooper ha sido mi hilo rojo del destino. Un hilo que nunca se puede romper.

Capítulo 24

Luna de miel

El resto del jueves no salimos de la habitación. Nos sobra el mundo entero, es como si quisiéramos recuperar el tiempo perdido en tan solo unas horas... Hablamos de cómo han cambiado nuestras vidas, de los gustos que tenemos ahora. Me reafirmo en que mi color preferido se convirtió en el turquesa cuando me fui de Los Ángeles, pues me recordaba al mar. A ese mar de Santa Mónica en el que nos reuníamos ambas familias en ocasiones. Siempre he adorado el chocolate, pero lo cierto es que con la ansiedad por lo que estaba sucediendo en mi vida, esa adicción aumentó. Ahora siempre voy en faldas o con vestidos, no antes. Aquí siempre llevaba ropa cómoda, pantalones cortos y camisetas de tirantes.

Poco a poco nos damos cuenta de que no, ya no somos los mismos y no solo por los nueve años que han transcurrido. Leon era risueño, bromista, le encantaba el amarillo, ahora opta por colores más oscuros, como se terminó sintiendo irremediabilmente él.

Es detallista, esto lo mantiene.

Tiene insomnio tras lo sucedido y siempre está pendiente del tiempo, teme perderlo y ahora conozco el por qué, así como cobra sentido la frase: no entiendes nada.

Las respuestas van llegando a medida que nos desahogamos como nunca. Tengo una mezcla de sentimientos que no sabría cómo describir, plenitud, pero también esa espina clavada de ver cuánto hemos sufrido para llegar hasta aquí.

La melancolía nos acompaña en cada confesión.

Y no, no podemos apartar la mirada del otro. Tumbados en la cama, desnudos, cubiertos por una fina sábana rosa pastel y entrelazados de piernas y manos. Nuestros rostros apoyados en la almohada, muy cerca del otro, casi rozándonos.

—Sigues guardando la carpeta negra —musito, acariciando su pecho.

En su perfecta boca se dibuja una mueca amarga.

—Ahí está todo, nuestro pacto, pero también los pasos que pretendía seguir mi hermano. Me juré eliminarla, pero es la única manera en la que podría demostrar ante tu familia que yo no quería destruirte, sino salvarte —confiesa con cierta angustia—. Aunque para ello tuviera que exponer a Cameron. Sin saberlo, siempre te elegí a ti.

Lo beso muy despacio, disculpándome una vez más en silencio por haber dudado.

—Esta tendría que haber sido nuestra luna de miel, Leon.

—Yo también sufrí esos días. —Asiento, hoy lo sé—. Acababa de recuperarte, te vi llorar y mi mundo se desplomó. Luché contra lo que sentía y lo que debía. Unas semanas antes, cuando mi hermano me contó su plan, aproveché para cumplir con la petición de mi padre. Pedí que organizaran la boda así, lo más parecido a una boda de verdad, para causarte menos impacto. Jamás hubiese elegido aquella fecha, era tuya y de otro.

—Chis, lo sé.

—Todo ha sido tan retorcido.

—Cameron...

—Cameron ya es un hombre y aunque me duele fallarle así, porque no sabes cómo lo ha pasado y de ahí esta sed de venganza, tendrá que aceptarte u olvidarse de mí.

Persigo sus ojos verdes, en esos que me pierdo cada vez que me observa como justo ahora. Como si realmente no le importara nada más, aunque preferiría que no estuviese en esta tesitura. Su sufrimiento es el mío. Cada segundo soy más consciente.

—¿De verdad renunciarías a él por mí?

—No tengas dudas —asegura y me acaricia la mejilla.

—En tu hermano, no quiero que tengas que elegir entre tu familia o yo.

—No te martirices por ello, dependerá de él. Recuerda, la familia no lastima y, ante todo, no te destroza la vida. Así quedaría la mía sin ti.

—No me perdonaré que no seas feliz a mi lado.

—No está en nuestras manos, India, olvidémonos de las familias o nunca podremos avanzar. —Me besa suavemente y susurra, derritiéndome—: Te amo, joder, y el resto se pueden ir a la mierda. Por ellos nos encontramos en este punto, ¿vamos a permitir que nos separen de nuevo?

Niego con la cabeza y me entrego una vez más a Leon Cooper. Me entrego sin reservas, asumiendo que mi amor por él es tan grande como el suyo hacia mí. Y que por este motivo estoy dispuesta a renunciar a tomar represalias contra Cameron.

Quiero que empecemos una nueva vida y en esta no hay cabida para el odio.

—Te prometo que no haré nada que pueda hacerte daño con respeto a tu hermano —gimo, arqueándome para que él se hunda en mi interior. Leon gruñe, cubriéndome con su cuerpo, como queriendo protegerme del mundo—. ¿Sabes por qué?

Su rostro se contrae, así como todos sus impresionantes músculos.

—Porque te amo, mi salvaje, te amo y solo quiero hacerte feliz.

Enreda las manos en mi pelo, contenido, y un suspiro escapa de su boca.

—Lo harás, pues justo este momento se ha convertido en el más feliz de mi vida. Nunca lo olvides, pase lo que pase, ten presente lo que sentimos aquí y no permitas que nadie te haga dudar. No sabes cómo necesitaba oírte decirte esto. —La voz se le apaga y enterrándose en lo más profundo de mí, me suplica—: No me falles o me matarás.

En sus ojos percibo la emoción. En esos ojos verdes cristalizados por mi confesión.

Y por una promesa que no romperé jamás.

Unos besos en mi espalda me desvelan. Sonríe, la piel se me eriza. El sol ya se cuela por la habitación, lo percibo adormilada aún. El olor a mar inunda la estancia. Se oyen voces fuera, huele a comida rica. El ambiente es cálido, acogedor. No, no era un sueño.

—Odio despertarte, pero no quiero que echemos a perder el tiempo que tenemos solos —se excusa Leon muy bajito y me sujeta del mentón. Abro los ojos y contengo un gemido; es imposible que esté más guapo, incluso magullado y salvaje—. Me quedaría todo el día en la cama, disfrutándote, pero para eso tenemos el resto

de nuestras vidas.

Se me escapa una inesperada carcajada, que a Leon le arranca una sonrisa preciosa. Llena de verdad, de paz, de esa calma que había desaparecido. Lo que propicia que lo ayude a incorporarse y me lance a sus brazos. Él no duda en rodearme, besándome el hueco de la garganta. Jadeo, húmeda de nuevo. No me sacio de este hombre.

—¿Te gustó mi deseo? —pregunto, batiendo mis pestañas.

—Por supuesto, ahora nos toca cumplirlo. Dime, ¿sigues teniendo los mismos sueños? Eras muy contundente con tu futuro.

—Un marido que me valore ya tengo —me burlo, sonrojándome—. Sí, quiero dedicarme a los hoteles y ser madre joven, formar mi propia familia pronto.

—Veintisiete y treinta años es un buen número —bromea con una sonrisa—. A la espera de la petición.

—Mientras tanto, podemos ir practicando...

Pronto sus manos están viajando por mi piel desnuda. Gimo, hundiendo las manos en su cabello suelto. ¡Lo amo! Leon se echa un poco hacia atrás, mostrándome en sus duras facciones ya sus ganas de mí. Pero se domina, sonriéndome.

—Ven, luego tendremos tiempo de más —manifiesta con un carraspeo mientras me baja, aunque le cuesta liberarme. Entonces sostiene un albornoz para que me lo coloque. Es blanco, como el que él lleva puesto—. Ayer no comiste nada.

—¿No? —bromeo, mirándolo de arriba abajo—. Nunca he comido tanto.

—Me complace oírlo, aunque hablo de otro tipo de comida.

Accedo a que me ponga el albornoz y nos sonreímos de camino a la terraza. Vamos de la mano, algo que me cuesta digerir y que provoca que unas intensas cosquillas me recorran de cuerpo entero. Ha sido una noche maravillosa, la prueba es cómo está la habitación o lo que había sobre la cama. Ahora la foto yace en el suelo, junto con la caja de pastillas y mi teléfono. Aunque no solo nos ha servido para conectar a través del sexo, sino más allá de la piel. El vínculo que sin saber habíamos forjado, se ha reforzado.

—Te has pasado —murmuro y diría que incluso me sonrojo. Mis pintas deben de ser horribles—. No hacía falta tanta variedad, sabes que me conformo con dulces.

—La fruta es mejor opción —se burla y me ofrece una silla.

—Qué caballeroso.

—Quiero ser lo que necesites en cada momento.

—Yo solo necesito que estés a mi lado. —Estiro la mano para que se siente a mi izquierda. Él no duda, sus ardientes dedos enseguida se apostan en mi muslo descubierto. ¿Cómo no gemir?—. Me parece estar soñando. Tengo miedo de...

—Lucha por lo nuestro y todo irá bien.

Se acerca, me besa la frente y suspira. Sé que pretende hacerse el fuerte.

—¿Te apetece pasar el día en la playa? —me pregunta, señalando hacia el frente. Ahí está el precioso mar que tanto extrañé. La nostalgia me embarga—. ¿Qué pasa, India?

—Nada, es solo que me estoy acostumbrando a esta situación —confieso y le sonrío tímidamente. Leon asiente con alivio—. Estoy como en una nube, flotando.

—Sé de lo que me hablas.

Entre carantoñas, desayunamos. Creo que nunca nos he visto disfrutar tanto de una comida, no solo por la complicidad, las interminables caricias o la diversión al servimos fruta en la boca del otro. Tenemos un hambre voraz, no hemos probado bocado desde ayer y la calma que sentimos es evidente. Leon ni siquiera fuma.

Cuando nos preparamos para bajar a la playa, las risas se suceden. No nos soltamos, llegamos a las hamacas y lo primero que hace es ofrecerse a echarme crema.

No exagero si digo que los vuelcos en el corazón son constantes. Que me cuesta crearme que esté experimentando este sentimiento por él. Me creía tan vacía y fría, pero Leon me ha demostrado que todo era impostado para no hacerme más daño a mí misma. He sufrido mucho por el error de nuestros padres y no he sido la única.

—Cada vez que te toco, quiero más —me susurra al oído, terminando de ponerme la protección solar en la espalda. Llevo un bikini sencillo, de triángulo y negro. Y sí, me siento como él. Me pasaría la vida enredada en su cuerpo, el lugar que se ha convertido en mi hogar, mi protección—. Es todo un reto contenerme contigo.

—Ya no tienes que hacerlo —lo provoco, mirándolo por encima del hombro—. Estás guapísimo, el color amarillo de tu pantalón corto me ha recordado a un día.

—Un día en el que me correteaste por toda la playa, cuando yo iba a recriminarte que le habías chivado a mi padre que nos estábamos yendo más lejos de lo permitido —termina la frase con la mirada perdida, como si lo estuviese viendo—. Te alcancé, te tumbé en la arena y me retiré en cuanto oí cómo nos llamaba Ethan.

—Hubiese deseado que me besaras.

—Me moría por hacerlo.

—Pero te eché arena en los ojos.

—Siempre has sido una tramposa —se burla con expresión pícaro y me echa un pegote de crema en la nariz. Libero otra carcajada—. Quizá sea mi turno.

—Ni se te ocurra —le advierto, risueña, al advertir sus intenciones—. ¡Leon!

Un puñado de arena termina sobre mi cuerpo mientras él camina hacia atrás para que lo persiga. Me levanto de un salto y entonces sale corriendo hacia el cristalino mar. No lo alcanzo, es imposible, siempre ha sido más rápido que yo. Sin poder parar de reír, me sumerjo en el agua, ahí me espera Leon. No lo dudo, me engancha a su cuerpo y lo beso. Lo beso con los ojos cerrados, transportándome a años atrás, a cuando yo fantaseaba con que me abordara de esta manera y nos dejáramos llevar.

Nueve años después de creer que no volvería a verlo, está sucediendo...

No, no puedo deshacer el nudo que se me forma constantemente en la garganta. Soy demasiado feliz, es una felicidad que creí que no existía, no para mí.

—Cómo te amo, India. Por primera vez, quisiera detener el tiempo —confiesa Leon entre beso y beso, sosteniéndome por el trasero, sin que haya un solo espacio entre nosotros. Somos como dos imanes que se buscan continuamente—. Vamos a mudarnos en cuanto regresemos. Necesito que seamos así de libres siempre.

¡Quiero llorar de felicidad!

—Leon Cooper, ¿te he dicho ya que también te amo?

—No lo suficiente, aunque tengo la certeza de que no me cansaré de oírlo.

Su sonrisa, esa sonrisa que me mata, florece y si el corazón ya me iba acelerado, ahora está a punto del infarto. ¿Cómo he podido vivir sin él?

Si en el fondo, siempre nos hemos pertenecido.

—¿Has hecho alguna vez el amor en la playa? —Abro la boca para responderle que no, pero él me acalla con un desesperado beso—. No me lo digas, prefiero no saberlo. Ven, al fondo hay una cala escondida.

—¡Nos pueden ver! —grito entre risas desmesuradas.

—Confía en mí.

¡Por supuesto que lo hago! No solo para hacer el amor entre rocas como si no tuviéramos una villa preciosa y solitaria, sino el resto del día.

Un día que exprimimos al máximo haciendo un poco de turismo, aunque no en San Diego. Nos desplazamos y visitamos el Observatorio Griffith, donde somos testigos de un partido de béisbol y antes de volver, visitamos los estudios de Warner Bros Tour. Ya en San Diego, comemos un helado, presenciamos el anaranjado atardecer, sentados uno junto al otro, abrazados como en las películas románticas que odiaba hasta ayer. Por último, nos damos un baño en el enorme jacuzzi. Un baño con agua fría, ya que realmente la temperatura la marcamos nosotros. Mientras de fondo suena una de mis canciones favoritas, la misma que él puso a conciencia un día, aunque se hizo el loco.

Hoy los dos sabemos el porqué.

Y quiero, olvidar todo y empezar de cero...

Otra noche de ensueño. El sábado amanecemos a la vez, se le han pegado las sábanas, pero no me extraña. Podrían ser las cinco de la madrugada y nosotros seguíamos poniéndonos al día de nuestras vidas. Le hablo de Ailén, de Fran, de la familia que hemos formado en España. Él me confiesa que ha echado mucho de menos a Ethan, que en más de una ocasión ha necesitado desahogarse con él y que casi lo hace el otro día. Pero se dio cuenta de que era un error con el pacto todavía en vigor, que lo podría malinterpretar y ha tomado la decisión de esperar para que viera que ese papel no tiene significado, que seguirá a mi lado igual. Que se ha sentido muy solo, que añora a Niall con toda su alma y que Cameron casi enloquece con la marcha de su madre, que le costó adaptarse a la nueva vida en la que no estaba su mejor amigo, mi hermano Logan. Que el fallecimiento de su padre avivó el odio que con el tiempo había menguado. Que se ha negado a tratarse con profesionales, que le duele oírlo disfrutar cuando cree que está haciendo daño a cualquiera que lleve el apellido Murray, a mí.

Que espera que recapacite...

No ha dejado de llamarlo en todo el día, pero Leon no ha respondido.

Y nuestro último día aquí no lo desaprovechamos, la mañana es para nosotros, encerrados en la habitación, dejándonos llevar de nuevo. Cada orgasmo es más intenso que el anterior. Leon se va transformando y el salvaje que habita en su interior deja de dominarse. Reconozco que me encanta esa parte de él. También la detallista. No por lo material, sino porque me demuestra que piensa en mí cada segundo, pese a que estoy presente. Esta noche salimos de paseo tras otro atardecer mágico y compra una flor para decorar mi cabello suelto. Lo observo y me cuesta tragar.

¿Cómo ha podido contenerse tanto desde que volvimos a vernos?

Está arriesgando todo por mí y no sabe cómo lo valoro.

—Estás preciosa —me piropea con un guiño de ojo cómplice.

—Gracias, Leon.

—No te sonrojes que no me tienes acostumbrado y me desarmas.

De nuevo me encuentro sonriendo como una quinceañera.

Él va muy elegante, con traje de chaqueta color granate y la melena recogida. Yo me he decantado por un vestido largo, de croché y sandalias de esparto. En cuanto cruzamos una de las calles que está frente a la playa, frunzo el ceño. ¿Dónde me lleva? Leon, como leyéndome la mente, se gira hacia mí, me acuna el rostro y, suspirando, masculla:

—Te llevo a bailar, cariño.

«Cariño», ay.

—¿A bailar? Hace años que no...

—Hemos dejado de hacer muchas cosas por las circunstancias, pero es hora de que vivamos, India. Te prometo que te daré todos los momentos que nos robaron.

—Hasta que la muerte nos separe, ¿no? —recuerdo los votos, emocionada.

—Y más allá de ella.

Me empuja hacia su pecho y me abraza tan fuerte que me falta la respiración. Yo le correspondo con esta necesidad que tengo de él. Una que se ha ganado a pulso. Sus ojos se pasan horas observándome con intensidad. No se pierde ninguno de mis gestos. Es tan bonito sentirme así de amada por el hombre que me tiene completamente rendida a sus pies. Vivo un sueño, no parece real. Creí que nunca me sucedería algo así.

—Quiero que bailemos y bebamos hasta el amanecer, y luego follemos como nos merecemos para despedir nuestra verdadera luna de miel —me susurra al oído.

—E-Estás loco.

—Por una Murray, sí.

La broma en otro momento nos habría costado una discusión, hoy nos reímos de esta unión. Cuando entramos al bar repleto de gente, Leon pide dos piñas coladas, no mucho después, repetimos. ¡Nunca he bebido a lo loco y menos en un ambiente tan festivo! Pero me dejo guiar por su entusiasmo, pues todo esto lo teníamos planeado para cuando yo cumpliera dieciocho años, edad en la que Leon me ha vuelto a confesar que se declararía... Dos horas más tarde estoy tambaleándome, mientras bailo pegada a él en el centro de la pista. Suena *Señorita* de Camina Cabello y Shaws Mendes, versionada en bachata y nuestros cuerpos se amoldan a este sensual ritmo como si lleváramos haciéndolo juntos toda la vida. Somos las piezas de un puzle que por fin pueden encajar.

—¿Qué has llegado a sentir por Scarlett? —se me escapa a un centímetro de su boca, pero no retrocedo. Leon se detiene en medio del gentío que nos bloquea el paso y de las luces de colores que vienen y van a nuestro alrededor—. ¿Le prometiste cosas?

—Supongo que esta parte celosa se debe a la bebida —declara con la ceja alzada, quizá descolocado por mi actitud—. Y no, ella sabe que no creía en el amor. Pero no supe cómo decirle la verdad, era una locura, y cuando te vi enfrentarte a ella me llenó de orgullo que defendieras así nuestro matrimonio, aunque fuese por ego.

—Recuerdo tu mirada...

—Y yo la tuya, cuando discutes te enciendes tanto que me contagias, aunque en otro sentido —apunta, observando cómo me humedezco los labios—. Eres puro fuego y tus ojos lo manifiestan sin la necesidad de hablar.

—Apuesto a que como ahora.

—Sí, estás absurdamente celosa y sé cómo hacer que desaparezcan esas sensaciones.

Me coge de la muñeca y prácticamente en volandas, salimos del local. Sin importarle las miradas que recaen sobre nosotros por el grito divertido que escapa de mi garganta, me coge en brazos y cruzamos la calle hasta nuestra villa. Una vez dentro, me deja caer en la cama, se inclina hacia mí, me quita la flor del pelo, y me besa con una pasión que me desborda. Su lengua me seduce, juega y me calienta. Pues no hay calma, hoy es tempestad. Pero cuando voy a empujarlo por la nuca, se incorpora y empieza a desnudarse. Instintivamente se me seca la boca y rompo a temblar.

—No dudes ni un instante de que lo eres todo para mí. —Asiento con un quejido, contemplando cómo se deshace del cinturón sin paciencia alguna, con dureza—. Te quiero fuerte a nuestro regreso, no permitas que nadie cuestione este amor, defiéndelo hasta que cierren la puta boca. Recuerda, India, ya hemos perdido demasiado tiempo.

—No volveré a cometer el error de perderte de nuevo —susurro con un hilo de voz.

Leon se baja el pantalón y el bóxer con urgencia para cubrirme con su cuerpo. Ambos contenemos la respiración ante este electrizante contacto. Me levanta el vestido, echa mi braguita a un lado y me empala hasta hacer que me retuerza de placer.

—Prométemelo —implora con un gruñido.

—T-Te lo prometo.

Capítulo 25

La suite especial

Desde San Diego al oeste de Los Ángeles es un viaje de dos horas en coche. Un viaje en el que él me ha mimado, besado, hemos cantado, reído.

Y planificado un futuro juntos.

—¿Estás preparada? —insiste Leon cuando está a punto de dejarme en casa de mi familia. Asiento con nuestros dedos entrelazados—. No olvides todo lo que hemos hablado, por favor. Te amo por encima de cualquier cosa.

—Y yo. —Besa mi mano, inquieto—. Les diré que ha sido una pequeña crisis.

—Ve mirando casas sin importar el precio, y a las diez nos vemos en la mía.

—Y hablaremos con Cameron. . .

—Sí, tengo una reunión importante sobre el nuevo hotel y las reformas del resto, pero hoy tú y yo iniciamos una nueva vida, sin escondernos.

Su seguridad es tan aplastante que mis dudas se terminan de disipar. Saldrá bien.

—Gracias, Leon, gracias por descubrir una parte de mí que creía muerta.

—No vuelvas a agradecerme nada, eres tú quien me ha devuelto todo.

Leon se inclina hacia mí y me besa, mientras aparta un mechón de cabello de mi rostro. Todavía olemos a mar, a arena, a libertad. En el coche el ambiente es caldeado, es un día caluroso. La calle está desierta y lo último que me apetece es regresar.

Todavía no se ha ido y ya lo estoy echando de menos.

—Estás preciosa tan bronceada.

—No soy la única —lo provoco, mordiéndole el labio inferior.

—¿Yo también estoy preciosa? —rebate, pícaro.

—¡Bobo!

Justo en ese momento se abre la puerta de casa y ambos nos apartamos como sincronizados, como si el hecho de besarnos a plena luz del día fuese malo. Y es que Cameron es el culpable de que estemos en constante alerta. Por fin todo acaba.

El que nos espera al otro lado del acerado es papá, que suspira al vernos así de juntos. Intuyo que le alivia que hayamos superado esta «crisis».

Leon se baja del coche, me abre la puerta para que pueda salir y le hace un gesto con la cabeza a mi padre. Este le sonríe, mandándole el mismo saludo de vuelta.

—Te espero esta noche —me recuerda Leon, al tiempo que me cede la maleta y mi bolso. Apretándose el puente de la nariz, regresa al interior del vehículo. Me despido con la mano y le lanzo un beso en cuanto arranca, pero él me silba—. Oye, te amo.

Contengo las ganas de gritar de pura felicidad mientras presencio cómo se aleja y cuando me doy la vuelta,

papá está sonriendo como si se lo hubiese dicho a él. Creo que es el único de la familia que ha apostado de verdad por mi matrimonio, sin cuestionar nada. En silencio, me ayuda con la maleta y al entrar, están todos en el jardín. Incluso Orlando, que acaba de servir un aperitivo, pues es media mañana.

Hay gestos serios, aunque Ailén, como de costumbre, se adelanta.

Su abrazo siempre es una enorme dosis de energía para mí.

—¿Qué ha pasado? —me cuchichea al oído.

—Quitad esas caras —protesto y empiezo a sonreír—. Ha sido una tontería.

—Vaya, tenía la esperanza de que te divorciarías —broma Logan desde la silla más alejada y da un sorbo al vaso, diría que es cerveza—. Qué mala suerte.

—¿Está loco por ti! —grita Ailén dando palmitas—. ¡No me ignores, cuenta!

—Le ha dicho que la ama delante de mí —apostilla con orgullo mi padre.

—¿Delante de ti? —cuestiona Ethan, viniendo a mi encuentro.

—Es su marido, ¿qué esperáis? —les recuerda Orlando con las manos detrás de la espalda—. ¿Una buena comida para celebrar que ya está todo solucionado?

—De momento unas limonadas, muero de sed —le pido sin disfrazar mi emoción—. Ethan, confía en mí.

—No dejo de oír esa palabra, pero creo que se me escapa algo.

—Que te niegas a reconocer que la pueda hacer feliz un Cooper —masculla Logan con un chasquido de dedos—. Más le vale cuidarla o empezará la guerra.

—La está cuidando ya —le replica Ailén con las manos en jaras—. Basta, ¿no?

—¿No puedo tener dudas? —le discute Logan, quitándose la chaqueta. Como es costumbre, todos van tan elegantes que no sé cómo soportan este sofoco. Más aún, vestidos de negro, *como sus almas*, suelen decir. Incluso papá—. Se ven a escondidas sin avisarnos, se casan, lo trae a casa, luego se muda con los Cooper y ahora pelean.

—Logan —le regaña mi padre, sentándose a su lado.

—¿Qué? Demasiadas cosas en poco tiempo.

«Piensa en cómo salir del paso. Logan está atando cabos». Ethan no pasa por alto el recorrido que acaba de hacer nuestro hermano sobre Leon y yo. Llega a mi lado, pero no me da la bienvenida como esperaba. Se limita a inspeccionarme muy serio, como es él.

—¿Sabéis qué? —se me ocurre, dándole un toque en la nariz a Ethan—. Necesito ayuda para buscar una casa para los dos.

—¿No se estaba construyendo una ya? —La manifestación de Ethan deja clara su postura, también sospecha de que miento—. ¿Para qué queréis otra?

—Tardará... —me invento con un carraspeo—. Mientras tanto, nos hemos dado cuenta de que queremos estar solos.

—Sin ojos que lo vigilen.

—Logan, basta, es más que obvio lo feliz que está India —interviene papá con un resoplido—. Brindemos por ellos y punto.

—Lo que me resulta interesante es que Cameron se mantenga en un segundo plano. Lo conozco o lo hacía y se juró hundimos —insiste Logan, cruzándose de brazos.

—Ha madurado —miento con los ojos en blanco para parecer convincente.

—Mamá está preocupada —me recuerda Ethan.

—Lo sé y lo siento, solo os pedí tiempo y miradme, vengo más enamorada que nunca. —Señalo la alianza y añado—: Como si me hubiese casado ahora.

—Qué romántico todo —aplaude Logan con el sarcasmo que lo caracteriza.

—Sí, demasiado. Espero que Leon y yo tengamos pronto la conversación que pospuso. Se mostró impaciente por contarme cosas y ahora me rehúye. —Acorto los dos pasos que me separan de Ethan y lo abrazo. Él gruñe—. Quiero confiar en ti, mocosa.

—Como no creéis en el amor, nunca me vais a entender.

Logan bufa, Ethan maldice la palabra y papá se echa a reír.

—Bueno, déjalos, es hora de ponernos al día. Ya he tenido demasiada paciencia —nos interrumpe Ailén, tirando de mi brazo—. Chicos, asumid que sois familia de Leon Cooper y que lo seréis toda la vida. ¿Os imagináis cuando tengan un hijo?

Asesino a la rubia con la mirada, pero ella se encoje de hombros, risueña.

—No deseo otra cosa —oigo a papá antes de encaminarme hacia arriba.

—¡Cuenta! —me exige una desesperada Ailén a estas alturas.

—Espera a que recupere el aliento.

Orlando nos sirve en mi habitación y antes de explayarme con mi mejor amiga, le mando un contundente mensaje a mamá. El horario es distinto y, la verdad, odio las llamadas. Sobre todo, cuando se trata de hablar de sentimientos.

Ya estoy en casa. Todo se ha solucionado con Leon, me agobié, nada más. No tenéis que estar preocupados, de verdad. Ha sido un malentendido en realidad. Cosas de parejas, tú mejor que nadie sabe cómo funciona esto. Soy feliz con Leon, de hecho, más feliz que nunca, así que, por favor, no empañéis mi felicidad con dudas absurdas. Te quiero, dale un abrazo a Fran.

—¿Estás preparada para conocer los mejores días de mi vida? —le pregunto a Ailén, sentándome frente a ella. Yo me quedo sobre el escritorio y la rubia en la cama.

—Pareces otra, India. Estoy impactada.

—Vuelvo a ser yo, amiga, aunque por desgracia no conociste a esta India.

—¡Pues empieza o me va a dar algo!

Entre aspavientos y risas de felicidad, le narro con detalle absolutamente todo. Con Ailén no tengo secretos, no ahora que he asumido la verdad.

Hoy necesito desahogarme, contarle mis verdaderos sentimientos. La confusión que habitó en mí. También le agradezco que haya intervenido para que Leon no se rindiera y le desvelara dónde me estaba escondiendo.

Ríe conmigo, da saltos de emoción, incluso me desarma la cama por la euforia, pero se le transforma el semblante cuando hablamos de Cameron. Al que, por cierto, ella no conoce, intuyo que no ha querido coincidir con él porque le tiene miedo. No puedo reprochárselo, el menor de los Cooper ha demostrado ser capaz de cualquier cosa. Sin embargo, esta noche se cerrará esa etapa y podré respirar sin la presión en el pecho.

—Tu madre te ha escrito —me avisa Ailén, pensativa, abriendo un Chupachups que se saca del bolsillo del

pantalón ancho que lleva puesto—. Respóndele, anda.

Espero que no me mientas. Óscar ha vuelto a España y lo ha hecho herido. Dice que el salvaje de tu marido lo golpeó sin darle explicaciones. Imagino que tú eres la razón.
Si eres feliz, yo lo estoy. Siempre te he recalcado lo mismo, no hagas lo que debas, sino lo que sientas. Llámame en cuanto puedas, por favor, que no te importe el horario. Te quiero.

—Busquemos tu nidito de amor, no me fio de Cameron. . . —susurra Ailén, encendiendo mi portátil y desvía la mirada cuando se sitúa a mi derecha—. Ese cerdo algún día pagará por el daño que te ha hecho.

—No seré yo quien entre en más guerra, se lo he prometido a Leon.

—Pero yo no.

—¿Qué quieres decir? —pregunto, confundida.

—Nada, busquemos y ojalá pronto podáis instalaros.

No, encontrar casa no resulta nada fácil, y las siguientes horas se convierten en tiempo perdido. No hay nada que me encaje, que esté cerca. Pero no debo agobiarme, es el primer día de búsqueda y mi impaciencia no debe empañar el momento.

Finalmente bajamos y nos reunimos con los hombres de mi familia. Están repartidos en los dos sofás de la sala, cómodos. Hablan del hotel, cómo no, de la nueva ampliación que pretenden hacer. Quisiera poder decirles que me encargaré de que Leon les perdone la deuda, pero no será así. Nuestro pacto ya no tiene sentido, el único favor que le pediré es que mantenga el acuerdo que nuestros padres tenían, hasta que el mío devuelva todo.

Me niego a que nos dé la cantidad completa, eso forma parte de un trato interesado. Aquello quedó atrás. Hoy estamos y seguiremos unidos en matrimonio por amor.

—Oye, estás muy ausente —le digo a Ailén y le doy un codazo.

—Algo estará tramando —asegura Logan, tecleando en el móvil.

—¿Tramando de qué? No conocéis a Ailén, ella no tiene malicia —la defiendo, pellizcándole la mejilla—. ¿Qué hora es?

—Serán las nueve, ¿cenas aquí, cielo?

—No, papá, ya has oído a Leon. En una hora me espera en casa de los Cooper.

Bufido de Logan y mirada penetrante de Ethan. ¡Qué pesados son! Con mi marcha solo he conseguido perder la poca confianza que había ganado con respecto a Ethan. Es muy observador y temo que se ponga a investigar. ¿No podría parecerse a papá?

Mi padre ni siquiera está preocupado, ahora está distraído con unos documentos. Aunque echa un ojo hacia el pasillo de la cocina, el olor a asado ya llega hasta nosotros.

Hubiera sido un buen momento para que Leon cenase aquí y relajara el ambiente, pero sé que antes debemos hablar con Cameron. No voy a mentir, intuyo que no será un camino de rosas, pero tengo la esperanza de que al igual que yo, decida dejar atrás el pasado y cerremos una etapa que nos ha marcado de por vida. Leon no merece seguir entre la espada y la pared. Es hora de ceder. . . aunque nuestra relación sea inexistente.

¿Y si llamo a Leon para que me recoja de camino a su casa y lleguemos juntos?

Pero entonces suena un mensaje de este. Intento no reírme, pero fracaso.

¿Qué está planeando ahora!?

Te espero en quince minutos en el hotel Hawái. Así estaremos solos antes de ir a hablar con mi hermano. Lleva todo el día preguntando dónde he estado, que le cuente qué está pasando, pero le he dado largas. Vacío el chat por si se le ocurre cogerme el teléfono.

¡Está loco!

—Tengo que irme ya —les aviso, incorporándome—. Esta semana estaré ocupada, no solo por la búsqueda de la casa, sino por el trabajo pendiente en la cadena hotelera de Leon. En pocos meses se inaugurará el nuevo complejo vacacional y espero que vengáis.

—Por supuesto —comenta papá, cerrando los documentos.

—He decidido confiar y allí estaré.

Le sonrío a Ethan por sus palabras y miro a Logan. El primero siempre ha sido más tajante con los Cooper, pero se trata de Leon y no puede disimular su debilidad por él.

—Qué remedio —protesta Logan.

—A mí esas fiestas no me van —musita con un aspaviento Ailén.

—Ya te convenceré, hay tiempo —le rebato y le lanzo un beso.

Me despido de todos y me marcho en el coche que alquilé. Mañana lo devolveré y buscaré la manera de vender el mío, que está en España, y así adquirir aquí uno económico. No quiero el dinero de Leon ni que nadie piense que estoy a su lado por lo que me ofrece.

Cuando llego al hotel, me retoco el maquillaje con los productos del pequeño neceser que llevo en el bolso. Finalmente, toco el timbre y se abren las puertas del *parking*. No mucho después, estoy corriendo hacia la entrada sin saber muy bien dónde ir. Pero en la recepción me encuentro una nota que no está escrita a mano, sino por ordenador: *te espero en la suite especial, en la última planta. Es la única que está habitable arriba.*

Nerviosa, me subo al ascensor. Me miro en el espejo, me plancho el vestido gris con las manos. Me repeino el cabello; está algo revuelto por la ráfaga de viento que hay fuera y sonrío satisfecha. Se me nota el cansancio a pesar del sutil maquillaje, sin embargo, las razones son más que justificadas. Cuando llego, me sumo a su juego y en vez de abrir, llamo a la puerta. Se hace de rogar.

Sonrío y ojeo a mi alrededor. Todo está quedando precioso, mantiene la esencia de los otros hoteles. Elegancia, colores claros, espacioso. De cinco estrellas. Desde pequeño tenía claro que su futuro era seguir los pasos de su padre y lo está consiguiendo.

—Podrías ser mi recepcionista —se burló una vez.

—Ni lo sueñes, te haré la competencia.

Nos dábamos una de cal y otra de arena, vaya par.

La sonrisa se me borra de un plumazo cuando se abre la puerta.

Trago con dificultad. No es Leon quien me ha citado, es Cameron Cooper.

Capítulo 26

Ahora tú eres mi prioridad

—¿Qué es lo que pretendes? —arrojo sin dar crédito, no dejaré que me achante.

—Entra si no quieres que el chico de seguridad te vea y se rumoree que tú y yo nos vemos a escondidas. Le he pedido que me deje un rato solo, pero volverá pronto. —Se echa a un lado y yo, a pesar de las dudas, lo obedezco—. Has llegado demasiado lejos.

Cierra la puerta, me sorprende su calma. La pasividad con la que me recibe. ¿Quizá se ha arrepentido de su comportamiento? Lo cierto es que está demacrado, lleva la camisa blanca por fuera, despeinado. Ha perdido el color bronceado de su rostro y tiene las ojeras muy marcadas. Intuyo que lo está pasando mal o es lo que quiero pensar.

Es obvio que acaba de llegar al hotel, la habitación está intacta. Huele a mobiliario nuevo, el decorado es llamativo en tonos rojos cereza, combinado con un blanco roto. Es muy completo, con escritorio, televisión enorme. Sofá en forma ovalado. Cama con dosel, bañera incluida en medio de la estancia. Una alfombra que ocupa gran parte del suelo. Al fondo, intuyo un vestidor y, a su lado, el baño, en el que se entrevé un jacuzzi.

—¿Qué mierda haces con los hombres? —Ladea la cabeza y yo doy un paso atrás. Qué idiota he sido al pensar que se vendría abajo—. Has conseguido que Óscar regrese a España y sospecho que estos días mi hermano no ha estado obligándote a nada.

—Quiero que me dejes en paz.

—¡Es lo mismo que te exijo yo! —Me apunta con el dedo en alto, fuera de sí. Trago, deshaciendo el nudo que se me ha formado en la garganta—. Quiero que te vayas de la vida de Leon antes de que se termine el plazo. Llegaré a un acuerdo con tu padre y si regresas, todo se irá a la mierda. Salva a tu familia, solo te doy esta oportunidad.

Chirrí los dientes y miro al exterior a través de la ventana de mi derecha. ¿Acaso sus amenazas nunca terminarán? Estoy agotada de luchar contra Cameron.

—No vas a conseguir lo que te propones —murmuro con desgana.

—Entonces no me quedará más remedio que mostrarle a mi hermano fotos de este encuentro, hay una cámara grabando detrás de ti y sacará las capturas que demuestren que has venido a encontrarte conmigo y mírame, no habrá dudas. —Un escalofrío me sacude. Él se señala de arriba abajo. Me falta el aire, siendo consciente de que podría parecer lo que no es—. Le diré que solo te importa el dinero, ¡porque es la verdad!

—¡No tienes ni idea de lo que siento por Leon! —Cameron acorta la distancia y me acorrala entre la ventana y su cuerpo. Más imágenes... ¡Lo odio! Sin saber cómo escapar de esta situación y dispuesta a luchar por Leon como le he prometido, pongo las manos en su pecho, apartándolo y lo amenazo—: Si no me dejas, saldrás perdiendo.

—No me asustas —se burla con un mohín cargado de desprecio—. Y no te creo, todas las mujeres sois iguales, interesadas, infieles, perversas, como mi madre.

—Tengo imágenes de la carpeta en la que están todos tus crueles planes. Tengo fotografías de una trampa que le hice a Leon en las que, aparentemente, que me es infiel con otra en la cama. Otra que soy yo, pero con peluca —escupo con la misma rabia que él—. Y en mi poder hay pruebas de transiciones confusas en tus hoteles.

—No puede ser.

—Estás tratando con una Murray. Déjame en paz, Cameron, porque además vas a perder a tu hermano y, por su felicidad, no es lo que quisiera. —Lo empujo y miro hacia la supuesta cámara—. Haz como que no he estado aquí y todo estará bien.

—¡Eres una hija de puta!

—Ya sabes de lo que soy capaz si vuelves a amenazarme, Cameron Cooper. ¿O acaso pensabas que me quedaría de brazos cruzados? —Él le da un puñetazo al espejo que tiene enfrente, haciéndolo saltar en pedazos. Corro hacia la puerta aprovechando que se ha herido—. Piensa en las consecuencias antes de intentar separarme de Leon.

—¡Maldita seas!

Es lo último que oigo antes de salir corriendo de la suite. Huyo como una ladrona, ni siquiera me atrevo a montarme en el ascensor por si Cameron decide perseguirme. Me quito los tacones y bajo por las escaleras. Cuando llego al coche, estoy sin aliento, a punto del llanto. Llena de coraje, ¡de odio! ¿Cómo puede ser tan malvado!?

Lo peor es que no sé cómo enfrentarme a Leon sin poder contarle la verdad.

No soportaría hacerle daño.

Con ese pensamiento, permanezco dando vueltas por Los Ángeles. Conteniendo las lágrimas, no, no permitiré que Cameron Cooper se salga con la suya. Siempre he sido obstinada e inconformista y no me rendiré con lo que hay en juego. Mis amenazas no eran reales, pero se las ha creído y tiene la convicción de que jugamos a lo mismo.

Esta noche veré si se da por vencido o no...

Intento reponerme cuando estaciono en la puerta de los Cooper. Cierro los ojos y echo la cabeza hacia atrás, me cuesta tragar, respirar. El cuerpo me pesa como si llevara plomo, entonces unos suaves golpes en la ventanilla me sobresaltan. Es Leon, sus labios se curvan al encontrarse con mi mirada. De repente, la tranquilidad regresa a mí y termino sonriéndole. Enseguida abre la puerta y me saca con prisas para besarme, abrazarme. Una risilla detrás me distrae del sabor tan adictivo que tiene su boca.

—Alexis estará en la cena, será de ayuda —susurra Leon sobre mis labios—. Te he echado de menos, ha sido un día largo de reuniones. Ni siquiera he comido.

—En un rato lo solucionamos —lo provoco, acunando su rostro.

—Contando los minutos impaciente.

—Eh, tortolitos, vamos —se queja Alexis con un resoplido—. Si esto se veía venir desde la boda. Las chispas saltaron allí. Sabía que lo de la venganza era una excusa.

Ahora entiendo su sonrisa...

—Me conoces mejor que yo —le murmura Leon antes de apartarse de mí—. India, cariño, tengo noticias.

—Espero que buenas.

En esos momentos unas luces nos deslumbran. Es el monovolumen de Cameron, que también estaciona afuera en vez de en el garaje. Se baja con chulería. Una venda cubre parte de su puño y de la palma de su mano derecha. Leon, inconscientemente, me aferra más fuerte los dedos. Gesto que no pasa desapercibido para su hermano.

—Entremos y acabemos con esta conversación cuanto antes.

Sus malas formas me inquietan, Leon se agarrota y Alexis hace un aspaviento con la para tranquilizarnos. Si supieran que antes de este encuentro hemos tenido otro, que ha sido capaz de coger el móvil de Leon y de hacerse pasar por él para intimidarme...

Finalmente cruzamos hasta la sala, ahí nos espera Ruby con la cena preparada. Hoy no será a la luz de la luna. Supongo que este ambiente lo ha elegido Cameron. Más frío, como lo es su postura cuando ocupa un lugar en la preciosa mesa decorada con detalles color dorado. Alexis se posiciona a su izquierda, mi odioso cuñado enfrente de Leon y yo al lado de este. La tensión se palpa, ya ninguno fingimos cordialidad.

—He preparado una sopa suave, ya que el señor Cameron ha tenido delicado el estómago estos días —nos comenta Ruby con la sonrisa que la caracteriza—. También hay pescado a la plancha con verduras y, de postre... tarta de zanahorias.

—¿Nada de chocolate para mi mujer? —cuestiona Leon muy serio.

—Este es el menú, pero puedo preparar algo...

—No te preocupes —intervengo, guiñándole el ojo.

—Me retiro entonces.

—Cameron —empieza Leon con nuestras manos entrelazadas sobre la mesa. Su hermano no levanta la mirada del plato. Incluso prueba la sopa con disgusto—. Sabes que hasta hoy he tratado de entenderte y de apoyarte a pesar de tus locuras...

—Pero me has traicionado, le has contado todo y te has encaprichado de ella —lo interrumpe Cameron muy sereno—. Espero que te merezca la pena.

—Estoy enamorado —puntualiza Leon y, agobiado, da un sorbo al vino. Advierto la culpabilidad que siente al anteponerme a su hermano—. Para mí tampoco ha sido fácil este proceso. Maldita sea, estoy loco por ella desde que éramos niños.

—Es tu decisión y tu vida, en lo que a mí respecta, mantenedme al margen.

—Es hora de terminar con esta absurda guerra. —Las palabras de Leon propician que Cameron suelte la cuchara de malas maneras—. El dinero...

—No se va a tocar, si ella te quiere de verdad, no le importará esperar a que se cumpla el plazo. —A Leon se le acentúa la vena del cuello. Yo aprieto sus dedos en señal de calma—. Entonces creeré en una Murray y no me opondré, es lo único que te pido. Supongo que no es demasiado para un amor tan fuerte y duradero como el vuestro.

—Por mí no hay problema —cedo para no poner entre las cuerdas a Leon.

—No tengo dudas de India —recalca este con dureza.

—Yo no puedo confiar de la noche a la mañana, mucho menos cuando me has traicionado tú. —Leon se aprieta las sienes ante la acusación directa de su hermano. Tiene los ojos entreabiertos, está a la defensiva—.

También necesito espacio, por lo que me gustaría ocuparme de todo lo relacionado con Hawái hasta su inauguración.

—Solo faltan un par de meses, Cameron, me necesitas.

—Pospondremos su apertura dos meses más. Estos días tú has tenido tiempo para pensar, y yo también —lo reta y alza la copa de la que aún no ha bebido—. Ha llegado la hora de que nuestros caminos se separen, por lo que mañana no me gustaría encontrarlos aquí. Veamos qué sucede mientras la tormenta pasa, ojalá no nos estemos equivocando.

Es el único que brinda y acto seguido se incorpora y abandona la sala. No sube a su habitación, sino que se marcha de la casa. El estruendo golpe en la puerta es la prueba de ello. ¿Así de fácil se quedará de brazos cruzados? ¿Tanto le han afectado mis amenazas?

Quizá Leon tiene razón... lo ha pasado tan mal que su diana hemos sido nosotros. No lo sé, quiero creer que se da por vencido, ¿qué más puede hacer?

Leon me coge del mentón y delinea con su dedo índice la comisura de mis labios.

—Todo saldrá bien, solo necesita tiempo y se dará cuenta de que lo nuestro es real más allá del dinero. —Afirmo con la cabeza, pensativa—. Te tengo una sorpresa. Alexis me ha mostrado una casa que está en alquiler y que apuesto a que te encantará.

—¿Tan rápido?

—Me ha comentado vuestros planes y un buen amigo mío tiene una agencia. Hay varias viviendas parecidas, pero esta casa la acaban de soltar y no tardará en ocuparse, es una joyita —explica Alexis, sirviéndose un poco de pescado.

—¿Te apetece que vayamos mañana? —me anima Leon, acariciándome la mejilla—. No quiero verte preocupada por Cameron, terminará aceptando. Creí que se pondría más furioso, me ha sorprendido.

—A mí también...

—Oye, ahora tú eres mi prioridad.

—No veo el momento de empezar una nueva vida.

—Tus deseos serán órdenes para mí.

Alexis se echa a reír con expresión avergonzada, no de él, sino del comportamiento de Leon; a este no parece importarle. Al contrario, empuja el plato hacia mí y me ofrece un poco de pescado como si de una niña pequeña me tratara.

Si supiera que tengo el estómago revuelto por lo que he vivido antes de llegar.

—El día que te enamores, lo entenderás —le advierte a su amigo—. Estas semanas serán de mucho trabajo, además de la mudanza, así que te necesito fuerte, India.

—Lo estoy —replico sin lugar a duda. He recuperado el poder después de mi encuentro con Cameron; parece que ha surtido efecto. De lo contrario, su actitud ahora sería una más agresiva—. Te hice promesas que pienso cumplir.

—Chicos, por favor. Cenemos y así nos vamos todos a la puta cama.

La protesta del rubio nos hace reír y es justo lo que hacemos, tras planificamos y dividimos con el trabajo pendiente, en el que yo me encargaré personalmente de contratar a una decoradora de interiores para remodelar

Polinesia y Maldivas, nos despedimos de Alexis. Este se centrará más en trámites, y Leon, como director, se ocupará de que todo esté orden y de que los hoteles, a pesar de las reformas, continúen activos. No tiene por qué influir. Ambos están divididos en dos edificios y uno no interfiere con el otro. Aunque el trabajo esta noche queda en un segundo plano. En cuanto subimos a la habitación, Leon se dispone a desnudarme. Me supera la suavidad con la que hace que la tela resbala por mi piel, para terminar en la orilla de mis pies.

Sus dedos son lentos, tortuosos, sus manos ya arden.

—¿Te apetece darte una ducha conmigo? —me pregunta desde atrás.

—Contigo me apetece todo.

Leon libera una risilla en mi oído y de la muñeca me lleva hasta el baño. Cuando me suelta, soy yo quien se entretiene en desnudarlo. Él echa la cabeza hacia atrás, suspirando. Según van cayendo las prendas, yo repaso con los nudillos los músculos de su vientre.

Al agacharme para quitarle los zapatos y el resto de la parte inferior, emite un quejido. Me cuesta creer que este hombre sea mío, que se desame así cuando lo toco. Sin reparos, agarro su miembro, provocándolo con mi lengua, dibujando círculos en la punta. Leon cierra los puños, agarrotado. Finalmente, me lo meto en la boca, sintiendo que su placer es el mío. Mueve las caderas y yo enloquezco, lamiendo, chupando.

Pero en un momento inesperado él me alza, me besa los labios, llevándose su salado sabor y me empuja con suavidad a la ducha. La enciende y bajo el chorro de agua templada, me sube a horcajadas sobre su cintura, me empotra contra los oscuros azulejos y me invade. Gemimos, gruñimos. El placer nos nubla la razón mientras nos dejamos llevar. Los besos son ardientes, no dulces ni tiernos, están llenos de agonía, ansia, pasión.

Mis manos liberan por inercia su melena y hundo los dedos en ella con la misma necesidad con la que Leon me embiste sin darme una tregua. Dentro, fuera, fuerte, duro.

Se llena la mano izquierda de mi pecho, juguetea con el pezón erizado y excitado.

—Leon —imploro a punto de llegar al orgasmo.

Asiente, exigiéndome el beso más vehemente, efusivo y desmedido que nos hayamos dado. Pronto siento su temblor, sus ojos buscando a los míos mientras nos liberamos sin apenas respiración. Me apoyo en su frente, bebiéndome sus quejidos, desertando los míos. Muerdo su mentón, estremecida de pies a cabeza.

—Te amo —susurra y me sonríe con una expresión de la que no me cabe duda el enorme amor que siente hacia mí—. Estás preciosa.

—Cuando estoy contigo, me haces sentir así —manifiesto a un centímetro de su boca—. Por cierto... Yo también te amo.

—Te gusta torturarme, hacerme esperar —se burla y me ciñe más a su cuerpo si es posible. Me acaricia la espalda, la nuca. El costado y el pecho—. Aun así, seré bueno contigo. Prometo que me encargaré cada día de hacerte sentir tan especial como eres, no solo físicamente, tu exterior es una muestra de lo bonito que es tu interior.

—Has conseguido que contigo pueda volver a ser yo.

—Y es así como te quiero ver siempre, que nadie más apague tu luz, India.

—Me harás llorar —musito con un pequeño puchero.

—Si es de felicidad o de placer estaré encantado de beberme esas lágrimas.

Entre adulaciones y arrumacos, acabamos la ducha. Terminamos como dos tortolitos sentados en el vestidor,

en albornoz y con Leon abrazándome desde atrás. Volvemos a ver las fotografías que me mostró hace días. Esas fotos que son el claro ejemplo de la unión de lo que un día fuimos los Murray y los Cooper. No puedo evitar que la nostalgia me invada. Nos contemplo y en nosotros solo había ganas de comernos el mundo.

Miradas llenas de brillo, ilusión. Sonrisas sin maldad... complicidad.

—No puedo prometerte que algún día todo vuelva a ser igual con respecto a nuestras familias —me sisea Leon en el oído derecho, con sus manos rodeando mi vientre—. Pero sí que juntos seremos una versión mejorada de lo que quisimos ser y somos. Aunque nos equivoquemos, es inevitable, será un aprendizaje más.

—Haces que todo parezca tan fácil.

—Si luchamos y no permitimos que nadie nos influya, lo es.

Lo miro por encima del hombro y lo beso. Su seguridad es abrumadora y me la contagia, porque tiene razón. A veces se dice que dos personas no pueden estar juntas, pero que se quieren. ¿Por qué no pueden? Es cuestión de ceder, amoldarse, tener ganas, amar de verdad. Y dejar el resto al margen, no importa si se trata de la familia, en ocasiones, son los que estropean una relación. El error es darte cuenta demasiado tarde.

—Voy a sacarle una captura, quiero llevar estas fotos conmigo —le comento coqueta a Leon al apartarme y suspirar con todo ese amor que se percibe en el aire. Como si hubiese mariposas volando a nuestro alrededor—. Son imágenes preciosas.

—Adelante, toda tuyas. Dame unos minutos, enseguida vuelvo.

Su gesto pícaro me confunde, ¿qué trama? Niego con la cabeza al tiempo que sonrío, últimamente no dejo de hacerlo. Cojo mi móvil que está en el suelo, a pocos metros, dentro de mi bolso, pues es lo único que he traído en este nuevo regreso. En cuanto tengo las instantáneas, se las envío a mis hermanos. Ninguno me responde, no obstante, tengo la convicción de que no les ha molestado esos recuerdos, sino removido.

De ahí el silencio... Los conozco.

Cuando voy a dejar el móvil sobre el suelo, miro al frente. Justo donde está la caja fuerte abierta. *Tengo imágenes de la carpeta en la que están todos tus crueles planes*, así he amenazado a Cameron, ¿y si me pide pruebas y se da cuenta de que es un farol?

Saco corriendo la carpeta con manos temblorosas, busco las páginas y hago fotografías. El estómago se me revuelve al leer de soslayos algunas frases.

Nerviosa, ordeno los documentos. Entonces oigo la puerta de la habitación. Leon cruza el vestidor justo en el momento en el que estoy encajando la carpeta en la caja fuerte. El miedo a que descubra lo que acabo de hacer, actúa por mí y continúo metiendo las fotografías, como si esto fuese lo que estoy guardando. Al acabar, la cierro y lo miro.

La culpa se apodera de mí, su actitud no manifiesta que haya desconfianza. Está relajado y su única preocupación es entregarme algo que trae en una bolsita pequeña y blanca. A juzgar por el nombre, es de una joyería. Leon se arrodilla delante de mí y saca una cajita minúscula. Su interior me deja sin palabras... Me cubro la boca, asombrada.

—Espero que te guste, nunca pudimos comprometernos y me encantaría que lo llevaras en señal de que mi compromiso hacia ti no tiene nada que ver con el pacto, aunque creo que ha quedado claro. —Testifico con la cabeza, cediéndole mi mano para que me coloque el precioso solitario de oro rosa. No me esperaba este detalle, el

significado que tiene para ambos—. ¿Preparada para iniciar una nueva vida?

—Ansiosa, ilusionada, feliz y... —Hago una pausa con los ojos cristalizados—. Y enamorada. Completamente enamorada del salvaje de Leon Cooper.

Este me empuja hacia atrás, propiciando que me quede sin aliento. Sus manos no tardan en subirme el albomoz y, gimo, gimo cerrando los puños, retorciéndome. Mis pequeños y rosados pezones reciben sus caricias con impaciencia. Leon no se detiene, se desenvuelve con agilidad para rozar mi clítoris en círculos, deleitándose, desarmándome cuando su lengua toca el centro de mi placer. Me arquea, me ofrezco.

Dispuesta a disfrutar de otra eterna noche a su lado.

Las consecuencias llegan a la mañana siguiente, pero no nos importa. Estamos agotados y nos depara un día largo, sin embargo, cada hora que no hemos descansado ha merecido la pena. Seguimos en nuestra nube, ahora sí, como dos recién casados.

Lo primero que hacemos es ocuparnos de los hoteles. Mi tiempo lo invierto en buscar a una o un decorador de interiores que le dé un aire más pasional, íntimo, a la zona a reformar. No será tarea fácil y lo tenemos claro. Leon, por su parte, en su puesto. A Cameron parece habérselo tragado la tierra, no ha regresado a su casa...

Sí, digo su casa, porque, aunque por temporadas he ido y venido, jamás la he sentido como día. Sobre todo, cuando llegamos a la que nos comentó anoche Alexis. Es un apartamento muy cerca de la playa, con dos habitaciones, vestidor, baño y aseo. La cocina y la sala están comunicadas, pero sin duda la terraza con piscina es la confirmación de que la búsqueda empieza y acaba hoy. Leon y yo nos miramos y sin la necesidad de hablar, ratificamos que es aquí donde queremos iniciar los planes de futuro más inmediatos. La emoción se palpa en el ambiente, en ese ambiente mágico que se forma cuando no hay nadie que empañe nuestra felicidad.

Por ello, una vez ya por fin solos, sus brazos me rodean, me alzan y da vueltas conmigo en alto. El eco de nuestras risas nerviosas se oye en toda la estancia.

—Esto no ha hecho más que empezar, mi vida —expresa sin ocultar o disfrazar sus sentimientos, olvidándose de mantener la compostura, el control. Es él sin caretas—. Nos vendremos hoy mismo, no le falta ningún detalle y Alexis se va a encargar de que hagan una limpieza ahora, aunque su amigo la ha dejado impecable. Ya poco a poco iremos acondicionándola con nuestras fotos, muebles y llenándola de vivencias, ¿te parece?

—¿Lo preguntas? —respondo histérica, mientras los últimos rayos de sol se cuelan a través de la despejada cortina.

—Prometo hacerte la mujer más feliz del mundo.

—Ya lo soy, Leon, es imposible serlo más.

Capítulo 27

Nueva vida

Pero me equivoqué, sí que podría ser mucho más feliz. Cada día ha sido una nueva aventura, la convivencia ha reforzado nuestro vínculo y los primeros meses han transcurrido con la ilusión de los recién casados que se asientan en su nueva vida.

Como favor, hemos pedido a mi familia que no nos invadieran, que necesitábamos tiempo para nosotros y que en cuanto me sintiera preparada, hablaría largo y tendido con ellos. Que los visitaría cada semana, aunque Leon se mantendría un poco al margen. Su distanciamiento con Cameron, al que no ve, ha aumentado su jornada laboral y el tiempo que tiene libre lo emplea en mí, en nosotros, en recuperar el tiempo perdido...

También sé que es una excusa para mantenerse alejado de mi familia, en el fondo soy consciente de que le cuesta mirarlos a la cara sabiendo que, aunque nuestra situación ha cambiado, seguimos unidos por un pacto. El día que todo acabe, seremos libres realmente. Sin embargo, no hay cadenas que pongan barreras a esta relación. Ya no.

1 de agosto. Mensaje de Leon a India.

Acabo a las siete, te recojo y vamos juntos a casa. ¿Cómo suena?

Anoche fue una de las mejores noches de mi vida, el resto de mi *ranking*, sí, también lo ocupas tú.

Y no, no has tenido pesadillas. Eres preciosa durmiendo. Te quiero demasiado.

5 de agosto. Mensaje de India a Leon:

Cumpleaños feliz, cumpleaños feliz, te deseo, mi salvaje, cumpleaños feliz.

Felicidades por ¿décima vez? Esta noche te doy el regalo y treinta besos...

Después de tantos años sin pasar este día juntos, prepárate, no te daré tregua,

11 de agosto. Mensaje de India a Leon:

Creo que he encontrado a la decoradora perfecta. Mañana tengo una cita con ella, por cierto, me encanta cómo han quedado las fotos en la habitación. Te has ido muy temprano, pero la sorpresa ha aliviado mi pena. Gracias, Leon, me haces muy feliz. Te amo.

19 de agosto. Mensaje de Leon a India:

Ya casi salgo de la reunión. ¿Qué tal ha ido la cena con tu familia? Te he extrañado.

19 de agosto. Mensaje de India a Leon:

Hola, yo a ti también, muchísimo. Por aquí bien, ya sabes, miran con lupa todo lo que hago o digo. Ailén me echa una mano, pero están más observadores que nunca, incluso papá. Te espero impaciente.

19 de agosto. Mensaje de Leon a India:

¿Tú a mí también qué? No prepares nada para cenar, esta noche he reservado en un restaurante a pie de playa. Hay música lenta,

ambiente tranquilo. Te va a encantar.

26 de agosto. Mensaje de Leon a India:

He llegado a casa y no estás, ¿todo bien? Háblame, por favor, te he llamado y no respondes.

26 de agosto. Mensaje de India a Leon:

Perdón, es que ha surgido un imprevisto. ¿Recuerdas el cachorro que lleva días cerca de casa? Hoy venía sangrando y he buscado un veterinario de urgencia. No está identificado, lo han abandonado, me lo han confirmado aquí, pues ya han traído a más cachorros de la misma camada.
¿Nos lo podemos quedar?
Te mando ubicación. Perdón si te he asustado. Te amo.

17 de septiembre. Mensaje de Leon a India:

¿Has podido hablar con Ailén?

Estoy entrando en Polinesia, espérame en la habitación principal. El día se me ha hecho demasiado largo.

17 de septiembre. Mensaje de India a Leon:

A sus órdenes, director, te recuerdo que no estoy sola.
Sí, Ailén se quedará esta noche en casa hasta que lleguemos.
Ella está encantada, ya adora a Coco.

8 de octubre. Mensaje de Leon a India:

Estoy tan orgulloso de ti. Acabo de salir de Maldivas, la reforma está completamente acabada. La decoradora me ha detallado cuánto te has implicado para que todo quedara perfecto. Te lo has tenido muy callado, si querías sorprenderme lo has conseguido. No tenía dudas, pero has superado todas las expectativas.
¿Es que no hay nada que se te dé mal?

8 de octubre. Mensaje de India a Leon:

¿De verdad que te gusta? Pensaba citarte mañana, ¡impaciente!
Llegaré a casa un poco más tarde, Coco ha pasado el día con mi familia. Se ha ganado el cariño de todos. ¡Por cierto! Mañana se estrena la película romántica que queremos ver, tenemos planes. ¡Te amo!

31 de octubre. Mensaje de Leon a India:

¿Preparada? Aquí están los planos de nuestra futura casa. El próximo verano estará lista, es muy completa. Perfecta para nosotros y Coco, también para nuestros futuros hijos.

31 de octubre. Mensaje de India a Leon:

Pellízcame, a veces creo que estoy soñando despierta. Las pesadillas quedaron atrás, como los llantos.
¿Sabes las ganas que tengo de ver esa casa llena de amor?

31 de octubre. Mensaje de Leon a India:

Pronto, cariño, muy pronto.

26 de noviembre. Mensaje de Leon a India:

Coco y yo volvemos del paseo. Llevo la cena, espero que te hayas relajado con el baño de espumas. Hoy tu día ha sido muy

productivo y necesitas descansar. Tómate las cosas con calma, estás agotada.

Hay novedades...

En el buzón estaba la invitación para la inauguración de Hawái. Ni siquiera ha sido capaz de llamarme, espero que estos cuatro meses le hayan servido para recapacitar. Nos ha citado a todos, incluidos a tu familia. No te agobies, todo saldrá bien, ya casi acaba el plazo, aunque tú y yo sabemos lo necesario. Solo piensa en lo que hemos vivido desde que decidimos hacer nuestras vidas. Si me recibes desnuda, la cena puede esperar.

Tu ansioso marido.

Me miro en el espejo por última vez. No me falta detalle, voy completamente de estreno por los regalos de cumpleaños que me hizo Leon. Hasta hoy no he encontrado la ocasión para ponerme así de elegante, a pesar de que Leon y yo no hemos dejado de salir, pero en otro tipo de ambiente, de fiesta, alcohol, desenfreno. El traje es largo, ceñido, con una abertura en la pierna derecha y de color blanco, a juego con los tacones de aguja.

Gargantilla de circonitas, con sus pendientes y pulsera. Un conjunto precioso. Llevo el cabello recogido en un moño alto. Maquillaje en tonos tierra.

Ailén me sonríe desde atrás, ella me ha ayudado y se va a quedar de nuevo en casa por unas horas para que Coco no esté solo, el cachorro abandonado. Un labrador, de los que hay bastantes por Los Ángeles, que nos robó el corazón y que se unió a nuestra pequeña familia hace tres meses. ¡Han pasado tantas cosas!

Mañana se acaba el plazo del pacto y también el pesar por la farsa que iniciamos.

—¿Seguro que no quieres venir? —le insisto a mi amiga, ella saborea el Chupachups de cola y pone cara de asco.

—Me apetece cero vuestro plan.

—¿Por qué nunca quieres coincidir con Cameron?

—¿Por qué querría conocer a alguien tan retorcido como él?

—Cierto —reconozco, poniendo los ojos en blanco.

—Anda, sal y que te vea Leon, no deja de preguntar —me alienta con un pequeño empujón y su eterna sonrisa dulce, vestida de negro y ropa ancha—. Vá a alucinar.

Le lanzo un beso, dejando atrás mi habitación que tanta luz desprende. La decoración de la casa es llamativa, repleta de colores pastel. Cuando salgo a la sala, está vacía. Una sala amplia, con un televisor casi de cine, frente al sofá de tres plazas color amarillo. Ahí tenemos una pequeña mesa en la que cenamos viendo alguna serie o película. Detrás está el pequeño recibidor y, a la derecha, la cocina. La isleta de madera clara es uno de nuestros rincones favoritos... Al fondo, la terraza. El sol ilumina este apartamento en el que hemos hallado paz, serenidad. Y, sobre todo, estabilidad.

El corazón me da un vuelco cuando me asomo a la puerta principal. Leon juega con Coco, le lanza una pelota que ya empieza a traer de vuelta. El cachorro con el pelaje crema, más bonito del mundo, corretea con entusiasmo.

No puedo evitar que se me escape un suspiro. La imagen es tierna y Leon está guapísimo, hoy lleva el cabello suelto y va con traje de chaqueta de corte americano en azul marino. Con corbata, como casi siempre. El reloj en la muñeca derecha no le falta.

Está obsesionado con el tiempo.

—Oye —lo llamo y Coco viene a recibirme corriendo, saltando—. Eh, mi bebé.

Lo acaricio y pronto me encuentro con los pies de Leon. El cachorro vuelve a por la pelota una vez lo acaricio con la dulzura que despierta en mí.

Ya sí alzo la vista poco a poco. Mi apuesto marido se está mordiendo el labio al tiempo que me hace una revisión de cuerpo completo, sin excepción alguna, que propicia que un abrasador fuego ascienda por cada rincón de mi piel.

No importa cuántas veces se funda en mí, siempre queremos más.

—¿Quieres enloquecer a todos los invitados? —Me empuja hacia él por la cintura—. Estás impresionante.

—Es gracias a ti también.

—No cualquiera puede lucirse así. La verdad es que mandaría a la mierda la inauguración y me dedicaría a...

—Le cubro la boca con los dedos, riéndome—. Sensual, elegante, preciosa, sofisticada. Simplemente perfecta.

—A la altura de mi salvaje —murmuro, anudándole bien la corbata.

—¿Sabes? He pensado algo sobre estas navidades, las primeras juntos de nuevo. —Carraspea y me dedica una sonrisa ladeada. Me pone nerviosa, me encanta ese tonto gesto, además, lo conozco muy bien y sé que hablará de algo importante—. Podríamos reunir aquí a tu familia, también a tu madre y a Fran. Creo que es hora de ir cerrando capítulos.

Con mamá y su pareja tenemos una relación más fluida. Ya lo adoran.

—¿Harías eso por mí, Leon?

—Por ti haría cualquier cosa. ¿A estas alturas tienes dudas?

—No, claro que no, pero quisiera que tu situación fuese diferente.

—Yo también y no depende de mí. Tú siempre irás por delante de cualquiera.

—Te amo tanto —musito, emocionada.

—¡Coco! —oímos que lo llama Ailén.

Como sincronizamos, miramos a mi amiga. El cachorro y ella tienen una conexión especial. Se necesitan si pasan días sin verse. A nosotros nos fascina verlos juntos.

—¿Nos vamos? No quiero que mi padre y mis hermanos lleguen antes que nosotros —le recuerdo a Leon. Reconozco que este reencuentro me tiene nerviosa. Cameron se ha apartado con demasiada facilidad y no sé qué pensar—. ¿Estás bien?

—He tenido días mejores. Sinceramente espero ver el apoyo de mi hermano y no reproches en sus ojos. Si no fuese por ti, hubiese estado en la mierda.

—Yo soy la causa de que estéis así —le rebato con tristeza.

—No vuelves a decirlo. Tú eres la causa de que mi vida esté llena de nuevo, aunque me falte una pieza, pero yo no puedo hacer otra cosa. Tú me has demostrado que todo ha merecido la pena. —Lo abrazo muy fuerte—. No te separes de mí esta noche, por favor.

—Te lo prometo.

Nos despedimos de Ailén, de Coco y nos marchamos hacia la inauguración con sensación agri dulce. Ninguno sabe a qué se enfrenta. Leon, deduzco que con la incertidumbre de saber si su hermano habrá cedido ante lo nuestro, y yo... Yo con el miedo a que Cameron haga cualquier estupidez que ponga en peligro la estabilidad que

Leon y yo, lejos de él, hemos construido. Hoy tengo la vida con la que siempre había soñado antes de marcharme, con el hombre por el que he suspirado incluso cuando ni era consciente de ello, pero una parte de mí me repite que esta tranquilidad no puede durar siempre. No con nuestras familias tan distanciadas de nuevo.

Cuando llegamos y entramos de la mano, vemos a mi padre y a mis hermanos ya sentados en la mesa asignada. Leon y yo nos miramos extrañados, aun así, avanzamos hacia ellos. Aunque hacemos pausas en el camino, ya que algunos y algunas invitadas saludan a Leon y, de rebote, a mí, aunque meramente por cortesía. Enseguida me tensó al comprobar quién hay al fondo, Scarlett está aquí y sé que no es buena señal. Leon se atusa el pelo con la mano libre y refuerza con energía nuestros dedos entrelazados. Sé que pretende tranquilizarme por la mujer con la que compartió momentos de su vida, sin embargo, no son los celos los que me tienen en este estado.

Finalmente llegamos a nuestra mesa. Leon saluda a los hombres de mi familia dándoles un apretón de manos. Es la primera vez que se encuentran en estos meses. Hay distancia, seriedad. ¿Por qué incluso Ethan ha retrocedido así? Estudio a papá, él también está raro. Algo en mi interior me advierte que esta velada no va a acabar bien.

Pero ¿cómo convengo a Leon de que nos vayamos pronto?

Entonces, Cameron que está en el escenario dando un discurso, alude a Leon.

—Mi hermano acaba de llegar y creo que merece este reconocimiento al igual que yo —comenta caminando de un lado al otro, vivaracho. Va completamente de negro.

En las mesas están sirviendo un aperitivo de canapés, la decoración es muy similar a la de la cena benéfica. Aunque han cambiado el dorado por el plateado.

—¿Qué pasa? —me dirijo a mis hermanos sin rodeos después de darles dos besos y recibir absoluta indiferencia tras de un mes sin saber nada de mí—. En las pocas visitas que he tenido en casa, me habéis esquivado. Papá, ¿vas a decir algo tú?

—Hablad, joder —masculla el impulsivo de Logan.

Leon ya ha llegado al escenario, su hermano le echa el brazo por el hombro como si entre ellos no hubiese sucedido nada. Sus ojos me buscan en medio de esta incertidumbre, sé que tampoco está cómodo. Su semblante se transforma cuando ve que, justo debajo, Alexis le hace señas. ¿¡Qué está pasando!?

—Logan —le exijo bajo la atenta y dura mirada de mi padre y de Ethan—. Habla.

—Hace unos meses nos llegó un rumor y hoy, por arte de magia, ha vuelto a resurgir. Un misterioso mensaje a nuestros teléfonos. —Alzo la ceja en señal de confusión y doy un sorbo al vaso de agua que me sirven. No quiero vino, no ahora—. Te vieron con Cameron en un hotel. ¿Qué mierda te traes con los dos hermanos?

—¿Q-Qué? —replico con la boca seca.

—¿Por qué te reúnes a solas con tu cuñado en un hotel y por qué tu marido lo permite? —interviene Ethan en voz baja—. ¿Qué cojones está pasando entre vosotros tres? Leon nos evade y tú nos das largas con una conversación que está en el aire.

—El mensaje decía que te estás moviendo por dinero y que ellos lo saben —apostilla mi padre con un tono tan acusatorio que me eriza la piel.

—¿Me creéis capaz? —los rebato sin ocultar mi decepción.

—También quería agradecerle a alguien muy especial que me haya acompañado en este proyecto. — Cameron empieza a hablar tan alto que llama nuestra atención. Entonces, suelta a Leon y señala hacia su derecha —. Ella es Kayla, nuestra madre.

El mundo cede bajo mis pies. Mis ojos van de hito en hito hacia Leon y mi padre. Sus reacciones son similares, se agarrotan, incluso sus rostros se tiñen de color rojo y no creo que por vergüenza. Esto no puede estar pasando. Ella aparece cual artista en un escenario, encantada con los aplausos confusos de los invitados. Está muy rubia, más mayor de lo que la recuerdo. Va muy elegante, con un bajo recogido en el cabello.

Leon se descompone por segundos y mi padre agacha la cabeza. Ahí soy consciente de que a pesar de los meses que llevo aquí, sigo perdonarle el error que cometió, el que destrozó nuestras vidas. Un error que esta misma noche nos sacudirá de nuevo.

Capítulo 28

El pasado siempre vuelve

—Vámonos —ordena Ethan con desprecio—. Aquí no pintamos nada.

Yo soy una estatua, me he quedado congelada y soy incapaz de moverme, pero no soy la única. Papá se mantiene con la cabeza gacha, diría que a medida que asimila la presencia de Kayla, se va abochomando. Gesto que se puede malinterpretar.

—¿Te quieres quedar o qué? —lo reprende Logan con la impulsividad que lo caracteriza. No piensa, simplemente actúa—. No me jodas que esa mujer te hace sentir algo todavía, que por culpa de vuestra falta de lealdad...

—Logan —lo interrumpe Ethan de malas maneras. Es más comedido—. Vamos, papá. Y tú, India, ven a casa en cuanto puedas y acabemos con los rumores de una vez.

Quisiera gritarles, desquitarme con ellos, pero tampoco soy capaz de articular palabra. Mi familia cree de mí lo peor, mientras en el escenario explodian bombas en silencio. Cameron da por acabado el discurso e insta a los invitados a que disfruten de la fiesta y de las instalaciones que en las próximas horas estarán en marcha. Leon baja a toda prisa y me hace un gesto con la cabeza, pero su hermano lo intercepta y se lo lleva hacia adentro. Kayla va detrás. Las manos me tiemblan cuando vuelvo a beber agua presa del pánico.

Incluso se me nubla la vista y no por las lágrimas no derramadas.

Quisiera que la tierra me tragara. La ansiedad me hace su prisionera.

—India, ve con él, te necesita —me pide Alexis sin saber qué hacer.

—No puedo —confieso entre espasmos.

—Claro que sí, vamos. —Me ayuda y la música empieza a sonar a todo volumen. Muchos invitados están extrañados con la presencia de Kayla, intuyo que los que conocen la historia se preguntan qué se han perdido—. India, por favor.

Con la ayuda de Alexis consigo ponerme de pie, ya no es solo mi cuerpo el que se resiste a ver qué está pasando, sino mi mente colapsada y asustada por el huracán que supone el regreso de Kayla para mi matrimonio. Un matrimonio pactado, con un hombre al que yo no elegí, sin embargo, que ahora es mi vida...

Mientras avanzo, algunos rostros se difuminan, me mareo. Finalmente, llegamos a la sala de reuniones donde en teoría han de estar. Alexis me abre la puerta, aunque para nuestra sorpresa, solo se encuentra Cameron. Está sentado en el sofá negro de cuero, al fondo, pellizcándose la nariz. Carraspeo y titubeando, le pido a Alexis:

—Déjanos solos.

—India...

—Sé lo que hago. —El rubio desaprueba mi petición, aun así, la cumple. Tras cerrar la puerta, me dirijo a Cameron—: ¿Qué pretendes ahora?

—Solo quiero recuperar a mi familia.

—¿Y crees que esta es la forma correcta? —pregunto confundida. Está cabizbajo, tocado—. Un encuentro

forzado...

—No me sermonees.

—Leon ahora es feliz, no lo jodas así —le suplico sin esconder mi vulnerabilidad—. Los dos podemos estar en su vida.

—Ven aquí, seré breve.

Lo acompaño en el sofá, con la convicción de que él tampoco puede más.

—En unas horas se cumple el plazo, regresa a España y todo estará olvidado. Tu padre ha seguido pagando la cuota, pero no creas que esto habrá sido tan fácil. —¡Soy una idiota! Me acuno la cabeza, maldiciéndolo hasta la saciedad—. Si dejas a Leon, yo me ocupo de todo. Tu familia y la mía nunca serán compatibles.

—Cameron...

—¿Me vas a obedecer de una vez?

—No puedo —baluceo, sobrepasada por la situación.

—Te doy el dinero que necesites cuando firmes el divorcio, maldita seas.

—No se trata de...

La puerta se abre de par en par y Cameron me sostiene de la mano para soltármela enseguida, como si nos hubiesen pillado. Leon traga con dificultad, la nuez se le pronuncia más si cabe y, Alexis, que se halla detrás, me observa con preocupación.

—Cameron, explícame qué coño está pasando esta noche —le exige Leon y se le apaga la voz—. ¿¡Por qué la has traído!? ¿¡Por qué pones tus manos sobre mi mujer!?

—Mamá es la que me ha acompañado cuando tú me dejabas solo, sabes que no soporto la soledad después de todo lo vivido y a ti no te ha importado —apostilla Cameron. Me incorporo despacio, sin atreverme a dar un paso más—. ¡Ella regresó bajo mi petición después de que me traicionaras, por una mujer que...!

—Cuidado con lo que dices de India —le advierte Leon, sé que se siente culpable por los reproches del manipulador de su hermano. Sus hombros se vienen abajo. Supongo que hablar con ella ha sido muy duro. Aun así, destrozado, porque no hay otra palabra para describir su descompuesto semblante, estira la mano hacia mí. Con el corazón desbocado, no dudo y acorto la distancia—. Siento que hoy tengas que revivir toda esta mierda. Dime que no te ha hecho nada.

—Chis —le suplico entrecortadamente, pues Leon me empuja hacia su cuerpo y me abraza. Advierto su temblor, me mata verlo así—. Vámonos a casa.

—¡Corre, huye! —nos grita su hermano—. Vete con la traidora.

—Cameron —lo amenaza Leon entre dientes.

—¡Todo esto lo hace por el dinero, tú solo eres su forma de liberar a su familia! —El reproche de Cameron propicia que Leon se escape de mis brazos y coja a su hermano del cuello, chocándolo con la pared—. ¡Te duele la verdad!

—¡Leon, por favor! —imploro, tratando de separarlos, junto con Alexis.

—¿Te ha contado que nos vimos a escondidas hace unos meses? Lo que has presenciado al entrar, sí, es poco. —Leon lo aprieta con más firmeza. Por el contrario, mis fuerzas flaquean—. Vino a este hotel vacío para que le diera el dinero y te dejaba, es lo que hará en unas horas. ¡Se coló en mi habitación! ¿Adivinas qué pasó entre

nosotros?

—¡Mientes! —impugna Leon.

—¿Te ha contado que te puso una trampa y que tiene fotos tuyas en las que aparentemente le eres infiel? ¿Te ha hablado de que tiene imágenes de la carpeta negra con la que me traicionaste? —escupe con absoluto desapego—. ¿Sabes que tiene pruebas de las transacciones firmadas por mí que hicimos mal tras la muerte de papá?

Leon lo rechaza para soltarlo. Cuando repara en mí, sus ojos están desencajados.

—Dime que miente, por favor.

—Que te enseñe las fotos, mira las mías en el hotel —insiste Cameron y de lejos aprecio las imágenes cortadas para su beneficio. De cuando entré en la suite y él estaba con la ropa desarmada. Nosotros muy cerca y no se deduce que por una amenaza, sino por juego, seducción. Estoy devastada, ¿cómo defenderme?—. Es tu turno, India. Has sido tú misma quien le ha pedido al mejor amigo de mi hermano que se fuera para que nos quedáramos solos, ¿miento, Alexis?

—Tiene que haber una explicación —argumenta este, apostando por mi inocencia.

—La misma que la vez anterior, ¡estáis ciegos! —presiona Cameron—. Yo cedí a su provocación porque estaba borracho, pero no le di el dinero ni le perdoné la deuda al darme cuenta del error que había cometido, por eso sigue a tu lado.

—¡No puede ser! —niega Leon, crujiéndose los nudillos.

—Las pruebas están ahí.

—¿Qué hacías quedando con él a solas? Eres consciente de lo que estaba dispuesto a hacerte —me recrimina Leon completamente pálido—. ¡Háblame, India!

—Se hizo pasar por ti, cogió tu móvil y...

—Demuestra eso —me reta Cameron con una sonrisa diabólica—. Ella está dispuesta a cualquier cosa, ¡miras las fotos, Leon! Esa complicidad, ¡estuvimos juntos y hoy pretendía otro acercamiento! Esa vez empezó a calentarme, a provocarme.

—¡¡No es verdad!! —Voy hasta él y le golpeo el pecho. Leon me aparta mientras la locura me invade—. ¿¡Cómo puedes ser tan cínico!?

—Enséñale el resto de las fotos, ¿o también es mentira? —cambia de tema Cameron.

—Leon... —susurro con un nudo en la garganta.

—¿Esas fotos existen? —pregunta con una calma que sé que no habita en él.

—Sí, pero tiene una explicación...

Me observa con horror, es la respuesta que no imaginaba oír.

—¡Aquí la única puta explicación es que vosotros no habéis pensado en mí! —se rompe Leon y a mí me destroza el corazón—. Habéis actuado en beneficio vuestro, sin importar mis sentimientos, ¡mi sufrimiento! Siempre he estado en medio.

—India, es tu última oportunidad para aceptar la verdad —me recuerda Cameron y enseguida entiendo que está hablando del pacto que me ha ofrecido.

—Si dejas a Leon, yo me ocupo de todo... Tu familia y la mía nunca serán compatibles... Te doy el dinero que

necesites cuando firmes el divorcio, maldita seas.

—¿Por qué te quedas callada, defiéndete, maldición! ¿Pasó algo en el hotel?

—¿En necesario que te responda? —rebato a Leon a punto de perder la cordura.

—¿Me pides que confíe sin más!?

La sala empieza a dar vueltas a mi alrededor. No quiero creer que esté poniendo en duda mi fidelidad hacia él ¡y con Cameron! Es tan absurdo... O no.

¿A quién pretendo engañar? Esto iba a suceder tarde o temprano, una parte de él lo está creyendo o no lo estaría cuestionando. Siempre habrá algo que se interponga. Hoy es su hermano, ha regresado su madre y ha reabierto heridas en mi familia. ¿Qué opciones tengo? ¿Cuáles!? Si mi apoyo es Leon y está poniendo en duda mi amor hacia él.

—*Tu lealtad siempre será hacia los Murray, como la mía hacia los Cooper. Y contra eso no se puede luchar*
—*aseguró una vez Leon.*

Y tenía razón. De una manera u otra está eligiendo a su hermano, ¿qué más puedo hacer!? ¿Aceptar la maldad de Cameron? ¿Resignarme? ¿Salvar a mi padre de la mierda que tiene hasta el cuello por caer en brazos de una Cooper? ¡Estoy tan confundida! Este ataque me ha sorprendido sin argumentos. Me demuestra que siempre he de estar alerta.

No, esto no es vida, siempre con temor al qué dirán los que nos rodean. He pasado semanas sin parar de llorar y no soporto esa ansiedad de nuevo. Unas fotos han bastado para equilibrar la balanza entre el bien y el mal, a pesar de que Leon conoce cómo es Cameron y de lo que pretendía hacer conmigo.

—¿Necesitas tiempo para responder!? —exige fuera de sí.

—Es su palabra contra la mía —me rindo sin fuerzas.

—¿Tiene pruebas! —me observa con horror—. ¿Me pusiste una trampa?

—Fue al principio...

—¿Has seguido recopilando pruebas a pesar de prometerme que se acabaría esta guerra? —Afirmo con la cabeza, hiperventilando—. ¿Cómo has podido!?

—¿De verdad lo preguntas, Leon? Tenía que proteger a los míos, a mí.

—A los tuyos, ¿y yo? ¡Tú fuiste mi única elección!

—Ya... L-Lo sé... ¿Podemos hablar esto en casa?

—¿Qué hacías con él en ese hotel!? —repito casi zarandeándome—. ¿Te acostaste con Cameron a cambio de saldar con rapidez la deuda de tu familia?

El eco de sus palabras retumba como tambores en mi cabeza.

—¿Cómo puedes...? —me interrumpo al asimilar que es inútil luchar contra alguien que siempre estará más preparado que yo para una guerra en la que voy con las manos vacías—. Leon, basta, no voy a defenderte.

—Porque no tiene defensa —arremete con satisfacción Cameron.

—¿Porque tú me tendiste una trampa y yo se lo oculté a tu hermano para no dañarlo!

Entonces Leon nos señala a ambos con el dedo en alto y le habla a su hermano.

—No quiero saber nada de ti, ahora tienes a tu madre para que te acompañe. ¡Una mujer que no se arrepiente de nada! —Cuando se dirige a mí, el pulso se me pone a mil por hora. Reconozco esa mirada verde tan fría como

el hielo—. Vamos a casa.

Me coge de la muñeca y prácticamente en volandas, me saca de allí. No le importa mis quejas, mis súplicas. Me sube en el coche de un empujón y conduce a casa como un energúmeno, cuanto más intento hablar, más acelera. Entonces opto por el silencio. Echo la cabeza contra el respaldo y lloro a punto de una crisis de ansiedad. Tendría que haberlo previsto, ¿esto no funcionaría! Hay demasiados daños colaterales y su madre siempre nos recordará a aquella traición. No podremos reunirnos como otras familias y siempre habrá alguien que intente separarnos, como su hermano o, ahora, lo míos.

El pasado siempre vuelve... y lo nuestro no era tan fuerte como pensaba.

Lloro desconsoladamente al llegar al hogar en el que sido tan feliz estos últimos meses. Leon se baja del coche y entra en dos zancadas. Sus gritos se oyen desde fuera y le pide a Ailén que me lleve con mi familia. Mi amiga sale corriendo, arrodillándose a mis pies cuando llega a mi lado. Yo solo sé negar con la cabeza, llena de rabia.

—¿Q-Qué ha ocurrido? —balbucea, limpiándome las lágrimas.

—Vete a casa, dile a mi familia que todo está bien, pero que Leon está muy afectado por lo ocurrido. Ellos te contarán. —Cojo aire, dispuesta a utilizar mi último cartucho—. Necesito hablar con él, no puedo irme así, aunque sé que lo nuestro está al borde de...

—¡¡India!! —grita Leon desde dentro.

—¿Cómo voy a dejarte así? —murmura mi amiga, está horrorizada.

—Confía en mí, por favor, y llévate a Coco, no quiero que nos vea así.

Ailén asiente, dubitativa, y yo entro en casa. Leon está con la cabeza apoyada en la pared, a punto de darse cabezazos. Tratando de calmar mi llanto, me acerco y lo rodeo desde atrás, él hace amago de apartarme de un manotazo, hasta que susurro:

—Recuerda lo que hemos vivido estos meses. Lo que hemos planeado sobre...

—¡He visto pruebas y no te has defendido!

Lo obligo a que se gire y que me mire a los ojos. Está completamente roto, quiero entender su confusión, el dolor por el que acaba de pasar al reencontrarse con su madre.

—Tú sabes que Cameron es capaz de cualquier cosa, quería hacerme la misma trampa con Óscar, por favor, cariño, se hizo pasar por ti y yo caí.

—¿Y las fotografías de la carpeta, de mi supuesta infidelidad!?

—Tenía que protegerme de él y no quería hacerte daño, hacerte elegir. —Le acaricio sus demacradas facciones—. Confía en mí, te amo, Leon, ¿no te lo he demostrado?

—Siento que me voy a volver loco —confiesa y me empuja hacia su cuerpo. Hunde su boca en mi cuello, inspira mi olor y suplica con voz rota—. Perdóname.

—No ha sido una noche fácil, pero no vuelvas a dudar así de mí.

Entonces, me coge en brazos, me lleva hasta la cama y se tumba sobre mi pecho. Creo que llora mientras yo, entre lágrimas, entredo los dedos en su melena.

¿Podremos superar esta dura prueba? Me mata pensar que no.

Me desvelo al oír que se abre la puerta de la terraza. No me muevo, pero contemplo cómo Leon se sienta en

una hamaca, con el móvil entre los dedos. Me da la espalda, todavía no ha amanecido. Una parte de mí me pide que le dé espacio, la otra, solo desea estar a su lado para que no divague y nuestra casa se convierta en lo que hasta ahora no ha sido. Un espacio lleno de silencios, de esos que duelen hasta rasgarte el alma.

Aguardo con paciencia, decidida a que él sea quien regresa a la cama, pero no es así. No sé cuánto tiempo transcurre en el que Leon no deja de teclear en su teléfono, mientras el amanecer se abre paso. Finalmente, se incorpora y yo cierro los ojos para que no se dé cuenta de cómo estoy, he de entenderlo, me repito. Pronto su peso en la cama me obliga a fingir que me ha despertado. Sus ojos son diferentes, él lo es.

—Voy a vestirme y a hacer algunas gestiones, trabaja tú desde casa —masculla y me rehúye la mirada—. Volveré esta noche.

—Leon...

—Te amo —me interrumpe con un beso en la frente—. Todo está bien.

Pero miente, durante el resto del día no tengo noticias de él. Mi mente no ayuda, me imagino el peor escenario. Aun así, realizo mi trabajo en casa, hago un par de llamadas a Alexis para confirmar ciertos puntos de Polinesia y, de paso, pregunto por Leon; su amigo tampoco lo ha visto en todo el día. Comparte mi preocupación, mi pena.

A las diez de la noche me encuentro sentada en el sofá, he pedido de cenar algo sencillo, como habitualmente, unas hamburguesas con patatas fritas y refrescos. He añadido velas, apenas hay luz en casa, y mucha soledad. Ailén no ha dejado de preguntar por la situación, tampoco lo está pasando bien, mis hermanos han tomado distancia con mi padre desde que Keyla apareció anoche. El rencor ha vuelto a nuestras vidas.

Todo está patas arriba... Y Coco nos echa de menos.

Cuando escucho la cerradura de casa, me inquieto. Leon enseguida me busca con la mirada. Le sonrío y alargo la mano para que me acompañe. Se toma unos segundos y acude a mi encuentro. Ansiosa, reclamo su boca, pero el beso es rápido, frío.

Así lo ha decidido Leon.

—Te he extrañado —confieso y me subo a horcadas sobre sus piernas—. No soporto esta situación, no reconozco al hombre de las últimas semanas.

—Lo siento.

Intento besarlo, pero gira el rostro.

—¿Por qué me rechazas, Leon?

—Estoy agotado y no me encuentro muy bien. Voy a darme una ducha, necesito descansar. —Se libera de mí con cuidado, aunque antes de marcharse, susurra—. Te amo, no lo olvides.

—El que lo está olvidando parece tú, no me merezco esta frialdad.

—Lo siento —insiste con tormento.

Apago las velas con mucha impotencia y me dejo caer en el sofá. Algo vibra a mi lado, es el móvil de Leon y quien le escribe me revuelven las tripas. Sé que no debería, sin embargo, desbloqueo el teléfono y leo la breve conversación.

¿¡Qué coño está pasando!?

Mensaje de Scarlett a Leon:

Sabes que estoy aquí para lo que necesites, lo sucedido esta noche ha sido muy fuerte. Lo nuestro no terminó de la mejor manera, aun así, siempre serás especial para mí.

Mensaje de Leon a Scarlett:

No quiero hablar con nadie.

Mensaje de Scarlett a Leon:

Cameron te echa de menos, de ahí su comportamiento. Recuerda, si puedo hacer algo por ti, no dudes en pedírmelo.

Media hora después él le responde.

Mensaje de Leon a Scarlett:

Voy a verte en cuanto amanezca, esto no tiene nada que ver entre tú y yo, esa parte está clara. Amo a India y no podría tocar a otra mujer, pero necesito hacer esto, aunque sé que no está bien, o me volveré loco.

Ahora entiendo que con quién hablaba de madrugada era ella. ¿¡Para qué!?

Hago de tripas corazón y lo espero en la cama, no creo que me haya engañado con su ex, aunque sinceramente no encajo que hayan quedado a escondidas. Tiene que haber una explicación y espero que él, cuando esté preparado, me la cuente.

Lo peor es que sigue evitándome, la ducha se torna eterna y cuando acaba, se enfunda un pijama. Solemos acostarnos desnudos y con esto deja claras sus intenciones.

No quiere tocarme... ¿¡Por qué!?

—¿Mañana iremos juntos al hotel? —le pregunto, cubriéndome con la sábana. Me siento muy pequeñita con su rechazo.

—No, haremos lo mismo que hoy.

—¿A qué se debe ese cambio? —cuestiono, sujetándolo por la mandíbula.

—Ya hablaremos, India.

—Tengo miedo de cómo estás gestionando todo, me estás apartando.

—Quiero creer que en poco tiempo volveremos a ser los mismos.

—No te veo luchando para que así sea.

—Anoche sucedieron muchas cosas y necesito tiempo.

Me da la espalda y yo no me comporto de manera diferente. No sé qué está sucediendo en su mente, no comparte nada conmigo, tiene secretos y me rehúye.

¿¡Qué he de pensar!?

La cabeza ya no me da tregua al día siguiente. Ni siquiera me ha avisado cuando se ha ido, y yo estoy tan agotada tras una noche larga de insomnio, que no me he desvelado cuando se ha levantado. La mañana es una auténtica mierda, desayuno porque tengo el estómago revuelto, para calmarlo, pero el hambre es nula. Trabajo hasta las siete de la tarde, pero ya no puedo más. Me visto con lo primero que alcanzo del vestidor para estar

cómoda y sí, decido enfrentarme a esta situación, a Kayla y a Cameron. Cuando llego a casa de los Cooper, las náuseas aumentan. Es Ruby quien me recibe, se alegra tanto de verme que, sin controlarse, me da un abrazo. Aunque enseguida se retira.

—Perdón, señora.

—Ya te dije que no me llamaras así, gracias por acogerme con tanta alegría.

—Se os echa de menos —confiesa con las manos detrás de la espalda—. ¿Vienes buscando a Cameron?

—Y a su madre.

—Están en la sala, voy a avisar de...

—Vaya, a quién tenemos por aquí. —Aparece Cameron con esa sonrisa asquerosamente diabólica y Ruby se retira—. El pacto ha acabado, a qué vienes.

—Tu hermano y yo ni siquiera hemos hablado de ello. Quiero pedirte que le cuentes la verdad, lo está pasando mal. ¿Acaso no te importa su felicidad?

—Una falsa felicidad, lo es siempre que venga del apellido Murray.

—Por favor, Cameron. —Baja la mirada y yo gasto mi último cartucho—. Por los niños que fuimos, por lo mucho que nos quisimos, cerremos este capítulo.

—No puedo, he sufrido mucho y solo quiero recuperar a mi familia.

—¿A qué precio? —Oímos unos pasos y ambos miramos hacia el fondo. Kayla está viniendo hacia nosotros. Ropa cara, joyas, peinado elegante—. Cameron, date cuenta de la situación, por favor, hay cosas que no se pueden forzar. El cariño no se compra.

—¿Qué insinúas? —interviene su madre.

Un fuego intenso me quema la garganta, quisiera decirle tantas cosas a esa mujer. La noche en la que la pillaron con mi padre regresa para atormentarme, recordándome que es la madre del hombre al que amo. ¿Cómo huir de lo que nos perseguirá toda la vida?

—Cameron, es contigo con quien necesito hablar...

—Mi familia es todo lo que quiero —insiste y por primera vez percibo su vulnerabilidad, como la de un niño que reclama un amor que nunca tendrá.

—Estás cometiendo un error y algún día te arrepentirás —murmuro sin apenas voz—. Ella no es la solución... Mírala.

—¡No hables así de mi madre, vete!

Niego con pesar y me marcho rendida, pero en la puerta del jardín choco contra Scarlett. Levanto el mentón, la reto y sin andarme con rodeos, espeto:

—¿Qué te traes con mi marido?

—Ve a tu casa, él mismo te lo explicará. De mí ya tiene lo que quería.

—¿M-Me estabas espiando?

—Tú sola te has delatado. Ni dos días has tardado en buscar a Cameron.

—Ya veo, Leon me estaba poniendo a prueba —musito, decepcionada.

—Se ha equivocado traicionando a su hermano por ti.

—No tienes ni idea.

—Yo solo cuido a dos hermanos que, hasta tu llegada, eran inseparables.

Asiento con la cabeza y entro en mi coche. Golpeo el volante una y otra vez. Sé que todo está perdido, mi visita aquí ha fulminado las pocas dudas que Leon tenía. No va a creermelo, Scarlett le dirá que me ha visto saliendo, Cameron inventará que me moría por otro encuentro y su madre lo corroborará: así lo recuperarán. He caído en mi propia trampa por intentar salvar lo nuestro, por creer que Cameron recapacitaría.

Enciendo el motor y con las lágrimas avanzando por mis mejillas, emprendo el camino a casa. A mitad del trayecto, he de detenerme. Termino vomitando el desayuno, lo único que he comido en todo el día. Tengo mareos, no me encuentro bien.

Por lo que le mando un mensaje a Ailén para que me recoja. Cuando lo hace, su compañía es Coco. Lo abrazo muy fuerte, ¿es el final que me he negado a ver?

—Te oírás —me aconseja mi amiga—. Tiene que creerte.

En cuanto estaciona en casa, ambas sabemos que no es así. Leon está en la puerta y su semblante no deja lugar a dudas. Está fuera de control, y ha llorado.

—¡No quiero volver a verte, una vez más has elegido el dinero! Ya lo hiciste la otra noche al reunirse con Cameron, mientras yo me moría al ver a mi madre después de tantos años, pero me negué a creerlo. Solo te importaba tu familia. ¡Púdrete con ellos!

—Tú has elegido antes al no confiar y espi... —intento explicarme.

Me coge del mentón con impotencia, desesperación.

—Te amé sin saberlo, te he tenido y he sido el hombre más feliz del mundo y tú, a pesar de las promesas, me has engañado. Te imagino tan solo con esa cercanía y me produces rechazo, ¡me incitaba a dañarte! ¿¡Cómo has podido, maldita!?

—Te creía menos manipulable...

—¡No te atrevas a darle la vuelta a la situación!

Da un paso atrás, se aleja con una mirada que me hiela la sangre y entra en casa.

Entonces empieza a lanzar mis cosas en la puerta, como si de una delincuente me tratara. Mis ojos contemplan con horror como fotografías que nos hemos hecho durante estas semanas en la playa, el cine, de cena, de fiesta, de paseo con Coco, terminan en el suelo ante los ladridos del cachorro. Furiosa y decepcionada, niego con la cabeza.

—Coco —lo llamo, agachándome para que se reúna conmigo.

—Ni se te ocurra, India. Tú con tus mentiras y trampas has decidido romper este hogar, lo único que no necesito es lo que tienes ahí, el resto, es mío —me advierte con la frialdad de las primeras semanas—. Fuera de la casa, vete con lo mismo que llegaste.

—¡Estás cometiendo un error! —Me encaro y le doy un bofetón que le vuelve el rostro. Por lo que contrae la mandíbula—. No serás capaz de apartarme de Coco, ¡de echarme así de nuestra casa!

—¡Seré tan capaz como tú de meterte en la cama de mi hermano mientras yo me desvivía por ti, por nosotros! —Camino hacia atrás, sintiendo que sus palabras me duelen más que la bofetada que quería volver a darle—. ¡Una Murray no conoce la lealtad!

—No sabes lo que estás diciendo.

—¡Porque me he negado a verlo y te han bastado dos días para confirmar lo que no quise creer hace dos putas

noches, a pesar de las pruebas! Los Murray siempre traicionan y no eres la excepción. No vuelvas por aquí, India. ¡Deja de pausar mi vida para joderla!

—Te vas a arrepentir cuando te des cuenta de que la has perdido para siempre —interviene Ailén, cobijándome en su pecho—. Y tu hermano lo va a pagar con creces.

—Leon —insisto queriendo escapar de esta pesadilla—, teníamos planes de formar una familia. Hace dos mañanas tú y yo esperábamos un resultado con ilusión.

—Sí, quizá un resultado que podría haber llevado el apellido Cooper, pero de cuál.

—¡Eres un cabrón!! —lo increpo sin dar crédito.

Ailén me lleva hasta su coche al ver que no me sostengo en pie, los gritos de Leon no cesan, está destrozando la casa que con tanto amor hemos acondicionado para nosotros. Nuestros planes de futuro quedan atrás, unos planes que ya estaban en marcha... Estoy tan en *shock* por lo sucedido, que ni siento ni padezco.

Todos a mi alrededor dudan de mí, cuando lo único que he pretendido es protegerlos. Me siento tan sola y vacía... ¡Era mi todo!

La llegada a la casa de mi familia es como presentarme en un funeral. Mi amiga tenía razón, los rostros son indescriptibles después de la reaparición de Kayla. Hay malestar, cólera, impotencia. Sentados cada uno en un extremo del salón con las miradas perdidas.

En eso se ha convertido nuestras vidas desde hace dos noches, un retroceso que ninguno sabe cómo afrontar. Y sé que ha llegado el momento de desvelar la verdad.

Sin derramar lágrimas, ausente, les pido que me presten atención. Y empiezo a narrar, como si estuviese viviendo cada instante desde que Leon Cooper invadió mi intimidad al entrar por la ventana de mi habitación. Hablo de la deuda, del pacto, de mi necesidad de venganza, de la protección de Leon hacia mí a pesar de los planes de su hermano.

De los sentimientos que nunca hemos dejado de tener por el otro. De las amenazas y mentiras de Cameron hasta llegar a esta misma noche. Una noche en la que me doy por vencida, asumiendo que esto se ha acabado fulminantemente.

—Sí, quizá un resultado que podría haber llevado el apellido Cooper, pero de cuál.

¿Cómo ha podido?

—¡Voy a matar a ese hijo de puta! —escupe Logan mientras Ethan se lía a golpes con la pared—. ¡Casi destroza a nuestra familia otra vez!

—Nunca me perdonaré lo que os hice, lo siento tantísimo —asume papá y me estrecha entre sus brazos, compungido—. Es mi culpa. Cameron está lleno de ira, nos perdió a nosotros, a su madre y a su padre. El odio de los mayores os transformó.

—¡No lo defiendas! —le exige Logan y veo que Ailén le hace un gesto—. No me pienso quedar de brazos cruzados. —Mi amiga vuelve a tranquilizarlo.

—¿Cuántas veces te hemos juzgado sin sentido? —Bajo la cabeza ante la pregunta que me hace Ethan—. ¡Todo lo que has hecho por nosotros y...!

—Si algún día él... aparece por aquí, no le contéis de mi vida. No quiero que me justificuéis, no quiero volver a verlo —les pido, alejándome de los tres pares de brazos que me asfixian por primera vez en años. Estoy tan rota

—. Lo necesito lejos de mí.

—India, no estarás pensando en marcharte. . .

—Sí, Ethan, no quiero ni puedo sufrir más. Los fantasmas del pasado nunca permitirán que lo nuestro funcione y me niego a tener que demostrar cada día quién soy.

—¿Prefieres perderlo? —Logan es quien pretende hacerme entrar en razón.

—Él lo ha decidido así esta noche con sus actos. —Saco mi coraza e intento mostrarme contundente, porque no asimilo la actitud de Leon—. Ha elegido a su hermano y yo sé qué debo hacer, así que os pido que no interfiráis en mis decisiones o tampoco volveréis a saber nada de mí. Un error de papá nos ha hecho perder nueve años de nuestras vidas y necesito cerrar de verdad esa etapa, porque no vivo desde entonces.

—No sabes cómo me duele —musita papá ante mi reproche.

—¿Qué sentiste al verla? —le exijo sin ocultar el rencor que hay en mí.

—Pena, rabia, vergüenza. Vivir con este peso es sobrevivir, en cambio, ella. . .

—Nunca le importasteis, hoy lo he vuelto a confirmar —zanjo, marchándome a mi habitación con la compañía de Ailén—. ¡Malditos Cooper!

—Leon lo ha hecho mal, pero quiero entender que reconocer que tu hermano es un monstruo no debe ser fácil. Sumado a la llegada de su madre, la ausencia de su padre, del que no es capaz de hablar. ¿Lo has visto? Te ama con locura y de ahí su comportamiento —susurra Ailén—. Al principio de esta locura te prometí que Cameron sufriría y. . .

—¿Qué estás tramando tú? —la interrumpo, escrutándola muy despacio.

—Una vez me hicieron daño, tanto daño que no lo he superado. En el instituto internaron forzarme, pero escapé. No sé quién fue, me amenazaron con algo afilado en la mejilla, de ahí la cicatriz que escondo tras el maquillaje para evitar recordar aquel suceso a cada momento. Vosotros me creísteis cuando os mentí, inventando que me había pegado una chica por error. . . —Habla tan rápido que casi me cuesta seguirle el ritmo. No puede ser—. India, dejé de estudiar, cambié por completo. Pensé que por mi forma de vestir había provocado aquello y mírame, no he podido pasar página. Si me hubiese vengado, hoy sería otra. . . —Me cubro la boca con manos temblorosas y corro hacia mi amiga—. No lo sabe nadie y quiero que siga siendo así. Dame tiempo. . . un poco más.

—T-Todo el que precises.

Ahora entiendo tantas cosas. Ella, que siempre ha sido mi apoyo incondicional y yo no he podido consolarla y ayudarla a escapar de esa mierda en la que se vio envuelta. Ailén es la persona más pura del mundo, ¿cómo le hicieron algo así? Nunca avanza con los hombres, de hecho, nunca ha estado con uno en la intimidad.

¡Malditos hijos de puta!

A estas alturas, lloramos las dos desconsoladamente. Abrazadas, sentadas en la cama mientras abajo se desencadena otra batalla de la que ya no quiero ser partícipe. Amar me ha servido para conocer que el dolor aún puede ser mayor y que Leon Cooper siempre estará prohibido para mí, que la estabilidad duraría hasta que su familia volviese a intervenir. Regresar fue un error, ahora necesito sanar y no soy la única.

Capítulo 29

La familia

(Leon Cooper)

A veces las cosas empiezan como acaban: mal.

Una frase que he oído a lo largo de estas dos semanas. Dos semanas desde que India se fue de mi vida o, mejor dicho, desde que la eché de ella. Pocas veces en mi existencia recuerdo haberme sentido tan indispuesto, en la más absoluta miseria. Ha pasado por mi vida como un huracán, seis meses han sido suficientes para que ahora sienta que no puedo vivir sin ella. Sigo en la casa que compartimos los últimos meses, en los que no existía nadie a nuestro alrededor y podíamos ser nosotros mismos. O eso creía. . .

¿¡Cómo ha podido fingir tan bien!?

Me fumo el quinto cigarrillo del día, aunque apenas son las nueve de la mañana. Si antes dormía mal, ahora apenas pego ojo. Me hago cientos de preguntas que no tienen respuesta. La casa ya no huele a vainilla, ahora es una mezcla entre nicotina y alcohol.

No he vuelto a hablar con Cameron, me niego. Supongo que estará refugiándose con su odio en nuestra madre. En esa mujer que un día no le importó irse sin mirar atrás.

Intento levantarme del sofá, pero las piernas me fallan, ¿puedo sentirme peor?

Coco me observa fijamente desde la puerta de la terraza, sé que la echa de menos y no es el único. El pecho me duele como si lo hubiesen apuñalado. No me hago a la idea de que de la noche a la mañana India Murray ya no vaya a volver. ¿Qué he hecho tan mal para que no le haya bastado? La recuerdo aquí y es insoportable saber que fingía.

El teléfono suena, sacándome de mis pensamientos. Corto la llamada, no quiero hablar con nadie. He abandonado mis obligaciones en los hoteles. Si a Cameron lo único que le importa es el dinero, que se ahogue en él. Me cuesta respirar, ¿cómo preocuparme por el resto de los asuntos? Realmente quisiera desaparecer.

—No te separes de mí esta noche, por favor.

—Te lo prometo.

Una petición de la que hoy me avergüenzo.

Recuerdo la noche en la que Cameron la piropeaba en la cena y ella respondía, de hecho, la acusé de querer seducirlo, pero se mostró indignada. Luego las fotos del hotel, sus manos unidas la misma noche de la inauguración.

—Con tu belleza tendrías que ser más segura de ti misma.

—Cuántos cumplidos, cuñadito.

—Ya te he dicho que por lo menos yo, te haré sentir como una reina. Incluso le he pedido a Ruby que haga un

postre de chocolate, tu sabor preferido.

—Qué considerado, no esperaba menos de ti

—No me toques, India. ¿¡A qué estás jugando, maldición!?! ¿¡Ahora tu objetivo es seducir a Cameron para conseguir hundirnos!?

—No me falles o me matarás.

Y lo ha hecho... ¿¡Qué más necesito!?

El teléfono insiste y dispuesto a mandar a quien sea a la mierda, respondo.

—¿Cuándo vas a dar la cara? Qué cobarde te has vuelto. —El reproche de Ethan casi me hace reír—. Me prometiste que la cuidarías y que no le harías daño, dos promesas que rompiste con facilidad.

—¿¡Tú hermana no te ha contado la verdad o qué!?

—Ábreme la puerta y háblame a la cara con esta chulería.

¿¡Me merezco otra guerra con los Murray por ella!?

Cojo aire, lo suelto. Estoy prácticamente desnudo, por lo que decido cambiarme. Lo hago tambaleándome por el cansancio y por la resaca que arrastro de noches consecutivas. Finalmente, llego a la habitación, a esa que apenas he pisado desde que ella no está. Del vestidor alcanzo un traje de chaqueta negro. No tardo en salir de ahí, los recuerdos me bombardean y la cabeza me estalla. ¡Te odio, India!

—Tú me llamas cobarde cuando vienes acompañado —escupo con sarcasmo y abro los brazos—. Adelante, no creo que una paliza me pueda doler más que la traición de ella con mi propio hermano. ¿¡Os ha contado esa puta verdad!?

—¿Te has cuestionado que no sea cierto? —murmura Logan saludando a Coco que se vuelve loco con la visita de los tres hombres de la familia Murray.

—¿Y por qué no se defendió? ¿¡Por qué volvió a buscarlo, a pesar de la supuesta falsa acusación? —replico como si no fuese obvio—. ¿Os ha mandado ella? —pregunto a punto de desplomarme

—Se fue a España. —Marlon Murray revela la huida de su hija.

Me doy la vuelta, apoyo la frente contra la pared y doy golpes con el puño cerrado. Una mano en mi hombro me arranca un brutal gruñido.

—Piensa, Leon, recapitula desde que os reencontrasteis y pregúntate si era capaz de mentirte así —me aconseja su padre—. Aunque, a veces, amar es dejar ir.

—Me estoy muriendo sin ella —confieso con la garganta rajada de tanto gritar, fumar y beber—. No soporto su ausencia.

Entonces me doy la vuelta y la frase de Murray cobra sentido. Él lo hizo con mi madre, la dejó ir por todo lo que conllevaba, la quiso de verdad y mi padre lo perdonó con nobleza al entender algo que le costó años. Que en los sentimientos no se mandan. Sí, le falló, pero se arrepintió y es lo que les unió de nuevo. El buen corazón de ambos.

Si él estuviera aquí... Desarmado, me abrazo al que una vez fue alguien muy importante para mí y hoy es el

padre de la mujer que me ha traicionado. Mi mujer.

El hombre al que mi padre me pidió en sus últimas horas que protegiera.

No supero aquel momento, su muerte y ahora...

—Todo es tan obvio —insisto completamente hundido.

—La conoces, Leon —masculla Ethan con voz ronca—. Date tiempo y luego ve a buscarla, mírala a los ojos y descubre la verdad por ti mismo.

—¡Reconoció la trampa, las mentiras! Quise perdonarla y volvió a buscar a Cameron. Él me confirmó que le pidió una nueva oportunidad, ¡mi madre lo ratificó! —Marlon me suelta y yo me encaro con los tres—. ¿¡Queréis volverme loco!?

—¿Y qué esperabas con respecto a las trampas? Tu hermano la ha hecho mierda, pero te juro que lo va a pagar y yo no actuaré como Ethan, porque sí, le ha dado una paliza a Cameron que no puede ni levantarse de la cama, pero ¿adivinas quién lo cuidaba? Tu madre, sí —me informa Logan con sequedad.

Bufo con hartazgo. Se va a quedar solo, ella se volverá a ir. Cuando hablamos, no mostró signos de arrepentimiento. Se limitó a decir que quería volver a casa y en mí no despertó nada más que desapego. No sentí que la echara de menos, al contrario, de más.

—Nosotros también hemos dudado de India, ¿te imaginas cómo se debe sentir? —insiste el menor de los Murray—. Y lo único que ha hecho es salvarnos el culo.

—¡Por dinero se ha acostado con mi hermano! —Voy a por el móvil y muestro un mensaje que me reenvió Cameron hace un par de días—. ¡Esto es lo único que desea!

Mensaje de India a Cameron:

En cuanto tu hermano y yo firmemos el divorcio, cumple con tu palabra.

Perdona la deuda como prometiste. Yo no volveré a molestaros.

—Lo único que demuestra es que, a pesar de no merecerlo, se sigue sacrificando por nosotros —apunta Ethan con indignación. Ahí veo sus heridas, hasta que lanza las llaves que trae en la mano—. Apostar por salvar a las familias ha sido vuestra perdición.

—Mi perdición ha sido enamorarme de una Murray.

—Sin embargo, los que llevamos ese apellido somos los que estamos aquí apoyándote y haciéndote ver que lo que necesitas es pensar con calma —masculla el que fue mi mejor amigo y al que vuelvo a sentir tan cerca—. Desde niños hemos sido inseparables y te aseguro que, a pesar de todo, no deseo otro hombre para mi hermana.

Me aprieto las sienes y golpeo una y otra vez el sofá. ¡Nada desearía más en el mundo! Ellos formaron parte de los mejores momentos de mi vida. Ella, lo es.

—Por favor, no la nombréis más, no puedo con esta agonía —suplico sin la esperanza de que haya sido un malentendido.

—Ella tampoco quiere verte —reconoce Logan con las manos en los bolsillos.

—¿Mi hermano está diciendo la verdad, entonces?

—Quizá es algo que deberías haber hablado antes con India, antes de echarla de vuestra casa como a una cualquiera, hay respuestas que no son necesarias. La visita, como el resto, de la historia tiene una explicación.

Creyó que tu hermano daría marcha atrás. Qué ingenua después de lo que ha visto que es capaz de hacer —puntualiza Ethan—. Y el mensaje a Cameron, es porque mi hermana es demasiado noble, pero prefiero estar muerto que aceptar dinero de ese miserable. Perderemos todo con gusto.

—Tu familia está destrozándose, Leon, date cuenta —me presiona Logan—. Kayla lo apoya porque está recuperando en vuestra casa la posición que había perdido.

—India nunca se defendió con pruebas, ni me dio argumentos de peso, solo me presionó con frases sentimentales, manipulándome. Respondía con más preguntas. ¿¡Es tan difícil de entender!?! Me mentía mientras yo me alejaba de él por ella. Y la amaba como jamás creí que podría, llenó el vacío que dejó mi padre, empecé a recomponerme, aunque jamás se lo confesé. —Cierro los ojos, desnudando mi alma con ellos como nunca—. El acuerdo mensual se mantendrá, ¿¡cómo os voy a quitar todo si en vosotros he vuelto a sentir que tenía una familia!?

—Leon —trata de interrumpirme Ethan.

—Una familia que pasó por algo similar a nosotros y se mantuvo unida. Y sí, a vuestro modo, me acogisteis. —Él se acerca y me captura mentón con brusquedad—. Solo quería que todo acabara y ser feliz con ella, volviendo a recuperar la relación con vosotros sin mentiros. ¿Por qué me ha hecho esto?

—Llámala, inténtalo —me anima Logan lejos de seguir a la defensiva. Intuyo que esta situación nos ha superado a todos—. Quizá no sea tarde.

Ethan y Marlon me dan espacio. No acepto el teléfono de Logan, que marca a pesar de mi negativa. Nervioso, miro el reloj. Allí serán la una de la madrugada...

—Me pillas en mal momento —responde India en el segundo intento. Su voz, ese sonido que he extrañado incluso odiándola como lo hago—. Luego hablamos.

—Estoy con Leon.

Silencio.

—India, tenéis que hablar.

—Basta o no volveréis a saber nada de mí —susurra, ¿¡está llorando!?! ¡No se excusa! Ni se arrepiente—. Dile que me mande los papeles del divorcio. Es lo único que él y yo tenemos y tendremos en común.

Ya no hay más. Otra prueba de que no tiene argumentos para desmentir a Cameron.

—Ya la habéis oído —pronuncio completamente ronco.

Logan y Marlon salen a la terraza en compañía de Coco. No hablan. Contemplan el horizonte, tal vez pensando si alguna vez acabará esta pesadilla.

—Daros tiempo, a mí todavía me cuesta ver nuestras fotos juntos sin pensar en todo lo que perdimos. En lo que dejé de creer. Y después de enfrentaros a algo parecido, quizá lo más prudente es que toméis distancia para ver lo que tenéis, eso tan fuerte de lo que habláis, desde otra perspectiva —apunta Ethan con un suspiro cargado de nostalgia, sin abandonar ese pasado en el que seguimos anclados, pues todos estamos derrumbados.

—Hablas del amor como si fuese algo impronunciable. —Ethan asiente—. Si llega la mujer de tu vida, ese pensamiento te aplastará y entenderás cuánto te equivocas.

—Entonces, como te niegas a buscar la verdad dentro de ti, más allá de las opiniones del resto, si mi hermana es la mujer de tu vida, la misma volverá a ponerla en tu camino.

—Lo que necesito es olvidarla. Ahora ha tenido la oportunidad de recuperar lo que hemos perdido y parece no importarle. Ya no puedo perdonarla.

Capítulo 30

Siempre tendremos algo en común

—¿Y ahora qué vas a hacer? —La pregunta de mi madre me arranca un lamento de inquietud, indecisión, ansiedad—. ¿Por qué tanta prisa, India?

Rapidez, duración, precipitado, palabras que se repiten. ¿¡Quién es nadie para cuestionar que manejes tu vida, tus tiempos y tus metas como te dé la puta gana!?

No todos caminamos al mismo ritmo y la variedad es lo que nos hace distintos.

Entonces recuerdo una conversación con Ailén y su sabio consejo.

Hoy en día parece que en la sociedad hay que tener un pensamiento único, las mismas metas, de lo contrario, llegan las críticas y censuras. Cada persona es un mundo, punto. Que no te importen, siempre estamos a tiempo de cambiar de opinión. En eso se basa la vida, en un aprendizaje constante.

Así es. Ella no se plantea tener hijos y su postura es tan válida como la mía. Con veintisiete años creo que ya soy mayorcita como para tener que dar explicaciones.

Aun así, lo hago,

—Porque era nuestro sueño, hace unos meses iba a casarme con otro hombre solo por llenar un vacío, ¿crees que iba a perder más tiempo cuando estaba viviendo la vida que tanto había anhelado y con la persona que amaba? —susurro rota en mil pedazos desde la cama—. Siempre me has aconsejado que hiciera lo que sintiera, no lo que debiera, sin importar qué esperarían de mí y mírame, de poco me ha servido.

—Chis, cielo.

Mamá me besa la frente y Ailén se apostea detrás de mí, abrazándome. Me rodea por el vientre, justo donde tengo la prueba de embarazo que muestra dos líneas con claridad. *Un resultado que podría haber llevado el apellido Cooper, pero de cuál.* Esa frase la tengo clavada en el fondo de mi alma y ahora cobra más sentido que nunca. La mañana de la inauguración me había realizado una prueba, antes incluso de la falta del período, ambos estábamos ilusionados, nuestro primer mes de búsqueda, yo me encontraba excesivamente agotada. Su resultado no fue el esperado y por ello hasta hoy no lo he repetido. Me negaba a creer que en estas circunstancias pudiera recibir la noticia de que sería mamá, sin él, después de cómo se comportó, de dudar incluso de esto.

¿Cómo fue capaz después de lo que compartimos?

—¿Y si sale negativo? —le pregunté sentada sobre sus rodillas, apenas podía hablar. Tenía la boca seca y notaba el pulso de mi garganta en el resto de mi cuerpo.

—Lo seguiremos intentando, ganas no nos faltan —me consoló, acurrucándose en mi cuello para no mirar hacia la prueba—. No sabes cuánto he esperado esto.

—Me hago una idea, nos llamarán locos.

—¿Por qué? ¿Por vivir el presente y construir un futuro? ¿Por no permitir que el miedo nos paralice? ¿Por qué la humanidad se cree con el derecho a opinar o de decidir cuando es el momento para que cada uno dé los pasos que crea conveniente en una relación de dos? Todas las posturas son respetables, no hacemos daño a nadie.

Silencié sus preguntas con un beso, era mi forma de decirle que estaba absolutamente de acuerdo con él. Habíamos esperado nueve años, ¿no eran suficiente?

—Ya han pasado cinco minutos —le avisé con una risilla nerviosa.

—¿Preparada?

—Sí y no. —Leon me sonrió con ternura y bajamos la mirada. La desilusión se apoderó de mí—. No podía ser tan fácil...

—Entonces, practiquemos de nuevo. —En sus ojos advertí cierta decepción del resultado, pero lo camufló y me sentó a horcajadas. Estábamos en el sofá—. Llegará cuando menos lo esperemos y ahora, por favor, querida esposa, desnúdese.

Cuando menos lo esperemos... Así es, a miles de kilómetros de distancia, sin poder apartar los recuerdos y odiándolo por empañar esta felicidad. Por pensar que yo podría ser capaz de algo tan sucio como acostarme con su hermano por dinero.

Como si no me conociera después de mostrarme ante él sin corazas.

—Buenos días —me saludó cuando abrí los ojos una mañana de tantas—. El placer que me produce verte dormir me podría llevar a correrme.

—Bruto —protesté, desperezándome—. Estaré feísima.

—Estás tierna, dulce, natural. —Me acurruqué en su pecho, abrazándolo muy fuerte—. ¿Sabes qué día es hoy?

—¿Sábado?

—Sí, así que nos vamos de escapada.

—Tú estás loco —le dije con una sonrisa.

—Sí, mi locura tiene nombre, el tuyo.

Me lancé encima y besé cada centímetro de su atractivo y soñoliento rostro.

No podía estar más enamorada.

Ese viaje marcó un antes y un después en nuestras vidas, aunque hasta este instante no he sido consciente de cuánto...

—Por ti, por mí, por nuestro futuro juntos —brindó bajo la luz de la luna. Estábamos en medio de la naturaleza, sin playa, de picnic—. Estás radiante esta noche.

—He estado pensando mucho...

—No me asustes. —Su semblante se transformó—. ¿Qué pasa?

—Una vez te dije que quería todo contigo, pero ya no necesito esperar más.

—India —gruñó, acariciando mi alianza—. No juegues con esto.

—Quiero que formemos esa familia que tanto hemos soñado.

Leon cambió de postura para inclinarse hacia mí y apoyar su cabeza en mi vientre.

—Te prometo que no te arrepentirás de elegir a este salvaje para construir juntos el proyecto más bonito de nuestras vidas. Estaré a la altura de lo que te mereces.

Promesas rotas... Cierro los ojos, permitiendo que las lágrimas fluyan. No sé cómo voy a hacerlo, lo único que tengo claro es que mi padre y mis hermanos no sabrán mi estado, de momento. No quiero que Leon se presente aquí reclamando algo que dejó de pertenecerle desde el instante en el que puso en duda mi fidelidad o su posible paternidad.

—No quiero ver a nadie.

Es mi frase más repetida en estos últimos tres meses. Prohibiéndole a mi padre y a mis hermanos que vengan a verme. Mi vientre ha crecido un poco, también mis pechos, no demasiado, pero estoy más delgada y las nuevas curvas de mi cuerpo las disimulo con chaquetas un poco más holgadas. Nadie conoce la noticia, excepto los que viven conmigo el día a día. Estoy muy cansada y el trabajo de recepcionista no ayuda a que mi agotamiento mejore. Lloro casi todas las noches mientras acaricio esa piel que me separa de la vida que estoy creando en mi interior. Le pido perdón por mis llantos y le hablo de lo que feliz que soy al pensar en su llegada. Aún no he comprado nada, apenas son cuatro meses de gestación y todavía no conozco su sexo, la próxima semana saldremos de dudas mediante una ecografía en 5D.

Mi vida es parecida a la de antes de irme a Los Ángeles, excepto por lo obvio.

Mamá y Fran están ilusionados, y Ailén... Se ha volcado, parece mi sombra.

No me deja sola, aunque sé que una parte de ella se siente mal al mentirle a mis hermanos, sobre todo a Logan. Ellos tienen una conexión especial que a veces me ha hecho incluso dudar, pero nada más allá de la realidad, los une algo que no me quieren contar. Algo que esperan llevar a cabo en algún momento, pero es un secreto que no comparten. Yo, por supuesto, la respeto. Ella lo hace con mis silencios.

—¿Estás despierta? —Es la voz seria de Ailén. Me giro apenas un poco. Son las cuatro de la tarde y a las ocho vuelvo al trabajo, por lo que estoy descansando—. Eh...

—¿Qué pasa? —Me incorporo con rapidez en la medida que debo. Está desencajada—. No me digas que mi padre o mis hermanos han venido.

—No... aunque Logan me dijo anoche que ahora que han terminado las fechas más especiales, que están más parados y como no pudieron venir en Navidad, estarán aquí la próxima semana. —Ya no puedo patear como hacía antes, pero golpeo el colchón, rabiosa. Ailén se mantiene en la entrada, rascándose la frente—. No es todo.

—¿Es que puede haber una noticia peor? ¡Se darán cuenta! Al final él... —Soy incapaz de pronunciar su

nombre—. Él se terminará enterando de que siempre tendremos algo en común y no quiero, tomó una decisión y me niego a que su hermano intente hacerme daño y si se trata de... —Se me apaga la voz al acariciarme el vientre. Entonces, leo con claridad la mirada azul de mi amiga—. No, dime que no.

—Está abajo con un abogado. Leon ha venido para que firméis el divorcio.

Capítulo 31

Tu castigo

Entro en pánico, no puedo bajar. No quiero verlo. Miro a mi amiga y niego una y otra vez con la cabeza. No estoy preparada para reencontrarme con él. Creí que esto no sucedería tan pronto. Le he mandado cientos de correos para que me enviara los papeles, nunca ha habido respuesta. Desde que Logan me llamó con él presente, no he vuelto a tener noticias suyas. Toda mi familia sabe que está prohibido mencionarlo.

—Tu madre le ha servido un refresco —me informa Ailén, incómoda—. Sería bueno que cerrarais ya esta etapa. Ponte la chaqueta y baja. India, sé valiente.

—No me apetece remover ciertas cosas.

—No se irá si no firmas.

Ella cruza los metros que nos separan y me ofrece la chaqueta negra del uniforme que está sobre la mecedora, en ese asiento en el que ya me imagino con mi bebé en brazos. Finalmente, Ailén me ayuda a recogerme el cabello color chocolate en una coleta baja y me pellizca la mejilla. Mi amiga no tiene ni idea de lo mucho que le agradezco que no suelte nunca mi mano. No le ha importado abandonar su vida en Los Ángeles, aunque sé que allí había encontrado su sitio. El lugar donde sanar sus heridas y espero algún día poder recompensarla por todo su sacrificio.

Mi rubia, con pecas y tierna expresión, se merece solo cosas buenas.

—Vamos, India —me alienta con una sonrisa que no llega a sus ojos.

Me abrocho el último botón y con un suspiro, me adelanto a Ailén. Ella me plancha la chaqueta por detrás con las manos, diría que está tan nerviosa como yo. En cuanto piso el primer escalón, el aire empieza a faltarme. Lo veo por detrás, está sentado, callado. Mamá lo observa de reojo y cuando me oye, también me sonrío para tranquilizarme.

—Estaré en la cocina por si me necesitáis —comenta y le hace un gesto a Ailén para que la acompañe—. ¿Quieres algo de beber, cielo?

—Agua —le pido antes de enfrentarme a él.

Leon se incorpora muy despacio, como si el cuerpo le pesara y las fuerzas me flaquean en cuanto nuestras miradas se cruzan. De repente, es como si el tiempo no hubiese transcurrido. Las ganas de abrazarlo son devastadoras. El corazón se me desboca y siento que no podré con este nuevo reencuentro. Hasta que recuerdo cómo me echó de nuestra casa, cómo me trató, aunque yo le diera «motivos» al guardar silencio. Aun así, me invade el sentimiento de decepción al pensar en lo que llevo dentro de mí.

Nuestro sueño... ahora cumplido.

—Buenas tardes —saludo al abogado y me cruzo de brazos en señal de protección. De repente, el frío se apodera de mí. Esos ojos verdes persiguen a los míos sin darme una tregua, intimidantes—. Acabemos cuanto antes, por favor, tengo cosas que hacer.

—Supongo que llamar a Cameron para que cumpla su parte, ¿verdad? —espeta Leon a la defensiva, más

ronco que nunca. Está expectante, inquieto—. ¿Me equivoco?

—No voy a responder.

—¿Te ha merecido la pena? —Intenta cogerme el mentón. Doy un paso atrás y chirrí los dientes—. Supongo que sigues en contacto con él.

—Supones mal y no te atrevas a tocarme —replico con altanería—. Si has venido a pelear, fuera. Lo único que te mantiene aquí es una firma. ¿Me dais los papeles?

—¿Qué falló? —Su pregunta me desarma. A pesar de la exigencia con la que la ha pronunciado, la súplica está presente—. ¿El dinero siempre fue el motor de todo?

—Qué lástima que el que no entienda nada ahora seas tú.

—Em. . . Hola, soy Thiago, puede leer si está conforme con todo —nos interrumpe el abogado. Supongo que es nuevo, el anterior se habrá quedado con Cameron.

—Nos casamos con separación de bienes, si no hay modificaciones, acabaremos rápido —recalco con decepción y tristeza, aceptando los documentos—. Sentaos, por favor.

Ocupo mi lugar enfrente y realmente finjo que leo, no puedo concentrarme. La mirada de Leon me taladra, no la aparta de mí. Es innegable que está guapísimo, más salvaje al no tener tan recortada la barba. Lleva ese cabello oscuro recogido, va de ese azul que tan loca me volvía, cualquier diría que lo ha hecho a posta. . . ¿Qué pensará?

Está más delgado, apagado.

Su expresión se toma ausente. Se ha quedado estático tras mi réplica. Sí, con esa frase que tanto le gustaba pronunciar, que me confundía y despertaba sacudidas en mí.

—¿Un bolígrafo? —pregunto, apoyándome en la mesa que hay entre ambos sofás. No sé cómo aguanto el tirón ni cómo soy capaz de gestionar mis emociones, supongo que el desengaño me nubla la razón—. Por mi parte, todo correcto.

—Firme entonces, por favor —me pide el abogado. Es un señor de unos sesenta años, muy serio y correcto. Con el cabello completamente canoso.

No me atrevo a reparar en Leon cuando plasmo mi firma con dedos temblorosos. Es el fin de algo que jamás tuvo que empezar. Mi vida era sencilla, pero desde que él volvió para después echarme, se ha llenado de oscuridad, de una soledad que me aplasta cada noche. Noches largas, en las que las pesadillas no cesan. Nadie tiene idea de lo duro que está siendo el proceso. La separación de la persona que amas y la noticia del embarazo.

—Leon —lo llama Thiago—, es tu turno.

Le rehúyo la mirada y bebo un poco de agua del que mamá me ha servido. Reconozco que los ojos me pican, me arden por las lágrimas que no me permitiré derramar en presencia de Leon Cooper. ¿Dónde ha quedado lo que compartimos?

Esa complicidad que no se podía fingir.

Ese amor por años, en la distancia, pese a los enfrentamientos familiares.

Instintivamente, me pongo la mano en el vientre, pero la aparto corriendo. Leon se agacha y tras pensarlo un instante, firma los documentos. Entonces, nuestras miradas se cruzan y advierto el pesar en la suya. Me inspecciona con un semblante que se descompone a medida que transcurren los segundos. Lo veo tragar, parece desorientado.

—Tengo que irme —me adelanto sin soportar más su presencia.

—India —pronuncia mi nombre y la voz se le entrecorta.

—Lo siento, me están esperando —me despido con un carraspeo y corro como alma que lleva al diablo hacia mi habitación. Cierro con violencia, dejo que mi espalda resbale por la puerta hasta sentarme en el suelo y acurrucarme con las rodillas. Nunca le perdonaré este sufrimiento—. ¡Malditos Cooper!

—India, soy Ailén, abre.

—Necesito estar sola —manifiesto, rompiéndome en tantos pedazos que sé que ya no podré recomponerme—. ¿Puedes cubrirme esta noche?

—Claro... Se va, ¿quieres decirle algo?

—¡No!

Una parte de mí es consciente de que no podré callarme siempre este secreto, que, aunque él se lo merezca por cómo me trató, no me siento capaz de ocultarle que estoy embarazada. El miedo a que cuestione si es de su hermano me golpea, pero es un riesgo que debo correr. No puedo fallarle así a ese pedacito de mí que viene en camino.

El resto, dependerá de la decisión que él tome... No, nunca podré liberarme de los Cooper. En mi interior cuido a uno o una de ellos y que amo con todo mi ser.

Las ganas de gritar son insoportables, un nudo en el estómago me oprime la respiración. ¿¡Por qué no confió en nosotros!? Me levanto y me tumbo en la cama. Muerdo la almohada para ahogar esta desesperación. No mucho después la puerta se abre. Son mamá y Ailén. La primera se arrodilla ante mí, mi amiga aguarda en la entrada. Sé que las estoy haciendo sufrir, otra vez... ¿¡Hasta cuándo!?

—Cariño, toma, te has dejado la copia del divorcio abajo.

—Gracias, déjalo en la cama.

—Te sigue queriendo, cielo —murmura mi madre y el mundo se me cae encima. En el fondo lo sé, pero su hermano siempre estará ahí y la reaparición de su madre habrá dividido a mi familia. No podemos depender de ellos para ser felices—. Hablad, cuéntale todo. El silencio no es un buen aliado.

—No puedo estar aclarándole sus dudas cada vez que alguien me cuestione —replico con rotundidad, aunque esté destrozada—. Él lo decidió así.

—No creo que haya sido fácil para él estar entre la espada y la pared. Tú decidiste callar y, de esta forma, saldar la deuda. Porque hoy todo acaba con Cameron, ¿cierto?

Me encojo de hombros, quizá sí, me resigné con facilidad al ver que Leon me ponía en duda. Aceptar la situación y liberar a mi padre de la maldita deuda que está acabando con nosotros... fue mi única salida. Cameron ya había conseguido lo que tanto perseguía, al menos aún podía salvar el hotel de mi familia, la casa. La posición económica de mis hermanos. Cameron Cooper no tiene ni idea de cuánto odio reúne en mi familia, que se están controlando por petición mía, pero sé que no se librará del daño causado. Yo no me encargaré de devolvérselo, lo hará la propia vida.

—Voy a llamarlo, ¿me dejáis sola? —les pido, aguantando el tipo—. No me importa qué hora sea allí, ese cerdo tiene que cumplir, si tiene palabra...

—Lo dudo —manifiesta Ailén con un desprecio al que no me tiene acostumbrada—. No sabes cómo me

gustará hacerle beber de su propia medicina.

—¿Qué? —Ladeo la cabeza—. No te quiero cerca de él.

—No... no, ni loca. Era una simple expresión —murmura con un aspaviento de manos y se dirige a mi madre—: Creo que ha llegado papá, bajemos.

—Te quiero —sisea mamá y me besa el vientre—. Os quiero.

—Gracias por todo.

Ella saca la lengua con burla, entonces alcanzo el teléfono. Cameron no responde, y yo no quiero mandarle un audio. No debo dejar pruebas de lo que diré.

He aprendido que siempre lo utilizará en mi contra.

—¿India? —pregunta finalmente, parece adormilado.

—India Murray, la misma. Espero el documento en cinco minutos de que la deuda queda saldada, tu hermano y yo hemos firmado el divorcio —escupo con resignación.

—¿Cómo sé que es verdad?

—Ahora te mando una foto y espero el documento de vuelta.

—¿Cómo está Leon? —El tono de voz le varía, ¿acaso piensa que me voy a tragar a estas alturas su arrepentimiento?—. No sé nada de él y han pasado tantas cosas.

—Cosas que a mí no me importan, has conseguido separarlo de mí, felicidades.

—Y tú lo único que te ataba a él, el dinero para tu familia.

¡¡Soy idiota!! Al final vuelvo a darle lo que necesita, razones para vejarme.

—¿Sabes qué, Cameron? Tienes razón. No lo quiero, simplemente deja que se cumpla la última voluntad de tu padre y que se devuelva mensualmente, nada más.

—Eso ya se está haciendo. Leon llegó a un acuerdo con tu familia. —Me quedo callada, nadie me lo ha contado—. ¿Renunciarías así por lo que tanto has luchado?

—He luchado por hacer feliz a tu hermano, pero es algo que una persona como tú, sin escrúpulos, jamás va a entender. Pero ¿sabes cuál será tu mayor castigo?

No hay respuesta, solo un silencio ensordecedor, por lo que añado:

—Tu castigo será que el apellido Cooper siempre estará ligado a un Murray. —Mi llanto truena en medio de su mutismo—. Vas a tener que vivir con ello, Cameron. El bebé que espero lo llevará en honor a tu padre, aunque tu hermano y tú no lo merezcáis.

Y corto la llamada con la esperanza de no volver a cruzármelo en la vida.

Capítulo 32

La despedida

Salgo del baño después de una ducha bastante larga y reflexiva. Ya me he secado el cabello. Me he puesto un camisón de raso, negro, un color con el que estoy bastante cómoda últimamente, sobre todo si es ancho, aunque corto. En la habitación me espera música, una canción de Ángel Capel, *De promesas no sabes nada...* y un sándwich mixto. Me siento en la cama y a pesar de no tener apetito, me obligo a comer. Su textura blanda ayuda a que no termine vomitándolo. Aunque la letra de la canción me provoca lo contrario. No porque sea horrible, al revés, hay estrofas que me remueven mucho.

No se puede amar sin garantías. No puedo quedarme otro día.

Soy masoca, porque en vez de quitarla, la programo para que suene en bucle y en un volumen bajo para no molestar a mamá y a Fran. Ella trabaja de jardinera muy temprano. Él ejerce de reponedor en unos grandes almacenes, y Ailén me está cubriendo el turno. Se ha marchado hace apenas un ratito, dejando la habitación acondicionada para mí. ¿Puedo quererla más? Es la hermana que no tuvimos los Murray.

Un ruido a mi espalda me obliga a girarme. El pan termina en el suelo. Imágenes de un pasado no muy lejano se mezclan con mi presente, pero ahora no tengo miedo.

—*Si rechazas mi ayuda, este estúpido intento por mantenerte a salvo será lo último que haga por ti en mi puta vida*—pronunció en aquel momento.

Leon se ha vuelto a colar por mi ventana, aunque no recordaba haberla abierto. No intento huir, de hecho, soy incapaz de tan siquiera pestañear. Por un segundo, me creo estar en uno de esos sueños en los que él aparece para luego desvanecerse. Pero no, es real, tan real como cuando nos reencontramos el 27 de mayo. Hoy, a diferencia de aquella noche, no acorta la distancia hacia mí. Se queda quieto, señalándome con el dedo. Leo el tormento en su rostro. No puedo evitar tensarme.

—¿Qué coño haces aquí?—consigo articular palabra.

—No podía irme sin decirte que cuando hice esto hace unos meses, lo único que deseaba era abrazarte, preguntarte qué había sido de tu vida. —No, por favor. ¿Cómo un puñado de frases me erizan la piel? Hace una pausa y se toca el anillo de casado, el que no traía esta tarde. El mío está guardado en lo más profundo de un cajón—. La verdad es que deseaba gritarte que te había echado de menos, como ahora.

—No te acerques —le ordeno, temblando de pies a cabeza.

—No me fallaste, ¿verdad? —Me muerdo el labio, dominando las ganas de llorar. De reclamarle lo capullo que ha sido al desconfiar de mí. Yo que daba todo por él—. Ese brillo tan característico de tus ojos lo ha gritado junto con la frase de que ahora el que no entendía nada era yo.

—Leon...

—¿Por qué callaste y no insististe, India?

—¿Era necesario responder cuando tú y yo nos habíamos prometido no dejamos influenciar? —Me vengo abajo—. Pero ahora esto no tiene sentido, en el fondo, ambos siempre hemos sido leales a nuestras familias y nos

ha pasado factura.

—Creí enloquecer, apareció mi madre después de nueve años, mi hermano me mostró pruebas y yo os acababa de pillar en una situación comprometida, recuerda, al principio solo le reclamé a él, hasta que sacó las pruebas.

—*Cameron, explícame qué coño está pasando esta noche. ¿¡Por qué la has traído!? ¿¡Por qué pones tus manos sobre mi mujer!?—*
Le gritó aquella noche y luego se dirigió a mí—. Siento que hoy tengas que revivir toda esta mierda. Dime que no te ha hecho nada.

No miente. . . Lo recuerdo como si fuese ayer.

—Me dijiste aquella frase y algo en mí se removió —insiste.

—*Confía en mí, te amo, Leon, ¿no te lo he demostrado?*

—Pero mandaste a tu ex a que me espiera —le reclamo.

—Te miraba y lo veía a él, quería y no podía. Solo quería confirmar que no mentías.

—Pero lo busqué para salvar lo nuestro y creíste que sería tan zorra de tirármelo.

—India, por favor.

—Es la realidad.

—¿No tiene solución? —masculla y avanza muy lentamente.

—No. . . Tu con tus acciones me demostraste que siempre estaremos en la cuerda floja. Fuiste tan cruel echándome de casa, alejándome de Coco y. . .

—No lo digas —se lamenta al adivinar que le voy a recordar que puso en duda una posible paternidad—. Necesitaba verte y encontrar las respuestas que tu boca no me daba, porque no remonto. Apenas duermo, solo como para mantenerme en pie, no vivo.

—Cállate.

—Desde que ella volvió, mi cabeza se llenó con el maldito rencor del pasado y ese no quiero volver a ser yo. Quiero ser el mismo hombre en el que me transformé cuando nos reencontramos. Mi mundo no tiene sentido desde que no estás.

Zas, en el centro de la diana.

—Yo, en cambio, estoy recuperando mi calma —miento y levanto la mano para que no continúe acercándose—. Vete, Leon, no nos hagamos más daño.

—Entonces, déjame que me despida como lo hubiese hecho hace nueve años y medio de ser otras las circunstancias. —Se detiene a unos pasos de mí y cierra los ojos—. Me habría declarado, te hubiese confesado que estaba loco por ti y que, aunque estuviésemos lejos, lucharía para que algún día me quisieras como yo lo hacía.

—B-Basta.

—Habría intentado besar ese arco de cupido tan sensual. —Con los hombros hundidos, me mira sin enmascarar sus sentimientos y el latido de mi corazón galopa cual caballo desbocado. Sus ojos están empañados—. Hubiese intentado convencerte de que merecería la pena.

—Ya sabemos la respuesta.

—Te hablaría con esta calma, sin reprocharte que no me correspondieras, pero no dejaría de insistir, porque algo me decía que eras la mujer de mi vida. —Me agarra el rostro y una sacudida propicia que me tambalee. Él

me sujeta, lo hace con tanto tiento que me calma. Estamos tan cerca que respiro de su mismo aire, del que he extrañado hasta sentir que me moriría sin él—. El Leon de hoy quiere expresarte que sabe que no te merece. Que está arrepentido y que jamás se perdonará haberte perdido.

Descansa su frente en la mía y acaricia mis mejillas. Gruñe y yo aguanto un sollozo.

—Me colé en tu casa, te obligué a convertirme en mi mujer el mismo día que te hubieses unido a otro... Has vivido bajo presión las amenazas de mi hermano y, aun así, después de entregarte en cuerpo y alma, te obligué a dejarme —reflexiona con el tormento patente en sus duras facciones.

—Por todo eso, lo que sucedió la noche de la inauguración y después, no puede ser. Aunque ahora esté muriendo por perdonarte. —Leon me empuja hacia él y choco con su pecho. Ahí me quedo, refugiándome en el calor que desprende. Oyendo el acelerado latido de su corazón, al tiempo que imploro acobardada—: Vete, por favor.

—Sigo queriendo ser el padre de tus hijos —su voz apenas es un susurro. No lo reconozco, se niega a aceptar mis palabras. Unas palabras que se clavan en lo más profundo de mí y que no se imagina el valor que tienen ahora—. No me echas de tu vida, aunque yo fuese tan estúpido de hacerlo. No volveré a...

—H-Hemos roto demasiadas promesas.

—No permitas que me vaya, India, por favor. Estos meses han sido los peores de mi vida. Me daba miedo volver a verte y confirmar la mierda que me creí una vez. ¿Cómo pude? Horas antes estábamos ilusionados con la idea de formar una familia. —Me tira con suavidad del cabello para que me encuentre con su mirada. Una mirada cristalizada, reprimiendo las lágrimas. Yo apenas me sostengo en pie, debilitada en todos los sentidos—. Lo siento tanto, cariño, siento mucho habernos destrozado así.

Aposta su mano en mi cuello, se aproxima a mi boca y el anhelo me gana la batalla. Permito que me bese, sollozo cuando nuestros labios encajan como el primer día que se rozaron. Asumo que me está superando esta situación, que lo sigo amando como esa noche que me echó de casa o más. Leon, entre gruñidos desesperados, me rodea con los brazos, me acaricia la espalda. Somos como dos depredadores devorándose.

Él se sienta en la cama y sin abandonar mi boca, me empuja para que quede a horcajadas. Sé que más tarde me arrepentiré, aun así, no lo rechazo cuando empieza a desabrocharse el pantalón y echa mi braguita a un lado. Ya no son gemidos, son lamentos al sentirnos de nuevo después de tantos meses sin tocarnos. Leon me guía por las caderas y yo me contoneo mientras el sabor salado de nuestras lágrimas se fusionan.

—Te amo, India, te amo tanto que no quiero creer que nos estemos despidiendo.

Enreda las manos en mi pelo suelto, despeinado, y yo me aferro a su nuca. Reconociendo sus caricias, el tacto de sus manos, esa forma de adentrarse en mi interior propagando un intenso fuego. Nadie me ha hecho sentir así. Estas cosquillas que me invaden. Esta electricidad que me recorre sin piedad alguna. Advierto que se agarrota y yo contraigo mis paredes vaginales para que se deje ir. Explotamos mientras la magia nos aísla. Vuelvo a rozar el cielo con la música sonando de fondo.

Me equivoqué, a ciegas te amé. Sentí que en mi vida, no había después.

Tengo en papel, palabras de ayer. Promesas vencidas...

Entonces soy consciente del error que acabo de cometer. Uno más... Si el rencor no me permitirá avanzar, ¿por qué sucumbo ante él?

Me siento vulnerable, hipócrita conmigo misma.

—No puedo —me aparto entre temblores, colocándome la bragueta y el camisón.

—Espera. —Intenta retenerme, pero niego con un nudo en el pecho. ¿De qué nos sirve esta entrega? ¡Me abandonó en mi peor momento!—. ¿Qué pasa, India?

—Hay otra persona más importante para mí. —Me armo de valor a pesar de la descomposición de sus facciones. Me alejo un poco y me levanto el camisón por completo. Sus ojos se desencajan—. Conocí la noticia a las dos semanas de estar aquí. ¿Puedes imaginar lo sola que me he sentido? Convertiste nuestro sueño en una pesadilla.

Instintivamente revivo esas noches de llanto, mañanas de náuseas, miedo, incertidumbre. Momentos a los que él renunció y a los que me tuve que enfrentar en soledad. Niego con la cabeza cuando levanta la mano para tocarme, escondo mi vientre como si pudiera protegerme de él o de los sentimientos que albergo y no deseo.

Quisiera odiarlo, olvidarlo, rehacer mi vida como si nunca hubiese existido.

—No, no, no. Acabas de matarme. —Se mece la cabeza—. Esto no puede estar pasando. Yo... ¡No! Me merezco cada maldito día de agonía lejos de ti.

—Necesito que te vayas, por favor.

—India, no puedo, mi vida. —Se toca las sienes, se pellizca el puente de la nariz. Niega sin cesar con la cabeza, enloquecido—. Déjame quedarme, cómo me pides que me aleje de ti si eres lo mejor que me ha pasado y me vas a...

—Un resultado que podría haber llevado el apellido Cooper, pero de cuál —repito la frase que él mismo pronunció, una frase que se ha grabado a fuego lento en mi memoria.

Se agarrota, se cubre la cara con las manos. La vergüenza lo delata.

—Siento como si no tuviera derecho a reclamarte nada.

—No lo tienes, Leon, lo perdiste justo en ese instante.

—Dime, por favor. ¿Qué puedo hacer para recuperarte? —Me busca con desespero, pero yo ya estoy en la puerta invitándolo a salir—. No quiero volver a dejarte sola.

—Demasiado tarde, la despedida ha quedado clara.

Su teléfono suena, pero él lo apaga enseguida. Su rostro se tiñe de furia.

—Es tu hermano, ¿verdad? —adivino con una sonrisa irónica—. Es la prueba de que siempre estará entre nosotros.

—Mi vínculo con él está completamente roto, no quiero saber de su vida.

—¿Y por qué te llama? —lo presiono con desconfianza.

—No lo sé, India, tampoco me importa. Alexis está llevando las reuniones en las que está Cameron, ¿de verdad vamos a hablar de él? —Es una súplica.

—Respóndele si no tienes nada que ocultar.

Sus movimientos son lentos mientras se coloca bien el pantalón. Cuando teclea en el móvil, no hay mayor fluidez. Lo creo colapsado, casi en trance. Supongo que la noticia ha debido romper sus esquemas y necesito creer que no es porque alberga dudas.

—¿Qué diablos quieres? —masculla Leon con la mandíbula agarrotada.

—Tienes que escucharme, te mentí.

—Eres lo peor. —Se aprieta los párpados, agotado. Sé que no miente al confesar que lo ha pasado mal. Todo él lo manifiesta—. Sabías que esa mujer era mi maldita vida.

—Creí que solo quería nuestro dinero. —Cameron hace una pausa y respira como si le faltara el aire—. Y te estaba apartando de mí, eras lo único que tenía... La cité en un hotel desde tu teléfono y ella me contó de las fotografías que tenía, reforzando mis teorías.

Leon se muerde el labio en señal de contención al oír el verdadero relato.

—Su hermano me confirmó después de la paliza, que las pruebas fueron para amenazarme, que al principio eran una baza por si yo conseguía mi propósito, pero que solo quería asustarme para que os dejara en paz y aceptara vuestra relación —acaba con un suspiro—. El odio me cegó, pensar en que era como mamá y...

—¿Por qué me lo cuentas ahora, malnacido?

—Porque necesito que seas feliz, Leon. Él nos lo pidió, aunque por meses se me olvidara que era lo realmente importante. Sé que India espera un hijo tuyo y no me perdonaré que por mi culpa crezca en una familia como la nuestra. Mírame, estoy solo y tú sufriendo. Mamá... —Un largo suspiro omite el nombre de su madre—. Ella se ha vuelto a marchar, la busqué desesperado cuando pasaste esos días fuera con India y ahí intuí que te había perdido, de modo que la necesité más que nunca.

Cuando fui consciente de que estaba enamorada y hui...

—A pesar de haberme jurado no buscarla, lo hice. Pero se ha cansado de fingir que le importo, esas han sido sus palabras, y me ha robado una importante cantidad de dinero. Creo que es lo único que la ha mantenido aquí —confiesa llorando como cuando era un niño pequeño y dependiente de sus padres. Solía esconderse para que nadie lo viese. Se enfrenta a su mayor miedo, el abandono. Nunca ha superado su marcha y vuelve a revivirla, aun así, no puedo sentir pena por él—. Ella nunca quiso la vida que llevaba aquí, pero le compensaba la posición económica. El estatus.

—No tiene sentido entonces que luego se fuera —rebate Leon, contenido.

—Lo intentó con Murray, pero él se arrepintió, la rechazó y pronto le encontró sustituto.

—Es una zorra y tú un hijo de puta. ¿Te das cuenta de lo que has hecho? —Leon me contempla de arriba abajo—. ¡¡La eché de mi casa, de nuestra casa!! ¡Te creí!

Hace una mueca de dolor y cierra los ojos, dominándose para relajarse y no volverse loco. Quisiera correr a sus brazos y consolarlo, pero solo lo confundiría más.

Mi lucha interior se debate entre lo que deseo y lo que debo hacer. Me prometí no volver a dejarme llevar y hace escasos minutos he vuelto a fallarme a mí misma.

—Leon, no sabes cuánto lo siento. En la soledad de casa los recuerdos me...

—Así vas a seguir, solo, Cameron, solo. ¡¡Has destrozado lo que ella y yo creamos con más amor del que nunca a ti te darán!!

—Estoy arrepentido, pensé que ellos merecían el daño. Hoy sé que, si mamá no se hubiese ido, no me habría llenado de veneno. Los Murray pagaron mi frustración cuando ella rompió nuestra familia y nos abandonó. ¡La adoraba y sentí que me moría! Luego, creí que te protegía, me horrorizó que una de ellos te dominara y te apartara de mí.

—¿Sabes que papá me pidió personalmente que los protegiera mientras agonizaba? Y por tu culpa no he podido cumplir su última voluntad. —El alarido de Cameron es devastador—. Nos pidió que fuésemos felices, sí, ¡lo recuerdas! Por tu culpa no he podido y ahora lo único que deseo es que te pudras en el infierno.

No corta la llamada, sino que estalla el teléfono contra el suelo. Doy un respingo ante los pedazos que saltan por los aires. Entonces, Leon se incorpora y como si no tuviese fuerzas, llega hasta mí y se arrodilla. Mi primer impulso es empujarlo, pero sería tan cruel de mi parte. Aguanto la respiración cuando besa mi vientre y amolda con miedo sus manos a este. No podría describir la sensación que me produce.

—Vuelve, India, te prometo que te haré olvidar cada jodido día que te he dejado sola. Vuelve a casa, Coco y yo os estamos esperando. Os necesitamos.

—Vete, por favor. . . He dejado de creer en tus palabras y no sé si podré olvidar tu rechazo. Tus crueles frases, tu desconfianza y la forma en la que nos echaste de tu vida.

—Inténtalo, por favor, dame la oportunidad de demostrarte que este salvaje te ama con locura —implora contra mi vientre. Duele, duele demasiado esta imagen.

—No es por falta de amor, Leon, pero amar a veces no es suficiente.

Capítulo 33

El tiempo no lo cura todo

El primer día después de la despedida, no conseguí remontar. Tras el llanto, regresaron las náuseas. Cerraba los ojos y él era mi única visión. Mamá y Ailén me aconsejaban que le diera la oportunidad, de hecho, mi amiga era la que había planeado el encuentro, dejándole la ventana abierta. Pero ya que remontaba, temía recaer en ese oscuro pozo sin fondo, justo donde terminé cuando me dejó.

El segundo día no fue mejor. En el trabajo no me concentraba y al llegar a casa tenía un ramo de flores con una nota: *estoy cerca, llámame si quieres hablar. Te amo. Sigo en shock con la noticia y te echo terriblemente de menos*. Esa noche las pesadillas regresaron. La rubia tuvo que acompañarme en mi cama a escasos centímetros de la suya y consolarme.

El tercer día al subir a la habitación, encontré un regalo sobre la cama, era un sonajero. Lloré, lloré abrazando al significativo detalle y leyendo sus palabras: *quiero ver crecer a ese bebé, pero también cuidarte y mimarte en el embarazo, en lo que viene después. Acompañaros en cada etapa de vuestras vidas y que seáis una guía en la mía. Quiero que seamos una familia junto con Coco, nos merecemos cumplir este sueño*. Estuve tentada a llamar, pero reprimí las ganas. Otro tipo de miedo apareció, y es que Leon se sintiera culpable de no estar conmigo durante el primer trimestre, que en realidad no era por mí por lo que deseaba regresar, si no por el fruto de nuestro amor.

El cuarto día llegaron refuerzos inesperados. La visita de papá, Ethan y Logan se adelantó, dejando claro que confiaban en Leon, y cuando les mostré la barriguita... No, jamás había visto a los tres tan emocionados. A pesar de que intentaron ocultarlo, fue inevitable que se vinieran abajo. El que más me impactó fue Ethan. Ahora me tratan como si fuese a romperme y descubrí que la aparición de Keyla, contra todo pronóstico, no había terminado por dinamitar mi familia, al revés, la había reforzado. De Leon no supe nada y a pesar de pedirle tiempo, no me proporcionó tranquilidad su ausencia, extrañé un mensaje... una llamada. De quien sí recibí noticias fue de Alexis, felicitándome y recordándome que me esperaba en Los Ángeles, allí donde cuidaba a Coco.

El quinto día me sentía como una inútil. Mis hermanos no me dejaban ni un segundo. Todavía no había abierto la boca cuando ya tenía lo que deseaba. Papá me contemplaba con ese sentimiento paternal, tierno, ahora no solo era yo, sino su primer nieto... Cuando llamaron a la puerta, algo en mí se removió, ¿y si era él? No, aunque era un repartidor. Abrí el paquete: había una foto nuestra con Coco, la primera de los tres. Subí y me encerré en mi habitación. Miré hacia la ventana por horas... él no se coló de nuevo.

Sexto día. No salí de la cama. El cacao mental al que me enfrentaba me tumbó.

Hoy hace una semana y tengo la ecografía. Todos están dispuestos a acompañarme. De él no hay rastro. No sé qué pensar. A veces parece querer recuperarme, otras, se ausenta. ¿Qué es lo que quieres, India?, me pregunto a menudo. La respuesta está clara, pero tengo miedo. Ya no se trata de mí y me niego a que nuestro bebé crezca en un ambiente cargado de tensión. Hay aparente calma entre nuestras familias, ¿hasta cuándo?

—Es una niña —desvela la ginecóloga y la pantalla cobra color. Mi mundo se ilumina y mis ojos se nublan

por una felicidad extrema. Podemos ver cómo se van formando las primeras facciones. Creo que jamás en mi vida he sentido tanto amor.

Cada miembro de mi familia, sin excepción alguna, celebran la noticia. Siempre he estado rodeada de chicos hasta que llegó Ailén y no puedo sentirme más afortunada. ¿Cómo describir lo que se despierta en mí al ver a mis hermanos sonreír? Ella ha iluminado sus miradas apagadas, mi padre tiene las manos cruzadas sobre la nariz, como rezando. Mamá y Ailén lloran conmigo, Fran nos consuela. Una imagen parecida a cuando le conté a mi madre lo que realmente había sucedido con los Cooper, desde hace años hasta que me vi obligada a regresar de nuevo. No se lo esperaba de Cameron, lo adoraba y creo que una parte de ella, aunque lo deteste y rechace, no quiere represalias, como papá, pues siguen recordando a aquel inocente niño... A lo que fuimos antes de que tanta mierda nos salpicara. Ambos repiten lo mismo, el karma le llegará.

Entonces, miro uno por uno a los que me acompañan, esta es mi familia, sí, pero ya estoy formando una propia. La culpabilidad me trae de regreso a la cruda realidad. He privado a Leon de este momento, uno de los más especiales para unos padres que aguardan con ilusión la llegada del bebé, de su primer bebé.

Nuestras diferencias no tienen por qué afectarle a ella. Ella.

Sonrío, mientras aprecio sus movimientos en la pantalla. Dicen que el tiempo lo cura todo y no siempre es así, cicatriza heridas, que permanecen, aunque solo sea una sombra de lo que fue. Nadie va a devolvernos los años perdidos, lo que hemos sufrido.

Pero quizá no es tarde... Ambos tenemos familias, sin embargo, nuestra prioridad debe ser la que estamos formando. Hace poco leí una frase que decía: *el valiente es el que sigue tomando decisiones a pesar del miedo*.

¿No merece la pena intentarlo una vez más? Otro de mis sueños era mantener unida a la familia que construyera, sin importar las circunstancias de los adultos. Si había amor y respeto, se podía conservar el vínculo. Como hicieron mis padres.

En juego está el futuro de nuestra bebé.

Así de pensativa y confundida me despido de todos y me voy a trabajar. Sé que he de llamar a Leon y hablar, su silencio me preocupa.

Quizá está enfadado por apartarlo de este proceso.

Es cierto que renegó, pero cuando le conté la noticia, no dudó. La he cagado hoy. He llegado a un punto en el que no sé cuándo hago bien o mal. A veces se me olvida que otra personita depende de mis decisiones para ser feliz en este mundo de locos.

—¿India? —Levanto la mirada del ordenador. Dios mío, es Óscar.

—Hola...

—No esperaba encontrarte aquí. Venía a reservar una habitación.

—Claro.

—No sabía que habías vuelto. —Me encojo de hombros—. ¿Todo bien?

—Bueno, mi vida ha estado patas arriba, pero hoy he vuelto a entender que a veces todos nos equivocamos.

—Óscar asiente—. Contigo lo hice.

—Ya no importa, aunque pensé que jamás diría esto.

—¿Eres feliz, Óscar?

—Creí que no lo conseguiría, pero sí, creo que estoy en mi mejor etapa.

—Lo siento.

—Y tú, ¿lo eres? —Con disimulo, me acaricio la tripa—. Dile que os cuide mucho.

—Amor, ¿hay habitación? —pregunta una chica rubia que asoma la cabeza por la entrada. No puedo explicar lo que siento al saber que él ha encontrado a la mujer que merece—. Cerca del aeropuerto ha quedado disponible una reserva y mañana volvemos a Barcelona. ¿Acepto?

—Sí, aquí no hay —miente óscar y ella le lanza un beso mientras desaparee con el teléfono en la oreja—. He acabado una reunión en la calle de atrás, he decido entrar en este hotel por cansancio, pues ha sido un viaje relámpago, pero ha merecido la pena.

—Sí, me quedo con esta imagen. Te deseo todo lo mejor, Óscar.

—Y yo a ti.

Se da la vuelta y veo que se detiene, observando a su izquierda. Allí no alcanza mi visión, pero debe ver a alguien, porque asiente con la cabeza y me parece oír «cuidala», entonces se va. No sé si son las hormonas, que están revolucionadas, pero estoy emocionada. Aunque en realidad necesitaba este encuentro y ver que el hombre al que destrocé... ha rehecho su vida.

—India, ¿te importa servir la cena en la suite veintiocho? Celia no puede y yo estoy terminando de tramitar unas reservas —me pide mi compañera de turno.

—No, claro. Qué bandeja tan romántica.

—Sí —concuerta ella con una sonrisa.

Hay dos platos con tapaderas, por lo que no sé qué incluyen. Huele muy bien. Pétalos de rosas decoran la cena, dos velas escarlatas en forma de corazón esperan para ser encendidas y hay un sobre del mismo color, intuyo que con un mensaje dentro.

Avanzo por el pasillo de la planta principal, al fondo del todo. Una vez allí, llamo a la puerta. Nadie responde, por lo que abro como en otras ocasiones para dejar servida la cena. Apenas hay luz, pero vislumbro una silueta en la terraza cuando deposito la bandeja en el escritorio que está a la izquierda, a la derecha, la cama con más pétalos.

Suena una canción, una que me trae recuerdos. Es la que pidió Leon en la boda.

Estás sanando mis temores. Fuiste curando mis heridas.

Tal vez no somos tan perfectos, pero nos damos la vida...

—He querido darte espacio, pero voy a enloquecer. —Su voz retumba en toda la habitación. Pongo las manos detrás de la espalda, viendo cómo sale de la terraza. Tiene el cabello suelto, camisa abierta y pantalón desabrochado. Percibo su inquietud, a mí me abruma esta sorpresa. Su presencia. Las dudas se terminan de disipar—. Te he visto con Óscar, quizá él te hubiese hecho más feliz que yo, pero me mata pensarlo.

—Ha sido bonito verlo, aunque por cerrar esa brecha que nunca me perdoné.

—Tus ojos así lo han manifestado, la paz que ha brillado en ellos.

No puede ser, se han cruzado. Ya lo entiendo todo.

El gesto de cabeza ha sido a Leon y ese *cuidala* iba por mí. Me cuesta imaginarlos de frente, poniendo fin a una guerra que no les correspondía.

—Aún no me has dicho que haces aquí —cambio de tema muy emocionada.

—No me resigno a perderte, India. Sé que no tengo derecho a estar en tu vida, porque te eché de la mía y la realidad es que no vivo sin ti.

—Leon...

—Estoy destrozado y no sé cómo actuar para no hacerte más daño. —Su confesión está cargada de ansiedad—. ¿Cómo estás? ¿Y el bebé? Maldición, ni siquiera he asimilado la noticia. Te miro y me muero por abrazarte y recordarte que sois mi vida.

Trago saliva y saco la ecografía que llevo guardada en el bolsillo de la chaqueta para mirarla cuando flaqueo y recuperar fuerzas

Se la ofrezco, él, dubitativo, la acepta.

—Hoy he tenido una cita médica y me siento como una mierda por haberte privado de un momento tan emotivo. —Su frustración es evidente—. Es una niña.

—¿Una niña? —repite con voz entrecortada.

—Sí, al parecer ya el cupo de chicos se ha acabado en los Cooper y Murray —bromeo con una congoja en la garganta porque ya no aguanto más esta pesadilla—. Si este fuese nuestro reencuentro en otras circunstancias, te diría que sigo queriendo que seas el último hombre de mi vida y que te extraño, que sueño con volver a casa.

—¿Qué? —pregunta, descolocado, como si hubiese oído mal.

—Que quiero que cumplamos las promesas que rompimos.

—India. —Corre hacia mí y a un centímetro, se detiene al recordar mi estado. Pero yo me arrojo a su pecho, a su boca. Odio saberlo tan roto y perdido—. Mi vida, te juro que no te vas a arrepentir. He sido un capullo, pero te amo como nadie lo hará.

—Chis, lo sé, ahora lo sé.

—¿Cómo fui capaz? —se lamenta abrazándome con más miedo que nunca.

—Todos cometemos errores, yo tampoco valoré que aquella noche tu madre volvió y que tu cabeza era una bomba que explotó. Y yo no ayudé al defenderme, ni en ese momento, ni dos semanas después cuando mi hermano me llamó. El orgullo me pudo.

—Estabas cansada de los Cooper, hoy te entiendo.

—Pero se acabó, Leon. Mírala, yo ahora lo entiendo todo, ¿y tú?

Oigo cómo traga saliva, apenas puede pronunciar palabras cuando susurra:

—Sí, ahora tenemos un motivo más para luchar, cariño. No me lo creo. —Pone la mano en mi vientre y roza su mejilla con la mía—. Mi niña.

—Recuerda, nuestra familia es esta junto con Coco, el resto no debe interferir en decisiones o hacemos dudar de lo que estamos construyendo con demasiado amor.

—Te lo prometo, nuestra lealtad ahora se la debemos a una Cooper Murray.

Le sonrío y trato de borrar el arrepentimiento que no se esfuma de sus preciosos ojos. Entonces, deja de reprimirse. Con cuidado, me besa, me abraza, me acaricia y me desnuda. Me hace el amor lento, suave, tierno, mientras desliza los dedos por mi vientre.

Hoy la sensación de plenitud vuelve a colmarnos. Hoy descubre mis nuevas curvas.

Y entre arrumacos y mimos a nuestra niña y proyectando nuestro regreso a Los Ángeles, me lleva hasta la

bandeja, enciende las velas y con esa luz tan romántica e íntima, destapa los platos. En el primero, hay una tarta de chocolate con una llave encima, la de nuestra casa. Se me encoge el corazón por lo que significa para nosotros ese recuerdo que ya le he perdonado y me encargaré de que él también olvide. En la segunda, hay dos alianzas de plata, pero no las toca, coge la carta y lee con voz quebrada.

Espero que algún día puedas perdonar a este idiota que no te supo valorar. Quiero que esta suite, numero 28, día en el que nos casamos por primera vez, sea testigo de mi absoluta entrega hacia ti. Quiero que regreses a casa, de la que prometo no volver a pedirte que te vayas nunca más. Ya no huele a vainilla, ni a tartas de chocolate. Hay un vacío que solo tú puedes llenar y ahora multiplicando ese amor. Me sigue pareciendo un sueño observarte y asimilar que dentro de ti crece algo tan nuestro.

Te amo y quiero todo contigo, porque lo sois todo para mí. Coco y yo te extrañamos, y estoy seguro de que será el mejor compañero de juegos para ese bebé que completará nuestra familia y que llenará la casa de una alegría especial en cada despertar, atardecer y anochecer. No sé si son suficientes razones para pedirte de nuevo, esta vez para siempre, en un día que sea de nosotros y que no le pertenezca a nadie más:

India Murray, ¿quieres casarte conmigo?

Epílogo

Un mes después...

—Sí, quiero —pronuncio, colocándole la alianza para sellar este matrimonio.

Nuestros invitados aplauden, vitorean, mientras nosotros nos besamos como si no lo hubiésemos hecho en mucho tiempo. Hay emoción, felicidad. Hoy las sensaciones no son como las de la primera vez. Hay ambiente de fiesta y estamos rodeados de los que realmente desean acompañarnos en este camino para ayudarnos a avanzar y no entorpecer. La invitada más especial patalea en mi interior, a cuatro meses de su llegada. Los Murray estamos al completo, junto con mamá, Fran y, por supuesto, Ailén. También Orlando. Nuestros padrinos han sido mi madre y Ethan. Aunque papá ha acompañado a Leon hasta el altar. Un altar de película, con un arco cargado de flores blancas en una pequeña cala. Hay sol, aunque refresca.

Ya casi anochece y el paisaje es precioso.

Cuando nos apartamos, Alexis abraza a Leon. Al único que ha invitado de nuestra reducida lista. Miento si no digo que he pensado en Cameron, pero Leon no quiere saber nada de él. A veces me compadezco del menor de los Cooper. Es como un juguete roto, fruto de una guerra entre adultos y al que hicieron partícipe en su etapa más complicada.

Apenas se estaba formando para convertirse en un hombre, con la mentalidad de un niño. Mi rechazo hacia él no ha cambiado, aun así, no puedo evitar sentir pena y melancolía. Lo recuerdo de adolescente y era muy diferente; risueño, empático, inocente, es obvio que una absurda y desmedida sed de venganza lo ha destrozado.

—Oye, vuelves a ser mi mujer —me rescata Leon de los brazos de Ailén y acaricia mi abultado vientre. El vestido que he escogido es ceñido, color crema. De encajes por el escote y sin cola. El cabello, recogido. Leon se ha decantado por el color marfil. Su melena suelta, mi salvaje—. Estás especialmente preciosa. Desprendes mucha luz.

—Esta sí es la boda con la que siempre he soñado.

—Espero que el hombre elegido... también —bromea, pellizcándome la mejilla para luego acariciarla—. Tendremos luna de miel, esta vez muy juntos.

Me rozo con su cálida mano, sintiendo que ese día queda tan lejano...

—En el fondo, no me arrepiento de nada, si todo aquello no hubiese sucedido forzosamente, quizá nunca nos habríamos reencontrado —reflexiono en voz alta.

—No sé cuánto tiempo más hubiese soportado sin buscarte y colarme por tu ventana.

Nos echamos a reír, pero mi madre nos llama para inmortalizar este momento. ¡Cómo no! Reconozco que antes odiaba las fotografías, ya no. Los invitados se sitúan enfrente para ver cómo nos hacemos la foto familiar. Llamo a Coco y lo cojo en brazos, mientras Leon me rodea por la cintura y toca a nuestra pequeña, Mireia Cooper Murray, no sin antes lanzar un beso al cielo, aunque Niall Cooper se mantendrá vivo en nuestros recuerdos y nuestra hija sabrá que, de una manera u otra, su abuelo nos unió. Ahora en casa la foto de él está

presente, acompañándonos. Leon se sintió preparado para dar ese paso y, a veces, lo pilló contándole lo feliz que es y cuánto lo echa de menos.

—¡Vivan los novios! —grita Ailén y el resto la imitan.

Los rostros sonrientes de mi familia propician que el corazón me estalle de felicidad. Mi deseo es que los que no creen en el amor como Ethan, Logan o Ailén, experimenten este sentimiento con una persona que los complemente en todos los sentidos. Que descubran esa otra parte de ellos que creen muerta y que se transforma cuando te enamoras. Yo pensé que no sabía amar y hoy observo con admiración y orgullo al hombre que me abraza como si de un delicado cristal me tratase. El que me demuestra día a día que no me equivoqué eligiéndolo de nuevo, pues lo haría mil veces.

El compañero con el que camino para cumplir mis sueños. Estoy casada con el amor de mi vida, voy a ser mamá y en lo profesional estoy más realizada que nunca. Lucho por Polinesia y Maldivas como si fuesen míos, aunque siempre los sentí parte de mí al criarme en ellos. Leon no se merece menos. Su entrega y su amor incondicional hacia nuestra familia me abrume. Siempre dispuesto, cariñoso y atento. Detallista, fogoso y protector. Ya no fuma, no está inquieto ni nervioso y yo a su lado no tengo pesadillas.

Es mi Leon, el que yo recordaba a pesar de que ya no le queda nada de todo aquello que tuvo, su familia. «Mi felicidad sois vosotras», repite sin titubear cada noche mientras me hace el amor y sentimos lo afortunados que somos. Sí, he vuelto a creer en el destino.

En sus señales.

Su beso en mi mano me distrae y su sonrisa ladeada justo ahora, esa sonrisa que solo me ofrece a mí, me arranca un sonoro suspiro.

—Te amo —susurra mientras la cámara capta nuestra alegría.

—Yo también te amo y me siento muy amada por ti —confieso en una burbuja.

Lo contemplo emocionada y con la seguridad de que era a él a quien esperaba.

A quien pertenecía.

Mi hilo rojo.

«El hilo rojo invisible que conecta a aquellos que están destinados a encontrarse, sin importar el tiempo o circunstancias. El hilo se puede estirar o contraer, pero nunca romper».

Y el nuestro es la prueba de ello.

FIN

Referencias de canciones

Nos damos la vida, Copyright: © 2022 Galvan Real S.L. Interpretada por Galvan Real

Te entiendo, Copyright: © 2006 Globomedia Música S.A. Interpretada por Pignoise

I'll Never Love Again, Copyright: © 2018 Warner Bros. Interpretada por Lady Gaga

Tambores de guerra, Copyright: © 2015 Universal Music Spain S.L. Interpretada por Manuel Carrasco

Entre sobras y sobras me faltas, Copyright: © 2020 Universal Music Spain S.L.U. Interpretada por Antonio Orozco

I hate u, I love u, Copyright: © 2016 Warner Music UK. Interpretada por Gnash & Olivia O'Brien

Señorita, Copyright: © 2019 Island Records. Interpretada por Camila Cabello & Shawn Mendes

De promesas no sabes nada, Copyright: © 2015 Fonográfica del Sur. Interpretada por Ángel Capel

La lista de canciones la podéis encontrar en mi biblioteca de Spotify.

Descubre más de Patricia Geller en sus redes sociales y en su página web:

www.patricia-geller.com

Allí encontrarás toda la información sobre sus libros ya publicados y los nuevos proyectos.

Biografía

Patricia Geller nació en un municipio de Cádiz, donde reside actualmente. Está casada y es madre de tres hijos. Desde siempre ha sido una apasionada de la lectura, hasta que decidió iniciarse de forma no profesional en el mundo de las letras. La trilogía *La chica de servicio* fue su primera novela, siguiéndole *Culpable*, *No Juegues Conmigo*, *No me prives de tu piel*, la bilogía *En plena confusión: Dividida y Decidida*. La serie compuesta por *Dímelo en silencio*, *Susúrramelo al oído* y *Confíesamelo sin palabras*. Sumando posteriormente *Satisfecho siempre*. *Saciado nunca...* *Amanecer sin ti*, *Cada segundo*, *Miénteme esta noche*, *La apuesta*, *Libérame de ti* y *No me importa pecar*.
En la actualidad ya tiene proyectos en marcha.